

La ciudad como utopía

Artículos periodísticos sobre Lima
1953-1965

Sebastián Salazar Bondy

Alejandro Susti
(prólogo y selección de textos)



La ciudad como utopía
Artículos periodísticos sobre Lima 1953-1965
2.^a edición

Sebastián Salazar Bondy

Alejandro Susti (prólogo y selección de textos)



La ciudad como utopía

Artículos periodísticos sobre Lima
1953-1965

2.^a edición

Sebastián Salazar Bondy

Alejandro Susti
(prólogo y selección de textos)



FONDO EDITORIAL

Salazar Bondy, Sebastián, 1924-1965.

La ciudad como utopía. Artículos periodísticos sobre Lima 1953-1965 /
Sebastián Salazar Bondy ; prólogo y selección de textos, Alejandro Sustí.
Segunda edición. Lima : Universidad de Lima, Fondo Editorial, 2018.
332 páginas. (Colección Rescate).

Incluye bibliografía y notas.

1. Ensayos peruanos - - Siglo xx.
 2. Lima (Perú) - - 1953-1965 - - Artículos periodísticos.
 3. Salazar Bondy, Sebastián, 1924-1965 - - Crítica e interpretación.
 4. Escritores peruanos - - Siglos xx (Salazar Bondy, Sebastián).
- I. Sustí, Alejandro, 1959-, compilador.
 - II. Universidad de Lima. Fondo Editorial.

869,56

S18C4

2018

ISBN 978-9972-45-452-3

Colección Rescate

La ciudad como utopía. Artículos periodísticos sobre Lima 1953-1965

Primera edición: julio, 2016

Segunda edición: agosto, 2018

Tiraje: 300 ejemplares

© Universidad de Lima
Fondo Editorial
Av. Javier Prado Este 4600,
Urb. Fundo Monterrico Chico, Lima 33
Apartado postal 852, Lima 100
Teléfono: 437-6767, anexo 30131
fondoeditorial@ulima.edu.pe
www.ulima.edu.pe

Diseño, edición y carátula: Fondo Editorial de la Universidad de Lima

Fotografía de portada: Augusto Tamayo

Impreso en el Perú

Se prohíbe la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio,
sin permiso expreso del Fondo Editorial.

ISBN 978-9972-45-452-3

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú n.º 2018-10238

Índice

PRÓLOGO

Escribir sobre la ciudad: la crónica periodística en Sebastián Salazar Bondy <i>Alejandro Susti</i>	17
I. ESTAMOS FUNDANDO LIMA	45
Fundación	47
Urbanista, un técnico necesario	49
Lima en un memorándum	53
Una cruz para el hombre común (El expediente urbano de Lima I)	57
El tránsito, forma del caos (El expediente urbano de Lima II)	61
Los servicios públicos en crisis (El expediente urbano de Lima III)	63
Para qué sirve el Plan Piloto (El expediente urbano de Lima IV)	67
Conciencia urbanística y progreso (El expediente urbano de Lima V)	71
La ciudad que semeja al país	75
Un bosque falso y otro real	79
Sin parques y con 30 millones	81
Parque para la masa popular	83
Lima y su destino	85

Hoy 400 mil, mañana un millón	87
Lima: infancia y adolescencia	89
Municipios y democracia	91
¿Atomización de Lima?	93
Estamos fundando Lima	95
II. EL PATRIMONIO NACIONAL: ¿UNA MERCANCÍA?	97
La Virgen de las Mercedes	99
La Virgen y la imaginiería española	103
Adulteración de una imagen	107
¿La misma imagen?	111
Un monumento y la originalidad	115
“Reforma” de plazas	117
Restauración de San Francisco	119
Por la ciudad que habitamos	121
El alud y el escarbadientes	125
La Alameda de los Descalzos	129
Un gesto ejemplar	131
Gratitud a un gesto	133
Un claustro para la ciudad	135
La Merced y los comerciantes	139
Azulejos y conflicto	141
¿“Aislar” Palacio?	143
Torres de Las Nazarenas	145
Una alameda: pasado y futuro	147
Una estatua, un derecho, un símbolo	149
¿Una ciudad de rascacielos?	151
Balcones apolillados y tradición	153
117 manzanas y la arquitectura de Lima	155
Un mitin por una alameda	157
Un oasis arbolado en el desierto urbano	159
Lima, ciudad que pide color	161

La reja, resto arqueológico	163
Elegía para un rincón	165
Demolición, desnacionalización	167
Réquiem para una plazuela remodelada	169
El patrimonio nacional ¿una mercancía?	171
III. EL POCO VERDE QUE NOS HAN DEJADO	173
El otro crimen	175
Verde al verde	177
Tala de árboles	179
Como quien oye llover	181
Sobre los parques	183
Música en el parque	185
“Ciudad-jardín”, ¿ironía o alucinación?	187
El verde es para todos	189
Un terreno central y el bienestar	191
Recuperar la ciudad perdida	193
Elegía para unos ficus asesinados	195
Un bosque que no existirá	197
Poda, tala y arboricidio	199
Los arboricidas son refugiados	201
El parque y su función social	203
El árbol: un ser humillado y ofendido	205
El poco verde que nos han dejado	209
El árbol caído	213
Otra vez los árboles	215
IV. LA PROSPERIDAD CON MENDIGOS	217
Los mendigos	219
Cuidadores de autos	221
Delincuencia y juventud	223
Un lustrabotas y el país futuro	225
Niños, trabajo y porvenir	227

Son, ante todo, niños	229
Una apuesta sobre el país	231
Mendigos, un síntoma visible	233
La autoridad contra la realidad	235
La verdad contra la “zona rígida”	237
Sociedad, delincuencia y castigo	239
La prosperidad con mendigos	241
Lectores, delincuencia, policía	243
Más sobre los mendigos	245
V. IDEAS DE PEATÓN	247
Ideas de peatón	249
Cuestión de perfil	251
Una avenida como problema	253
Criminales en auto	355
Crimen de irresponsable	257
Una nueva pista	259
Vehículos y cáncer	261
Ómnibus y horarios	263
Heladería, tránsito, reglamento	265
Bicicletas, herramientas decomisadas	267
Una ruta urbana y el ornato	269
Un mito criollo: el automóvil	271
Los criminales del tránsito	273
La mujer, los taxis y la lógica	275
Cirugía, pero no plástica	277
El automóvil en su sitio	279
VI. USOS Y COSTUMBRES	281
“Jironear”	283
El café	285
Volver al circo	287
La higiene urbana	289

Quejas injustificadas	291
Vivanderas	293
Ruidos y acción	295
Otra vez el ruido	297
Ferías y ruidos	299
Carnaval, fiesta de la agresión	301
El café: debate y libertad	303
Recuadro al amanecer	307
La guerra de las jugueterías	309
El sol y el mar no tienen dueño	311
Baja policía y progreso urbano	313
Carnavales, alegría y agresión	315
Ruidos: disciplina y solidaridad	317
Pinglo y nuestro pueblo	319
El basural en casa	321
Sobre la música criolla	323
Renacimiento del café	325
El coliseo, laboratorio de mestizaje	327
Los traficantes de un sueño	329
El infarto de un servicio público	331

*Toda ciudad es un destino porque es,
en principio, una utopía, y Lima no escapa a la regla.*

Sebastián Salazar Bondy

Agradecimientos

*A Irma Lostaunau, por compartir la memoria de Sebastián Salazar Bondy.
Al personal de la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional del Perú por su
invalorable y desinteresada colaboración.*

*Este volumen está dedicado a Ximena, de quien ya Sebastián dijo hace
mucho: “Ojos eras, ávidos ojos eras / que al sol incorporaban en febrero:
/ mundo era el mundo ya y tú mirando / te devorabas sola el mundo entero”
 (“Ojos, mundo”).*

Prólogo

**Escribir sobre la ciudad:
la crónica periodística
en Sebastián Salazar Bondy**

Alejandro Susti

A lo largo de su intensa y prolífica producción periodística, a través de medios tales como los diarios *La Prensa*, *El Comercio* o la revista *Oiga*, entre otros, Sebastián Salazar Bondy (1924-1965) encarnó en nuestro medio el papel de un promotor cultural abocado a una multiplicidad de preocupaciones y temáticas entre las que se incluyeron el teatro, las artes plásticas, el cine, la música, la literatura, el teatro, la actualidad política y, por último, la crónica urbana. En su tesis doctoral, *Sebastián Salazar Bondy. Pasión por la cultura*, el crítico francés Gérald Hirschhorn (2005) sostiene que nuestro autor llegó a escribir la sorprendente suma de 2231 artículos entre 1942 y 1965, entre estos, un total de 1089 “dedicados a la cultura”. Hirschhorn, sin embargo, no incluye entre estos los referidos a la problemática de la ciudad¹, pero sí los incorpora en el exhaustivo inventario final del volumen. Publicados entre los años 1953 y 1965, es decir, después del regreso definitivo del autor al Perú en 1951, y después de una estadía de más de tres años en Buenos Aires², estos artículos, salvo algunas pocas excepciones³, han permanecido inéditos y constituyen un testimonio sumamente valioso no solo en la medida en que translucen una visión y una manera de entender la ciudad, sino que, además, revelan el hecho de que mucho antes de la publicación de *Lima la horrible* en 1964, Salazar Bondy ya había centrado

-
- 1 Los rubros apuntados por Hirschhorn, que aparecen bajo la rúbrica “Artículos dedicados a la cultura”, son los siguientes: “Literatura”, “Artes”, “Teatro”, “Cine”, “Música”, “Revistas”, “Danza” y “Conferencias”.
 - 2 Puede consultarse la *Cronología sumaria* preparada por Abelardo Oquendo y que fuera publicada en el número de homenaje a Salazar Bondy de la *Revista Peruana de Cultura* 7-8, en junio de 1966, pp. 152-160.
 - 3 Una decena de estos fueron seleccionados por Lucrecia Lostaunau y publicados en el volumen *Sebastián Salazar Bondy. Escritos políticos y morales (Perú: 1954-1965)*. Lima: Fondo Editorial de la UNMSM, 2003.

su atención en los procesos de transformación que estaba sufriendo esta —ya fuesen demográficos, urbanísticos, económicos, sociales e, incluso, políticos— y elaborado una serie de hipótesis de trabajo que encontrarían un desarrollo posterior en su trascendental ensayo.

“La ciudad como utopía” en Salazar Bondy

Un primer paso en la aproximación crítica a los artículos de nuestro autor consiste en entender cuál es la visión de la ciudad que subyace a estos. La expresión —como ya he señalado anteriormente—⁴ aparece empleada por primera vez en un artículo titulado “Lima y su destino”:

Una ciudad es siempre una utopía, un proyecto de dicha común, de coexistencia humana y paz social. Lima no escapa a esa norma y no podremos estar conformes, aunque la embellezcan edificios gigantescos y pulule en ella una muchedumbre ya innumerable, si todos los días sus hombres —por lo menos sus hombres conscientes— no luchan porque el arquetipo que está en el origen de la agrupación civil se cumpla en cierta medida. (“Lima y su destino” en *El Comercio*, 18 de enero de 1961, p. 2; cursivas del editor)

Más tarde, este mismo pasaje sufrirá algunas modificaciones para ser incluido en el prólogo de *Lima la horrible*:

Toda ciudad es un destino porque es, en principio, una utopía, y Lima no escapa a la regla. No estaremos conformes, aunque la ofusquen gigantescos edificios y en su seno pulule una muchedumbre ya innumerable, si todos los días la inteligencia no impugna el mentido arquetipo y trata de que al fin se realice el proyecto de paz y bienestar que desde la fundación, y antes de ella también, cuando el oráculo predestinaba en las incertidumbres, incluye la comunidad humana que a su ser pertenece. (Salazar Bondy, 2014, p. 50; cursivas de A. S.)

En ambos casos, Salazar Bondy invoca una concepción de la ciudad como espacio utópico, es decir, un espacio de realización futura de un “proyecto de paz” y bienestar común. Como bien señala Rodrigo Vidal Rojas (2011), el concepto de “utopía” reúne dos acepciones distintas:

4 Remito a mi prólogo a *Lima la horrible*: “Respondiendo por los poros de tu cuerpo: *Lima la horrible*, medio siglo después” en Sebastián Salazar Bondy. *Lima la horrible*. Lima: Lápix Editores, 2014, pp. 17-43.

Etimológicamente, utopía es *outopia* y *eutopia*. *Outopia u outopos es lugar en ninguna parte o no lugar*. Es seguramente la definición más conocida. Ella explica principalmente el carácter a-histórico y a-geográfico de un gran número de utopías. En este sentido, sería más propio hablar de a-topia. Eutopia o eu-topos es lugar de felicidad. Aunque menos conocida, en esta acepción la utopía recupera su carácter teleológico. (Vidal Rojas, 2011, p. 70; cursivas del autor)

Para ser entendido cabalmente, sin embargo, el concepto de “utopía” requiere de un segundo concepto sobre el cual se funda, el *ideal-ciudad*, que debe distinguirse a su vez de la *ciudad ideal*:

El *ideal-ciudad* (...) es la fuente principal de la utopía urbana, una construcción mental colectiva que recorre toda la historia urbana. El *ideal-ciudad* se diferencia de la *ciudad-ideal* por el lugar que ocupa y el rol que satisface en el proceso urbano: mientras la ciudad ideal es una finalidad, un estado último al que se aspira, revelando con ello un carácter teleológico, el *ideal-ciudad* es una fuente genérica, una matriz inspiradora, un concepto colectivo supuestamente universal y cuyos valores identifican a la totalidad de los individuos. Esta última revela entonces un carácter *mitológico* y fundador. (*Ibid.*, p. 68; cursivas del autor)

A diferencia del concepto de *ciudad ideal* que implica el surgimiento de una ciudad soñada sobre un territorio específico, “para el *ideal-ciudad*, la ciudad existente debe desaparecer para permitir la aparición de la ciudad que subyace a lo existente, a la espera de su manifestación, y que se reproduce y subsiste en el imaginario colectivo” (*Ibid.*, p. 68).

Ciertamente, en los artículos de Salazar Bondy se expresa esta noción del *ideal-ciudad* a través del ejercicio de la crítica en distintos niveles: el poder político, las relaciones económicas y sociales, los códigos que regulan la conducta de los habitantes de la urbe, la estética de determinados espacios públicos, entre muchos otros aspectos. Ya sea a través del cuestionamiento de las decisiones políticas, el examen de los mecanismos que (re)producen la desigualdad entre los limeños, la censura que merecen ciertas conductas que atentan contra la convivencia pacífica o la defensa del patrimonio histórico y cultural de Lima, resulta evidente que en todo ello el cronista aspira a la creación de una nueva ciudad expresando con ello las frustraciones y deseos de quienes la habitan⁵.

5 “El *ideal-ciudad* es más bien una postura crítica frente al medio urbano cuya redención se alcanza solo por la superposición de lo nuevo” (Vidal Rojas, 2011, p. 68).

En tal sentido, el concepto de utopía es empleado por Salazar Bondy como instrumento de crítica al estado de cosas en que se encuentra una ciudad de la que él es también habitante. La utopía, en tanto visión del futuro, ha de contraponerse al presente; aun cuando, por una parte, revista un carácter irrealizable, es decir, evoque la dimensión de aquello que no tiene cabida en ningún lugar —*outopia*= *lugar en ninguna parte*— resulta también evidente que trasluce una orientación o, como el mismo autor señala, un destino. La utopía, por lo tanto, “no es el fruto de una imaginación delirante sino que, al contrario, es el fruto de una mente creativa que busca en la irrealidad los fermentos de transformación de una realidad concebida como decadente” (Vidal Rojas, 2011, p. 70).

Esa “mente creativa” es la que constantemente resurge en las crónicas de Salazar Bondy respondiendo a las necesidades del presente y las del futuro de la ciudad, manifestando con ello su compromiso y amor por ella. En este diálogo permanente con la realidad cotidiana se hacen necesarias propuestas, soluciones viables que contribuyan a hacer posible *el* destino de la ciudad; por ello, en sus crónicas todo parece tener un carácter de urgencia y nada merece ser ya por más tiempo postergado u olvidado. A través de la escritura, el autor se aboca a perfilar el boceto de un *ideal-ciudad* que no solo refleje su propio deseo sino el de sus conciudadanos, vocación cívica en la que también cabe el compromiso político.

Periodismo y literatura: algunos apuntes sobre la crónica

El ejercicio del periodismo como un *modus vivendi* —tal como ocurrió con muchos otros escritores latinoamericanos y peruanos anteriores a él—⁶ le permitió a nuestro autor acercarse a, e identificarse con, las necesidades y preocupaciones del ciudadano de la calle, para quien, por otra parte, la “cultura” —entendida en su sentido más tradicional— no formaba parte

6 Véase, por ejemplo, el caso de los escritores modernistas de fines del siglo XIX (José Martí, Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera, entre otros) y, en la literatura peruana, los de Abraham Valdelomar, José Carlos Mariátegui, Enrique A. Carrillo (“Cabotín”) y César Vallejo. Al respecto pueden consultarse los trabajos de Susana Rotker (*La invención de la crónica*, México DF: Fondo de Cultura Económica, 2005) y Mónica Bernabé (*Vidas de artista. Bobemia y dandismo en Mariátegui, Valdelomar y Eguren* (Lima 1911-1922). Rosario: Beatriz Viterbo, 2006).

de sus intereses inmediatos.⁷ Desde esa posición Salazar Bondy se dedicará a promover la labor de las editoriales, revistas, grupos de teatro, así como exposiciones, publicaciones y muchos otros temas vinculados a la producción intelectual y artística de la época⁸, así como a escribir sobre la ciudad en el papel de un observador privilegiado de sus transformaciones y contrastantes realidades.

La situación de nuestro autor —tal como atestiguan las numerosas investigaciones dedicadas a los inicios de la relación entre el periodismo y la literatura en nuestro continente—⁹ implicó el acercamiento entre dos universos discursivos y sistemas de representación distintos, así como la inserción del escritor en el “mercado de la escritura”¹⁰. Convertido así en una suerte de trabajador asalariado, el escritor se enfrenta ante la necesidad de transferir y adaptar al ámbito de la comunicación de masas —más precisamente el de la prensa masiva— el vasto repertorio de saberes, técnicas y competencias acumulados a través del ejercicio literario para verterlos en el molde del texto periodístico. Como es sabido, esta operación dará

7 El caso del escritor cubano José Martí presenta ciertas similitudes. Al respecto, Rotker (2005) sostiene: “Martí parecía consciente de que el periodismo permitía a los escritores lo que no le deparaba el mercado de los libros: la democratización de la escritura. Es decir: acceso a más público a través de un instrumento en el que podían trabajar no solo las élites, sino las capas medias. (...) en ese entonces el arte seguía relacionado íntimamente con la idea de minoría, de «elegidos»; era demasiado difícil dar un salto grande en la propia cultura como para que los modernistas pudieran comprender que en el periodismo estaban haciendo una versión propia de la literatura popular, o al menos más masiva que sus textos poéticos” (p. 113).

8 Sobre la relación entre periodismo y literatura en la obra periodística de Salazar Bondy y su papel como promotor cultural puede consultarse mi prólogo “La crítica periodística en Sebastián Salazar Bondy” en *Sebastián Salazar Bondy. La luz tras la memoria. Artículos periodísticos sobre literatura y cultura (1945-1965)*. Tomo I. Lima: Lápix Editores, 2014, pp. 15-52.

9 Sobre el tema pueden consultarse los trabajos de Ángel Rama (*La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984), Susana Rotker (*La invención de la crónica*, México DF: Fondo de Cultura Económica, 2005) y Mónica Bernabé (*Vidas de artista. Bobemia y dandismo en Mariátegui, Valdelomar y Eguren (Lima 1911-1922)*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2006).

10 La expresión es utilizada por Ángel Rama (1984) al referirse a los escritores modernistas: “La única vía moderna y efectiva, consistió en vender la capacidad de escribir en un nuevo mercado del trabajo que se abrió entonces, *el mercado de la escritura*”. (*La ciudad letrada*, 1984, p. 123; subrayado del autor). El tema se vincula con “la pérdida de la aureola” de los profesionales e intelectuales modernos tal como la plantea Marx en *El capital*. Marshall Berman (1988) ha incidido en ello: “Para estos intelectuales, tal como los ve Marx, el hecho básico de la vida es que son

como resultado el surgimiento de un conjunto de nuevos géneros signados por la hibridación que, en última instancia, contribuirá a reformular la naturaleza del discurso literario. Un caso paradigmático en el ámbito de la literatura latinoamericana es el de la crónica modernista, género estudiado por Susana Rotker:

El nuevo género selecciona los temas entre los hechos de la actualidad, especialmente aquellos que versan sobre la ciudad, la política internacional, la cultura, los descubrimientos recientes, los grandes acontecimientos; es decir, una suerte de arqueología del presente cosmopolita. Como texto que aparece inserto en los periódicos, debe presentar una coherencia comprensible y atractiva para el lector: ser tomado en cuenta, no cerrarse sobre sí como supuestamente ocurre con la poesía. (Rotker, 2005, p. 174, cursivas de la autora)

Las observaciones de Rotker resultan pertinentes al examinar la naturaleza de los artículos periodísticos de Salazar Bondy dedicados a la problemática urbana. La primera concierne a la *actualidad* de los eventos que merecen la atención del articulista. Como podrá constatar el lector, los temas de los artículos forman parte de una “arqueología del presente” que abarca una serie de preocupaciones signadas por su carácter de inmediatez y temporalidad: el articulista hace siempre referencia a asuntos que son de interés para sus lectores —y, sobre todo, de actualidad— estableciendo un pacto referencial con estos últimos por el cual se compromete a proporcionar un discurso informativo, “sometido a verificación”, pero que también construye su propia verosimilitud, aspecto sobre el que incide Ariel Idez (2013)¹¹. Como señala este autor, en la crónica la verosimilitud se funda en el uso de la primera persona y la incorporación del sujeto de la enunciación, característica que la diferencia del registro impersonal y de la

«trabajadores asalariados» de la burguesía, miembros de «la clase obrera moderna, el proletariado». (*Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México DF: Siglo XXI, 1988, p. 114). “Así pues, pueden escribir libros, pintar cuadros. Descubrir leyes físicas o históricas, salvar vidas, solamente si alguien con capital les paga. (...) Deben «venderse al detalle» a un empresario dispuesto a explotar sus cerebros para obtener una ganancia” (*Ibid.* p.115).

- 11 “(...) si bien se trata de un discurso sometido a verificación, el lector no cuenta con el tiempo ni la competencia para realizar este trabajo sobre el ingente volumen de información que contiene un medio, por lo que el discurso informativo pasará por «discurso verdadero» si bien es sabido que no se trata de un discurso verdadero sino de un discurso verosímil (...)”. (Ariel Idez, “La crónica en la encrucijada de la subjetividad: periodismo, autobiografía y literatura”, publicación en la web, 2013, s/n).

pretendida objetividad de cierto tipo de discurso informativo. Por otra parte —tal como sucede en un género como la autobiografía— en la crónica, “el movimiento de la escritura sigue al movimiento de la subjetividad interior que experimentan los hechos, los actos, los sentimientos, como verdaderos, como conformes a lo que el yo quiere evocar” (Idez, 2013, p. 6).

La presencia del sujeto de la enunciación en la crónica es un rasgo constante en los artículos de Salazar Bondy: aun cuando el yo enunciativo por momentos aparece disimulado bajo el recurso de referirse a sí mismo como “este cronista”, ya sea en tercera persona o a través del uso de la primera persona del plural, lo cierto es que en muchos casos el texto se funda sobre la base de una experiencia personal y subjetiva¹². De hecho, el empleo del término “cronista” constituye de por sí una prueba de la conciencia que tiene el autor respecto a su propia función¹³, a la par que lo transfigura en una suerte de personaje más de sus propios artículos: identificado plenamente con su rol, se construye así una segunda identidad que interactúa a su vez —dentro del nivel de realidad del texto— con otros personajes insertos en el mundo de la ciudad: el alcalde, el transeúnte, el comerciante, el lustrabotas y muchos otros más. Entendido de este modo, el cronista construye un escenario de ficción que, por otra parte, contribuye a darle una mayor verosimilitud a su discurso sobre la base de una información siempre “veraz” a la vez que “novedosa”.

El pacto referencial al que hemos aludido líneas arriba entre el cronista y el lector se funda también en la idea de la transitoriedad de los eventos referidos, condición estrechamente vinculada con la naturaleza de la “noticia” tal como se concibe en los medios masivos y, sobre todo, dentro del marco espacio-temporal de la modernidad. En algunos casos, a través de una intensa subjetivización, el cronista tematiza, por ejemplo, el contraste entre el pasado y el presente colocándose en una posición crítica frente al pretendido avance y/o progreso de la ciudad:

12 Merece mencionarse aparte el hecho de que en muchos de sus artículos Salazar Bondy adopta diversos seudónimos. Hirschhorn ha identificado los siguientes: Sebastián Salazar Bondy, Diego Mexía, Juan Eye, Diego Mirán, Pepe Chacarilla, S.S.B., así como la ausencia de firma en algunos pocos casos. Los referidos a la ciudad corresponden solo a los dos primeros.

13 La palabra es empleada constantemente por Salazar Bondy a lo largo de los más de cien artículos incluidos en esta selección.

Solíamos ir a la Plazuela del Cercado cuando, en esta ciudad descabellada de lujo y miseria, queríamos encontrar un recodo cuya realidad semejara la del verso, la de la ilusión, y donde persistiera, a despecho de tanta vana literatura, la menos falaz de las bellezas que tuvo, si las tuvo de veras, Lima. Era un espacio añoso, con una iglesia suave y marchita flanqueada por un atrio sin ostentaciones. Era un ámbito de árboles, fuente, faroles y estatuas, donde la noche podía detenerse vieja de siglos y, sin embargo, tan joven como nosotros (...).

Este fin de semana pasado fuimos a la Plazuela del Cercado a ver si aquella “remodelación” había respetado, en su afán urbanizante, la poesía. Contaré lo que vimos, nada más. Los antiguos árboles habían sido reemplazados por inmensos postes pintados de un torpe plateado, en cuyo extremo deslumbraban unas luces enceguedoras; la fuente deslucía igualmente pintada, de rojo y verde pero con el añadido de que un espíritu de pueril realismo se había complacido en convertir a los pájaros decorativos que la adornan en copias de los modelos escolares, pues el cuerpo soporta el blanco, el pico y las patas el amarillo y los ojos el negro; la piedra también había padecido el colorinche, gris por fuera y azul —“como de piscina”, dijo correctamente alguien— el interior: la iglesia y la parroquia, como para que ningún despistado las confundiera, habían sido perfectamente delimitadas por el amarillo pálido y el verde caliente... En vez de lajas, cemento inciso a tiralíneas, los árboles peinados como vegetales decentes, los jardines arreglados con esa economía de imaginación que caracteriza a los funcionarios de la inspección respectiva, completaban el cuadro. La Plazuela del Cercado de nuestra periódica visita, el recoveco poético que creíamos a salvo de la invasión perfeccionista, el último jirón de la verdad limeña, había pasado a engrosar ese álbum de falsificaciones que estamos brindando a propios y extraños como testimonios de la sinrazón nostálgica que extravía a los habitantes de esta ciudad. (“Réquiem para una plazuela remodelada”)

El pasaje propone una visión de la ciudad revestida de una cierta nostalgia respecto a los violentos cambios que ha sufrido. Salazar Bondy traza una serie de dicotomías que contrastan la poética sencillez del pasado (“Era un espacio añoso, con una iglesia suave y marchita flanqueada por un atrio sin ostentaciones”) con la opacidad de una “ciudad descabellada de lujo y miseria”, así como la belleza y autenticidad de la antigua Lima (“la menos falaz de las bellezas que tuvo, si las tuvo de veras, Lima”; “último jirón de la verdad limeña”) con el “álbum de falsificaciones” que constituye la urbe del presente. Diametralmente contrapuestas en la mirada del cronista estas dos Limas parecen irreconciliables, rostros opuestos de una misma moneda entre los que no parece haber reconciliación posible. Sin embargo, lo que podría

entenderse como una vocación pasatista está muy lejos de serlo: tal como sucede con las diversas imágenes de la ciudad, la del cronista es también una visión signada por la inestabilidad y la volatilidad. Como veremos más adelante, un número significativo de artículos también se ocuparán de especular con la posibilidad de una Lima simbiótica o sincrética en la que el pasado y el presente —la Lima criolla y la Lima provinciana, la Lima colonial y la moderna— coexistan armónicamente. En todo caso, lo que subyace a estas diversas facetas con las que se representa la ciudad es que muestran una visión contradictoria y en conflicto consigo misma, lo cual a su vez es un fiel reflejo de la propia condición y función del cronista: enfrentado ante una realidad cambiante y contrastante se ve en la necesidad de reconstruir constantemente su discurso e intentar amoldarlo a las condiciones del presente.

A la visión que se ofrece de estos espacios sometidos a transformaciones violentas y vertiginosas se une aquella otra vinculada a las multitudes¹⁴. En los artículos de Salazar Bondy, el personaje colectivo de la multitud representa en última instancia la masa de aquellos individuos que han sido marginados por la modernización de la ciudad. Sintomáticamente, en esa masa se vislumbra la posibilidad de la rebelión:

Cuando se comenzó a decir que Limatambo sería reemplazado, algunas gentes que piensan en el progreso, no solo en términos crematísticos, no solo en la medida de inversiones y dividendos numéricos, sino en relación con la salud y el bienestar espiritual de la multitud de seres que no tendrán ni los medios de escapar al abrumador encierro civil, supusieron que en aquellos 800 mil kilómetros cuadrados que quedarían libres, o por lo menos en parte de ellos, se podría crear un bosque artificial semejante al que en la mayoría de las ciudades modernas sustituye la falta de verdor natural que abruma al hombre de la urbe. (“Un bosque que no existirá”)

No nos llame la atención que, en cuanto el agitador acerca la llama demagógica a la multitud, el polvorín que esta tiene en su fondo (el polvorín que constituye la miseria que la existencia de esa niñez desvalida evidencia) se encienda violentamente. Ahí está, además, ese inexplicable prurito que hay en nuestro pueblo de destruir todo lo que representa, inclusive para él mismo, un servicio: los teléfonos públicos, el Estadio Nacional, los asientos de los ómnibus, etc. (“Una apuesta sobre el país”)

14 El término aparece mencionado una decena de veces por Salazar Bondy.

La multitud, sin embargo, aparece representada no solo en términos de una masa explotada e ignorada por el poder político, sino también como un cuerpo orgánico y pleno de vida: “Hoy, por el contrario, esta estrecha arteria compulsa una multitud apresurada, a la cual acechan vendedores, buhoneros, gentes imprecisas y toda ralea de seres impertinentes” (“Jironear”).

La multitud, en la que se entremezclan sin odiosas segregaciones todas las clases sociales y todas las razas; la música de la banda militar, que lanza en sus pintorescos acordes las notas de un vals o una marinera; el castillo de fuegos artificiales, en cuya cúspide la paloma de luz fatua espera ganar el espacio nocturno; el bullicio de la devoción y la fiesta, todo en esa zona dice durante estos días que se trata de una ocasión en que, por sobre las maneras importadas, los gustos recientes y las prácticas nuevas, hay algo en Lima que sobrevive como meollo singular de nuestro modo de ser. (“Vivanderas”)

Los carros de riego solían reemplazar con eficacia la ausencia en nuestro metálico clima de la lluvia, que en otras partes tan útiles servicios presta como lavadora de calles y plazas, y los cubos rodantes acarreaban para la incineración todo aquello que la multitud depone en su infatigable producción y consumo. (“La higiene urbana”)

El cronista se sumerge en la multitud con lo cual se convierte, a su vez, en una suerte de *flâneur* a la manera del personaje del París de mediados del siglo XIX representado en la poesía de Charles Baudelaire y estudiado posteriormente por Walter Benjamin¹⁵. Seducido por la vitalidad de la multitud, Salazar Bondy llega a vislumbrar en ella el “meollo singular de nuestro modo de ser”. Esa masa “en la que se mezclan sin odiosas segregaciones todas las clases sociales y todas las razas” aparece, ciertamente, como un proyecto, una posibilidad latente de habitar la ciudad que desdice a todas luces aquella otra representación en la que se ve sometida al designio e intereses de los grupos de poder.

Otra variación o extensión del tópico de la multitud se presenta bajo la forma del café como centro de reunión y conciliación¹⁶. Aun cuando no se

15 Como bien se sabe, Benjamin estudia el *flâneur* en su magistral ensayo “Charles Baudelaire. Un lírico en la época del altocapitalismo” (en Walter Benjamin. *Baudelaire*. Madrid: Abada, 2014, pp. 33-247). Sobre el tema también es de mucha utilidad el capítulo “Baudelaire: el modernismo en la calle” en Marshall Berman (1988, pp. 129-173).

16 El tema del café está presente en tres artículos incluidos en la última sección de este volumen.

trata de un espacio abierto y cuyo acceso esté a disposición de cualquier ciudadano, el café es considerado como un espacio de encuentro en el que es posible la comunicación y el intercambio de ideas y afectos:

El café no solo es tribuna para el pensamiento, sino que resulta, a veces, despacho burocrático. Hay quienes sobre una mesa concluyen sus finanzas y realizan grandes operaciones bursátiles. Y, en otros casos, en el café, meditando, se resuelven problemas personales de difícil trama. Muchos poetas han escrito en el café y muchos artistas han sido iluminados por la inspiración en la atmósfera ruidosa y humeante de esos locales. (“El café”)

No faltará, por supuesto, quien considere que hacer del café un tema de cierta trascendencia es derrochar palabras en algo insignificante. Sin embargo, resulta evidente que en la vida de relación, tan en crisis en nuestros días, todo factor de comunicación, todo elemento que suscite y estimule la sociabilidad, es importante. En las ciudades en las cuales la existencia es cada vez más multitudinaria y, paradójicamente, más egoísta y soledosa, el café tiende a desaparecer para ser reemplazado por el tipo de establecimiento denominado “bar americano”, cuyas instalaciones —asientos paralelos al mostrador, por ejemplo—, impiden toda comunicación frontal y directa entre los parroquianos y los obligan a realizar el acto de consumo en forma urgente y veloz. La conversación, el intercambio de ideas, que es a la postre intercambio de afectos, ahí desaparece. (“El café: debate y libertad”)

En pasajes como los citados, el café adquiere una dimensión casi utópica en la medida en que, en él, el habitante de la urbe recupera su humanidad en compañía de sus semejantes¹⁷; es, sin lugar a dudas, un ámbito diferente al escenario de alienación que prevalece en las calles, espacio en el que se restablece el diálogo truncado por el vértigo y la fugacidad de la vida moderna. La presencia del café como tema trasunta una cierta nostalgia por un tiempo perdido; sin embargo, también es cierto que permite el encuentro de aquellos que “tienen idénticos problemas y buscan para ellos soluciones semejantes”, es decir sujetos que —presumiblemente— pertenecen a una élite conformada por intelectuales y escritores interesados en el futuro del país:

17 A ello habría que agregar el hecho de que los artículos sobre el café fueron escritos a la sombra de la dictadura de Odría; es decir, en ellos se llega a respirar el ambiente opresivo de la época, por lo cual se constituyen en un espacio propicio para la discusión libre de toda represión ideológica.

Eso es lo que está sucediendo en el Café de los Huérfanos, donde Juan Mejía Baca, en ocasiones a propósito de la edición de un libro —como últimamente con oportunidad a la aparición de un volumen de cuentos de Zavaleta—, junta a tirios y troyanos. Cita de café de “amplia base”, como se suele decir en términos al uso, prevalece en ella la tolerancia del anfitrión por sobre los distanciamientos de los huéspedes, y en fin, restablece la buena costumbre de encontrar periódicamente a aquellos que hacen lo mismo que nosotros, tienen idénticos problemas y buscan para ellos soluciones semejantes. (“El renacimiento del café”)

Finalmente, se hace necesario plantear algunas breves observaciones acerca de la *literariedad*¹⁸, así como el lenguaje empleado por el cronista. Respecto a la primera, el crítico norteamericano Jonathan Culler (2000) anota¹⁹:

Se suele decir que la «literariedad» reside sobre todo en la organización del lenguaje, en una organización particular que lo distingue del lenguaje usado con otros propósitos. La literatura es un lenguaje que trae «a primer plano» el propio lenguaje; lo rarifica, nos lo lanza a la cara diciendo «¡Mírame! ¡Soy lenguaje!», para que no olvidemos que estamos ante un lenguaje conformado de forma extraña. (p. 40)

Las crónicas de Salazar Bondy presentan el uso de figuras retóricas tales como la personificación, la metáfora, el apóstrofe, así como las sugerencias semánticas que se generan a través de la adjetivación, el énfasis colocado en el ritmo de la frase y otros recursos más. Ello, por ejemplo, se manifiesta en un artículo en el que describe el aspecto que luce la ciudad a las dos de madrugada, hora en la que él se encuentra aún trabajando y, precisamente, escribiendo sobre ella:

El tiempo, sin embargo, es triste a estas horas. Gotean las nubes su cándida garúa y el piso se cubre de una mancha brillante, sobre la cual las ruedas de los automóviles hacen untuoso sonido. Hay algo raudo y felino en todo esto: sombras, bultos, ecos, resonancias. Las figuras se agrandan y los ruidos perduran más. Como en el sueño. Es cierto,

18 El problema de la *literariedad* —que, en última instancia, remite a una definición de lo que es la literatura— es sumamente complejo. Para un acercamiento al tema puede consultarse el capítulo “¿Qué es la literatura, y qué importa lo que sea?” de Jonathan Culler en *Breve introducción a la teoría literaria*. Barcelona: Crítica, 2000.

19 Más adelante en su trabajo, sin embargo, Culler no se siente plenamente satisfecho con esta característica y demuestra cómo en algunos casos “no toda literatura trae consigo a primer término el lenguaje” (p. 41).

el sueño sale de las casas, toma la calle, asalta a los desvelados, y da a las realidades una dimensión que solo su ámbito misterioso admite. ¿No estaremos soñando? ¿No será el insomnio una forma —la más cruel— de la pesadilla? Quizá. No es posible atreverse a declarar nada definitivo a esta altura de la jornada, cuando presencias y distancias son imponderables. (“Recuadro al amanecer”)

El pasaje ilustra una perfecta adecuación entre el referente —la noche en la ciudad— y el lenguaje empleado: aparentemente desaparecido el tránsito que gobierna las calles de Lima durante el día y sumergido en el espacio de la noche, el cronista se ve en plena facultad y dominio de su instrumento —el lenguaje— para dar forma al misterio que asoma bajo las formas y sombras de la ciudad: “Hay algo raudo y felino en todo esto: sombras, bultos, ecos, resonancias. Las figuras se agrandan y los ruidos perduran más. Como en el sueño”. Paradójicamente —y diríase, irónicamente, por unas pocas horas— la crónica se reviste de la literariedad para dar cuenta de esa nueva dimensión representada por el paisaje de las calles nocturnas y el sueño de los habitantes de la urbe.

Por otra parte, en relación con el lenguaje, destaca el uso de expresiones lingüísticas de muy diverso origen entre las cuales habría que mencionar, en primer lugar, la presencia de neologismos, rasgo constante en la prosa tanto periodística como ensayística de Salazar Bondy y que da cuenta de su creatividad y originalidad²⁰. Vocablos y expresiones tales como “descaecido”, “confrontamiento”, “enharinamiento”, “nostrísimo”, “distritalismo”, “acuarelado”, “descorazonante”, “inconservable”, “cocacolesco”, “insensibilizante”, “martinporresco”, “chestertonianamente”, “afloración mendical”, “manía cuadriculadora”, “peña cafeteril”, “liberalismo manchesteriano”, entre muchos otros, dan cuenta de ello. Asimismo, la prosa se nutre de limeñismos tales como “chavetero”, “jironear”, “rompecolas”, “huatatiro”, “carnavalero” y otros más, así como préstamos de idiomas (del francés: *clochard*, *camouflage*, *ecuyère*; del inglés: *weekends*, *blue-jean*, *snack bar*, *self service*, *pick-up*; del italiano: *suscia*, *razzias*) y, por último, latinismos (*municipium*, *pro vincere*, *contradictio in adjecto*, *casus belli*). Este vasto repertorio de voces, obviamente, contribuye a colocar en primer plano el lenguaje, pero sin llegar a

20 Sobre la naturaleza polifónica de la prosa de Salazar Bondy en *Lima la horrible*, pueden encontrarse algunos apuntes en mi prólogo a la edición de su ensayo: “Respondiendo por los poros de tu cuerpo: *Lima la horrible*, medio siglo después” (Sebastián Salazar Bondy. *Lima la horrible*. Lima: Lápix Editores, 2014, pp. 17-43).

obstaculizar la comprensión del texto: con ello, además, el cronista no solo captura la atención del lector sino que articula una prosa ágil y atractiva acorde con la naturaleza de los temas tratados.

Por último, para efectos de esta edición, se ha optado por actualizar la ortografía (en particular, en lo que se refiere a la tildación de ciertas palabras y la conversión de números a letras), conforme a las reglas vigentes de la Academia de la Lengua Española. En otros casos —pocos, es cierto— se han empleado corchetes ([,]) para señalar errores de tipeo, propios del ejercicio periodístico. Todo ello ha sido realizado con el único objetivo de optimizar el texto para un lector contemporáneo y, claro está, sin modificar su original sustancia.

Criterios para la presente edición

Como podrá constatar el lector, la organización temática del volumen intenta reproducir algunos de los ejes recurrentes que se identifican en las crónicas de Salazar Bondy. Aun cuando resultan obvias las conexiones transversales entre ellas que dan cuenta, por ejemplo, del estrecho vínculo entre lo político y lo ético (véanse, por ejemplo, los textos de la sección “La prosperidad con mendigos”), o lo político y lo urbanístico (en crónicas como “Sin parques y con 30 millones” y “Parque para la masa popular”) se ha intentado establecer un orden que dé coherencia y secuencialidad a un material que originalmente no fue pensado para ser publicado en forma de libro.

Así, algunos de los textos de la sección titulada “Estamos fundando Lima” ofrecen una perspectiva histórica respecto a la configuración de la ciudad desde sus orígenes. Con motivo del aniversario de Lima (en las crónicas “Fundación” y “Lima y su destino”), Salazar Bondy propone una reescritura de la historia de la ciudad que desdice las versiones oficiales impuestas por la historiografía y reivindica el derecho de sus primeros habitantes indígenas a ser incluidos en el proyecto y destino de la misma. Hay en ello, ciertamente, no solo un intento por redefinir lo “limeño” sino, en última instancia, un modo distinto de concebir “lo peruano” y, por extensión, el concepto de “nación”, pues resulta evidente que —tal como se subraya, por ejemplo, en el artículo “La ciudad que semeja al país”— los problemas de la urbe reproducen los propios de la sociedad peruana en su conjunto. En tal sentido, contrariamente a lo que se ha subrayado en varias oportunidades sobre la visión de la ciudad que ofrece en su ensayo *Lima la*

horrible, Salazar Bondy es plenamente consciente del proceso de mestizaje y los cambios sociales que aquella está atravesando y reconoce en ello una marca de futuro²¹:

En Lima, en los coliseos, se puede medir el grado de amestizamiento peruano. Los que aquí viven y bajo la carpa se divierten son de sus viejos y lejanos pueblos y son al mismo tiempo de la ciudad. Como en el Mambo de Machaguay, precisamente, en el cual se compenetran el oscuro río de la raza de bronce y el aluvión incoloro y cosmopolita que se vierte por las laderas de la vida urbana. Esa suma, mientras se haga bajo el signo indígena, será obligatoriamente peruana. Tendrá el sabor de la tierra, de la patria varia y, sin embargo, una. (“El coliseo, laboratorio de mestizaje”)

(...) no es audaz pronosticar que en los coliseos se cumple ese proceso de interculturación que es característico del Perú contemporáneo, gracias al cual la blanca Lima se indianiza y el país rural y quechua se proyecta a la urbe hispánica. (“Los traficantes de un sueño”)

Por otra parte, en los textos sobre la fundación de Lima, Salazar Bondy introduce a través de la mirada del conquistador —en este caso, el propio Francisco Pizarro— la visión del futuro de la ciudad:

La pupila del guerrero, antes de la ceremonia misma, antes de las actas y de las firmas de notarios y testigos, fundó la ciudad. Quizá sí, al conjuro de un vertiginoso sueño, vio el trujillano el futuro de la ciudad que, al pie de la murmurante corriente, habría de surgir. Entre los nubarrones de su visión, entre la penumbra de su videncia, es probable que aquel aventurero extremeño presintiera el destino del caserío de barro. (“Fundación”)

Esta mirada coincide plenamente con las formulaciones del crítico Ángel Rama con respecto al sentido del acto fundacional de las ciudades en América:

La traslación del orden social a una realidad física, en el caso de la fundación de las ciudades, implicaba el previo diseño urbanístico mediante los lenguajes simbólicos de la cultura sujetos a concepción racional. Pero a esta se le exigía que además de componer un diseño,

21 Al comentar el artículo “Estamos fundando Lima”, Mario Granda (2014) afirma: “(...) es patente una idea más tolerante hacia la posibilidad de cambio. La ciudad se empieza a poblar de una masa humana diferente, un cuerpo social que es la síntesis de la dialéctica interna del país. También es posible notar que el escritor se permite explayar un poco más sobre los pronósticos de la futura Lima, un aspecto muy poco presente en *Lima la horrible*” (“Sebastián Salazar Bondy: lector de Lima la horrible”. *Martín XIV*, 27, pp. 27-33).

previera un futuro. De hecho el diseño debía ser orientado por el resultado que se habría de obtener en el futuro, según el texto real dice explícitamente²². (p. 6)

En este sentido, en la mirada del guerrero que funda la ciudad ya están asimilados los “lenguajes simbólicos de la cultura” a los que se refiere Rama, entre los cuales merecerá particular atención el de las matemáticas que, aplicado al espacio geográfico, dará como resultado el diseño del damero²³.

Por otra parte, en el acto fundacional que describe el cronista —del cual también participan los “guerreros”— se inscribe un modelo de ciudad según el cual la *polis* se constituye en hito desde donde se inicia la propagación de la civilización europea:

Los guerreros holgaban y su jefe presidía aquella paz, vigilante, sin embargo, de cualquier peligro. El Nuevo Mundo, el paraíso perdido y recuperado, lentamente adquiriría la faz del universo conocido. La cruz en el tope de las iglesias hablaba de la nueva fe y las campanas eran las voces que convocaban a los hombres en torno al altar del sacrificio. Cada ciudad que surgía era un matiz más del orbe descubierto en el camino hacia el confín de la tierra. (“Fundación”)

La primera sección del volumen incluye, además, un conjunto de crónicas (cinco en total) que recogen los resultados de una publicación de mediados de los años cincuenta realizada por la ya desaparecida Oficina

22 El “texto real” al que se refiere Rama son las instrucciones impartidas por el rey en 1513 para la conquista y colonización de Tierra Firme: “Vistas las cosas que para los asentos de los lugares son necesarias, y escogido el sitio más provechoso y en que incurren más de las cosas que para el pueblo son menester, habréis de repartir los solares del lugar para hacer las casas, y estos han de ser repartidos según las calidades de las personas y sean de comienzo dados por *orden*: por manera que hechos los solares, el pueblo parezca *ordenado*, así en el lugar que se dejare para plaza, como el lugar en que hubiere la iglesia, como en el *orden* que tuvieren las calles; porque en los lugares que de nuevo se hacen dando la *orden* en el comienzo sin ningún trabajo ni costa quedan ordenados e los otros jamás se ordenan” (texto citado por Rama, p. 6; los subrayados son del autor).

23 Para Rama, “[la] traslación fue facilitada por el vigoroso desarrollo alcanzado en la época por el sistema más abstracto de que eran aquellos lenguajes: las matemáticas, con su aplicación en la geometría analítica, cuyos métodos habían sido ya extendidos por Descartes a todos los campos del conocimiento humano (...) El resultado en América Latina fue el diseño en damero, que reprodujeron (con o sin plano a la vista) las ciudades barrocas y que se prolongó hasta prácticamente nuestros días” (*Ibid.*, p. 6).

Nacional de Planeamiento y Urbanismo, titulada “Lima Metropolitana. Algunos aspectos de su expediente urbano y soluciones parciales varias”. Implícitamente, el comentario a estos textos demuestra la conciencia del cronista de la necesidad de integrar en el proyecto de modernización de la ciudad los aportes del urbanismo, esto es, la participación en su desarrollo de una clase de profesionales cuyo aporte resulta fundamental para hacer del espacio urbano un espacio viable. Agrupados junto a aquellos otros textos en los que intenta reformular los orígenes de la urbe moderna, Salazar Bondy esboza un perfil sumamente ambicioso de lo que significa la ciudad. A diferencia de la producción tanto de historiadores como literatos que se habían abocado hasta entonces a la representación de Lima —cuyo testimonio recogerá extensivamente en *Lima la horrible*—, inmerso en aquellos otros testimonios que brindan las cifras y estadísticas de los tecnócratas, el cronista está en condiciones de comprender de una manera más integral la complejidad del fenómeno urbano. En tal sentido, se coloca en una posición privilegiada que le permite —tal como se demuestra en las crónicas agrupadas en las demás secciones del volumen—, abordar la problemática urbana atravesando su complejo entramado social adoptando una mirada tanto ética como política, histórica como económica e, inclusive, antropológica como estética.

A lo largo de las numerosas crónicas que integran la segunda sección —“El patrimonio nacional: una mercancía?”—, Salazar Bondy asume la defensa del capital cultural que representan para la ciudad plazas, plazuelas, iglesias, monumentos, obras de arte y otros testimonios de su historia y arraigo ancestral. Enfrentado al pretendido “progresismo” de algunos de sus adversarios, el cronista se defiende en repetidas ocasiones incidiendo en la necesidad de integrar el pasado y el presente de la ciudad y, con ello, posibilitar la transmisión a las nuevas generaciones del legado de la tradición:

No es el caso, como alguien alguna vez se lo insinuó a quien esto escribe, que la oposición al apetito demoledor suponga adhesión y deseo de conservar todo lo que Lima tiene de vejez y pobreza. Hay en la ciudad, es cierto, mucho de feo y sucio, mucho de triste y miserable. Pero el problema parte precisamente del hecho indiscutible de que los “progresistas” eligen para levantar sus ostentosos edificios solo aquellos lugares que son ocupados por reliquias y monumentos representativos. (“El alud y el escarbadiantes”)

No defendemos balcones apolillados. Que esos caigan en buena hora. Defendemos otra cosa: esa verdad que se expresa en trazos incaicos e

hispánicos, en huacos precolombinos y lienzos coloniales, en la palabra de Garcilaso y de Vallejo. Claro que los idólatras del hormigón no podrán borrar esa herencia, por más brutales que sean en su fobia hacia los restos del pasado, pero el deber de todos aquellos que entienden que una nación es siempre la adición parsimoniosa de los borradores sucesivos de un proyecto vital es conservar un patrimonio, enriquecerlo en la medida de sus medios y brindarlo a los que vienen como algo aún imperfecto y perfectible. (“Balcones apollillados y tradición”)

Estos pasajes —y otros más pertenecientes a esta sección— son testimonio y síntoma de la importancia que representaba en la época la discusión y debate acerca del perfil urbanístico que debía adoptar una ciudad que, por su naturaleza histórica, estaba a un tiempo unida a un pasado colonial —y no olvidemos, también precolombino— y, por otro, urgida por las necesidades de un presente inmediato y tangible. La prueba de que este debate podía, en algunos casos, conducir a soluciones viables y adecuadas queda demostrada en una crónica en la que Salazar Bondy reconoce el acierto de la gestión del alcalde Luis Larco en la remodelación de la Plazuela de San Francisco:

En exceso gentil y generoso es el gesto del alcalde de Lima, Sr. Luis Larco, de invitar a este cronista a su despacho para solicitarle su opinión sobre las excelentes reformas que se están realizando en la Plazuela de San Francisco. La obra se ha concebido con un criterio tan justo y son tan apropiadas las ideas de restauración que en ese rincón limeño se han aplicado, que solo cabe al periodista estampar aquí la felicitación que personalmente expresó al jefe de la comuna. (“Gratitud a un gesto”)

La singular anécdota narrada por el cronista no solo demuestra la posibilidad de un entendimiento entre los actores involucrados e interesados en el destino de la ciudad —en este caso, un representante del poder político, el alcalde, y otro de la voz de los ciudadanos, el propio cronista—, sino, paradójicamente, el impacto que podía tener la labor de la prensa en una sociedad que atravesaba por ese entonces —el artículo está fechado en 1954, es decir, en plena dictadura del general Manuel A. Odría— un momento crítico en el que la posibilidad de respuesta de los ciudadanos al poder político era prácticamente nula. Por otra parte, la descripción de la escena simula el encuentro casi teatral entre dos actores sobre el fondo de una circunstancia y contexto —las reformas emprendidas por el alcalde y la correspondiente opinión del cronista al respecto— lo cual, a su vez, contribuye a legitimar las posiciones y roles de ambos actores: el alcalde es reconocido por el cronista en su calidad de autoridad política y este último

lo es en términos de la importancia que aquel asigna a sus opiniones, es decir, a su palabra.

La tercera sección —titulada “El poco verde que nos han dejado”— agrupa textos que abordan el problema de la carencia de áreas verdes para el habitante promedio de la ciudad. Sostenidamente, Salazar Bondy emprende una obstinada defensa del árbol al punto de convertirlo en una suerte de símbolo del permanente divorcio entre la ciudad y la naturaleza. Uno de los más notables de la sección es, sin lugar a dudas, aquel en el cual el cronista sugiere cómo el maltrato que sufren los árboles en el espacio urbano da lugar a una grotesca progenie de criaturas de ficción:

Ni cuando el hombre inventó el hacha, el hacha fue más activa. La Plaza de Armas soportó el arma, el Parque de la Reserva supo de su filuda hoja, el Parque de la Exposición gimió bajo el martirio, la Avenida de la Paz agonizó con sus golpes, la Alameda Pardo sucumbió al furor de la flamante divinidad. En estos días es la Alameda Palma, la de don Ricardo, segundo fundador de Lima, como lo considera Raúl Porras, la que existe en el pánico del Azote del Árbol. Mas eso no es todo: para un Podador Técnico matar con hacha no es todo el placer. Hay que apuñalar, y surge entonces el Árbol Indicador, el Árbol de Dirección de Tránsito, el Árbol Publicitario. Hay que carbonizar, y aparece el Árbol Poste Eléctrico, el Árbol Telefónico y el Árbol Telegráfico. Hay que envenenar, y se da el Árbol Letrina, el Árbol Alcantarilla, el Árbol Tanque. Hay que ahogar, y se crea el Árbol Sediento. La muerte toma a los árboles de pie, pero un día se desploman. (“El árbol: un ser humillado y ofendido”)

El pasaje es significativo en la medida en que el Árbol —palabra escrita con mayúscula— adquiere una dimensión mitológica y religiosa (al comienzo del artículo, el cronista escribe, por ejemplo: “Plinio el Joven escribió que el árbol fue el primer templo en donde el hombre rindió su reverente tributo a los dioses”), como un ser sobrenatural y ajeno al mundo de los seres humanos que ha sido trasladado al ominoso paisaje del presente constituido por plazas, parques y avenidas. Haciendo uso de una serie de recursos estilísticos que contribuyen a exaltar el martirio que sufre el Árbol a manos de ese nefasto personaje que es el Podador Técnico (véase, por ejemplo, el encadenamiento de verbos que aluden al sufrimiento del protagonista, todo ello con una clara reminiscencia cristiana: “soportó”, “gimió”, “agonizó”, “sucumbió”), Salazar Bondy acierta a crear una imagen vívida y trágica de la existencia del árbol en una ciudad como Lima. Aparte de ello, en la extensa enumeración de los tipos de árbol que surgen a partir del maltrato (el Árbol Indicador, el Árbol de Dirección de Tránsito, y muchos

otros más) diríase que hay una cierta reminiscencia vanguardista según la cual un elemento de la naturaleza asume las funciones propias de un artefacto o máquina creado por el hombre (“el Árbol Poste Eléctrico”, “el Árbol Telefónico” y el “Árbol Telegráfico”, por ejemplo).

Por otra parte, es también cierto que en esta defensa de los escasos espacios naturales de la ciudad —y en particular, del árbol— ante el avance de la destrucción emprendida principalmente por las autoridades ediles, hay un cierto tono de melancolía y tristeza que llega a translucirse en ciertos pasajes:

Hacia muchos años que estaban ahí, tantos que no hay vivo ya nadie que los conociera pequeños. Su nobleza la daban sus perfiles secos, sus fuertes ramas, sus copiosas hojas. Eran sobrevivientes majestuosos de un pasado íntimo. A su sombra transcurrieron muchos diálogos de amor, muchas amistades, muchas vidas, y ellos supieron ser discretos y amables, generosos e indulgentes, como ancianos cargados de experiencia a quienes nada sorprendía ya. Pasaron penurias y sed, y continuaron existiendo, hechos una sola unidad con la calle, con las gentes, con la ciudad. Eran como el símbolo del tiempo, pues todo podía cambiar a su alrededor sin que, gracias a su peculiaridad, el trozo de la ciudad en que estaban perdiera su carácter. Bastaba trazar sobre un papel la solidez de su tronco, la gracia de sus ramas y la densidad de su copa, para evocar de inmediato, no solo el rincón que les pertenecía, sino su atmósfera, su encanto, su historia. Toda alegoría de Miraflores los tenía que contar para ser verdaderamente significativa. (“Elegía para unos ficus asesinados”)

Significativamente, en otra de sus crónicas Salazar Bondy hará mención del cuento de Julio Ramón Ribeyro —“Páginas de un diario”— identificado con un personaje que, como él, parece desgarrarse “ante los cambios de la ciudad natal”²⁴.

Recuerda el cronista unas páginas melancólicas —“Páginas de un diario”, se titula el cuento— de Julio Ramón Ribeyro a propósito del arrasamiento arbóreo de la “Alameda” Pardo, también en Miraflores, en donde la memoria de la infancia de un hombre se desgarra ante los cambios del

24 La experiencia del desarraigo de los habitantes de la ciudad, la pérdida de los espacios en donde se desarrolló su infancia y adolescencia está muy presente también en la cuentística de Salazar Bondy como puede verse, por ejemplo, en el cuento “Volver al pasado”. Sobre el tema puede consultarse el capítulo “Sebastián Salazar Bondy” en J. Güich y A. Sustí. *Ciudades ocultas: Lima en el cuento peruano moderno*. Lima: Universidad de Lima, Fondo Editorial, 2007, pp. 69-84.

barrio natal, como si dicha violenta transformación ocurriera no solo en el ámbito donde el niño iniciara su aventura vital, riesgo y desengaño, sino en su interior más profundo, en su corazón central. Ese relato es la protesta que todos quisiéramos hacer cada vez que, con argumentos prácticos tajantes, las municipalidades hurtan a nuestra ciudad lo único que ella tiene de encantador. Valga ese diario personal del personaje de Ribeyro —tal vez él mismo, quién sabe—, como el testimonio de que no todos, en este tiempo, optamos por un expediente fácil en la tarea de hacer más habitable este espacio amado en el cual nacimos²⁵. (“Otra vez los árboles”)

La cuarta sección, “La prosperidad con mendigos”, reúne un conjunto de textos en los cuales el cronista incide en las contradicciones sociales y económicas propias de la ciudad y reflexiona acerca de los males que aquejan a la sociedad limeña, expresados principalmente en el problema de la mendicidad, pero también en la proliferación de un sinnúmero de “oficios” producto del desempleo generalizado (cuidadores de autos, vendedores ambulantes, niños lustrabotas, delincuentes, entre otros). Urgido por el panorama desolador del futuro que se cierne sobre las nuevas generaciones, Salazar Bondy plantea que las raíces del problema se sitúan en las deficiencias y limitaciones del sistema educativo y llega a proponer algunas alternativas de solución:

¿Con qué derecho, podemos preguntarnos, hemos de exigir a quienes nacen y crecen en los tugurios de los barrios clandestinos, que Lima ostenta como una verdadera lepra, educados, de otra parte, en escuelas donde la enseñanza adolece de formalismo y vacua grandilocuencia, un sólido fondo ético? (“Delincuencia y juventud”)

Alguien ha dicho que los conceptos educativos que rigen en los países desarrollados no pueden ser aplicados sin revisión previa a nuestro medio, porque la idea de la infancia —etapa de aprendizaje y preparación para la existencia adulta— es entre nosotros, desde el punto de vista cronológico, infinitamente más reducida que la de aquellos. En efecto, para la pedagogía francesa, inglesa o norteamericana, un ser es niño hasta bastante avanzada la adolescencia. Su época de educación y juego es vasta, lo que permite que los conocimientos le sean proporcionados con método y parsimonia. En tanto, los niños del Perú —por lo menos, los niños de una buena parte de la clase popular— lo son hasta el momento

25 En realidad, el cuento de Ribeyro al que se refiere Salazar Bondy en estas líneas no es “Páginas de un diario”, sino “Los eucaliptos” incluido en el volumen *Cuentos de circunstancias* publicado en 1958.

en que pueden echarse a la vía pública a conseguir el sustento por el medio que el azar ponga a su alcance: la caja de lustrabotas o la astucia del “pájaro frutero”. ¿A qué edad termina, pues, la infancia? A los seis, siete u ocho años. En adelante, la vida de un chico es tan dura como la del cualquier obrero. ¿Esto no justificaría que nuestros planes educativos se redujeran, para aumentar su eficacia, mientras el país no puede ofrecer a cada ciudadano una formación completa? ¿No sería propio disponer un mecanismo de “promociones adelantadas”, mientras subsiste la emergencia del desamparo infantil? (“Un lustrabotas y el país futuro”)

A diferencia de aquellas crónicas que proponen una relectura del pasado de la ciudad, o bien las que buscan identificar “el meollo singular de nuestro modo de ser” a través de la revaloración del patrimonio histórico, o las que plantean una reconfiguración de la relación entre el hombre y la naturaleza en el espacio urbano, las que conforman “La prosperidad con mendigos” revelan el trasfondo dramático que gobierna el escenario de la urbe: en este caso, la patente incompetencia del poder político —tanto del Estado como del Municipio— no hace más que agudizar la postergación de vastos sectores de la población abocados a actividades económicas informales tales como el comercio ambulante. En estos pasajes, la figura del cronista cede su lugar a la del político que aspira a revertir la precaria condición de quienes permanecen al margen de las reformas del Estado:

Soy partidario de que se les deje trabajar libremente en tanto el Estado sea incapaz, pese a sus promesas de “estabilización”, “techo y tierra”, “saneamiento económico” y otras fórmulas al uso, de resolver el problema básico del país: el subdesarrollo. Es síntoma de ese subdesarrollo tanto la existencia de los pobres vendedores ambulantes cuanto la dación de disposiciones que intentan pintar de carmín las mejillas del país anémico y hético. (“La verdad contra la zona rígida”)

Por su parte, la sección “Ideas de peatón” agrupa un conjunto de crónicas cuyo eje gira principalmente en torno al problema del tránsito en la urbe, trátese ya sea de la circulación de automóviles, las deficiencias del transporte público, la configuración de ciertas importantes avenidas y las consecuencias funestas del desorden vial que, en general, gobiernan la ciudad. Sintomáticamente, la presencia cotidiana de la muerte en estos textos sugiere el grado de desorganización que rige la circulación vial (véanse, por ejemplo, los textos “Criminales en auto”, “Crimen de irresponsable”, “Una nueva pista”, “Vehículos y cáncer”, “Ómnibus y horarios” y “Los criminales del tránsito”). A semejanza de las crónicas incluidas en la sección “La prosperidad con mendigos”, el presente acomete violentamente al lector

a través de la noticia fatídica: la muerte toma posesión del escenario de la crónica sin preámbulo alguno, acompañada, además por la presencia de la demencia de algunos conductores. Ante la carencia de normas que regulen la circulación vial por la ciudad y la ausencia de control, el automóvil se convierte en un arma letal en manos de los irresponsables:

El tránsito es una imagen de la moral colectiva, del alma nacional, y no es esta una afirmación apocalíptica, como podría parecer. Cualquier persona sensata que haya viajado a las horas de mayor congestión por el perímetro más agitado de la ciudad sabe que las pistas son escenarios de más de un caso demencial. Con licencia para conducir, circulan en Lima innumerables locos y desequilibrados, cuando no seres poseídos por un complejo de inferioridad, al que compensan o subliman haciendo privar su voluntad y su capricho. Las normas son para los tontos, los tímidos, los abúlicos, según el criterio del intolerante que tiene un timón entre las manos. (“Los criminales del tránsito”)

La rotunda afirmación de que el “tránsito es una imagen de la moral colectiva, del alma nacional” no hace más que confirmar el hecho de que el organismo social se encuentra enfermo: a través de la metáfora del cuerpo, Salazar Bondy sugiere que por las vías de la ciudad —esto es, sus avenidas, pistas, etc.— circula un cáncer encarnado en “la demencia de los conductores” cuya capacidad destructiva es apenas concebible.

Por otra parte, desde su visión de peatón²⁶, en la sociedad limeña el automóvil representa para el cronista un objeto de adoración en la medida en que alimenta el egoísmo e individualismo de quienes lo poseen. Salazar Bondy, además, cuestiona el hecho de que, lejos de servir como un medio de transporte rápido y eficaz, el automóvil en Lima es un instrumento que propicia el divorcio con la realidad circundante. En esta suerte de alegato moral contra el automóvil se vislumbra una crítica profunda contra las bases sobre las que está constituida la sociedad burguesa:

La representación de la riqueza ha llegado a ser, antes que nada, un automóvil, un automóvil de lujo. No un aparato más o menos eficaz, con

26 Según confiesa el propio autor en la crónica que da el título a esta sección, “[p]ara desplazarme de un lugar a otro, cuando las distancias son cortas, hago aún uso de mis piernas. En caso contrario, de los ómnibus y de los taxis. Soy, pues, de los que saborean diariamente el amargo pan del transeúnte y de los que, víctimas propiciatorias del embotellamiento cotidiano, saben sufrir callados demoras y dilaciones”. (“Ideas de peatón”)

cuatro ruedas, que lo traslade a uno de un lado a otro, sino la ambición rastacuera de un gran carro, con muchos cromos y luces, con muchos detalles técnicos, con muchas llavecitas y botones, que circule ostensiblemente por las calles aunque quien lo maneje no venga de ninguna parte ni vaya a algún lugar determinado. (“Un mito criollo: el automóvil”)

Es que un enorme porcentaje de la población —precisamente quienes ejercen dirigencia en el poder, la empresa y la comunidad en general— se desplaza de un lado a otro, envuelto en la escafandra automovilística, existe en la retorta del carro como seres que solo ven la ciudad desde las ventanas de los despachos y de los vehículos como paisajes que circulan por pantallas parecidas a las de la ficción. De ahí a divorciarse de la realidad colectiva, del hervidero múltiple de la comunidad, de los problemas que en su vida pública vive el mayoritario peatón, hay un paso. (“El automóvil en su sitio”)

Finalmente, una variedad muy diversa de temas aparecen reunidos en la última sección del volumen, titulada genéricamente “Usos y costumbres”. En ella el lector podrá encontrar, por ejemplo, los textos ya referidos anteriormente a la importancia del café como espacio de humanización del hombre de la calle, o aquellos otros acerca de ciertas costumbres de los limeños —algunas perjudiciales, otras no— tales como la violencia en los carnavales, el ruido y sus efectos nocivos para la salud y la convivencia, la acumulación de desechos en las azoteas de las casas, la precariedad de la higiene urbana, el colapso de ciertos servicios públicos, el consumismo desenfrenado y otros más. Por otra parte, se han incluido crónicas en las cuales Salazar Bondy reconoce, comenta y celebra diversas manifestaciones de la cultura popular tales como el vals, el circo, la presencia de las vivanderas en las calles, el espectáculo multicultural de los coliseos, etc. Sin lugar a dudas, si en las demás secciones prevalece la mirada crítica—y, por momentos, ácida e irónica— del cronista, en esta última el lector podrá percibir en sus textos, sobre todo, la vitalidad de una ciudad y un pueblo que, a pesar de sus graves problemas y carencias, aún conserva intacta la fe en el futuro y la vocación de afirmación de la vida.

Bibliografía citada

- Benjamin, W. (2014). *Baudelaire*. Introducción y selección de J.M. Cuesta Abad. Traducción de A. Brotons Muñoz, J. Navarro Pérez y J. Barja. Madrid: Abada.

- Berman, M. (1988). "Baudelaire: el modernismo en la calle". *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Traducción de A. Morales Vidal. México DF: Siglo XXI, pp. 129-173.
- Bernabé, M. (2006). *Vidas de artista. Bobemia y dandismo en Mariátegui, Valdelomar y Eguren. (Lima 1911-1922)*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Culler J. (2000). *Breve introducción a la teoría literaria*. Barcelona: Crítica.
- Granda, M. (2014). "Sebastián Salazar Bondy: lector de Lima la horrible". *Martín XIV* (27), pp. 27-33.
- Güich J., y Sustí, A. (2007). "Sebastián Salazar Bondy". *Ciudades ocultas: Lima en el cuento peruano moderno*. Lima: Universidad de Lima, Fondo Editorial, pp. 69-84.
- Hirschhorn. G. (2005). *Sebastián Salazar Bondy. Pasión por la cultura*. Lima: Fondo Editorial de la UNMSM, Embajada de Francia, IFEA.
- Idez A. (2013). "La crónica en la encrucijada de la subjetividad: periodismo, autobiografía y literatura", publicación en la http://www.celarg.org/int/arch_public/idez_arielcc.pdf,
- Oquendo, A. (1966). "Cronología sumaria de Sebastián Salazar Bondy" en *Revista Peruana de Cultura* 7-8, pp. 152-160.
- Rama, A. (1984). *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Rotker, S. (2005). *La invención de la crónica*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Salazar Bondy, S. (2014). *Lima la horrible*. Edición y prólogo de Alejandro Sustí. Lima: Lápix Editores.
- Salazar Bondy, S. (2003). *Escritos políticos y morales (Perú: 1954-1965)*. Lima: Fondo Editorial de la UNMSM.
- Salazar Bondy, S. (1990). *Una voz libre en el caos. Ensayo y crítica de arte*. Lima: Jaime Campodónico Editor.
- Sustí, A. (2014a). "La crítica periodística de Sebastián Salazar Bondy" en *Sebastián Salazar Bondy. La luz tras la memoria. Artículos periodísticos sobre literatura y cultura (1945-1965)*. Tomo I. Lima: Lápix Editores, pp. 15-52.

- Susti, A. (2014b). “Respondiendo por los poros de tu cuerpo: *Lima la horrible*, medio siglo después” en Sebastián Salazar Bondy. *Lima la horrible*. Lima: Lápix Editores, 2014, pp. 17-43.
- Vidal Rojas, R. (2011). “La ciudad, ¿utopía permanente?” en *Theoria* 20 (1), pp. 65-79.

I

Estamos fundando Lima

Fundación

Un 6 de enero, cargado con los hierros del capitán conquistador, Pizarro puso los ojos en este valle que el Rímac, rumoroso y estevado, bañaba. Esa mirada —y la decisión que significaba— fueron así historia. Por una de esas coincidencias que suele el destino deparar, allí, a la orilla del escaso río, estaba el oráculo que predijera la destrucción del imperio, precisamente en el lugar en donde había de nacer la capital de la nueva nación. La pupila del guerrero, antes de la ceremonia misma, antes de las actas y de las firmas de notarios y testigos, fundó la ciudad. Quizá sí, al conjuro de un vertiginoso sueño, vio el trujillano el futuro de la ciudad que, al pie de la murmurante corriente, habría de surgir. Entre los nubarrones de su visión, entre la penumbra de su videncia, es probable que aquel aventurero extremeño presintiera el destino del caserío de barro. Se trataba apenas de un deseo, de un acto de voluntad, de una ansiedad secreta. El hombre miraba desde una altura la tierra apenas verdecida, y distinguía a lo lejos el mar abrazado por dos salientes de la bahía. Atrás, la presencia de los Andes, la dura cordillera, las cimas que había desafiado y vencido, eran como el testimonio de un esfuerzo que aquella breve vega convertía en una página heroica. La ciudad ya estaba allí, en las imágenes que el vencedor animaba sobre la soledad de la pequeña campiña.

Era del Día de Reyes, la fecha en que se celebraba la visita de los magos al recién nacido. Posiblemente los trabajos de la organización, la complicada obra de transformar el alma del viejo pueblo nativo en otra alma, habían entrado en un reposo temporal. Los guerreros holgaban y su jefe presidía aquella paz, vigilante, sin embargo, de cualquier peligro. El Nuevo Mundo, el paraíso perdido y recuperado, lentamente adquiriría la faz del universo conocido. La cruz en el topo de las iglesias hablaba de la nueva fe y las campanas eran las voces que convocaban a los hombres en torno

al altar del sacrificio. Cada ciudad que surgía era un matiz más del orbe descubierto en el camino hacia el confín de la tierra. Y en ese Día de Reyes, día de adoración y regocijo, día en que los hombres de todas las razas se hincaran ante el príncipe divino, el soldado puso los ojos en el estrecho valle a que daba origen el río locuaz que predecía el futuro.

Así nació la ciudad. No importa que el acto de la fundación se realizara días después. Lo válido era ese movimiento de simpatía que fecundaba en silencio la villa que hoy vemos rebasar tempestuosa los límites del ejido primitivo. Esta nota celebra ese deseo, lo que ese deseo entrañaba, cuando un 6 de enero, hace más de cuatro siglos, cargado con los hierros del capitán conquistador, Pizarro soñó la vida en las riberas del precario Rímac.

La Prensa, 6 de enero de 1953, p. 6.

Urbanista, un técnico necesario

Es probable que el futuro llame a nuestra época la Era de la Ciudad, pues el desarrollo urbano ha alcanzado en este siglo caracteres extraordinarios. De la noche a la mañana, aparecen centros poblados que se transforman prontamente en ciudades; las urbes existentes crecen a ritmo acelerado, se producen en pocos años simbiosis de núcleos humanos, etc. Las más grandes ciudades de la Edad Media no llegaban a los cien mil habitantes, y Roma probablemente, en su etapa de mayor auge, apenas debió pasar del millón de habitantes. La aparición de la gran industria, imán de las migraciones; la multiplicación de los medios de transporte, el aumento demográfico del orbe, son algunas de las causas de este fenómeno. Y los problemas que él ha engendrado rebasan, por su dramatismo y magnitud, los límites de lo meramente municipal: son problemas nacionales. Toda política gubernamental sensible ha puesto especial atención en ellos.

Urbanismo peruano

El Perú no es una excepción a esta ley contemporánea. Históricamente, asistimos a nuestro segundo desarrollo urbano, pues la Conquista y las Reducciones de Toledo representaron la iniciación de la existencia citadina nacional. Lima se incrementa en forma desproporcionada y nuevas poblaciones, a lo largo de las carreteras, surgen con ímpetu avasallador y saludable: Santa Inés, Chaclacayo, Chosica, Tingo María, Pucallpa. Otras como Chiclayo y Huancayo, se tornan en ciudades a pasos firmes y rápidos. La habitación insalubre, la escasez de vivienda, la despoblación rural, etc., que se sufren en Lima y Arequipa, denuncian que hay interrogantes que requieren de una inmediata respuesta. La Ciudad de Dios, esa repentina flor

de la miseria brotada en pleno desierto limeño, habla bien claramente de cuánto hay por hacer en este orden en el Perú.

Pero el hombre sabe contrarrestar los males que lo amenazan. Una ciencia ha nacido al conjuro de aquellas dolencias: el urbanismo. Las grandes universidades del mundo han creado cátedras e institutos con el fin de estudiar disciplinadamente las cuestiones relativas a los fenómenos que determina la ciudad moderna, buscándoles soluciones eficaces y orientando la política oficial al respecto. El Institut d'Urbanisme de La Sorbona, en París, es un ejemplo de ello y un modelo en su género. Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos mantienen en sus centros de estudios superiores estas entidades de investigación urbanística. Por razón del empeño de unos cuantos, en Lima existe un Instituto de Urbanismo destinado a postgraduados: funciona adscrito a la Escuela Nacional de Ingenieros. Similares a este solo hay en Buenos Aires, Montevideo y Bello Horizonte (Brasil), en lo que se refiere a Latinoamérica. Nuestro Instituto de Urbanismo lleva ya cuatro años de labor consecutiva y cerca de cincuenta profesionales han seguido sus cursos. En la última ceremonia de graduación obtuvo su título el primer urbanista recibido en la Escuela Nacional de Ingenieros, el señor Roberto Pérez del Pozo, y algunos otros se hallan presentando sus tesis. Huelga, por demasiado obvio, ponderar aquí la importancia de dicha cátedra, pues bien evidente es la necesidad que nuestro país tiene de esta clase de técnicos. Más propio es divulgar la clase de enseñanza y el tipo de instrucción que en ese centro se imparte.

Preparación del urbanista

La preparación del urbanista es de dos clases: teórica y de taller. Para ello se usan siempre casos de problemas nacionales con el objeto de que, en el estudio, se planteen y se tracen los lineamientos de las soluciones que ellos requieren. Así, los alumnos han realizado los expedientes urbanos de varias poblaciones urbanas: el de Pisco, por ejemplo, que ha sido tema del año que acaba de concluir. Los cursos están a cargo de conocidos urbanistas peruanos, a los cuales se han añadido algunos profesores universitarios, como el doctor Raúl Porras Barrenechea, quien ha dictado un cursillo sobre la Ciudad Colonial, que próximamente será editado. Los alumnos siguen un año de estudios y deben, como arriba se ha visto, presentar una tesis para merecer el grado correspondiente. El Instituto de Urbanismo ocupa un pabellón del Departamento de Arquitectura, cuenta con una biblioteca

especializada y en la actualidad está en proceso de organización una fototeca y una mapoteca. A la cabeza de esta joven y promisoría institución se halla el arquitecto Luis Ortiz de Zevallos.

No es por casualidad que todas las obras de importancia que se han hecho recientemente en el país sobre vivienda y urbanismo han sido proyectadas o ejecutadas por profesores y alumnos del organismo docente aludido. Baste citar la Corporación Nacional de la Vivienda, la Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo, la Unidad Vecinal N.º 1, etc. y como la tarea que hay por delante es inmensa y pide la intervención de muchos, no hay duda de que el Instituto de Urbanismo está llamado a ser la fuente de los especialistas que se impongan en la misión de resolver los problemas que actualmente abruman al habitante de la ciudad peruana. Para todo el que sabe ver y, por eso, para el que reconoce a cada momento cuán perentoria es la urgencia que existe de que se logre el bienestar —condición fundamental para la salud de una nación— del hombre común del Perú, la profesión de urbanista es una suerte de actividad que nuestra patria pide desesperadamente.

La Prensa, 24 de enero de 1955, p. 10.

Lima en un memorándum

Un memorándum de Héctor Velarde sobre las calles y casas de Lima que deben ser defendidas del alud de demoliciones que desde hace algunos años se ha desatado sobre nuestra ciudad, publicado en un matutino local, ha vuelto a poner sobre el tapete la tan debatida cuestión en torno a la tradición o el progreso, entendido este como destrucción de lo típico de nuestra vida y nuestra historia. No es el caso, pues, de alguien que por interés personal se opone a la “renovación” arquitectónica de la capital. Su actitud, puramente profesional, está abogada por su idoneidad en el asunto. Conviene de tal modo difundir sus ideas y aplaudir su celo por el mantenimiento de un carácter que nos hace originales dentro del continente.

Las tres zonas

Distingue el conocido arquitecto y escritor tres zonas en la capital. La primera, comprendida en el perímetro que abarcan Tacna, Ucayali, Azángaro, Junín, Urubamba, Malecón Rímac y Tacna, constituye el núcleo de la tradición arquitectónica limeña. Es, apenas, el 1% del área total de la ciudad y, por ende, una consideración la libraría de las adulteraciones y los cambios que lentamente la están destruyendo. Las otras dos zonas —Abajo del Puente y el Carmen Alto— están menos amenazadas pero requieren de una mayor atención en lo que respecta a su cuidado. Los tres sectores determinados por Velarde poseen un sello propio y, a despecho de reformas irremediables, se han salvado milagrosamente del quiste neocolonial que, en un momento dado, estuvo a punto de matar todo signo de autenticidad arquitectónica en nuestra ciudad. No ha de demandar un esfuerzo sobrehumano hacer que las tres zonas sobrevivan con su aire particular, con su silueta de peculiares trazos hispano-peruanos.

Tampoco, por cierto, ha de ser difícil que las cuatro calles que señala Velarde como características (jirones Ucayali, Huallaga, Junín y Ancash) se conserven sin variación. Nadie duda de que el tránsito automovilístico, debido al desarrollo de la capital, se hace día a día más dificultoso por los lugares que estas calles contienen, pero cabe suponer que en la solución de aquel problema no entrañará como medida resolutive el sacrificio de los valores que ellas representan. La técnica urbanística en otros países del mundo ha sabido conciliar las exigencias del desplazamiento de personas y vehículos con la obligación de respetar los símbolos del pasado. No ha de ser imposible hallar la clave para realizar lo uno sin desmedro de lo otro. Los cuatro jirones son, sin duda alguna, restos de un gran naufragio, mas aun así constituyen muestras vivas —dignas, por ello, de aprecio— de que en el pretérito se incubó aquí una cultura sólida y con hondura.

Una lista de más de cincuenta casas antiguas, de algunas de las cuales solo queda un detalle merecedor de un verdadero interés artístico, acompaña al memorándum de Velarde. No parece cosa de titanes encontrar el modo que dichas manifestaciones del arte virreinal no sucumban al prurito demoleedor de algunos “progresistas”. La fórmula que impida la destrucción puede buscarse de tal manera que no afecte los intereses y propósitos de los propietarios —que, de otra parte, están en todo su derecho cuando pretenden conseguir de sus bienes el mayor beneficio— y, al mismo tiempo, sirva para mantener esas casas como piezas de un museo público. No hay que olvidar que la arquitectura, como cualquiera de las otras artes, posee, aparte de sus valores estéticos intrínsecos, otros de índole histórica, social y hasta moral, que es indispensable rescatar como lección permanente de nacionalismo.

Hacia un reglamento

A la relación de casas, Velarde añade unas bases de reglamentación que bien podrían tomarse como puntos de partida para las normas que han de regir la construcción en las zonas antiguas de la ciudad. La altura, que el autor del memorándum considera como fundamental, no debe sobrepasar cierto límite (no más del ancho de la calle-tipo), en lo que se refiere al exterior. En lo que atañe a la altura interior, ella debe ser escalonada con suficiente retiro (45°). También opina Velarde que las casas, para ser restauradas o modificadas, deben ponerse bajo el control y la vigilancia de una autoridad municipal. De este boceto se desprende la necesidad que existe de que

el control sea ejercido por un solo organismo, no por cierto el que hasta ahora ha tenido a su cargo la conservación de los monumentos artísticos e históricos, ya que ha perdido su autoridad y carece de los instrumentos ejecutivos que lo hagan eficaz, sino por otro que lleve a cabo su misión con total respaldo estatal. Solo con pasión y energía (a más, por supuesto, de dinero) se logrará detener el avasallador ímpetu de despersionalización que ha prevalecido tanto tiempo en lo que respecta a la fisonomía de Lima, tan justamente antaño tenida como ciudad singular.

Ojalá el memorándum de Héctor Velarde sea tomado en cuenta. Es verdad que los que se preocupan de estas cosas están un tanto resignados a que sus palabras —consideradas como fruto de un romanticismo vano— se pierdan. Sin embargo, como testimonio de que hay todavía gentes cultas que se hallan empeñadas en una campaña desinteresada por la supervivencia de la Lima tradicional, el trabajo de Velarde quedará como un documento de la protesta contra la destrucción de los objetos en los que perdura el espíritu.

La Prensa, 5 de marzo de 1955, p. 8.

Una cruz para el hombre común (El expediente urbano de Lima I)

Hace treinta y cinco años Lima ocupaba una superficie de 1020 hectáreas. Hoy su área sobrepasa las 8155 hectáreas. Del breve dibujo que la superficie poblada y edificada representaba en el mapa de la zona capitalina, se ha pasado, en ese breve plazo, a la enorme mancha triangular con que hoy se la señala en las cartas. Este repentino crecimiento, esta expansión violenta, cuyo proceso no ha concluido, ha determinado, como es lógico, la serie de problemas sociales, económicos y urbanísticos que actualmente se confrontan en la ciudad y del cual son víctimas todos y cada uno de sus habitantes. Para exponer dichos problemas y proponerles un correctivo adecuado la Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo ha publicado un explícito y bien ilustrado folleto que conviene divulgar ampliamente. Se llama “Lima Metropolitana. Algunos aspectos de su expediente urbano y soluciones parciales varias”.

El fenómeno metropolitano, característico de nuestro tiempo y de nuestro continente, trae aparejadas cuestiones que no es posible soslayar: “aumenta incesantemente la congestión del tránsito; el número de accidentes se multiplica; crece la delincuencia; la ciudad se ahoga a sí misma en un cinturón terrible de viviendas clandestinas; hace crisis la situación alimenticia; amenaza una disminución del nivel de vida; y, en fin, se dan los problemas típicos que encara el planeamiento físico, económico y social”. No es posible conjurar los males que provienen de la multiplicación citadina sino por medio de un proyecto científico que se destine sin vacilaciones y de inmediato a resolver la crisis actual y a prever su desarrollo futuro. Se trata de la realización de un estudio y una acción técnicas que no podrán llevarse a cabo, según lo declara la ONPU, sin que participen los elementos más responsables de la ciudadanía. El folleto aludido es un llamado a iniciar esa tarea sin más dilaciones.

La tierra sobra y falta

Una estimación racional sobre la base del censo de 1940 concluye que la población de Lima pasa del millón de habitantes, y aunque la densidad promedio bruta de 120 habitantes por hectárea resulta relativamente baja, la cifra no indica las condiciones reales de la habitación. Abundan las construcciones de un solo piso y existen vastos sectores de vivienda lujosa y poca intensidad de construcciones. Mientras, de un lado, la tierra sobra, de otro es compartida por núcleos humanos hacinados en callejones y urbanizaciones clandestinas en las cuales es incesante el incremento migratorio del interior. “Aún no ha sido solucionado —dice la ONPU— un sistema de urbanización y construcción que permita evitar las condiciones de hacinamiento e insalubridad que se presentan en las ‘urbanizaciones clandestinas’. Extensas zonas urbanas requieren de una remodelación substancial que modifique radicalmente las estructuras existentes”.

No obstante faltar una estadística eficaz que mida el número y la clase de habitación en las barriadas más densas, se ha establecido que el total de viviendas construidas por iniciativa oficial o privada en 1954, por ejemplo, constituye apenas un 73 % de las que se necesitan para el crecimiento de la población. Es preciso advertir que en ese año se han añadido 55 000 personas a la población limeña, las que requieren 11 000 casas nuevas. Los datos que consigna el folleto de la ONPU revelan cuán dramática es la situación y a qué penosos extremos nos puede llevar la indiferencia pública hacia tales comprobaciones.

Áreas verdes e indigestión

Tan grave como el problema de las construcciones es el de las áreas verdes. Una vez vistas y corroboradas las informaciones que esta publicación contiene, se llega a la conclusión de que la fiebre arboricida y la inexplicable eliminación de parques y jardines en beneficio de la construcción decorativa (como el caso del Ministerio de Trabajo y Asuntos Indígenas que fue levantado en una zona de aireación) son verdaderamente criminales. Para una población de un millón de habitantes solo existen 3,3 m² libres por persona y de estos solo un poco más de 1,6 m² se emplean para la recreación activa (deportes, juegos infantiles, etc.). El caso adquiere caracteres dantescos cuando se lee que son los distritos de población más densa los que menos zonas verdes poseen. La National Playing Fields

Association de Londres aconseja disponer para el solaz 25 m² por individuo como estándar general de cualquier ciudad. Lima no puede aspirar a holgura semejante, pero sí a la creación de áreas verdes que constituyan por lo menos 10 m² libres por habitante, distribuidos de tal modo que sirvan con eficacia, gracias a su cercanía a los centros poblados y su localización puesta en recaudo de los peligros del tránsito que amenazan especialmente a los niños, a las exigencias de la indispensable holganza.

Lima ha crecido desde 1920 a nuestros días más de ocho veces su primitivo tamaño. En torno a las avenidas que llevan a El Callao, a la Magdalena y a los balnearios del sur, se ha asentado la nueva población, cubriendo con viviendas lugares que hace treinta y cinco años eran chacras y fundos dedicados a la agricultura. El centralismo se ha alimentado de una renovada migración y, vorazmente, ha incorporado a la capital nacional muchos de los jugos vitales del país. Pero, como sucede con los golosos, se ha comenzado a producir una indigestión que bien puede ser el comienzo de un babilónico colapso. No todos los síntomas son los arriba expuestos. En sucesivos artículos iremos mostrando las diversas facetas de esta enfermedad. En general, sin embargo, se puede decir que poner fin a esta tumefacción es contribuir a que la existencia, tanto en Lima cuanto en el resto del territorio peruano, se haga llevadera y no constituya, como ahora, una dolorosa y dura cruz sobre los hombros del hombre común.

La Prensa, 30 de enero de 1956, p. 8.

El tránsito, forma del caos

(El expediente urbano de Lima II)

El crecimiento de nuestra capital a partir de 1920 —ocho veces el tamaño de aquel año— ha determinado no solo problemas de carencia de vivienda y zonas verdes, como vimos en la nota anterior, sino también los muy agudos del tránsito. El folleto de la Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo en el que se exponen estas cuestiones señala el fuerte incremento de vehículos de los últimos diez años y da a conocer las nefastas consecuencias de un mal encaramiento del régimen urbano respectivo. 3900 automóviles más, como promedio anual, se añaden a los que existen regularmente en Lima, de tal manera que el volumen de circulación, en un corto periodo, se ha convertido en francamente gigantesco. En 1953 aquella cifra aumentó a 10000. Huelga todo comentario. El efecto de la multiplicación del tránsito es el aumento paralelo de los atropellos y colisiones que en los últimos 18 años ha registrado una media anual de 2500 accidentes y, para 1953, un total de 7000 casos de choques y percances callejeros. La síntesis de ese año es de una víctima por cada 3 de tales sucesos y de 3 inmolados por cada mil habitantes del área metropolitana.

Los nueve puntos

El estudio de los lugares donde ocurren los atropellos y las colisiones revela que hay algunas avenidas que proporcionalmente ostentan el mayor número de casos desgraciados, debido al intenso tránsito que soportan y, conforme afirma la ONPU, “a que la sección o el trazo de la vía es peligroso de por sí”. No es, por cierto, esta aseveración una fatalidad ante la cual hay que cruzarse de brazos. La introducción de ciertos elementos de seguridad o la variación de los lineamientos de la circulación puede reducir aquellos

índices notablemente y prestar a la comunidad, por ende, un servicio urgentísimo. La ONPU ha fijado en nueve puntos su estudio del problema.

Sintetizados, ellos pueden exponerse así: a) El sistema citadino a damero de 100 metros por lado no se adapta al tránsito fluido; b) Las calles diseñadas de antiguo para sistemas de locomoción ya superados no convienen al automovilismo; c) Los vehículos motorizados aumentan en forma creciente; d) No están bien establecidas las rutas preferenciales y hay confusión en ese sentido; e) La mala reglamentación del estacionamiento ocasiona la congestión característica de los sectores céntricos; f) El recorrido arbitrario y falta de un plan de los ómnibus y colectivos es un factor de desorden; g) No existe una clave de movimientos que permita conducir en forma correcta; h) Las normas del tránsito que actualmente rigen no se adecúan a la nueva técnica automotriz ni al volumen circulatorio, e i) Se dan demasiadas excepciones al cumplimiento reglamentario y las disposiciones generales son comúnmente burladas. Como es posible observar, para dar solución al problema hace falta el confrontamiento enérgico y ejecutivo de estas cuestiones, pues son ellas las raíces de los múltiples defectos que padece el tránsito urbano de Lima, la ciudad cuyo desarrollo, aún en desenvolvimiento y, en consecuencia, en permanente situación de crisis, está a punto de transformarse en la sede predilecta del caos.

Un juego mortal

El número de muertos por cada 100 000 de vehículos-kilómetro era de 5,5 en 1947 para los Estados Unidos. En ese mismo año y en la misma cifra de vehículos-kilómetro, el índice promedio para Lima era de 20, es decir, cuatro veces más que en Norteamérica. En Lima —sobre la base de las estadísticas de 1953— hay un vehículo por cada 15 personas, cifra que es semejante a la de Sao Paulo, metrópoli dos o tres veces mayor que nuestra capital, y superior a las de Buenos Aires, Santiago o Bogotá. Y si bien dicho dato nos da un testimonio saludable en relación con el progreso económico individual, es al mismo tiempo una elocuente prueba de que el hombre que camina por las estrechas calles de esta que fuera en 1920 una gran aldea, pone su vida en el tapete de un juego mortal, sin que la autoridad impida con decisión que algún raudo piloto gane la partida.

Los servicios públicos en crisis (El expediente urbano de Lima III)

La rápida y violenta expansión de Lima, transformada durante el curso de treinta y ocho años en una abigarrada metrópoli, ha producido algunos fenómenos urbanos cuya exposición la Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo ha dado a conocer en el amplio e ilustrado informe que venimos comentando. Junto al problema de la escasez de vivienda, de la falta de áreas verdes de aireación y recreo, del desorden y los peligros del tránsito, está el de la mengua sucesiva de los servicios públicos más urgentes. Dicho decaimiento conspira fuertemente contra el desenvolvimiento normal de la vida social y redundante en la vigencia de graves problemas que atañen a la salud, la seguridad, el bienestar y la existencia coherente y eficaz de la población, calculada en la fecha en el millón de habitantes. Son esos problemas los de “abastecimiento de agua potable, evacuación de aguas negras, alcantarillado, baja policía, luz y fuerza eléctrica, servicio telefónico, transporte colectivo, etc.”, según los enumera el folleto de la ONPU.

Si la fórmula de la eficiencia de tales servicios públicos es que cada uno “rinda por encima de ciertos niveles mínimos de confort” y si se estima que “la continuidad en el mantenimiento de esa eficiencia debe ser sostenida a todo costo” para fomentar el crecimiento y el progreso de la ciudad, estamos obligados a concluir, con las cifras estadísticas que revelan que Lima sufre de un mal que metafóricamente puede equipararse a la situación de un individuo adulto que emplea ropas nuevas, muebles y utensilios destinados a un niño. La deficiencia se manifiesta en incomodidad y hasta desesperación. La dotación de agua potable, por ejemplo, ha quedado desde hace mucho tiempo por debajo de las necesidades vitales de la población, a tal punto que, especialmente en las épocas del año cuando por razones de clima aumenta el consumo, su carencia se convierte en un verdadero fantasma urbano.

Tres planos de Lima (1946, 1947 y 1949), en los cuales se ha marcado con negro, rayado y puntillado las zonas de servicio deficiente, servicio hasta el segundo piso con baja presión y servicio eficiente respectivamente, demuestran en el folleto de la ONPU que, en cuatro años, el defecto se ha cuadruplicado, afectando no solo, como al principio, los sectores céntricos sino enormes zonas interurbanas. La información advierte que de conseguirse datos hasta 1954 “se vería continuar esta tendencia, a pesar de que para ciertos sectores ha mejorado la dotación de agua por la utilización de pozos tubulares que se unen a la red”. Idéntica crisis experimenta el sistema de recolección de desagüe.

Con respecto a la red telefónica —para extender la cual han sido recientemente autorizadas dos empresas—, es verdaderamente inexplicable que se la haya soportado en estado crítico en el curso de los últimos quince años. En 1932, 45 y 55 el número de líneas en funcionamiento fue de 15 000, 20 000 y 27 000, respectivamente, siendo el número de solicitudes pendientes de 530, 8100 y 31 600 en dichos años. La última cifra revela que urge casi el doble de aparatos de uso puesto que los pedidos expresan únicamente la demanda perentoria e impostergable.

El régimen de transportes colectivos ha sido también afectado por el veloz crecimiento de la ciudad, pero, además, ha sufrido los errores de una ausencia casi absoluta de planificación. Lima es una de las ciudades del mundo menos comunicada entre sí, ya que las empresas y compañías han trazado los recorridos de sus flotas a capricho, sin tener en cuenta los intereses de los pasajeros, sus desplazamientos y el entrecruzamiento de su circulación cotidiana. El plano de las líneas de ómnibus que acompaña al texto de la ONPU manifiesta que existen grandes regiones urbanas que carecen de transporte colectivo. No es este, como debiera ser, un tejido que permita, para ir de un lugar a otro, el transbordo oportuno, pues en muchos casos los vehículos transitan a distancias de 400 metros de las áreas que no han sido consideradas. La demanda, como es evidente por una sola mirada a los paraderos, es notoriamente mayor que la oferta, lo cual testimonia que se requiere un plan de servicio más intenso y regular.

La publicación que comentamos hace saber que “no se ha podido recopilar información completa en lo que respecta al estado de servicio de luz y fuerza eléctrica”, pero dice también que la dificultad para conseguir conexión trifásica en algunos puntos ciudadanos indica que se está a punto de entrar en un periodo de escasez. Huelga exigir que se contemple con

tiempo este problema antes de que se torne en una molestia más. En cualquier caso, en lo que se refiere al agua, al desagüe, a los teléfonos, al transporte o a la electricidad un principio aleccionador se desprende de esta exposición: en núcleos humanos capitalinos, donde es posible intuir un desarrollo cada vez mayor de la población, conviene realizar las obras con sentido del futuro, puestos los ojos en las verificaciones demográficas que, aunque entre nosotros no son muchas ni muy técnicas, sirven para entrever algo de lo que va a ocurrir.

La Prensa, 3 de febrero de 1956, p. 8.

Para qué sirve el Plan Piloto (El expediente urbano de Lima IV)

¿Pueden los males urbanos de nuestra ciudad ser conjurados y evitar, de tal manera, que la vida en ella no constituya un caótico y abrumador problema individual y colectivo? A estos fines está encaminado el Plan Piloto de Lima concebido por la Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo, el cual fuera oportunamente aprobado por el Consejo Nacional de Urbanismo. Unido al expediente sobre la metrópoli, como segunda parte del estudio de las más dramáticas cuestiones que plantea el desarrollo canceroso de esta capital, la ONPU ha hecho públicos los lineamientos generales de ese plan que por “adaptarse cumplidamente a las características geográficas del valle de Lima y por incluir y hacer propias las fuerzas elementales que han venido dando forma al conglomerado de Lima” representa un cuerpo orgánico de futuras realizaciones positivas.

Los resultados de la aplicación del Plan Piloto hasta este momento han sido exitosos y, entre ellos, no es el menor el de haber contribuido a crear una conciencia urbanística tanto en las autoridades cuanto en la ciudadanía común. Un plan piloto es en sí la pauta fundamental para encauzar a la ciudad dentro de los límites de un crecimiento racional, en armonía con las bases del bienestar general, y es también el punto de partida para procurar soluciones a los diversos problemas ciudadanos conforme a un criterio integral. Un plan piloto, en suma, es una forma acertada de gobierno.

Con relación, por ejemplo, al problema del tránsito (del cual nos ocupamos en el segundo artículo), ¿en qué ha servido y puede servir más aún el Plan Piloto? Dentro de este se halla el Plan Arterial que se sustenta en el concepto esencial de la diferenciación de vías, “de modo —como dice la publicación de la ONPU— que pueda dársele a cada una un perfil proporcionado al tránsito que ha de soportar, y que permita canalizar el movimiento rápido de vehículos por determinadas arterias, sin que sea

preciso cruzar áreas residenciales o detenerse en cada intersección”. Para ello se clasifican las vías en cinco categorías, según su función urbana:

- a) Calle expresa: para circulación veloz, con cruces a desnivel, destinada a soportar el tránsito más pesado.
- b) Avenida: para circulación rápida con las intersecciones controladas, puesto que permite comunicar diferentes sectores dentro del área urbana.
- c) Calle principal: de carácter preferencial, que circunda las unidades de vivienda.
- d) Calle local: que sirve, como su nombre lo indica, para el tránsito local, necesariamente lento y adecuado a una vida residencial y tranquila.
- e) Calle de acceso único: variante de la calle local, en la forma llamada “cul de sac”, para circulación lenta en las áreas residenciales.

El proyecto de circulación y estacionamiento de la zona central que incluye el Plan Piloto contempla la necesidad de una gran vía de circunvalación constituida por la prolongación del Malecón Rímac desde la avenida Tacna hasta la avenida Abancay, y la continuación de estas dos arterias hasta unirse con las avenidas Wilson y Bolivia, extendiendo la segunda para su intersección con la primera. De este modo se vincula la zona del oeste con los barrios altos, descongestionando las calles y los jirones céntricos que hoy sufren el recargo del tránsito en tal sentido. Las áreas de estacionamiento y las vías de acceso interno permitirán organizar el desplazamiento de vehículos en el sector central dentro del orden indispensable. Ese núcleo de la población, el más abigarrado y doliente de la ciudad, recibe así el alivio urbano preciso para su desarrollo cada vez, como es lógico, más denso.

El Plan de Zonificación relativo a los usos de la tierra es otro de los interesantes aspectos del Plan Piloto de Lima. La tierra urbana se ha dividido en cinco clases: de vivienda unifamiliar, de vivienda multifamiliar, de comercio, de industria y de áreas verdes. Las zonas industriales se han dispuesto en estrecha relación con las zonas de habitación y se ha provisto, en el interior y los alrededores del gran triángulo urbanizado, zonas agrícolas o de reserva que facilitan el abastecimiento de la población. El principio general que persigue el Plan de Zonificación es que solo merecen ser modificados

—y, por cierto, en forma paulatina— los usos de la tierra que perjudican a la colectividad, “ya fuera por la molestia directa que ocasionara su presencia —como ser el caso de industrias dentro de los barrios residenciales o ruidosos locales comerciales al lado de áreas de habitación—, ya por el daño a los precios del terreno que acompaña la presencia de actividades inarmónicas”, a estar por las palabras de la ONPU. El Plan de Zonificación —afirma ese texto— “tiende a estabilizar los valores del terreno, a mejorar el aspecto general de los barrios y a permitir una relación más fácil entre los diferentes componentes de la ciudad”.

El mapa es elocuente con respecto a las ventajas de la zonificación. La vivienda unifamiliar se sitúa principalmente en torno a las vías que conducen al sur, en los barrios residenciales, en tanto que la vivienda multifamiliar se localiza alrededor de las rutas que van al oeste. El comercio queda ubicado en el centro de la metrópoli y en aquellos puntos en donde dicha actividad es un foco de interés parcial. La industria ocupa la otra margen de las vías que llevan al oeste, en la amplia región que alcanza la orilla izquierda del Rímac. Por último, se distribuyen convenientemente diversas áreas verdes cuya función pulmonar y recreativa concentra la atracción de los núcleos de población más intensa. En síntesis, el plan provee a la ciudad de las soluciones que sus problemas más perentorios requieren urgentemente. Y ello es francamente estimulante.

La Prensa, 4 de febrero de 1956, p. 8.

Conciencia urbanística y progreso (El expediente urbano de Lima V)

La parte más interesante y también la más persuasiva de la publicación “Lima Metropolitana. Algunos aspectos de su expediente urbano y soluciones parciales varias”, editada por la Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo, que en esta nota terminamos de comentar, es el estudio comparativo de los problemas de la zona limeña denominada Cercado (la comprendida entre el río Rímac y las avenidas Bolognesi, Alfonso Ugarte, 9 de Diciembre, Grau, Circunvalación y Comandante Espinar) y del distrito de Pueblo Libre. Ocho láminas, a través de las cuales se conoce gráficamente la estructura general de cada conglomerado urbano, especialmente en lo que atañe a los usos de la tierra, a la distribución de la densidad de la construcción, a su estado y calidad, al tipo de propietarios, a la situación económica de los habitantes, etc., permiten cotejar las distintas soluciones que se presentan en uno y otro caso.

En el Cercado se dan los valores más altos del terreno, se encuentran las joyas arquitectónicas y los edificios públicos, y el comercio se desarrolla en forma amplia y concentrada, sin que por ello falten ahí las viviendas ruinosas y la vida ofrezca cruentos índices de hacinamiento y promiscuidad. En Pueblo Libre, en tanto, las densidades son normales, hay una alta proporción de áreas libres, la construcción de tipo residencial se halla en excelente estado y, en fin, las condiciones vitales se manifiestan favorables para la consecución de un alto estándar social. Infortunadamente, la diferencia del distinto encaramiento que requieren ambos núcleos emana de la comparación de estos gráficos, por lo cual es inútil referirse a ellos en una nota periódica que no puede ser acompañada por los respectivos grabados. En síntesis, se puede decir que el análisis técnico urbanístico se impone como único método para encontrar la solución adecuada a las múltiples cuestiones que plantea la existencia citadina actual.

Sin embargo, las soluciones en detalle que en la última sección del folleto hace públicas la ONPU dan una idea cabal y completa de los beneficios que se desprenden de la investigación urbanística. Por ejemplo, la construcción de la avenida circunvalatoria de Lima, llevada a cabo solo en parte, fue una propuesta del Plan Piloto. Dicha vía debe abrazar el triángulo urbano con el fin de evitar el cruce de la ciudad por el tránsito interprovincial que, con destino a ella o a otros puntos del territorio nacional, utiliza las carreteras Panamericana Norte y Sur y la Central. Se ha realizado ya el tramo que va desde la carretera Panamericana Sur hasta la avenida Grau—del cual es afluente la vía que va al centro del país— pero falta construir el que, partiendo de la avenida Grau, llegue hasta el Terminal Marítimo, en mitad del cual se producirá la unión con la carretera Panamericana Norte.

El gráfico que revela el volumen del tránsito en la zona céntrica demuestra asimismo que al apiñamiento originado por el movimiento de vehículos de la zona residencial se añade el provocado por el desplazamiento interprovincial y el que se produce con dirección a las áreas industriales y a El Callao. Los cuadros del tránsito interprovincial y su presencia en el corazón de Lima dan cuenta de cuánto ha de ganarse para el desahogo limeño cuando se concluya la ruta de circunvalación. Esta ruta proporcionará un acceso cómodo a todos los sectores de la capital y evitará la congestión en la parte residencial y central de ella, problema que hoy se expresa no solo en la molestia que experimenta la circulación sino principalmente en el subido promedio de accidentes y choques a que ya hemos aludido en otro artículo.

Es obvio que debe suscitarse e incrementarse la cooperación de la ONPU con los municipios locales, tal cual lo determina la ley que creó esa oficina técnica. Las situaciones que en cada lugar se presentan difieren y necesitan un estudio especial para el cual está preparado ese eficiente organismo. Lo ha demostrado en diversas ocasiones, entre ellas en la solución que propuso a la municipalidad de Miraflores para la difícil intersección de las avenidas Arequipa, Palma, Larco y Pardo y para el nudo de Santa Cruz. También el proyecto de zonificación de Pueblo Libre que, al ser adoptado por el Concejo Distrital correspondiente, ha echado las bases para “crear barrios más estables que los existentes, conservar los valores del terreno, evitar la molestia que significan los usos inarmónicos de este y, por último, asegurar el beneficio de los ciudadanos”, conforme reza la argumentación de la ONPU.

Cuando el hombre de la calle sufre alguno de los típicos padecimientos a que lo somete la condición metropolitana de Lima, sobrevinida en poco

tiempo y con una celeridad que fue imposible determinar con antelación, su convicción de que se trata de algo que no cabe remediar no es otra cosa que la carencia de una conciencia urbanística. Y conciencia urbanística es, en el fondo, conciencia social. Si la vida actual nos condena a existir en grandes aglomeraciones humanas y si entramos en este juego sin probabilidades de escaparnos de él, conviene saber que hay una ciencia cuyo objeto es precisamente controlar el crecimiento de la ciudad y encauzarlo dentro de normas que aseguren el bienestar general e individual. Y que esa ciencia, además, lejos de ser una lucubración pura, está encaminada a su aplicación práctica con resultados positivos visibles. La Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo debe adquirir el volumen y la importancia que las circunstancias actuales de Lima exigen y para ello estamos todos obligados a respaldar su labor y a difundir el concepto de que la única manera de impedir que el desorden impere en este orden es confiando a la técnica las agudas incógnitas que nos preocupan. Ello será librarnos de la improvisación, origen de muchas de nuestras desgracias y primera valla de nuestro progreso.

La Prensa, 7 de febrero de 1956, p. 8.

La ciudad que semeja al país

El asfixiante centralismo en que ha vivido el Perú, durante casi toda su historia, ha consolidado en la conciencia selecta del país provinciano una idea de reprobación y rechazo hacia Lima, la absorbente capital, y ha fecundado, también, un correlativo resentimiento que, por estar justificado, nadie puede considerar arbitrario. Mientras Lima ha crecido y progresado, a costa sin duda de las energías robadas al trabajo y la producción del resto de la patria, la república entera se ha sumido en el ahogo que hoy, quizá más que nunca, la abruma. Ha sido una entrega total o un vasallaje, cuyo efecto negativo no es tanto la anémica condición de la economía provinciana cuanto la opulencia parcial de esta cabeza nacional en la cual, al modo de un reducido centralismo urbano, de la periferia hacia adentro, se distinguen los mismos escalones que muestra toda la nación, los que van de la miseria sórdida e inhumana al lujo desenfrenado y banal.

Y si en la mente sencilla del pueblo provinciano la imagen de Lima se ofrece con los caracteres del mito paradisiaco al que hay que acudir para encontrar la dicha, en el pensamiento de las personas ilustradas nuestra ciudad constituye el vientre tumefacto y siempre insatisfecho que se nutre con la sangre de quienes de él dependen. Así se ha creado la leyenda negra de Lima, que proclama que nuestra ciudad no es el Perú o, peor aún, que es el anti-Perú. Sin embargo, tales definiciones solo pueden explicarse como los frutos del acerbo sentimiento que ha cuajado en el corazón de los nacidos allí donde la prosperidad capitalina ha significado, a contrapelo, desmedro y pobreza, opacidad y dolor, rutina y destrucción. Porque en el fondo, bien mirada la cuestión, Lima no solo es sección principal del Perú sino que representa su síntesis, especialmente en lo que se refiere a la estructura social. Como todas las capitales del mundo, Lima es la ciudad de los provincianos, el lugar donde se reúnen,

como en una abigarrada y hormigueante ágora, gentes venidas de todos los confines del amplio territorio peruano. Si no, que se interrogue a las masas que ocupan sus calles, a la hora de la tarea o en la fiesta, por su origen: se verá que aquí está el crisol de lo que el país, en su vórtice actual, promete para mañana.

Y el provinciano, al mismo tiempo, así como recibe el impacto de la metrópoli, así como cambia sus maneras y sus características, adopta, en cambio, otras cosmopolitas o ciudadinas, entrega, por medio de una tácita permuta, ciertos elementos propios y los incorpora a la personalidad de la urbe, la cual en seguida los adquiere y particulariza. En su última visita a nuestra capital, el famoso antropólogo francés Paul Rivet afirmaba que veía con agrado y satisfacción que Lima se estuviera convirtiendo en una población india. Y eso es cierto. La provincia ha traído aquí esta peruanísima contribución racial y ella se ha tornado limeña.

Un recorrido por la capital nos proporciona, además, el testimonio patente de la situación de todo el Perú. Desde los barrios y urbanizaciones clandestinas —en cuyos recovecos y callejuelas es posible distinguir el remedo de la aldea andina, que el habitante naturalmente, al construir su improvisada vivienda, ha evocado— hasta el centro, y de aquí a las zonas residenciales —la Lima quizá propiamente dicha, por lo florida, por lo pacífica, por lo conventual que se nos aparece— el itinerario nos muestra la gama peruana: allá, en los cerros, el hombre del Ande, la provincia campesina que ha emigrado en busca de un premio que no halló; luego, en los barrios que ayer fueran el núcleo de la villa y que hoy, venidos a menos, subsisten como refugio de los menesterosos, las razas costeñas —mestizos, mulatos y negros—; más acá, en las urbanizaciones modestas de la clase media, el compacto conjunto de la empleocracia aspirante, en la que no hay distingos de procedencia y en la cual se juntan y entremezclan, sin discriminaciones, las familias, sean chiclayanas, cusqueñas o loretanas. El centro no es tampoco el predio de los limeños: es el meollo de esta móvil y efervescente cita nacional. Tal vez, como dijimos arriba, sean los sectores residenciales los que constituyen la parte genuina de la ciudad, el bastión representativo del centralismo que devora los productos del esfuerzo de los ciudadanos del norte, el centro, el sur y el oriente patrios.

En recientes artículos, el autor de estas líneas comentó el expediente urbano de nuestra capital, las cuestiones que su magnitud plantea a los especialistas en los problemas metropolitanos. Dicha causa urbanística,

en pleno proceso, demuestra que Lima lleva un ritmo de crecimiento sin pausa, a costa, por supuesto, de las demás regiones del país. Se trata de un hecho que no puede condenarse sin acusaciones, violentas y acres, sino que merece estudio, meditación y fórmulas prácticas de solución. Ante todo, la descentralización, pero la descentralización científica, y luego la devolución a la provincia de todo aquello que le pertenece material y espiritualmente. Así se retornará a la legítima comunidad, esa que está levantada sólidamente sobre las bases de la recíproca admiración, sin rencores ni escisiones, tal como destella en el símbolo peruano: firme y feliz por la unión.

La Prensa, 16 de febrero de 1956, p. 8.

Un bosque falso y otro real

Es poco menos que absurdo que, en el colmo del apasionamiento, se atribuya a una sola persona una idea tan obvia como la de la urgente creación de un bosque urbano para nuestra ciudad. Tal arbitrariedad no puede aceptarse tanto porque la escasez de zonas verdes ha sido desde hace tiempo señalada por los urbanistas nacionales (entre ellos los que elaboraron el Expediente Urbano de Lima, publicado en parte por la Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo, del Ministerio de Fomento y Obras Públicas, en diciembre de 1954) cuanto porque cualquier ciudadano medianamente culto y sensible es capaz de distinguir esa carencia sin ningún esfuerzo racional extraordinario. De otro lado, a propósito de la necesidad de airear la capital dotándola de parques y áreas libres a escala del sector, el barrio y la ciudad, existe un informe relativamente reciente del arquitecto Hans Ghunter y se puede reunir un material periodístico, firmado por columnistas de todas las publicaciones locales y registrado por los cronistas en base a declaraciones hechas a diversos órganos de prensa, verdaderamente descomunal. Con tan múltiple documentación, ¿cómo es posible afirmar que la iniciativa de dotar a Lima de una gran extensión arbolada, a semejanza de las que lucen Buenos Aires, Nueva York, París, Madrid o Londres, tuvo su “idea inicial” en el actual premier? Fea costumbre esta de tratar de ganar indulgencia con avemarías ajenas.

Pero las indulgencias, en lo que respecta al bosque urbano (que, en efecto, contribuirá enormemente a que la ciudadanía modesta, paciente pagadora de la “cuota de sacrificio”, pueda compensar, con aire fresco y solaz campestre, el ahogo de la vivienda estrecha e insalubre a que lo ha condenado el injusto orden de cosas en que existimos) no son muchas para el Ejecutivo. ¿Cuál es la gran solución que ha encontrado para tal fin? Que la Corporación Peruana de Aeropuertos y Aviación Comercial (Córpac) ceda

los primeros 30 millones de soles excedentes del producto de la lotización de los terrenos del aeropuerto de Limatambo. ¡Cuán largo fía el gobierno ese verdor para la gente pobre sin jardines ni casas de campo! No se trata, pues, de una medida de acción inmediata, de efecto rápido y eficaz. Simplemente aguarda los mayores ingresos de dicha venta, sin señalar, por cierto, cuánto es lo que Córpac requiere para la construcción del nuevo terminal aéreo de El Callao. Eso, y por supuesto, se publica a todo bombo, como si por la diligencia del sistema mañana mismo se fuera a comenzar la modelación del bosque. Si esto no es demagogia, dos y dos no son cuatro.

El Estado posee innumerables terrenos, está capacitado para adquirir otros, le deberán ser devueltos, a corto plazo, como es el caso de los que ocupa el Hipódromo de San Felipe, más todavía. Sin embargo, se apela a los 30 millones del excedente como si la tierra de Lima fuera poco menos que escasa. El problema de la falta de áreas verdes, de esparcimiento popular y ventilación, es aquí patético. Para un millón de habitantes (según datos de la Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo) la capital contaba, en 1954, con 3.3 m² de zona libre por persona, cuando las normas internacionales indican 25 m² como mínimo. Al presente la proporción es, por supuesto, menor aún. Se hace precisa, en consecuencia, una actitud que no deje las cosas para más tarde y ponga tanto énfasis en lo superfluo por estar inspirada en una vehemente sed de publicidad política. Lo cual equivale, mediante una especie de chiste cruel, a meter al pueblo en un tramposo bosque de letras de molde con el pretexto de darle el legítimo bosque de vegetación que anhela.

El Comercio, 11 de enero de 1960, p. 2.

Sin parques y con 30 millones

Hace muchos años que los urbanistas vienen batallando por que Lima, cuyo crecimiento es harto acelerado, no reduzca la indispensable proporción entre zonas construidas y zonas libres hasta el total ahogo. Ya en 1954, la Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo señaló la escasez de áreas verdes en términos que revelaban la dramática inarmonía de los sectores de recreación y solaz con respecto a la edificación. En el documento correspondiente se anotaba que del estudio del plano de la capital y sus alrededores se podía deducir la magnitud de la crisis: solo 3,3 m² de parque por persona representaban la séptima parte de lo que aconseja la National Playing Fields Association de Londres como proporción normal para una urbe moderna bien aireada. La campaña en pro de parques y jardines fue, desde el comienzo, inspirada por los técnicos, quienes afirmaron, desde diversos órganos de prensa, que las áreas libres deberían, por lo menos, ser triplicadas para servir adecuadamente a la población.

Conseguir esta triplicación no es para el Estado ningún problema. Como se sabe, se cuenta con extensos terrenos de propiedad pública que, modelados de acuerdo a un plan, pueden convertirse en esos parques de uso popular que, para los habitantes que carecen de jardín propio y medios para salir de la capital durante el fin de semana, son esenciales. El ministro Beltrán, de quien se afirma peregrinamente que fue el autor de la “idea inicial” de la creación de un parque a escala de la ciudad, no ha encontrado otra solución que obtener la promesa de que las ganancias excedentes de la lotización de Limatambo serán destinadas a la realización de un bosque urbano. ¿Y por qué no —ya que incluso editoriales de su diario lo señalaron— destinar a ese fin el área del Hipódromo de San Felipe, o la Penitenciaría Central, o la del propio aeropuerto? El ministro no logra ponerse de acuerdo consigo mismo y en ese trance encuentra que, para no afectar intereses y danzar

al son de todas las conveniencias, es mejor conseguir dinero. ¿Dónde irá, con los 30 millones, a comprar el parque? ¿Habrá un feliz propietario que venderá terrenos al Estado, a quien le sobran propiedades?

Los técnicos observan que, además de los requerimientos de superficie utilizable para el recreo público, se precisa disponer de áreas libres de modo tal que sirvan eficazmente a sus usuarios y deberá cuidarse que los ciudadanos puedan concurrir a ellas sin tener que recorrer distancias excesivas y sin que se vean obligados a desafiar los peligros del tránsito automotor. No se trata, pues, de elegir cualquier sitio. Lima —véase el plano— no posee demasiados terrenos disponibles en esas condiciones y si no se elige uno de ellos, el bosque que se nos promete irá a parar a las afueras, ahí donde no será ni pulmón para el abigarramiento ni campo de recreación para la masa.

El espectáculo dominical del Campo de Marte no es edificante, pese a que ahí juegan niños y muchachos. ¿Por qué? Simplemente porque esa muchedumbre denuncia que, llegado el día adecuado al descanso, la gente no sabe dónde ir a divertirse en el paseo o el deporte. El hormigueante panorama de esa área libre (que, como otras tantas, ha sido mutilada en beneficio de la edificación oficial) es todo un documento de las protestas de los urbanistas acerca de la falta de zonas verdes en esta ciudad que ha sido llamada “ciudad jardín”, pero a la cual las cifras estadísticas disputan el título tradicional. Crear parques no es, de otra parte, soplar y hacer botellas. Cuando los famosos 30 millones estén sobre el escritorio del ministro, ¿qué se hará con ellos si no se emplean San Felipe y las otras tierras por ahora a disposición?

El Comercio, 17 de enero de 1960, p. 2.

Parque para la masa popular

De acuerdo a los principios técnicos las áreas libres, cuyo fin es la recreación popular, deben servir a la comunidad y estar, en consecuencia, en escala con las agrupaciones que la integran. De ahí que los urbanistas de la Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo hayan establecido una clasificación. Según ella existe el barrio (“célula urbana delimitada por obstáculos topográficos o vías de gran circulación” que abarca una superficie de 20 a 10 hectáreas, posee dos escuelas primarias y tiene una población de 4 a 7 mil habitantes) y el sector (“conglomerado de barrios” limitado por vías de gran tránsito y velocidad, con una superficie de 90 a 300 hectáreas, dos escuelas secundarias y de 20 a 45 mil habitantes). Para el barrio y el sector es preciso, habida cuenta en cada caso de la densidad de población, un espacio de juego (campo deportivo) y un parque, que para la agrupación de varios barrios necesita como complemento de alamedas y plazas. Es notorio que Lima manifiesta un déficit al respecto: barrios y sectores muy densamente poblados (La Victoria, Lince, etc.) carecen de zonas de recreo y solaz, en tanto, distritos de pocos habitantes en proporción a su extensión (San Isidro, por ejemplo) gozan de abundancia en jardines y áreas verdes. Conviene, pues, en lo relativo al problema del ahogo urbano, seguir un plan orgánico, cuyo planteamiento ya está hecho en documentos elaborados por los urbanistas. No se trata de crear un bosque y cruzarse de manos satisfecho.

La crisis no se reduce a la evidente escasez en Lima de lo anotado. Barrios y sectores constituyen la ciudad. También hacen falta zonas libres con referencia directa y proporcional a ellas: grandes parques, *parkways*, paseos y plazas públicas, sistemas recreacionales (estadios, zoológicos, clubes, etc.) y zonas de expansión para el verano (playas) y el invierno (parques exteriores). Así como es fácil de verificar que en el casco antiguo de nuestra capital (donde el tránsito es más congestionado y existen, además de oficinas y

tiendas de comercio, viviendas insalubres y estrechas) hay una casi absoluta ausencia de zonas de ventilación y paseo, resulta simple comprobar que más allá de ese núcleo los parques con que se cuenta no pueden contener el desborde dominical (caso del Campo de Marte) y que playas y lugares campestres son insuficientes para recibir la semanal descarga multitudinaria. Se requiere, en suma, que no por loar desmedidamente un vago proyecto de bosque (hacer un bosque exige como mínimo una veintena de años) sea descuidado el problema general en sus múltiples aspectos.

Como es lógico, el análisis de la cuestión —tal como anota el informe “Standards para recreación y áreas libres” (ONPU, 1957) redactado por el arquitecto Hans Ghunter— comprende la determinación del área requerida para espacio de juego dentro del barrio y, mediante esa base, la determinación de los demás *standards*. Se concluye así que se precisan 14 m² de espacio de juego por niño. Si la población infantil es un quinto de la población total, y de ella se toma el 50 por ciento como el número que acudirá al campo recreacional, el área indispensable es de 1,4 m² por individuo. Parece poco, y lo es, pero hay que recalcar que ahora no se tiene ni esa insignificancia. Resulta elemental deducir que nada se resuelve con fijar 30 millones de soles del excedente de una lotización para realizar un solo parque y que, por atender a esa operación, se olvide que no es cosa de prometer rondas en un bosque, sino aire sano, vegetación y espacios de expansión en el barrio y en el sector, sobre todo en aquellos donde la edificación y el tránsito roban la salud a las masas populares.

El Comercio, 18 de enero de 1960, p. 2.

Lima y su destino

El 18 de enero de 1535, Pizarro, Riquelme, García de Salcedo, Juan Tello y otros, después de dar algunas vueltas, de dudar un poco, de observar y juzgar otro tanto, eligieron el asiento del cacique del Rímac como sede de la ciudad capital de las grandes tierras conquistadas aquí para España. Ese día comenzó la historia de la ciudad como tal, pero hacía ya tiempo vivían en la zona hombres, limeños diría, que han sido desenterrados y reivindicados por Arturo Jiménez Borja y cuyas obras arquitectónicas acaba de describir, en un ilustrado manual, Herman Buse. El oráculo había ya hablado mucho cuando el gobernador y su gente escogieron los dominios del fabuloso Cuismanco como lugar, “en comedio de la tierra”, propicio para presidir la vasta y compleja inmensidad del Perú. Se iniciaba otra etapa de la vida de este trozo del orbe entre los Andes y el mar que los paroxísmicos soldados de la corona hispánica hallaron “airoso, claro y descombrado”. A la existencia eglógica de los agricultores y los pescadores sometidos al inca, adoradores de la fuerza invisible de Pachacámac, seguiría el azaroso trance de las guerras civiles, la cortesanía del fasto virreinal, la conspiración libertaria, la disputa del poder efímero, la invasión, el despertar lento del marasmo, todo en una secuencia de cuatro siglos que, en puridad, no son nada en la historia. Fábula amable y realidad cruel, Lima se hizo lo que es a costa de sueños y dolores.

Se le han prodigado los más contradictorios adjetivos. Se la ha tratado de definir con los insoportables calificativos de “voluptuosa”, “pinturera”, “coqueta”, etc. Y se le ha dicho, por su supuesta indiferencia con respecto al país integral, a su drama profundo y vital aún sin solución, antipe-ruana, frívola, extranjera. Se le ha inventado un pasado de solo salones y danzas, de solo duelos amorosos y perezosas indolencias, en olvido de que también sufrió, como la patria entera, las crisis y los sacrificios que

la historia le impuso. En la Perricholi —cuya existencia humana, cuya auténtica versión ha desaparecido tras la balumba de excelente, buena, mala y pésima literatura— se ha querido encarnar su personalidad, prescindiendo así de la masa que, lejos de los saraos y las huertas del jolgorio, pugnó a lo largo de esos cuatrocientos y pico de años por asumir su papel protagónico en el diálogo de gobernantes y gobernados. Aquí, sin embargo, se han dicho las palabras más decisivas, en boca de limeños o de quienes se habían adaptado a Lima, acerca del destino nacional. El fermento de la independencia —ayer contra los dominadores de ultramar, más tarde contra los extraños venidos a expoliar— bulló siempre en las calles y plazas de la ciudad, como la reacción viva del centro de un ser hacia la penetración ajena, abusiva y brutal en uno de sus órganos, por más pequeño que él fuere. Aquí, en fin, procedentes de todas partes del Perú, las provincias se han unificado y con su presencia a veces desgarrada reproducen, en una patética imagen urbana, el estado doliente de toda la patria, su abisal división en unos pocos que todo lo tienen y muchísimos a los que les falta lo más elemental.

El 18 de enero de 1535 se trazó, justamente con la plaza mayor y los solares, un destino. Una ciudad es siempre una utopía, un proyecto de dicha común, de coexistencia humana y paz social. Lima no escapa a esa norma y no podremos estar conformes, aunque la embellezcan edificios gigantescos y pulule en ella una muchedumbre ya innumerable, si todos los días sus hombres —por lo menos sus hombres conscientes— no luchan por que el arquetipo que está en el origen de la agrupación civil se cumpla en cierta medida. Lima, loada hasta la adulación vacua, denigrada hasta la injuria iracunda, grande y mísera a un tiempo, decidirá, en última y definitiva instancia, lo que ha de ser todo el país a cuya cabeza hace 426 años que marcha.

El Comercio, 18 de enero de 1961, p. 2.

Hoy 400 mil, mañana un millón

El fenómeno de las “barriadas” no es exclusivo de Lima y esta verdad es el consuelo de muchos tontos que justifican los males sociales por su abundancia en el mundo. El hecho de que en torno a una serie de grandes ciudades se haya creado semejante cinturón de miseria constituye prueba irrefutable de que semejantes defectos de organización las aparejan y las hacen víctimas de semejantes problemas. El Fondo Nacional de Salud y Bienestar ha dado a conocer los resultados de un censo sobre el particular y ha revelado que 400 mil personas habitan en esas urbanizaciones clandestinas. La tercera parte, pues, de la capital se hacina en chozas (muy pocas barriadas exhiben construcciones de material noble) y existe en las precarias condiciones que son propias de una agrupación humana que comienza como provisional y termina siendo definitiva. En esto sí nuestra ciudad no puede apelar a ninguna identidad con otros centros urbanos del mundo. Su índice de crecimiento de diez años a esta parte muestra un ritmo acelerado que, de tener autoridades atentas, debería haberse interpretado como manifestación de una crisis digna de correctivos profundos y altamente eficaces. No es de esa índole, por cierto, la ley promulgada recientemente, que si bien procura a estas concentraciones algunas ventajas, favorables a su mejoramiento interno, no afecta a la causa fundamental que las determina.

En verdad, como lo advirtiera el abate Pierre, no son ni leyes del orden de aquella ni un plan de construcciones que reemplace el tugurio por la habitación medianamente higiénica y holgada los remedios de esta neoplasia urbana. El éxodo provinciano, especialmente campesino, a la ciudad no se produce por un mero capricho de los emigrantes. La falta de trabajo, los salarios miserables, la vida chata y sin posibilidades para el futuro, etc., que en países macrocéfalos hacen del poblado excéntrico un desierto, empujan a las gentes a buscar esas “luces de la ciudad” que, a la postre, también

las defraudan. Nadie, sin embargo, emprende el retorno. Una excelente película de Visconti nos ofrece en estos días el caso de una madre y sus hijos a quienes Milán dispara hacia la tragedia. La provincia es centrípeta, reúne el hogar en torno a la tradición pacífica que le es característica. La gran ciudad, en cambio, es centrífuga: descoyunta la unidad hogareña y lanza a sus integrantes por diversos caminos, algunos terribles. Mientras no se eleve el nivel de vida provinciano, sobre todo el de la clase trabajadora, seguirán viniendo a Lima esas víctimas del espejismo urbano, con desmedro no solo del lugar natal de cada uno sino, lo que es tan grave como aquello, con el descaecimiento de la capital abrumada de parias desocupados y descontentos. El sedante que el gobierno ha decidido aplicar —la Ley de Barriadas— será un señuelo más para multiplicar la migración y, por ende, para complicar el problema.

Una vez más habrá que referirse, con disgusto de los liberales que nos abruma desde el poder, a la necesidad de un cambio de estructuras en la organización socioeconómica del país. En tanto no se transforme el fundamento de nuestra economía meramente exportadora e importadora, es decir, en tanto no se industrialice el país, se eleve la capacidad de consumo de las masas, se planifique el desarrollo nacional cabalmente, no se acabará con este problema de las barriadas, en las que se alojan hoy las 400 mil personas y en las cuales vivirán, tensas como la energía inestable de un explosivo, un millón mañana. El que no entiende esto es un incapaz y carece de lo intelectualmente esencial para dirigir la marcha del país.

El Comercio, 15 de junio de 1961, p. 2.

Lima: infancia y adolescencia

Como los seres vivos tienen las ciudades su ciclo vital. Pero el desarrollo urbano repite la ontogénesis con la parsimonia de un gigante. París es París desde hace siglos y aunque en el curso de su historia de dos mil años largos se han añadido elementos nuevos y novedosos, la personalidad de la urbe, como sucedió con la Torre Eiffel, los ha asimilado rápidamente y los ha convertido en signos clásicos de su perfil. Es una ciudad vieja que conserva su juventud —la juventud de los parisienses— y que parece que nunca ha de morir. Cuando mueren las ciudades es sin duda porque han muerto sus hombres.

Las crisis de la edad

Lima es una ciudad impúber. Todavía no actúa como adulta. Sus cuatro siglos no son nada aún. Si comparamos fotografías de hace cincuenta u ochenta años con la realidad actual descubrimos que el proceso de su desenvolvimiento vital es rápido pero no define sus rasgos a perpetuidad. Lo nuevo es demasiado nuevo en ella aunque imite lo antiguo. Las vistas de antaño semejan el rostro de un recién nacido y vacilante, absorto en la magnitud de la tarea, débil para contar su misión temporal. Ahora parece tener más confianza en sí misma, pero la afectan las crisis propias de la adolescencia.

Excesivos borradores arquitectónicos

Todos los visitantes están de acuerdo —no obstante que cada cual habla de la feria tal como le fue en ella— en que posee un espíritu singular que se atribuye a su atmósfera, a su contorno geográfico, a su situación entre la espada marítima y la pared andina, pero bastantes hablan de que esa alma

no logra encarnarse en la arquitectura plenamente, como acontece en las grandes capitales del mundo: Tokio, Madrid, New York, Río. Y es que Lima busca su arquitectura probando la fórmula mediante excesivos borradores, como un alumno prolijo pero torpe. Ahí están la imagen de hace medio siglo y la imagen de hoy, ni aquella ni esta son las últimas.

Hacer una común habitación

Claro que Lima se hace menos limeña y más nacional, según verifica la antropología social, y eso también tiene que estar en su cara. Ayer era el refugio de unas cuantas familias emparentadas; hoy los dos millones que la pueblan están unidos por el sentimiento de hacer una común habitación para el presente y el inacabable futuro.

Otras características, en cambio, deben pervivir. Habrá que defenderlas del impulso transformador que no obedece a la necesidad sino al esnobismo, el mal gusto, el tráfico irrespetuoso y la modernidad a ultranza y sin razón. Todo lo que nos hable de la auténtica índole de su pasado porque está libre de artificio y es sincero tendrá que ser amparado por todos y por los organismos que nos representan a todos. Es fácil, en la información fotográfica que acompaña estas líneas, advertir dónde está lo duradero de esta Lima que está por dejar la infancia como lo que la infancia es, un bello recuerdo de lo que ya no será más.

Oiga, n.º 3, 2 de enero de 1963, pp. 8-9.

Municipios y democracia

En la crisis de las instituciones peruanas hay un síntoma que evidencia el profundo arraigo del mal: la eliminación del gobierno municipal. Nos hemos acostumbrado a pensar los términos municipales como simplemente administrativos y a causa de esa falsa concepción atribuir a la función legislativa la promoción de la obra edil. Se nos ha habituado a pensar en el alcalde como en el señor (o la señora) que se ocupa de que la ciudad esté limpia, la fuente tenga agua o el jardín florezca, lo cual no es menos falaz que la absurda creencia de que el diputado debe interesarse exclusivamente por la construcción del monumento al prócer o por el reemplazo de la campana parroquial.

Y ni lo primero es la principal tarea municipal ni lo segundo es asunto parlamentario. Los romanos llamaban *municipium* a la ciudad que no obstante estar sometida al imperio gozaba de los mismos derechos que la capital y se regía por sus propias leyes. La etimología ilustra la semántica castellana del vocablo: la ciudad regida por sus propios pobladores, gobernada por la voluntad de quienes la conforman. Si los gobernantes municipales surgen por mandato de los ciudadanos, dichas propias leyes, dicha autonomía, se cumple a la posible perfección. Se trata, en último término, de la democracia desde abajo. Escribo este “desde abajo” a propósito de la democracia y sé que incurro en la repetición ociosa. Toda democracia viene del fondo de la masa, del pueblo. Toda democracia, en verdad, comienza por el municipio. Es lo que la ciencia política contemporánea denomina “gobierno local”.

¿Qué otro sentido, a fin de cuentas, tiene la palabra “provincia” que el de la libre asociación de las ciudades, de los municipios? *Pro vincere*, para vencer, decían los romanos, se unifican los gobiernos locales, los pobladores de una zona y otra. Y en esa unión, el consentimiento lo da

la asamblea de los habitantes de una localidad pequeña o vasta, rica o pobre, semejante o diferente a las demás. Desde el villorrio y la aldea hasta la urbe, el régimen municipal establece la trama vital de una nación, como imagen social del vegetal que absorbe por sus raíces el aliento de su vida. Matar esa nutrición es matar el organismo, ahogarlo. El que segó el régimen municipal en el Perú, segó en su fuente misma la democracia y la consecuente institucionalización.

Es un deber inmediato subsanar este disturbio fundamental y restablecer la verdadera municipalidad. Con el respaldo popular, dueño de un mando, el concejo más insignificante podrá emprender, mancomunadamente con el gobierno político central, la misión de desarrollo que nadie duda es la primera que corresponde al régimen que se inicia el próximo 28 de julio. En cada vocero municipal se oirá, ya no la voz del funcionario obsecuente, temeroso de la subrogación ministerial y obligado por ello a danzar al son que le tocan, sino la de sus electores de la base auténticamente popular. Y en cada acto y cada actitud, el burgomaestre o el concejal comprometerá la reafirmación o el repudio periódicos de los suyos. La dignidad que da de una parte, la condición representativa, y la directa responsabilidad, de otra, del representante ante su comunidad, son los factores que garantizan la eficacia del edil de origen democrático.

Ya no más, pues, la alcaldía-adorno, la alcaldía-condecoración, la alcaldía-lujo. Y no más, por supuesto, la alcaldía ocupada únicamente en labores burocráticas y administrativas, estática o decorativa y tampoco, por lógica consecuencia, el escamoteo legislativo en la obra de ornato pueblerino en que tantos parlamentarios distrajeron hasta hoy sus afanes y sus celos. Municipio, Parlamento, Poder Ejecutivo, entonces, estarán relacionados por la autoridad que en los tres proviene del mismo manantial y, por tanto, se complementa en una suerte de tejido, al que sí se puede llamar cosa pública, república.

Oiga, n.º 29, 27 de junio de 1963, p. 5.

¿Atomización de Lima?

El área que, en términos urbanísticos, se denomina Gran Lima es evidentemente la unidad política de la capital. Los distritos convienen para regular la administración, pero tienen que estar integrados a la metrópoli, a un gobierno comunal central. Cuando vemos, por ejemplo, que una avenida es reparada hasta cierto límite, desde el cual en adelante sus defectos persisten, es que ha operado la deformación que consiste en parcelar la ciudad y considerar cada parcela distrital como independiente al resto, ajena a todo lo que no atañe a su jurisdicción, de espaldas a la totalidad. Una gran ciudad es un complejo unitario, un cuerpo cuya mutilación lo daña en su integridad.

Este principio debe ser tenido en cuenta por nuestros legisladores ahora que se halla en estudio la Ley de Municipalidades, pues al parecer prevalece el concepto de que la capital metropolitana será concebida como la vecindad de los distritos y no como su relación íntima, de panal cuyos alveolos conforman una realidad tramada, imbricada, enteriza. Y ello tiene graves inconvenientes, cuyos nefastos resultados pueden comenzarse a advertir desde la elección misma de alcaldes y concejos.

Porque, ¿a qué queda reducida Lima si no se elige, al mismo tiempo que los municipios distritales, el que abarque a la Gran Lima? Simplemente al casco denominado el Cercado, donde la densidad de población es baja y en el cual, si bien está ubicada cierta parte tradicional de la capital, sus medios y alcances autoritativos son escasos. ¿Qué podrá hacer el alcalde limeño entonces? Prácticamente nada. Su representatividad será más bien honorífica, pero no se trata de otorgar honores sino de dinamizar, mediante la democracia, la dormida vida comunal, convirtiéndola de meramente administrativa en gubernativa, es decir, en creativa.

Esto quiere decir que Lima Metropolitana absorba a los distritos. La autoridad que en esta columna se reclama para la ciudad total no está concebida como imperiosa. Hemos hablado de integración, y como tal se entiende la relación en los problemas que son comunes tanto a Miraflores o San Isidro cuanto al Rímac o La Victoria, porque de uno a otro extremo hay una sangre que fluye incesante, que asciende y desciende, que da vida tanto a los miembros más alejados cuanto a ese corazón central del centro cívico. El alcalde de la Gran Lima será el motor de la vasta y todavía creciente extensión de la metrópoli y el distribuidor de las tareas mancomunadas que a todos interesan y, en consecuencia, a todos corresponden.

El “modus operandi” electoral no resultará complicado debido a este sistema, como objetan los partidarios de la “balkanización” de Lima. En la cédula, cada ciudadano votará por la autoridad edilicia metropolitana y por la autoridad edilicia de su distrito, de tal modo que señale su voluntad de gobierno local y también su voluntad de gobierno general. Así actuará en los dos niveles en los que transcurre su existencia. Obvio es que nadie circunscribe su actividad a su barrio ni alienta un distritalismo sino en términos muy superficiales e intrascendentes. Porque la idea de la atomización limeña sienta un erróneo principio que, como supuesto, permite el delirio de elaborar aun la locura del pasaporte interdistrital por la frontera legislativa que se establece con la parcelación.

Lima no es ni siquiera de los limeños: es el Perú. Cada día es más el Perú, afortunadamente. Y la tendencia de nuestro tiempo es unificadora. Solo se explica el prurito divisor pensando en fines ocultos o interesados, no en el verdadero anhelo de constituir con la variedad un único proyecto y una sola obra colectiva.

Oiga, n.º 39, 5 de septiembre de 1963, p. 5.

Estamos fundando Lima

Sin duda aquella Lima que los viajeros del siglo XIX abrumaron de ponderaciones y a la cual más de uno de aquellos visitantes calificaron de ciudad disoluta —sin dejar de advertir, al mismo tiempo, la prevalencia de cierta gazmoñería por encima de la sustancial relajación de las costumbres— está en vías de ser reemplazada por otra ciudad. Y eso no porque cambie el medio, que es fatal, ni los usos proverbiales, que son, en esencia, los mismos, sino porque toda la ciudad es los hombres que la colman, la dirigen, y sobre todo la extracción social de su composición humana.

La Lima que algunos gustan calificar de “virreinal” —la aristocrática y exquisita— y la sólidamente burguesa del siglo pasado, muy satisfecha con aquello que Manuel Atanasio Fuentes denominara sus “barbaridades de obra”, ambas enervadas, sin embargo, indiferentes y hasta mediocres, estaban instaladas en su condición de castillo del gran feudo peruano, en sede de los señores que, en el ocio, no eligieron la especulación filosófica o la creación artística sino el placer como medio de matar el tiempo, que es, en suma, vivir. Subsisten todavía esos rasgos, pero día a día es dable ver algo más que síntomas del cambio de personalidad, de la transformación que ocurre en la ciudad de Pizarro.

En 1878, Charles Wiener, un arqueólogo francés, subrayaba la ausencia de una clase media en Lima y, por cierto, en todo el Perú. Tras la guerra, en el umbral, luego del nuevo siglo, y aun hasta la tercera década de este, la lucha se entabló entre el señorío limeño, dispuesto a mantener sus privilegios de baronía feudal, y el señorío provinciano, rudamente maltratado por los atributos de aquel. Muchos entonces dijeron, clara o encubiertamente, cómo era esta tensión. “Mi odio a Lima —escribía en 1919, Federico More, venido del altiplano a romper lanzas con la capital costeña— ha sido el crisol donde se ha purificado mi amor al Perú...”.

¿Podría ahora alguien, como aquel arqueólogo o como el escritor de Puno, desconocer que una ola de gente intermedia de profesionales, comerciantes, expertos, intelectuales, comienza a dar su sello social a Lima y lentamente la convierte no en la antítesis del país sino en su síntesis más cabal aunque, a la vez, más dialéctica, más dinámica? Difícilmente. Lo cual, no obstante, no significa que el bastión del antiguo propietario de vidas y haciendas haya sido derribado y menos, por supuesto, que este se resigne a ceder su plaza a los advenedizos del fondo popular y de la vasta provincia. Por ahora, Lima es la lisa de un combate, y si bien los que sitian el poder son muchísimos más que los que defienden sus Tullerías coloniales, quienes tras los muros de su alcázar secular se oponen al advenimiento de la historia —que es eso, al fin y cabo, la nueva clase— disponen de un parque poderoso (los títulos, las tradiciones, las habilidades, etc.) contra el cual el número tiene solo una ventaja: su infinitud. La victoria puede ser pronosticada, mas no es posible adelantar la fecha en que sobrevendrá la capitulación del adversario cercado.

La Lima de la clase media —Lima popular y Lima moderna— no será perricholesca, vale decir, cortesana. Sus mitos tampoco serán los del fuero nobiliario. Aceptará su barro, su “quincha” no por la forma que adopte en la portada, el campanario o, en general, el ornamento, sino por la legitimidad de la materia, greda, tierra, polvo original. Será, aunque le falte el sol, solar y, asimismo, marina, y también nativa y universal. No querrá simular la beatitud porque tampoco vivirá en la concupiscencia. De cara al presente y al futuro, no se satisfará con los pergaminos, los escudos y las hidalguías de casta, sino consigo misma y como proyecto de dicha simplemente humano. Y su literatura, su arte, no inventará una naturaleza ficticia (como Peralta Barnuevo lo hizo hace tres siglos cuando mintió: “En su horizonte el Sol todo es aurora / eterna, el tiempo todo primavera...”) sino transfigurará esa realidad, aun cuando sea descaecida o inestable, en reto al que habrá que responder siempre con la acción. En el 429 aniversario de la fundación de la ciudad bien puede uno de los suyos formular este deseo como una profecía.

Oiga, n.º 57, 16 de enero de 1964, p. 11.

II

**El patrimonio nacional:
¿una mercancía?**

La Virgen de las Mercedes

Gravísima denuncia es la que dos devotas de la Virgen de las Mercedes han hecho pública en torno a la sustitución de la antigua imagen de dicha virgen por una de fabricación moderna, no solo por el delito que tal hecho, de ser cierto, implica, sino también por el atentado que representa contra el patrimonio artístico e histórico del pueblo peruano. Muchas veces, desde las columnas de *La Prensa*, se han elevado voces de advertencia o protesta en torno a la incuria que reina entre nuestras autoridades con respecto a la riqueza colonial que los conventos guardan, las cuales nos son prácticamente desconocidas. Dicha incuria es un fenómeno paralelo a la destrucción parsimoniosa de que son objeto edificios y monumentos del pasado virreinal, a la modificación del trazado primitivo de la ciudad y a la adulteración culposa de los más representativos testimonios del pretérito nacional.

La imagen de la Virgen de las Mercedes, obsequio de Carlos V a Lima, obra de los imagineros españoles del siglo XVI, cuyo arte consistía precisamente en imprimir al rudo bulto un hálito místico de entrañable emoción, probablemente una talla en madera, luego policromada, ha sido —según la declaración de aquellas dos damas— reemplazada por otra actual a la que se le han colocado joyas ilegítimas. La responsabilidad de este atropello se atribuye a un sacerdote que ha viajado a Colombia “para vender la imagen a un millonario”. Efectivamente, basta comparar las dos fotografías aparecidas ayer en nuestro diario para darse cuenta de que entre una escultura y la otra existe una diferencia radical. La primera, la auténtica, posee los rasgos de amargura y melancólica belleza que caracterizan el arte sagrado español del 1500, en tanto que la segunda tiene los caracteres de las imágenes “estándar” producidas en serie por fábricas europeas. La una lleva la impronta del artista, el sello personal de alguien que, sumido en un sentimiento de devoción, ha revelado su inspiración en su obra; la otra es convencional, carente

de belleza, adocenada en sus formas. A estar por los grabados insertos ayer en la primera plana de *La Prensa*, la sustitución es evidente.

No cabe, por ingenuo y deleznable, el argumento que, a propósito de la denuncia, esgrime el R.P. Daniel Vázquez, Provincial de la Orden Mercedaria, quien afirma que “él mismo ha modernizado las líneas artísticas del rostro de la verdadera imagen, porque antes el rostro era de apariencia varonil y no estaba de acuerdo con la pureza que tiene ahora”. “Es una expresión más tierna —añade el P. Vázquez candorosamente—, y yo mismo he realizado el trabajo durante cinco meses”. Nadie tiene derecho a adulterar una obra de arte que, además, pertenece a la colectividad. Es de imaginar lo que pasaría con el que pretendiera realizar la tal transformación de una imagen de La Macarena, por ejemplo, o de otra escultura sagrada semejante. Quien haya realizado tal acto ha cometido una tropelía incalificable, merecedora de una sanción ejemplar. Lo que este sacerdote ha declarado, en descargo de la Orden y como respuesta a la construcción planteada, es un abuso de confianza y un atentado sin perdón.

El año de 1939 se promulgó la Ley 8853 creando el Consejo Nacional de Conservación y Restauración de Monumentos Históricos, cuya finalidad es “no solo conservar y restaurar lugares históricos, edificios y monumentos, sino también muebles, joyas, pinturas, esculturas y en general todo objeto que tenga valor histórico o artístico de la época colonial”, así como, según reza el artículo 3º del texto de esa ley, “Impedir la salida del territorio nacional de los objetos de carácter histórico o artístico”. Contra viento y marea, aunque sus atribuciones teóricas no han podido ser ejercidas plenamente en la práctica debido a los obstáculos interpuestos por los intereses creados, esta institución ha venido trabajando por el mantenimiento del arte peruano del pasado y por el respeto que le deben sus poseedores y guardadores. A dicho consejo atañe el caso que ahora comentamos. Sin embargo, si los poderes de esta entidad son precarios para combatir la sustracción, el negociado, la alteración, el ocultamiento y la destrucción de las piezas notables del arte y la artesanía coloniales, es imperioso y urgente dar vida y facultades ejecutivas a un patronato que vigile el patrimonio artístico e histórico que está en manos de los particulares, civiles o religiosos. Grande ha sido el despojo efectuado, especialmente en el interior del país, contra iglesias y conventos, mas estamos a tiempo aún de detener ese crimen.

Si lo que las damas denunciantes han dicho a nuestro diario es verdad —y es fácil encomendar a un experto un peritaje concienzudo en la imagen

de la Virgen de las Mercedes que se halla en la iglesia respectiva y, sobre la base de su informe, deslindar luego responsabilidades y sancionar enérgicamente a los culpables—, se habrá cometido un delito de simonía. El Dante en su *Divina comedia* confina estos pecadores al penúltimo círculo de su cruento infierno. Allí padece Bonifacio VIII, llamado simoníaco por el gran poeta medieval.

La Prensa, 4 de octubre de 1953, p. 8.

La Virgen y la imaginería española

El motivo más frecuente, el asunto que con más empeño los imagineros de España, desde la Edad Media hasta finalizar el siglo XVII, eligieron para la creación escultórica, fue la Virgen María. De un extremo a otro de la península ibérica, los santuarios conservan antiguas y veneradas estatuas de la Madre de Dios, entre ellas no pocas de los más remotos tiempos. En piedra, en alabastro, en mármol, en madera, en “terracota”, en barro vidriado, en bronce y hasta en plata y oro, fueron talladas estas imágenes. Naturalmente, no solo debido a la diferente pericia de los artesanos y a las características del material empleado, sino muy principalmente al variado concepto de la belleza del rostro que ha privado a través de la historia, los rasgos impresos a la faz de María no corresponden a un canon único y permanente.

A raíz del debate promovido hace apenas unos días con relación a la desaparición o transformación de la imagen de la Virgen de las Mercedes, el R.P. Daniel Vázquez, comendador de la Orden Mercedaria, ha intentado justificar el cambio producido en dicha escultura afirmando que “el rostro de esta efigie era deforme, carcomido por el tiempo y casi monstruoso”, añadiendo que tenía un “aspecto desagradable”. La imagen, según este sacerdote, no ha sido sustituida sino simplemente restaurada, habiéndosele con este fin modernizado las facciones. Aparte la arbitrariedad que tal acto entraña, bien claro está que la reforma ha sido realizada —de ser cierto el alegato del P. Vázquez— por personas sin idoneidad. Actualizar la cara de una imagen que es una obra de arte es tan absurdo como modificar un cuadro primitivo —del Giotto, digamos— poniéndole la perspectiva que le falta y renovando su composición por considerarla arcaica.

Cuatro épocas distinguen los especialistas en la escultura mariana española. A saber: 1) La de la Alta Edad Media (siglo XII y siglo XIII), durante

la cual la Virgen es representada en forma de “Gran Dama”, caracterizada por el hieratismo de la figura y la verticalidad de sus líneas: es la escultura “románica”; 2) La de los siglos XIV y XV, cuando adviene el “gótico” a España, periodo durante el cual se crea lo que se ha dado en llamar “estilo internacional”, posiblemente por la influencia del arte francés, cuya finalidad era realista y patética; 3) La del siglo XVI, que muestra evidentes influencias del arte italiano, cuya finalidad era meramente estética; y 4) La del siglo XVII, obra de artistas conocidos. La evolución revela que se va de la creación ingenua, candorosa de los estatuarios primitivos, al naturalismo, que domina en el siglo XV, y que de ahí la escultura mariana se desarrolla hacia el puro esteticismo, el cual culmina a fines del siglo XVII. Cotejando fotografías de los ejemplares pertenecientes a estos periodos con la de la Virgen de las Mercedes que Carlos V obsequiara a nuestra ciudad, es fácil colegir que se trata de una Virgen de transición entre el “gótico” del siglo XV y el estilo italianizado que priva durante el siglo XVI.

Es lógico, entonces, que sus rasgos físicos no coincidan con los que hoy se suele denominar bellos, tal como sucede con la Virgen de la Paz de la Catedral de Segovia y la Santa María de Castellón de Ampurias en Gerona, con Nuestra Señora de Fuencisla también en Segovia y la Virgen del Pilar de Zaragoza, con Nuestra Señora de los Desamparados de Valencia y La Dolorosa —firmada por José de Mora— de la Capilla Real de Granada, con Nuestra Señora del Rocío de Huelva y La Macarena de Sevilla, entre otras muchas, todas ellas dueñas de un aspecto físico que merecería el calificativo de “desagradable” del R.P. Daniel Vázquez. Predomina en estas imágenes, como predominaba en la desaparecida imagen de la Virgen de las Mercedes, un tono dramático, adolorido, reflejo vivo del propósito de conmover que inspiró al artesano anónimo que la esculpió. Entender ese tono como “casi monstruoso” es ignorar que la antigüedad de una obra de arte se expresa también en ese ámbito de irrealidad, deshumano, que el tiempo pone en la representación.

Es difícil determinar qué ha hecho el señor Febres -restaurador al cual el P. Vázquez encomendó la operación de “poner al día” a la imagen de la Virgen de las Mercedes- para reducir el mentón de aquel semblante, afinar la nariz, imprimir una sonrisa a los labios y separar los ojos de la efigie. Con el cincel, ha debido tallar en la vieja madera hasta el punto de convertir el semblante antiguo en nuevo. Lo cual es, sin duda, una hazaña. La comisión a la cual el arzobispado ha encargado la investigación

correspondiente debe juzgar este acto en su real gravedad. Nada más importante en la vida de un pueblo que el celo que él ponga en la conservación de sus riquezas artísticas, pues en ellas se funda su tradición, vale decir, su espíritu perdurable.

La Prensa, 6 de octubre de 1953, p. 8.

Adulteración de una imagen

La comisión a la cual el arzobispo encomendó la tarea de investigar sobre la autenticidad de la imagen de la Virgen de las Mercedes, que se venera en el templo del mismo nombre, puesta en tela de duda, no por un rumor —como maliciosamente se ha afirmado—, sino por la denuncia pública hecha a través de las páginas de nuestro diario por dos respetables damas, ha emitido el informe respectivo. En resumen, en tal documento se declara que la imagen es la misma, pero que ha sufrido adulteraciones tan torpes que el valor artístico de dicha pieza escultórica se ha perdido totalmente.

Justa y explicable fue, pues, la alarma que produjo la publicación de nuestro diario. Contra los ocultamientos interesados, contra el prurito celoso de mantener en secreto los errores y las fallas de quienes tienen el deber de actuar ejemplarmente, contra el rumor callejero impreciso y exagerado, la prensa tiene el deber de sacar a la luz todo aquello que afecta a la colectividad y exigir su aclaración o su sanción. De ahí que sea impropia la censura que el informe hace a la prensa, no solo porque alude a un asunto en torno al cual no se solicitó opinión alguna, sino porque fue precisamente en las publicaciones periodísticas donde se originó el interés que ha culminado con tan reveladoras verdades.

Una autoridad de la Orden Mercedaria dispuso caprichosamente, porque según su dudoso gusto el rostro de aquella era “casi monstruoso”, el cambio de las facciones de la Virgen de las Mercedes —donada a Lima por Carlos V y, por ende, patrimonio nacional— en la bárbara forma que el informe comentado revela: “...el rostro y las manos han sido pintados al duco sin técnica eficiente, por no haberse dado una base adecuada sobre la madera, presentando actualmente rajaduras y agrietamientos; además se ha procedido a cambiar la expresión de la

Virgen, tallándose nuevas formas en la boca, modificándose el cuello, cortándose los párpados y agregándose pestañas”. Se trocó así el carácter de matrona de los rasgos de aquella Virgen —presumiblemente una talla policromada del siglo XV o XVI— por el de una chiquilla, conforme reza el inciso segundo del informe aludido. Se ha cometido, pues, un atropello imperdonable. Y este hecho demuestra de modo palmario que muchos de los tesoros artísticos e históricos del Perú están bajo amenaza de muerte o adulteración debido a la irresponsabilidad e ignorancia de sus guardadores, aquellos que debieran ser sus más cuidadosos vigilantes. Es lógico, en consecuencia, exigir del Estado la dación de leyes que amparen dicho patrimonio artístico y el establecimiento de un organismo enérgico y ejecutivo que vele y defienda esa importante parte de la heredad cultural peruana.

El informe firmado por los señores Waldemar Schroeder, Raúl Morey y Adolfo Winternitz adolece de defectos. En primer término, no dice a qué experimento han acudido ellos para determinar la edad de la madera de la estatua (hay una prueba infalible llamada “del carbono”). Se basa solo en comprobaciones superficiales. Habla de la “técnica y usanza de la época”, mas no precisa de qué época se trata. Del siglo XV al XVI —se lee en cualquier manual de Historia del Arte— hubo una variación en los modos y aun en los procedimientos de la imaginería española, pues se pasó del estilo gótico al franco-italiano. ¿A qué período pertenece entonces la imagen en discusión? Por otro lado, el informe afirma que la estatua “corresponde en todas sus partes a las descripciones que existen sobre ella en diversas obras de arte religioso”, pero más adelante advierte que ella “presenta modificaciones en el rostro y las manos” (nueva pintura, variación de la boca, adelgazamiento del cuello, corte de los párpados y agregado de pestañas). ¿Cómo es, según esto, que “corresponde en todas sus partes a las descripciones”? Por último, el informe, en fragante *contradictio in adjecto*, declara que las modificaciones “alteran sustancialmente la apariencia y el aspecto” de la imagen. En una obra de arte —se puede responder— la adulteración de las formas —apariencia, aspecto— es adulteración de su esencia. Si al *Quijote* se le varía el estilo, deja de ser una obra maestra literaria, y si a la *Gioconda* se le colocan bigotes y barbas (como alguna vez lo hiciera Dalí)¹,

1 El autor parece estar refiriéndose más bien a la obra de Marcel Duchamp (1887-1968), irónicamente titulada *L.H.O.O.Q.* (1919), catalogada por el propio artista como un *ready-made* rectificado (nota de A. S.).

desaparece su belleza. No se ha variado “sustancialmente la apariencia”, sino que se ha destruido la sustancia, el contenido, la belleza entrañable de la obra de arte.

Ha habido atentado, eso es todo. Un atentado que quizá las leyes no penan, pero que por ello no deja de ser grave. Un bien nacional, una joya artística, ha sido transformada en un objeto sin valor, corriente, de características adocenadas. Hizo bien *La Prensa* en acoger en sus columnas la denuncia de las dos devotas de la Virgen de las Mercedes y en promover esta investigación. Aguardemos las medidas que se tomen para que el caso no se repita.

La Prensa, 15 de octubre de 1953, p. 8.

¿La misma imagen?

Recapitulemos. Dos damas, a través de las páginas de *La Prensa*, denunciaron, hace aproximadamente tres meses, que la imagen de la Virgen de las Mercedes venerada en la iglesia del mismo nombre había sido sustituida o, si no, adulterada hasta el extremo de parecer una distinta. Tras el revuelo público producido por esta revelación, las autoridades de la Orden Mercedaria declararon que el rostro de aquella escultura —que debía ser una obra de la imaginería española del siglo XV o XVI— había sido restaurado por un técnico debido a que, tal como se hallaba, poseía un aspecto “monstruoso”. El arzobispado de Lima nombró, a raíz del debate y la protesta consiguientes a esta información, una comisión investigadora del caso. Por otro lado, el Consejo Nacional de Conservación y Restauración de Monumentos Históricos y Artísticos encomendó a su asesor técnico, doctor Alberto Santibáñez Salcedo, la tarea de determinar la veracidad de la denuncia. A la Dirección General de Investigaciones se le encargó también la emisión de un informe al respecto.

La comisión del Arzobispado evacuó su dictamen a mediados del mes de octubre estableciendo que efectivamente la faz de la estatua había sido reformada, dejando sentado, al mismo tiempo, que se trataba de una inadmisiblemente arbitraria de parte de quienes habían dispuesto tales trabajos. La denuncia de las dos damas, que juzgaron “de visu” el cambio efectuado en la imagen, resultó ser, de este modo, totalmente cierta.

Los diarios de ayer han dado cuenta extensa de la sesión del Consejo de Conservación y Restauración de Monumentos Históricos y Artísticos realizada el día lunes, en la cual el doctor Santibáñez expuso las conclusiones de su indagatoria en torno a este asunto que compromete la honorabilidad de la Orden Mercedaria y su seriedad con respecto a la parte del

patrimonio artístico peruano que ella guarda. Con vehemencia meticulosa dicho informe afirma que “mediante documentación gráfica, testimonial y técnica” ha sido posible “determinar e identificar la verdadera imagen de la Virgen de las Mercedes que se veneró hasta poco antes de ser bajada de su recamarín en agosto de 1952”, así como que “se ha podido, por los mismos medios, comprobar la autenticidad de la imagen de la Virgen de las Mercedes que actualmente se venera en la iglesia de su advocación de Lima, la cual es la misma que se coronó en 1921”. También concluye la investigación que “en la Iglesia de La Merced de Lima se han venerado, como imágenes principales de la Virgen de las Mercedes, desde la fundación de dicha iglesia hasta el presente, varias imágenes, estando plenamente comprobado que, por lo menos en el siglo XIX, se veneró otra imagen distinta a la que fue coronada en 1921”.

He aquí los asertos a los que ha llegado el doctor Santibáñez en su despacioso y prolijo estudio. Abonados por la opinión de la Dirección General de Investigaciones, que ha dicho “que la madera (cedro) en que está tallada es de una antigüedad mayor de cien años y que dicha imagen ha sido sometida recientemente a trabajos de talla y pintura en las partes que se exhiben desnudas”, los miembros del Consejo de Conservación y Restauración de Monumentos Históricos y Artísticos han considerado, según parece, cumplida su tarea y cerrada la discusión.

Pero no es así. Es indiscutible ya que la asendereada estatua ha sido torpemente variada y esto, aunque el bulto perdure, aunque la madera sea la misma, aunque el material prevalezca, es un atropello. Ante todo, porque en el arte lo que posee valor, lo que es bello, es la forma y no la substancia de que está hecha la obra. Retornados los colores de Velásquez a la paleta, devuelto el aceite al frasco, tenida la tela en blanco, desaparece todo lo que a los lienzos el gran maestro ha convertido en inmortales. Aquel pomposo consejo de tan complicado y solemne nombre no puede constreñirse a verificar la tropelía. Su función tiene que ser más enérgica y viva que la de dar cuenta, con lujo de detalles y derroche de atingencias y consideraciones previas, de un acto que entraña tantísima irrespetuosidad e ignorancia. Si nos dice que la imagen ha sido mal restaurada; si añade, además, que desde la fundación de la Iglesia de La Merced han sido varias las imágenes veneradas en ese templo, y si es sabido que una de ellas fue obsequiada a Lima por Carlos V, está en la obligación de hacer públicas las medidas que se han tomado para evitar que, en adelante, cualquier aficionado, alentado

por quienes carecen de criterio y gusto, atente contra el arte. Debe también hacer conocer el destino que aquellas varias imágenes —una de las cuales debe ser la enviada a Lima por el rey de España— han tenido. ¿Por qué ha sido la imagen tantas veces sustituida? ¿Quiénes han sido los responsables de dichos cambios? ¿Cuáles de esas estatuas poseían un valor excepcional? Y, en especial, ¿dónde están?

La imagen, según los técnicos a los que se ha encargado esta morosa investigación, “es la misma”. La expresión “la misma” es lo suficientemente vaga e imprecisa como para no designar concretamente a nada. Es la misma, sí, que se coronó en 1921, pero no es la misma del siglo XVI. Es la misma, claro, que estuvo en el altar de La Merced “hasta poco antes de ser bajada de su recamarín en agosto de 1952”, pero no es la misma que poseía aquel rostro trágico y desgarrado que testimoniaba su singular calidad. Es la misma, por supuesto, en lo que se refiere a la madera en que fue tallada, pero no es la misma con relación a la expresión que el artesano le imprimió emocionado. De ahí que no nos sintamos satisfechos con todo el despliegue de documentos, ratificaciones, alusiones históricas y datos, en cierta manera laterales al fondo del problema, que luce el dichoso consejo. Menos, por cierto, con la peregrina idea, que al final de las informaciones periodísticas de ayer se da, de encomendar al “Escultor Imaginero Rael Quinto” —así se le llama— el trabajo de devolver a la imagen su rostro primitivo, solo por el hecho curioso de que este señor “ha tenido ocasión de restaurar una imagen de un templo de España malograda en la Guerra Civil”. En mérito a esa una imagen, usando buriles, escoplos, formones y otras herramientas, este “escultor imaginero” realizará el milagro de que la imagen sea absolutamente “la misma”.

La Prensa, 17 de diciembre de 1953, p. 8.

Un monumento y la originalidad

Nada más difícil en el campo de las artes que el uso de la alegoría. Si no es original e inteligible —al mismo tiempo que bella, se entiende— de nada sirve como expresión sintética de la idea que se desea expresar. La escultura infortunadamente ha consagrado ciertos símbolos manidos, especie de lugares comunes en bulto, los cuales a fuerza de haber sido repetidos por aquellos a quienes les escasea la imaginación han perdido toda la carga emocional que alguna vez tuvieron. Echar mano de estas alegorías es reconocer que se carece de fantasía y que de lo que se ha tratado es de acuñar en un molde mostrenco un concepto singular.

Es lo que ha pasado con el monumento a Ramón Castilla, cuyo boceto ha sido recientemente premiado. Pertenece al artista Luis Peña y Peña, autor también del monumento al general San Martín que se levantará en Pisco. La imagen de un hombre esforzado que rompe cadenas —metáfora escultórica que representa con precariedad la acción libertadora— se da en este y en aquel. A juzgar por las fotografías publicadas en nuestro diario el último sábado, la figura que realiza dicha hazaña es la misma y las formas humanas que la acompañan están compuestas, en uno y otro monumento, de idéntico modo. Aparte de que la idea y la realización son las mismas, queda en pie la circunstancia de que se trata de una inspiración ciertamente pobre, sin vuelo ni hondura.

Los monumentos son objetos públicos. Un músico compone una sinfonía, y si es mala se queda en el papel, muda para siempre. En todo caso, la escucha solo aquel a quien le viene en gana. Un cuadro tiene un radio de acción limitado. La sala o la habitación en la que está colgado, a la cual se puede entrar procurando no mirar las paredes, es toda la jurisdicción que domina. En el libro cerrado quedan las poesías chirles y los relatos

tontos. El tiempo cumplirá con aquella sinfonía, con ese cuadro y con este poema o narración, la implacable gestión de hacerlos desaparecer. El monumento, en cambio, abarca casi siempre una extensa zona urbana y posee una materia y una dimensión duras de roer.

Si la estatua es mala, generaciones y generaciones tendrán que apurar el amargo trabajo de su visión. Pensemos en aquel hombre rompiendo cadenas, sin gracia ni estilo, puesto en la Plaza de Armas hasta la consumación de los siglos. Nuestros hijos, nuestros nietos, nuestros biznietos y más aún, soportarán, cada vez más irritados, la insuficiente versión del héroe tarapaqueño. Contemplarán el monumento y emitirán juicio despiadado sobre nuestro gusto. Y en este caso pagaremos la culpa tirios y troyanos.

El monumento ha sido elegido por concurso. Esto es lo grave. En el jurado —puesto que lo que se iba a premiar era una obra de arte— debió haber más de un técnico, los que hubieran observado y considerado no solo la correspondencia histórica que existía entre los proyectos y el personaje homenajeado, sino también la calidad estética de las maquetas concurrentes. La cuestión es más inexplicable por el hecho de que el resto de los trabajos no ha sido exhibido y los críticos, los aficionados e inclusive el hombre común, es decir, aquel que deberá gozar o padecer el monumento, no han tenido oportunidad de verificar, corroborar o rectificar el fallo.

La escultura no es un arte que reproduce en volúmenes a un hombre u otro motivo. Debe ella tener en cuenta la significación que entraña la personalidad a la que celebra y también el espacio, el ámbito urbano en el cual se va a localizar. Los ritmos de la estatua deben ser correlativos a los de las construcciones que la rodean y establecer con ellas una unidad de estilo y armonía. De ahí que, además de la repetición de la alegoría, ande en este monumento descaminada también la concepción total de la escultura. Todo en ella es, en resumen, lugar común, reiteración, cosa demasiado vista y conocida.

La Prensa, 5 de enero de 1954, p. 8.

“Reforma” de plazas

Hay que aplaudir la decisión del Concejo Provincial de Lima, expresada por boca del señor alcalde, de no aceptar y tolerar que institución alguna organice colectas para reconstruir las plazas de la ciudad y levantar monumentos en las mismas. Hay que aplaudirla entusiastamente, pero mantener, al mismo tiempo, tenaz reserva con respecto al hecho de que el concejo ha realizado estudios para “reformular” —esa es la palabra que usó en la última sesión municipal el señor Larco— todas las plazas de Lima, entre ellas la de San Francisco. Tenemos una triste experiencia de la fiebre transformadora aplicada a la fisonomía tradicional y característica de nuestra ciudad. La Plaza de Armas fue víctima de tal empeño y todos somos testigos de aquello en lo que vino a parar. Nada, a no ser la catedral, quedó de lo que era propio de dicha zona. Se levantaron, en reemplazo de los antiguos edificios, macizos pastiches neocoloniales; se abrieron pasajes, se dispusieron plazoletas, se redujo el área verde, se cortaron las airosas palmeras y se dio fin así, pica en mano, a todo el aire auténtico del antiguo perfil.

Por eso, y por lo que ha sucedido en otros lugares —por ejemplo, la amenaza de cuadriculación que desde hace algún tiempo se cierne sobre la Plaza de la Inquisición—, es que la expresión “reforma” nos da muy mala espina. Más propia es la de “restauración”. Esta, a lo menos, no sugiere como aquella demoliciones y escombros, y da idea de una inspiración respetuosa en los valores permanentes radicados en las viejas construcciones.

No es que dudemos de la idoneidad de los inspectores Seoane y Málaga, autores del proyecto. Menos desconociendo en qué consiste la reforma a que ha aludido el señor alcalde. Mas los antecedentes de intervenciones quirúrgicas semejantes en la ciudad no son precisamente alentadores. En las anteriores ocasiones parece que ha prevalecido el concepto de que

el cemento armado y el concreto tienen más nobleza que el barro en adobe o en forma de “quincha”. Volutas, ménsulas, columnas salomónicas, pináculos, etc., de índole barroca son típicas de un determinado material, y su imitación en sustancias y mezclas de nuestro tiempo es una adulteración artística inaceptable. San Francisco guarda mucho de su carácter, a pesar de que la Capilla del Milagro, situada al lado de la hermosa iglesia central, ha sido sometida a un tratamiento francamente desastroso. En ese sector está la llamada Casa de Pilatos que nadie se ha ocupado, luego de los daños que sufriera con el terremoto del año 1940, en volver a su legítimo aspecto. El ambiente de aquella plaza debe ser conservado a toda costa.

Está bien que ninguna institución se arrogue la facultad de variar los lineamientos de la ciudad. Pero no está tan bien que el Concejo Provincial de Lima quiera reformar esa fisonomía sin hacer una consulta a la opinión pública o, por lo menos, darle a conocer los términos del plan que la municipalidad se propone emprender.

La Prensa, 10 de abril de 1954, p. 8.

Restauración de San Francisco

Entre los más hermosos y característicos rincones coloniales que quedan en Lima, milagrosamente indultado de perecer en la célebre “picota del progreso”, está la Plaza de San Francisco. Desde esta misma columna, cuando se dio cuenta del proyecto de colocar ahí un monumento, protestamos en nombre de la estética urbana y de la autenticidad ornamental de ese significativo sector de la ciudad. Aplaudimos también la decisión del Concejo Provincial de no permitir la colocación de esa estatua y estimulamos a esa corporación a tomar iguales medidas en diversos puntos donde se está aún a tiempo de detener la destrucción. Con tino excelente, el concejo ha ido más allá. Ha dispuesto la elaboración de un proyecto de restauración y ha solicitado de un grupo de personas conocedoras del problema o sencillamente amantes del patrimonio artístico de la capital su opinión al respecto.

La reunión se llevó a cabo el viernes y sobre ella informó ayer *La Prensa* en primera plana. Tal como alguien en esa cita afirmó, ningún monumento más espléndido en homenaje al santo que el propio templo que en la plaza se levanta. En su magnífica línea, en su severa y al mismo tiempo airosa forma, en su nobleza arquitectónica, está el mejor culto público al bienaventurado cuyo nombre ostenta aquella área de la vieja Lima. Basta, conforme el proyecto Vásquez de Velazco - Granda lo ha considerado, una piletta de estructura sencilla y árboles como toda decoración. El piso de lajas o cantos rodados, en vez del frío e inexpresivo cemento, y la colocación de faroles adecuados al ambiente y en una situación que no afecte la visión del conjunto, completarán los elementos que actualmente le hacen falta a la plaza.

El proyecto, cuya realización, según dio a conocer ayer el alcalde, se llevará a cabo inmediatamente, es el primero de una intensa campaña para

devolver a ciertas zonas de la Lima tradicional su particular encanto. El problema es sencillo. Se trata de conservar el clima que en el espacio urbano primitivo, ese que abarca apenas un centenar de manzanas debe reflejar la historia de la ciudad, el pasado real y legendario, testimonio concreto de que es producto de una sedimentación de siglos y no un brote reciente. Si Lima ha sido la cabeza de América y si los rastros de esa preeminencia se conservan, tratemos de que se muestren como reliquias que respetamos y sabemos apreciar.

La restauración de la Plaza de San Francisco y las medidas que se han de adoptar para que las calles que la circundan mantengan su aire tradicional son merecedoras de todo aplauso. Si así se hubiera procedido en anteriores oportunidades, no habría que lamentar hoy la pérdida irreparable de muchos monumentos históricos y artísticos, que sucumbieron al frenesí transformador de los falsos progresistas.

La Prensa, 23 de mayo de 1954, p. 8.

Por la ciudad que habitamos

Es cierto que no es lícito ni admisible desconocer el derecho que asiste a los propietarios de disponer de sus terrenos y sus casas como les parezca más conveniente, pero no es menor la importancia que tiene, para los que forman una comunidad, la conservación de un determinado aspecto del espacio que habitan, sobre todo si él representa una historia y, por ende, un espíritu. La personalidad de una ciudad radica en algunos detalles de arquitectura y ambiente, y si Nueva York es Nueva York gracias a sus rascacielos y gigantescos puentes, a sus avenidas populosas y a la agitación de su ritmo humano, otras capitales son lo que son debido a matices peculiares que solo ellas pueden ostentar. La circunstancia de que Lima —la zona antigua, se entiende, que por desgracia es también la zona céntrica— se halle en una etapa de transformación debido a causas económicas y sociales que no corresponde analizar aquí, no impide que por amor a la tradición —no a la tradición roñosa y meramente decorativa, sino a la verdadera y profunda— procuremos mantener los testimonios del pasado que por su belleza o su historia poseen una significación duradera. Los propietarios, a pesar de los derechos que los respaldan, no tienen por qué ser ajenos a este deber moral.

Ante fotografías y grabados es fácil comprobar con cuánta celeridad ha ido desapareciendo, en el decurso de medio siglo, mucho de lo que es la personalidad característica de Lima. A la bárbara acción del Presbítero Maestro se sumaron posteriormente los empeños falsamente modernizadores de otras gentes cuyos nombres algún día habrán de figurar en el libro negro de la destrucción. Para construir un palacio, un banco o un edificio se lanzó la pica sobre muros añosos, portadas sugestivas y torres airoosas. Cayeron soportales colmados de carácter y se echaron por tierra mansiones consideradas por los especialistas como expresiones singulares de un tiempo y una sociedad. Peores que los terremotos, esas campañas

de equivocada renovación hicieron presa de todo lo que el mal gusto eligió como lugar para levantar sus monumentos neocoloniales o pseudo-modernos. Y el atropello estuvo a punto de consumarse totalmente.

Por fortuna, quizá en virtud de la protesta firme aunque impotente materialmente de quienes tuvieron en cada caso noción del error que se cometía al reemplazar lo antiguo con lo artificial y artificioso, ha sobrevenido una reacción. El proyecto de restauración de la Plaza de San Francisco, emanado de las propias autoridades municipales contra la impertinente opinión de algunos, es síntoma de que al fin se está en buen camino en lo que respecta a la conservación de la fisonomía secular de nuestra ciudad. Se trata, sin duda, de la iniciación de un plan más vasto y completo. Quedan rincones —se podrían citar como ejemplos las plazuelas de San Sebastián, San Marcelo, Santa Ana, Cocharcas, etc.— que solo requieren la intervención de una mano que disponga los detalles y dé con ellos al conjunto una atmósfera grata y, si es posible, bella. Alguien ha hablado de crear un itinerario que ofrezca al turista —no solo nacional y extranjero, sino aun local— una sucesión de monumentos y espacios atrayentes y representativos de la ciudad histórica. Para ello, solo hace falta trazar en el plano ese recorrido y aplicarlo luego a la realidad con las modificaciones que se impongan, lo cual no requiere ni siquiera de una inversión extraordinaria de dinero. Esa ruta podría iniciarse en la Plaza de Armas, no obstante el deprimente aspecto que debido a las transformaciones en la actualidad ofrece, y terminar en la Alameda de los Descalzos, abandonada hoy a la más desdichada de las suertes.

Pero todo no puede quedar ahí. Para devolver, aunque sea en forma elemental, el viejo ambiente a Lima, es indispensable la contribución de los particulares. Por ejemplo, en el caso de la restauración de la Plaza de San Francisco, la municipalidad solo tiene la jurisdicción en lo que es únicamente propiedad pública. Se plantea a los autores del proyecto el problema de conseguir que las dos calles circundantes correspondan, en su presentación exterior, al carácter de la decoración general, especialmente en lo que atañe a las fachadas y los balcones. En ese sector se halla la llamada “Casa de Pilatos” —cuyas ventanas fueron despiadadamente derribadas a raíz del sismo de 1940—, la única muestra, según el doctor Raúl Porrás Barrenechea, de la arquitectura limeña del siglo XVII, mansión que debiera reconstruirse y conservarse como documento patente de dicha época. Es aquí donde los propietarios tienen que

cooperar con los esfuerzos ediles y prestarse a colaborar con ellos en el mejoramiento urbano. Se trata de algo que es del interés general, al cual debe, siempre que prevalezca un ánimo solidario, supeditarse el interés privado. Sobre la base de la cordial disponibilidad de ambas partes, en la que se equilibren los propósitos y las aspiraciones de una y otra, puede obtenerse un acuerdo benéfico para la comunidad, de trascendencia estética insospechable. De ahí que sea propio reclamar esa generosa actitud, pues la ciudad es tanto de los propietarios como del hombre que circula por sus calles y la lleva en su corazón como algo íntimo y vigente.

La Prensa, 27 de mayo de 1954, p. 8.

El alud y el escarbadietes

Le ha llegado el turno a la “Casona de Pilatos”. Implacable, el “progreso” —¿cuántos crímenes se llevan ya cometidos en su nombre?— parece estar decidido a no dejar, tal como reza la maldición bíblica, piedra sobre piedra de todo cuanto representa la legítima tradición de la ciudad. Y a tal extremo es voraz este ímpetu demoledor que uno, que por su causa sufre de la cansera de la protesta, no tiene más remedio que comenzar a sospechar que se halla empeñado en detener un alud con un débil escarbadietes.

No es el caso, como alguien alguna vez se lo insinuó a quien esto escribe, que la oposición al apetito demoledor suponga adhesión y deseo de conservar todo lo que Lima tiene de vejez y pobreza. Hay en la ciudad, es cierto, mucho de feo y sucio, mucho de triste y miserable. Pero el problema parte precisamente del hecho indiscutible de que los “progresistas” eligen para levantar sus ostentosos edificios solo aquellos lugares que son ocupados por reliquias y monumentos representativos.

Nadie es partidario de la sordidez, a menos, por supuesto, de que sea un sádico. Lo que hay es un grupo de gentes, no muy grande infortunadamente, que sabe que hay casas, plazas, calles, rincones, etc., que entrañan ese espíritu imponderable y sutil que es la prueba de que vivimos en un país histórico y de que pertenecemos a él. Esas personas tienen conciencia, asimismo, de que por medio de una planificación técnica es posible encauzar el adelanto material por entre las orillas del respeto al pasado y la voluntad de continuarlo en aquello que él posee de afirmativo. La circunstancia de que en medio de una ciudad moderna, muy siglo XX, entre las muestras de su estentóreo existir, perdure una casa del siglo XVII, quiere decir sencillamente que los que la habitan no han improvisado su estilo

y que a través del tiempo, contra las catástrofes y los males que los han abrumado, este se ha asentado y convertido en personalidad real y perpetua. Los héroes, los artistas, los hombres significativos de una nacionalidad no son olvidados. Por el contrario, se les recuerda y se les presenta como ejemplo y estímulo para los jóvenes. Menudo escándalo provocaría que alguien intentara demostrar que un personaje histórico consagrado, tenido como modelo de virtudes ciudadanas o de talento, es un ser anticuado y, por ende, digno de ser borrado de toda memoria presente. En verdad, algo semejante es lo que ocurre entre nosotros con la demolición de casonas, iglesias y otras supervivencias artísticas del pretérito.

Pero lo que es más grave aún es que los partidarios de la “modernidad”, enemigos al mismo tiempo del pasado y todos sus testimonios, no tienen ni siquiera una idea remota de lo que es moderno. En el sitio donde antes hubo una construcción antigua, levantan pomposamente esos tremendos bloques de concreto, tanto o más húmedos y oscuros que los anteriores edificios, donde se ha imitado sin imaginación, habilidad o gracia lo decorativo de la arquitectura tradicional. A dicho engendro se le ha denominado “neocolonial”, expresión que bien mirada encierra, como un acto fallido, el absurdo espíritu que anima a sus creadores, promotores y seguidores. Cada tiempo tiene su lenguaje porque tiene su alma. Las celosías corresponden a toda una estructura familiar y social, y ponerlas hoy equivale a caminar por las calles con chaqué y tarro, es decir, hacer sencillamente el ridículo.

El secreto es que existe una confusión en el principio de que es necesario conservar la tradición. Algunos suponen que esta la constituyen las formas, los adornos, los lujos exteriores, y sobre la base de esta idea creen, por ejemplo, que lo mismo da la “Casa de Pilatos” que un edificio de departamentos u oficinas de varios pisos con una portada barroca de flamante cemento. ¿Acaso en el Cusco no se remeda la sillería incaica trazando líneas sobre la pasta fresca de las nuevas construcciones? La tradición es otra cosa. Es más bien una conciencia, un clima, una sustancia, algo que está dentro de los objetos, palpita en el ambiente, insufla a los hombres y se comunica de unos a otros en un permanente intercambio de interrogación y respuesta. La tradición es ideal, no material, pero requiere de esos apoyos reales que son las costumbres, las creencias, las obras de arte, la historia objetiva en una palabra.

No detendremos el alud con el escarbadientes, sobre todo si esa avalancha proviene de fuentes tan ahítas de poder como son el interés y el desdén por lo patrimonial, mancomunados. Pero haremos una y más veces el ademán de contenerlo, aunque sea por el mero afán de mostrar que no hubo absoluta unanimidad en la barbarie.

La Prensa, 3 de agosto de 1954, p. 10.

La Alameda de los Descalzos

Si hay un rincón en Lima que posea personalidad y carácter, ese es, sin duda, la Alameda de los Descalzos. No es fácil determinar por qué dicha avenida tiene ese hálito de gracia o ese estilo que la hace un encantador residuo del pasado. Su vegetación, su estructura, sus elementos decorativos, su conjunto en suma, unidos al paisaje de los cerros en el fondo, suaves y como acuarelados, se levantan, la han dotado de un rasgo que bien puede denominarse espiritualidad. Es milagroso, no obstante el lamentable estado en que actualmente se halla, que ese lugar tradicional subsista y que se haya salvado del ímpetu destructor que desde hace algún tiempo se ha desatado sobre la ciudad. En torno a la alameda cayeron algunas reliquias coloniales —la auténtica casa de la Perricholi, entre otras—, bajo la pica modernizadora desaparecieron ciertos valiosos testimonios del ayer, pero aquel rincón supervivió sabe Dios por qué providenciales causas.

* * *

En el Senado se ha levantado una voz reclamando la restauración de la Alameda de los Descalzos. Parece, a juzgar por dicha intervención, que los presupuestos para tal obra han sido ya elaborados y que solo resta que se consigne la partida necesaria en el Presupuesto General de la República del próximo año. Hace falta algo más de un millón de soles, cantidad que no es excesiva si se considera que la restauración de aquel sector del Rímac es uno de los más atractivos de la ciudad, no solo por su ambiente actual sino porque gran parte de nuestra historia, a partir del siglo XVIII, está vinculada a este trozo de la vieja Lima.

* * *

Suponemos que la solicitud parlamentaria será escuchada. Por cierto que no dejará de haber quien piense que devolverle su fisonomía a la Alameda de los Descalzos y procurarle algo de su antigua prestancia es un derroche de dinero y esfuerzos. Tal objeción procederá de esos falsos modernistas que, un poco por interés y otro poco por convicción, están empeñados en arrasar con todo lo que ha hecho de nuestra ciudad un hermoso y singular legado del pretérito. El orgullo por el arte de un país no solo se manifiesta en los museos, en los recintos donde se conservan trozos dispersos de un gran naufragio histórico, sino también en aquellos jirones vivos de tradición que permanecen incólumes en el corazón mismo de las urbes modernas. De tal principio son ejemplo las ciudades más importantes del mundo, tanto que es innecesario citar aquí casos concretos al respecto.

* * *

La Alameda de los Descalzos debe ser restaurada, pues esto se impone como un deber ineludible. Ojalá que ahora que hay una palabra legislativa, los organismos y las autoridades en cuyas manos está poner en marcha la iniciativa decidan de una vez por todas que dicha empresa es impostergable.

La Prensa, 1 de octubre de 1954, p. 10.

Un gesto ejemplar

La Municipalidad de Lima ha hecho público su agradecimiento al señor Víctor Kieffer Marchand por su ofrecimiento de realizar modificaciones, por su cuenta, en la finca de su propiedad situada en la esquina de las calles Santo Toribio y Rastro de San Francisco con el objetivo de facilitar el tránsito de esa zona y contribuir, con la colocación de un balcón colonial que le ha sido proporcionado por el concejo, a la restauración de la Plazuela de San Francisco. Como se sabe, aquel rincón de añejo sabor tradicional está siendo objeto de una transformación que restituirá las formas y los ritmos que le fueron característicos en el pasado. Se trata de una obra que en su oportunidad auspiciamos y aplaudimos, la cual se está llevando a cabo con una celeridad que no merece otra cosa que el más franco elogio. La ciudad puede recuperar parte del clima perdido si lo que se está realizando en San Francisco se extiende a otros sectores de idéntico valor. Por supuesto, también, si a la tarea municipal se adhiere, como en el caso del señor Kieffer Marchand, la generosidad privada.

Bien sabido es que el municipio tiene, para hacer reformas, jurisdicción solamente en la calle, en lo que es propiedad pública, no así en lo que pertenece a los particulares. Pero los dueños y propietarios no deben ser ajenos a la preocupación urbana de la municipalidad, especialmente porque a sus intereses personales deben anteponer los que atañen a la colectividad, a la que pertenece y a la cual la comuna representa. El gesto del señor Kieffer Marchand es excepcional debido al hecho de que no es frecuente que quienes poseen propiedades en los sectores antiguos de Lima estén dispuestos a mantener el ambiente de historia y leyenda que allí se conserva pese a todos los cambios y los azares. En general, sueñan con derribar las casonas para construir edificios de renta que les proporcionen un mayor beneficio económico. Tener amor a la ciudad en la que se vive implica, como

en el ejercicio de todo afecto, un cierto sacrificio, la cesión de una parte del interés inmediato y material, y equivale asimismo a participar conjuntamente con el resto de los habitantes en un mismo ánimo de creación.

Ojalá la actitud del señor Kieffer Marchand sea imitada. En la Plazuela de San Francisco hay casas —una de ellas la famosa “Casa de Pilatos”— cuya restauración se impone para completar la obra municipal y dotar al conjunto del aire de tradición que estaba a punto de desaparecer, peligro que fue conjurado gracias a la atinada intervención del señor alcalde y sus colaboradores. Después de todo, seguir ese gesto no es de ninguna manera difícil.

La Prensa, 6 de octubre de 1954, p. 10.

Gratitud a un gesto

En exceso gentil y generoso es el gesto del alcalde de Lima, Sr. Luis Larco, de invitar a este cronista a su despacho para solicitarle su opinión sobre las excelentes reformas que se están realizando en la Plazuela de San Francisco. La obra se ha concebido con un criterio tan justo y son tan apropiadas las ideas de restauración que en ese rincón limeño se han aplicado, que solo cabe al periodista estampar aquí la felicitación que personalmente expresó al jefe de la comuna. Devolver a ese sector el perfil tradicional, el aire de bella antigüedad, ha demandado una fuerte inversión de dinero y ha requerido de un estudio previo serio y particular. La Plazuela de San Francisco —a la que se quería colocar un monumento que en nada armonizaba con las líneas barrocas del templo y con el conjunto que la arquitectura determina en el espacio— quedará dentro de poco como una supervivencia colonial de rasgos peculiares. Ayer nuestro diario publicó el dibujo que adelanta cuál será la impresión que ofrecerá esa zona, una vez concluidos los trabajos de reparación.

El mismo señor Larco manifestó a este cronista que lo que se ha realizado en San Francisco se planea para otros lugares de la capital que están bajo la jurisdicción del concejo que preside. San Sebastián, San Agustín, la Buena Muerte y otras placitas recibirán la benéfica acción edil. Esas islas apacibles dentro del moderno tránsito urbano serán testimonio de esa Lima tradicional que inevitablemente será absorbida por la fuerza de los tiempos y el progreso. Nadie se opone a que surjan aquí y allá, por esa causa, edificios de concreto de aspecto contemporáneo, pero es necesario que los lugares cuyo carácter es singular merezcan el respeto y la conservación de todos, pues se trata de parte del patrimonio histórico y artístico de la ciudad, del país. De ahí que este plan municipal sea digno de toda clase de estímulo y represente la construcción de un espíritu que prevalece en la

mayoría de los pobladores de Lima. Cuando una municipalidad recoge un clamor, una solicitud y realiza lo que ella pide, cumple con uno de sus más fundamentales deberes, es decir, se hace representativa de la comunidad.

La gentileza del señor alcalde tiene para este cronista un carácter especial. Los lectores saben bien cuántas veces en esta y otras columnas han sido condenadas obras y decisiones municipales que le parecían inoportunas, erradas o sin tino. Como el tábano sobre el caballo —y esa es, infortunadamente la misión del periodismo— ha insistido en la damente¹ algunos problemas de la ciudad, y en algunas ocasiones su tono ha sido acre. Posiblemente continuará en esa actitud, no por manía sino porque es su deber. De ahí que al haber sido llamado, no solo se sienta honrado sino que considera ese gesto como el reconocimiento de la honestidad con que escribe. Y eso, que no es corriente, lo agradece aquí como es debido.

La Prensa, 9 de octubre de 1954, p. 10.

Un claustro para la ciudad

En primera plana, nuestro diario informó ayer sobre el excelente proyecto que el municipio de nuestra ciudad se halla estudiando en el sentido de convertir uno de los claustros interiores del monasterio de La Merced en plaza pública, suerte de galería similar a las que existen en algunas ciudades europeas. Debido a la circunstancia de que el jirón Cusco ha de ser, conforme un antiguo plan, ampliado, el colegio de los padres mercedarios quedará inevitablemente mutilado. Entonces, se impone la necesidad de buscar un nuevo local para el plantel, lo cual será factible por medio de las rentas que el alquiler de los establecimientos que quedarán disponibles, de llevarse a cabo la obra, rindan a la orden. El proyecto, aunque expuesto en lineamientos generales, constituye una de las ideas más acertadas que, en lo que se refiere a urbanismo y ornato público, se han producido últimamente. Una arquería similar a la que flanquea el patio se colocará dando frente al Jirón de la Unión, la cual dará paso a la galería en cuyos altos y bajos habrán de funcionar negocios de toda índole. Inclusive los cuadros que en la actualidad se hallan en el claustro serán conservados allí, como un atractivo más de aquel rincón de tradición y estilo situado en el corazón mismo de la capital.

La iniciativa pertenece al señor Luis Larco, alcalde de la ciudad, quien gentilmente invitó hace unos días a este cronista a conocer el primer boceto de la obra. Sin caer en excesivo optimismo, sin perder de vista, como es lógico, los intereses tanto de la Orden Mercedaria cuanto de los propietarios afectados por la reforma, el jefe de la comuna ha elaborado un minucioso presupuesto que contempla en todos sus aspectos la financiación de la magnífica obra. Responde ella, sin duda alguna, al deseo de salvar del inevitable proceso de transformación que sufre nuestra ciudad los elementos característicos de su pasado que persisten como testimonio

de su antiguo esplendor. Hay, pues, una manera de conciliar la historia con el presente sin arrasar aquella ni detener este que es, a fin de cuentas, el pulso de nuestro creciente progreso material. Basta una predisposición amorosa hacia todo lo que nos revela como pueblo viejo, como pueblo que ha atravesado etapas de riqueza cortesana y hasta imperial, para encontrar las soluciones atinadas y lograr que el legado de ayer conviva con el país real del momento y del futuro.

No han faltado quienes han entendido nuestra insistente campaña en defensa del patrimonio artístico del Perú —no solo en Lima sino también en el resto del país, especialmente en el Cusco— como un prurito por mantener vejece y antiguallas sucias y hasta despreciables. Y esto es tomar el rábano por las hojas. Muchas casas, muchos monumentos carecen efectivamente de valor, y bien vale la pena reemplazarlos por edificios y viviendas modernas, funcionales y bellas dentro del concepto contemporáneo de la belleza arquitectónica, pero hay otros restos pretéritos que entrañan un mensaje que no tiene tiempo y que siempre estarán vivos y vigentes. Es posible hacer coexistir tales supervivencias con las manifestaciones de la vida actual y sus exigencias, si sabemos conjugarlos con un criterio de permanente valoración. También es necesario, por cierto, que lo que construimos hoy sea mañana un documento de nuestro espíritu, fruto de las ideas que hoy prevalecen en nuestro concepto del mundo y del arte.

El proyecto municipal sobre el claustro de La Merced es un ejemplo vivo de la posición generosa que tanto hemos reclamado sobre la reforma de la Plaza de San Francisco, en estos días en plena realización. Dije en su oportunidad que las autoridades edilicias han hallado la clave de esta renovación que consiste en devolver a la ciudad, aunque parezca paradójico, su tradicional fisonomía colonial por medio de una acción que desdeñe el pastiche o la adulteración esencial. Ahora, gracias al plan de conversión del claustro mercedario en galería pública, se confirma plenamente el interés estético que mueve al concejo limeño en esta faz de su acción, no la menor de las muchas que debe afrontar en su gobierno. El paso será beneficioso por cuanto mostrará a los concejos distritales —al de El Rímac principalmente, cuya jurisdicción abarca gran parte de la Lima más llena de sabor— cuán simplemente puede destacarse lo que da a nuestra capital ese peculiar perfil que la distingue de otras ciudades del continente.

Este cronista, que no siempre tiene palabras amables para con la municipalidad, se complace en hacerle llegar esta vez su más calurosa felicitación.

La labor debe llevarse a cabo con celeridad y decisión, puesto que la zona céntrica de la ciudad requiere una atención definida en razón de que es una especie de muestrario de nuestros afanes y una síntesis original de los múltiples elementos que aquí se han dado cita y de cuya interpenetración surgirá algún día la personalidad final de nuestra cultura. Sin duda alguna, el alcalde y sus colaboradores contarán con el apoyo necesario de la población, tanto de sus integrantes anónimos cuanto de los que son singularmente significativos. Y algún día, cuando las generaciones venideras vuelvan los ojos a esta época e inquieran por sobre aquello que los hombres del presente les dejaron como heredad, habrá una palabra de admiración y gratitud, que es a lo que se aspira cuando se ha procedido sencillamente, con honradez y verdad.

La Prensa, 23 de octubre de 1954, p. 8.

La Merced y los comerciantes

Con un dramático memorial —“más de mil empleados quedarán sin trabajo y cerca de cincuenta casas comerciales de sólido prestigio ganado a través de años de esfuerzos, sufrirían grave perjuicio...”— los comerciantes de la zona afectada por la transformación del convento de La Merced intentan impedir que dicho proyecto municipal se lleve a cabo. Como en su oportunidad informara ampliamente nuestro diario, y por los comentarios que en diversas secciones de *La Prensa* aparecieron con motivo de aquel plan, los lectores conocen en qué consiste la conversión del claustro mercedario en plaza pública, realización que no solo está destinada a embellecer el principal tramo limeño, sino que favorecerá a la orden que actualmente ocupa esa importante sección del centro capitalino. En el patio, de hermosa arquitectura colonial, se establecerá una suerte de galería interior, con tiendas y lugares públicos, al modo de las existentes en varias urbes europeas.

Los comerciantes que han elevado aquel memorial a la Corporación de Comerciantes del Perú para que ella intervenga con el fin de que no se realice la obra anunciada, no han tenido en cuenta que tanto en los bajos cuanto en los altos del claustro se construirán locales para el funcionamiento de sus negocios, y que en los terrenos que forman las calles La Merced y Pileta de la Merced se levantarán edificios que también estarán a su disposición. Porque lo justo es que la primera opción de dichas tiendas la tengan quienes, desde mucho tiempo atrás, ocupan locales en las vías afectadas por la reforma. El proyecto municipal, conforme lo expuso el señor alcalde, no olvida los intereses ni de los propietarios ni de los comerciantes, y es más bien un esfuerzo por conciliar el amor a la ciudad y a sus tradiciones con los hechos concretos que dificultan de diversa manera el deseo de destacar los valores artísticos y arquitectónicos que el pasado ha legado a Lima. La preocupación de los comerciantes es lógica, pero parece

haberse producido sin consultar previamente la fórmula del proyecto y el modo como en él se ha dado cabida a sus intereses. Los mil o más empleados no quedarán en la calle ni se perjudicarán esos negocios “de sólido prestigio ganado a través de años de esfuerzos”.

Es de esperar, de todas maneras, que la municipalidad responda a los comerciantes alarmados, prontamente, exponiendo los términos del plan y haciendo conocer al público las ventajas que entraña la obra propuesta. Sin duda alguna, de esta aclaración provendrá la tranquilidad de quienes han creído que, al concebir la idea de hacer del claustro una plaza pública, se les sacrificaba. La ciudad necesita la consideración que desde hace tanto tiempo algunas gentes que la aman vienen reclamando, y que, al fin, se está escuchando. Bien vale la pena contribuir a ello poniendo cada uno algo de su voluntad y su iniciativa.

La Prensa, 5 de noviembre de 1954, p. 10.

Azulejos y conflicto

El conflicto surgido entre el Consejo Nacional de Conservación y Restauración de Monumentos Históricos y Artísticos y los sacerdotes franciscanos respecto a dos placas de azulejos modernos colocadas en la portería del convento de San Francisco tiene que resolverse a favor de la primera entidad. El mero hecho de que ese monasterio sea un monumento de arte e historia significa que no pertenece únicamente a la orden que lo ocupa, sino que es patrimonio del Perú. Y al Perú lo representa en este caso, en el cual se atenta contra la belleza arquitectónica del edificio, la entidad encargada de velar por el mejor tratamiento de las reliquias coloniales. El padre Vicente Sánchez Arauco, guardián del convento, al empeñarse en que dichas placas queden en el lugar donde fueron puestas, haciendo caso omiso de las instrucciones del consejo, asume una actitud a todas luces muy poco franciscana. Si no me equivoco, al decir que no dará respuesta al oficio en el que se le comunica la disposición de retirar las placas del entredicho, incurre en soberbia.

Historiadores, arquitectos, críticos de arte, etc., han asesorado al Consejo Nacional de Conservación y Restauración de Monumentos Históricos y Artísticos y al municipio de Lima en la tarea de devolver al convento, la iglesia y la Plaza de San Francisco su aire tradicional. Ellos han sancionado que los azulejos colocados el año pasado en la portería del claustro conspiran contra la unidad de ese lugar y son un atentado contra su antiguo y señorial perfil. El padre Sánchez Arauco alega, por su parte, que en la confección de esos dos cuadros de azulejos han intervenido el padre José Guadalupe Mojica y el padre Peralta, “dos sacerdotes artistas y entendidos en el asunto”. Del segundo nada podemos decir: personalmente el cronista no sabe qué es lo que ha hecho ese religioso en lo que a historia y arte atañe. Con relación al primero —que fuera famoso actor de cine y cantante—,

bien claro está que su actividad fue muy ajena a la pintura, la cerámica y la arquitectura. Cantar bien arias italianas y canciones románticas no equivale a estar capacitado para dictaminar qué es lo que más conviene hacer en un monumento de la categoría arquitectónica de San Francisco. Sospecho que ambos religiosos no pueden competir con los especialistas que se han pronunciado contra las discutidas placas.

Por el bien de la ciudad —entre cuyas riquezas se encuentra, aunque pertenezca a los discípulos del santo de Asís, el monasterio de San Francisco— urge que se obligue a cumplir la disposición del Consejo Nacional de Conservación y Restauración de Monumentos Históricos y Artísticos a los miembros de la orden que lo ocupa. Solo respaldando a esa entidad se podrá lograr que el patrimonio cultural de la ciudad se salve de las amenazas de los adulteradores y destructores que tanto han mellado ya la heredad del arte peruano. Es de esperar que el padre Sánchez Arauco se dé cuenta del error cometido y cristianamente facilite su enmienda.

La Prensa, 12 de abril de 1955, p. 10.

¿“Aislar” Palacio?

Muy poca gente hay que considere el Palacio de Gobierno como una obra arquitectónicamente bella. Pero esa poca gente se ha empeñado en “aislar” aquel edificio con el fin, según afirman, de acentuar su presunta prestancia. Con tal objeto propician que se aplique la pica demoledora contra las calles Palacio y Pescadería que flanquean la casa presidencial, y que se elimine todo lo que, a su particular y arbitrario criterio, afecta la actual faz de la mansión de Pizarro. El ingeniero Carlos de Piérola es, por ejemplo, uno de estos “progresistas”: para él, “si se va a respetar todo lo viejo que hay en la ciudad, nunca se hará nada”. Es natural que este señor entienda “lo viejo” como lo histórico y que cuando pronuncia el verbo “hacer” se refiere a construir esas pesadas moles que ocupan la municipalidad, el Club de la Unión y el Palacio de Justicia. Dentro del mecanismo de esa lógica, para “hacer algo” debemos tumbar desde Machu Picchu hasta Torre Tagle, desatando una especie de gran cataclismo artístico. La profesión de ingeniero constructor será en el Perú, conforme a este modo de pensar, la de ingeniero destructor.

Lo peor del caso es que, lamentablemente, el Palacio de Gobierno no es, arquitectónicamente hablando, una obra ni siquiera mediocre. Estilo confuso, falta de ritmo, ausencia de sentido plástico, etc., son algunos de sus defectos. Sacrificar, en beneficio de tal “pastiche”, construcciones antiguas tan auténticas como la casa de los Aliaga, es sencillamente absurdo. No hace falta ser muy culto ni haber viajado mucho para estar enterado de que en las ciudades de más tradición cultural se trata de salvaguardar de todo riesgo aquello que, aunque viejo, posee los rasgos fundamentales del pasado. Estas ciudades progresan, sí, pero nunca a costa de los restos del pretérito. “Respetar lo viejo”, aunque le parezca increíble al ingeniero De Piérola, es rendir culto a la herencia que una nacionalidad

recibe de los que, siglo tras siglo, la hicieron. Los monumentos históricos y artísticos son como mensajes de los antepasados, como inmemoriales lecciones de perpetuidad.

El señor Baldomero Santa María de Aliaga ha contestado, con humor y eficacia, al ingeniero De Piérola por medio de una carta publicada ayer en esta página. Es cierto que haber construido el Paseo de la República —urbanísticamente nada extraordinario— no autoriza a pronunciarse con énfasis doctoral contra “todo lo viejo”. ¿Por qué no se pide la opinión de Raúl Porras Barrenechea, Héctor Velarde, José Sabogal, José Gálvez y también la de los jóvenes arquitectos y urbanistas que trabajan en estos y otros temas semejantes? El proyecto de “aislar” el Palacio de Gobierno se iría al tacho por descabellado, inútil, innecesario, falso, costoso y atentatorio contra el verdadero espíritu de Lima. Estos especialistas y la población entera, que está harta de la labor puramente ornamental, darán su voto en contra de aquella iniciativa que solo se explica como fruto de un afán exclusivamente interesado.

La Prensa, 19 de abril de 1955, p. 8.

Torres de Las Nazarenas

Según informó *La Prensa* ayer, techo y torres de la Iglesia de Las Nazarenas están siendo demolidos para ser reemplazados por otros “de acuerdo a los planos que posteriormente fueron aprobados para la mejor presentación del conjunto”, conforme reza el texto de la noticia. Estamos tan acostumbrados a que estas “reconstrucciones” sean nada menos que la fabricación caprichosa de un “pastiche”, que dicha información no ha dejado de alarmar a muchos amantes de la verdadera tradición. Inclusive, hay quienes anuncian que las torres elegidas para reemplazar a aquellas que el terremoto del año 1940 dañó tan seriamente no corresponden absolutamente al modelo original. No sería nada extraño porque peores cosas hemos visto. Hay gentes que entienden que restaurar es hacer de nuevo, a su gusto y a la manera que su voluntad se los dicta, lo antiguo. Para dichas personas sería lo más natural del mundo que el Partenón de Atenas o el Coliseo de Roma, para poner dos ejemplos magistrales, se derruyeran en forma total y se levantaran enseguida con material contemporáneo de concreto armado, por ejemplo. Les encantan las cosas recién fabricadas, salidas del horno, y no vacilan en imitar las formas del pasado para sustituir con esos adulterados elementos lo que es, por viejo y legítimo, indiscutiblemente auténtico. La sospecha que ha recaído sobre la reconstrucción del templo de Las Nazarenas, dada esta costumbre, no es fruto de una excesiva suspicacia.

¿Por qué no se ha hecho público el proyecto de restauración de Las Nazarenas? ¿A quiénes se ha consultado para asegurarse de que no se va a llevar a cabo un atentado contra la verdad? ¿Ha acudido la municipalidad, como algunas veces lo ha hecho, a los especialistas, historiadores y arquitectos, para obtener una opinión autorizada al respecto? ¿Qué piensa sobre esta obra el comité que recientemente ha formado el Concejo Provincial de Lima para la defensa del patrimonio arquitectónico de nuestra

ciudad? Estas son algunas de las preguntas que se hacen los ciudadanos que temen que la labor ya iniciada sea, a la postre, un nuevo baldón contra la tradición de estilo que, pese a todo, prevalece en nuestra capital. Es cierto que toda obra de restauración debiera previamente ser dada a conocer a la población, pues la ciudad no es propiedad de unos cuantos sino heredad de todos, y todos deben ser, de algún modo, consultados sobre un cambio tan esencial como el de las torres de Las Nazarenas.

Ojalá la alarma sea infundada. Para ello sería conveniente que la municipalidad presentara al público el boceto de la reparación de aquella característica iglesia limeña. Hay fotografías y documentos que permitirán comparar si lo que se está haciendo corresponde a lo que desde su fundación era ese monumento o si se trata, como algunos pronostican, de otro golpe contra la fisonomía de Lima, tan maltratada desde hace un tiempo por la irresponsabilidad y desamor de tantos como la transforman a su capricho.

La Prensa, 5 de mayo de 1955, p. 8.

Una alameda: pasado y futuro

Muchas veces hemos dicho que el progreso no puede sacrificar en su inexorable marcha aquellos restos del pasado que son, a un tiempo, testimonios del antiguo esplendor y, en sí, bellas expresiones del alma creadora de los antecesores. Dichas gestiones no fueron siempre recibidas como trasunto de un ánimo que, sin abominar del adelanto moderno, emanaba del respeto a la heredad que los de hoy recogimos de los de ayer, para entregarla, junto con nuestra propia contribución, a los de mañana. La misión de una generación no es, por más revolucionaria que ella sea, cortar con todo lo que la precede, sino encontrar el lazo sutil y profundo que la vincula con lo que ha sido y lo que será. Algún pintoresco diputado del régimen anterior tuvo un lapsus muy significativo: habló, a propósito de la necesidad de destruir la parte añeja de Lima, de la “picota del progreso”. La infortunada frase puede hacer las veces de un lema que sintetice los frenéticos pruritos modernizadores de cierta gente ignorante o malintencionada.

Así fue como cayeron ante esa “picota del progreso” algunos rincones urbanos gratos o hermosos. Otros, en cambio, sufrieron la carcoma del tiempo y el descuido, que resultó tanto o más eficaz que la acción de los innovadores a ultranza, pues por lo menos lo que estos condenaban era reemplazado, en tanto lo que aquel hacía su pasto se revestía lentamente de miseria y tristeza. A tal orden pertenece la Alameda de los Descalzos que ahora, por fin, las autoridades municipales se han decidido a restaurar como conviene. El cronista ha sido varias veces actor de la descorazonante experiencia de tener que acompañar a forasteros a ese punto de la antigua ciudad, la cual una y otra vez le exigió un verdadero esfuerzo dialéctico para explicar por qué absurdas razones el escenario de tantas curiosas anécdotas se hallaba en un estado tan lamentable de conservación. En

puridad de verdad, la Alameda y sus alrededores eran así un buen documento de la índole de los gobernantes que regían los destinos del país.

El hecho de que la municipalidad haya decidido restaurar ese lugar de Lima denuncia que soplan buenos vientos y que el amor por la ciudad se expresa en realizaciones concretas. Sin ser pasatista ni futurista, se puede conciliar —como se concilia en otras partes del orbe— el afán de mejorar la vida presente con el deber de mantener dignamente aquello que habla de cosas a las que los siglos dan el toque ilustre que llamamos tradición. A un país se le conoce y aprecia no solo por las obras que revelan su celo por alcanzar un alto grado de civilización para el pueblo, sino también por la manera cómo se hace hijo de sí mismo en la devoción por el patrimonio que conforma su personalidad eterna. Hay que acordar, por eso, a la autoridad edilicia el reconocimiento a que se hace acreedora por su voluntad de recuperar de la total desaparición las reliquias de la Lima colonial.

Pero —no es posible olvidarlo— hay muchos otros puntos en la ciudad que reclaman construcción o reforma. Sin obstaculizar el avance urbano, es posible defenderlos de la ola renovadora porque puede llegar un día —como llegó para Buenos Aires y Santiago de Chile, y como acaba de llegar para Caracas— en que la población lamenta la pérdida de esos índices de la tradición, que son vivos hitos de la historia, que no se supo custodiar y se perdieron irremisiblemente. No se trata, en suma, de maldecir los edificios cúbicos y las avenidas rectilíneas, sino de aparejarlas, tal como en la memoria coexisten los recuerdos y las esperanzas, en una sola y sólida imagen.

La Prensa, 27 de setiembre de 1956, p. 8.

Una estatua, un derecho, un símbolo

En esta misma página Manuel Mujica Gallo publica hoy una nota sobre la necesidad de reponer la estatua de Francisco Bolognesi, del escultor Querol, en el lugar de donde la expulsaron los todopoderosos del anterior régimen para reemplazarla por otra artísticamente inferior y significativamente menos ajustada al carácter esencial del héroe de Arica. Para el ornato de nuestra ciudad esa reposición será importante, pero hay un aspecto en dicho acto que Mujica Gallo no toca y que es tan decisivo como el necesario desagravio al arte y a la historia. Cuando caprichosamente Odría y los suyos dispusieron el famoso cambio, atentaron contra la propiedad artística, cuya legislación en nuestro país se halla, como sabemos, en la edad de piedra.

Una obra de arte —buena o mala, eso no importa— es una unidad invariable, pues responde a una inspiración y una ejecución intangibles. Uno no puede, sin afectar los derechos ajenos, variar a su gusto un pasaje de un poema, un detalle de un cuadro o un acorde de una sinfonía, pues si es el dueño material de la obra, su autor mantiene para siempre la propiedad espiritual de ella. El coleccionista de pintura, por ejemplo, puede perder la admiración hacia una tela determinada: lo único que le queda hacer, sin afectar los derechos del que la creó, es retirarla de la pared de su casa, guardarla, venderla o regalarla. Variarla o destruirla no está en su poder, puesto que entre el creador y la obra hay siempre una relación sutil de propiedad que compromete su personalidad, su alma, podría decirse. Y el alma no es mercadería.

Con la estatua de Querol los mandones del régimen pasado hicieron algo inconcebible: consideraron que la actitud de la figura no correspondía a su idea operática del heroísmo —para ellos un héroe es siempre fanfarrón y estrepitoso—, y entonces decidieron sustituir solo esa parte del

monumento, conservando intacto el resto. Es decir, corrigieron al escultor. Hubo —y esto no deja de ser menos inconcebible aún— alguien que aceptó el encargo de fabricar la figura que habría de ser injertada en el resto del conjunto. El atropello se consumó casi sin protestas, pues para justificarlo se lanzó, como es habitual, una andanada de patrioterías vacuas cuya refutación en el ambiente de esa época hubiera sido poco prudente. ¿Quién se hubiera atrevido ante el terror policiaco a hacer alguna alusión a la propiedad intelectual cuando se vociferaba sobre temas de un “chauvinismo” afiebrado?

En estos días se comienza a debatir en las cámaras el proyecto de ley de propiedad intelectual y el caso de la estatua del coronel Bolognesi —quien no fue nunca, en su grandeza, ese desenfadado personaje que ahora luce la plaza de su nombre— es una buena muestra de los riesgos a los que están expuestos los creadores en el Perú. La dación del cuerpo legal que protege y ampara el trabajo de los intelectuales y artistas podría tener un reflejo concreto en la restauración del monumento de Bolognesi, en el cual los peruanos nunca vimos un agresor que se lanza al ataque, sino por el contrario el soldado sereno, grave y valeroso que sucumbió ante un enemigo mayor en número y potencia disparando el último tiro de su pistola, a la manera de los numantinos del mito ibérico. Caer, para quien cree en el espíritu, es también una manera de elevarse.

En cada ciudad hay cosas —estatuas, fuentes, rincones— que se convierten, por la sedimentación tradicional, en símbolos. El Arco del Triunfo o la Torre de Eiffel, en París; la fuente de La Cibeles, en Madrid; el Redentor, en Río, o el Obelisco, en Buenos Aires, son como la rúbrica de cada urbe, y no todos son del gusto de todos. ¿Quién se atrevería a reemplazarlos por otros reputados como mejores? Nadie, en verdad. Solo aquí, en Lima, somos capaces de aceptar en silencio tales tropelías. Compensemos esa debilidad por la tardía pero eficaz actitud de enmendar nuestros errores. Que Bolognesi vuelva a ser a los ojos del país la alegoría de una muerte que hace vivir porque es trágica y gloriosa como la de los guerreros antiguos que la memoria universal jamás olvida.

La Prensa, 9 de noviembre de 1957, p. 8.

¿Una ciudad de rascacielos?

El profesor Bruno Roselli, catedrático de Historia del Arte de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y de otros centros de docencia superior, anuncia un auto de fe: acompañado de sus alumnos, quemará el balconcillo colonial que por 750 soles compró en la demolición de una vieja finca limeña. Será un acto de protesta y advertencia. Protesta por el indiscriminado ataque de que es objeto, a veces entre gallos y medianoche, el patrimonio arquitectónico de la Lima antigua, y advertencia, pues se trata de llamar la atención de la gente culta de la capital sobre lo que es la pérdida lenta e irreparable de los signos más notorios del perfil peculiar de Lima. Esas llamas, en verdad, pueden dar luz sobre un fenómeno que solo en perspectiva histórica se revelará en toda su monstruosa magnitud: el reemplazo de una ciudad airosa, plena de tradiciones y recuerdos, por una mala e insignificante imitación de las urbes norteamericanas de la actualidad. Es decir, la creación, como bien lo ha dicho el profesor Roselli, de una “ciudad de rascacielitos”.

Ninguna ciudad del mundo rechaza el progreso pero tampoco ninguna sacrifica su historia a él. Los urbanistas han convenido, en París o Roma, en La Habana o México, en que la arquitectura moderna puede coexistir con los vestigios pretéritos, en una especie de secuencia histórica que hace del presente una prolongación del ayer, una unidad del tiempo en el espacio, del tiempo en el hombre. El doctor Roselli —como ninguno de los que levantan su voz cada vez que la pica destruye una casona, un balcón, un retazo de los tiempos idos— no es enemigo del presente y el futuro. El área de Lima abunda en espacio para todos los que aspiran a construir grandes edificios de renta, pero es un deber impedir que ahí donde hay una armonía característica, ahí donde queda un resto histórico, ahí donde una plazuela o una esquina hablan el transcurso de personas y sucesos,

se eleven esos “rascacielitos” que ni siquiera son, hablando ya en términos técnicos y estéticos, la justa expresión de la arquitectura contemporánea. Son simplemente, remedos superficiales de lo que en Estados Unidos y Europa hacen los grandes diseñadores de la actualidad.

El doctor Roselli ha enunciado también cómo operan esos demoledores. Festinando trámites, escamoteando normas, pasando por sobre todo y todos, cuando Lima duerme, se echan encima de la presa y la convierten en escombros. Contra el hecho de la destrucción y contra el método que emplean los enemigos de la tradición, arderá el pequeño balcón que el profesor de Historia del Arte adquirió por 750 soles. “Si ahora no me escuchan, sé que dentro de 50 años se me dará la razón”, ha dicho el maestro florentino que tanto ama lo nuestro. Señor don Héctor García Ribeyro, ¿no cree usted que podríamos dársela ahora mismo?

La Prensa, 9 de julio de 1958, p. 10.

Balcones apolillados y tradición

Hay mucha gente que cree con toda convicción que defender ciertas tradiciones culturales es ser pasatista. Vale decir, que oponerse a la destrucción de algunos de los valores arquitectónicos y urbanos de la Lima antigua significa ser enemigo del progreso. Esta idea emana del cándido prurito de generalizar en bloque, de pensar sin sutileza, tomando las cosas como si fueran de una sola pieza, de un solo tono. “Tú eres un progresista —me espeta un amigo— que defiende los balcones apolillados”. He allí la manifestación más concreta de ese hábito de situar a las personas en determinado bando, de ponerles un marbete. Y, sin embargo, no hay contradicción. Los pueblos más adelantados del mundo reservan en su corazón, en su espíritu un lugar para la heredad del pasado, porque el pasado define el presente y el futuro. Porque el tiempo, en fin, es una fluencia y se está seguro en él cuando se conoce su curso desde la fuente hasta la desembocadura.

El culto a la historia —considerada esta una vivencia, no solo una suerte de museo de la memoria— ha sido siempre una pasión humana. La etimología de la palabra tradición alude a esa especie de posta que llevan a cabo unas generaciones con respecto a las otras, a las que las preceden. Nosotros legaremos a nuestros hijos determinadas conquistas propias, pero también aquello que nos fue legado, confiado por nuestros padres. Inclusive en los Estados Unidos —país al que se propone siempre como la muestra del progreso más dinámico— el hombre de hoy, el técnico que hiende hasta los espacios interestelares, busca su pasado, y si no lo encuentra se lo fabrica. La imagen caricaturesca del nuevo rico norteamericano que compra un castillo inglés, con fantasmas y todo, para llevarlo a su pueblo natal, no es una sátira tonta. Ese individuo, ser que vive activamente el presente y que hasta prevé el porvenir, quiere el respaldo de una antigüedad, no desea saberse sin raíces ni historia.

Hay que ir a Europa para verificar cómo el tiempo es una realidad. Cómo junto a la fábrica electrónica está la catedral, cómo al lado de la catedral está la cueva decorada por el hombre primitivo, y cómo todo eso es una sola cosa. No hay que derribar todo signo de la tradición para ser íntegramente de la hora presente. La literatura —o la música, o la pintura, da lo mismo— da ejemplo bien claro de la continuidad: en el escritor más audaz, más iconoclasta del siglo, está vigente la más antigua tradición. En Joyce está Shakespeare, en Ionesco está el títere de los teatros populares, en García Lorca está el romance medieval. Hay esencias permanentes, y son ellas las que definen una nacionalidad, que es una eternidad y una universalidad.

En el caso nacional la necesidad de mantener la tradición, de salvarla, no del progreso, sino de la incultura, es más premiosa que en ninguna parte. No se trata, por supuesto, de mantener los balcones apolillados —las viviendas sórdidas—, y oponerse así a la creación de casas limpias, luminosas, sólidas, para los que no tienen techo, sino de seleccionar qué detalles o qué conjuntos de la ciudad son una lección de armonía, de cultura, de conformidad entre el hombre y el medio. La lección, en suma, que nos da Machu Picchu y que nos da la casa de los Torre Tagle. Estamos en la situación de definir nuestro ser, que se viene haciendo desde hace siglos en un crisol tormentoso y contradictorio. Tan tormentoso y tan contradictorio que si no lo fijamos por los indicios de la historia puede llevarnos a un caos de conciencia. Los sociólogos ven Caracas, por ejemplo, un fenómeno de trastrocamiento espiritual tan grave como ninguna catástrofe lo hubiera podido producir. ¿Deseamos eso?

No defendemos balcones apolillados. Que esos caigan en buena hora. Defendemos otra cosa: esa verdad que se expresa en trazos incaicos e hispánicos, en huacos precolombinos y lienzos coloniales, en la palabra de Garcilaso y de Vallejo. Claro que los idólatras del hormigón no podrán borrar esa herencia, por más brutales que sean en su fobia hacia los restos del pasado, pero el deber de todos aquellos que entienden que una nación es siempre la adición parsimoniosa de los borradores sucesivos de un proyecto vital es conservar un patrimonio, enriquecerlo en la medida de sus medios y brindarlo a los que vienen como algo aún imperfecto y perfectible.

La Prensa, 18 de julio de 1958, p. 12.

117 manzanas y la arquitectura de Lima

Un grupo de personas distinguidas de nuestra ciudad, reunidas bajo el denominador que don José de la Riva Agüero eligiera en 1931, ha asumido la defensa del núcleo tradicional de esta capital en lo que tiene de histórica y artísticamente tradicional. “Los Amigos de Lima” se han dirigido al alcalde local solicitándole, en nombre del deber que nos obliga a los limeños a mantener intacta la personalidad arquitectónica y ambiental de la ciudad, hacer efectivo el resguardo de las 117 manzanas que, a su entender, constituyen el foco esencial de nuestro trazo urbano. Sugieren los miembros de dicha agrupación, en síntesis, cuatro dispositivos al efecto: 1) Creación de un organismo ad-hoc que haga el catastro de los inmuebles dignos de ser conservados; 2) Demarcación de las 117 islas creadas por el fundador Pizarro cuya intangibilidad reclaman; 3) Prohibición de la parcial o total destrucción de las fincas señaladas como representativas; y 4) Autorización de la demolición siempre y cuando el nuevo proyecto incluya la restauración de los elementos significativos de cada lugar.

En pocas palabras, se trata de un programa que resume bien las infinitas campañas que en pro de la supervivencia del perfil característico de Lima se han hecho en diversas ocasiones y desde distintas tribunas. Sin embargo, por el carácter necesariamente sumario de la comunicación aludida, los términos se prestan a confusiones.

Por ejemplo, de la caprichosa interpretación del segundo acápite de la nota de “Los Amigos de Lima” pueden desprenderse penosas arbitrariedades. Porque, a decir verdades, si la intangibilidad de las 117 manzanas iniciales de la ciudad incluye excepciones —“se dispondría que en toda nueva construcción se destacaran algunos motivos característicos de la arquitectura nacional”, reza la parte explicativa del documento— ¿no se está permitiendo

acaso, tácitamente, el abuso? Bien sabemos lo que algunos equivocados urbanistas entienden por “motivos característicos de la arquitectura tradicional”. Ahí están, para demostrarlo, los edificios de la Plaza de Armas y sus arquerías, que reemplazaron, en desdichada hora, las gráciles formas de antaño y los auténticos soportales de piedra. Y ahí está el elefantiásico y vanamente suntuoso local del Banco Internacional, ante el cual la honestidad y simpleza de la Iglesia de la Merced se ve como humillada, conjunto este que añade a su mezcla, como en una ácida ensalada, las frías líneas del vivac de las tiendas Monterrey. Todo lo que pretende ser “neocolonial” (horrible palabra que mistura la novedad con el pasatismo falsificado) es tan atentado como todo lo que es culto rastacuero a la modernidad a ultranza.

No menos peligroso, por razones semejantes, es el punto cuatro de la misiva de “Los Amigos de Lima”. Si basta para demoler un inmueble que el proyecto que lo sustituye mantenga “algo distintivo” (“ciertos balcones, ventanas, verjas, zaguanes, etc.”, dicen los suscriptores de la comunicación al alcalde), pronto veremos aparecer los rascacielos colmados de detalles pintorescos, que cuando no sean ingenuos serán decididamente ridículos. ¿Qué respeto entraña que se eche por tierra una bella casona colonial y que sus celosías se coloquen, en atención a la disposición mencionada, en una parte de su fachada? ¿Qué importa, al fin, si los edificios modernos tienen una reja antigua, una puerta enchapada, un aldabón de bronce, una hornacina barroca, una columna salomónica, un “algo distintivo” (¿distintivo de qué?), si a la postre se habrá perdido lo legítimo, lo típico, lo valioso? A este remedio a medias, francamente mejor es el mal.

Hoy hay una técnica de restauración que puede llamarse impecable y perfecta. Lo ha probado en el Cusco el arquitecto Antonio Boyer y lo ha probado, el mismo artista español, en la magnífica realización que ha llevado a cabo en Torre Tagle. Es a la restauración, pues, a la que toca salvar de las 117 manzanas primeras de Lima lo que de ellas verdaderamente merece ser salvado, ya que hay ahí mucho de viejo e inservible. En conclusión, está bien el empeño de “Los Amigos de Lima”. Merece un aplauso. Pero habrá que crear un proyecto completo y serio que impida al mismo tiempo la destrucción de lo que debe prevalecer y la adulteración que tantas veces se escuda tras el amor a lo nacional, ya que la tradición es precisamente el rechazo de la falacia involuntaria o premeditada.

Un mitin por una alameda

Se pregunta seriamente el cronista si para defender los árboles limeños de la ferocidad de podadores técnicos y remodeladores urbanísticos no habrá que hacer, en último extremo, lo que aquel vecino que, revólver en mano, impidió que los ficus situados frente a su residencia fueran arrasados por las cuadrillas municipales. Porque el arboricidio está llegando a excesos incalificables. Ahí está soportando el hacha despiadada la Alameda Ricardo Palma de Miraflores, a la cual se ha destinado, sin tener en cuenta su belleza y su tradición, a lugar de parqueo automovilístico o a ruta para grandes y rocanroleras velocidades. En ese rincón arbolado del bello balneario limeño pervive aún, para disgusto de los infatuados amantes del concreto armado y la pista rectilínea, mucho de la ciudad de ayer, cuyo progreso no debe desdeñar la heredad espiritual que determina su característica personalidad. La remodelación, no se sabe por qué llamada así, pues no hay remodelación posible si lo que se quiere es destruir toda forma original, se ensaña con aquel trozo añoso y delicado de lo que es más nuestro en esta Lima, la cual constituye un don que recibimos de nuestros mayores y que debemos legar a nuestros descendientes con su plena autenticidad. Habrá que defender esa autenticidad, amenazada en su esencia por gentes que habiendo olvidado la historia no pueden tener futuro, con algo más efectivo que las palabras.

Hasta la mesa del cronista llegan diariamente las protestas de innumerales ciudadanos que reclaman una actitud más decidida del periodismo contra el mal municipal que afecta a la ciudad, pero está visto que quien puede mandar cortar los árboles porque le molestan a la vista carece a tal punto de sensibilidad que poco o nada le importa que la población proteste a través de las columnas de los diarios. Alguien ha sugerido una cosa más concreta: convocar una manifestación pública en el lugar en donde se va a cometer el crimen y oponerse a él por la fuerza. Tal vez ante la presencia

de la ciudadanía, el alcalde miraflorentino —que no ha sido elegido por el voto popular y que, por eso no sabe escuchar la voz de la comunidad— detenga esa furia que lo lleva a fabricar millonarios proyectos destinados a talar árboles, en tanto otros problemas municipales más urgentes esperan, ansiosamente y en vano, una solución definitiva. En todo su derecho están los manifestantes al salvaguardar esa alameda, en la cual Ricardo Palma pasó sus últimos años y a cuya sombra supo de la gloria universal, donde los árboles son más decididamente peruanos y limeños que muchos de los que levantan el arma contra ellos. Las instituciones culturales de Miraflores tienen, pues, una ocasión de demostrar prácticamente su propósito de luchar por la conservación de los valores permanentes del espíritu y contra la ignorancia, que entre nosotros parece ser cada vez más violenta, encabezando ese mitin por los ficus.

No hay que olvidar que las razones que las autoridades ediles aducen casi siempre para preservar los arboricidios son de supuesto carácter técnico. Tras este concepto —el más asendereado de nuestro tiempo y el menos comprendido— se escudan desconociendo, real o aparentemente, que la técnica está al servicio del hombre, que es un instrumento de este para lograr su bienestar y su paz interior, y no lo contrario. No se hallará en el mundo urbanista idóneo que en beneficio del tránsito automotor autorice la eliminación de esos oasis de verdor, los paseos y jardines arbolados, las plazas y plazuelas, pues precisamente la ciencia urbanística tiende a abrir para el hombre de la ciudad el horizonte físico y, por ende, moral en torno al lugar donde transcurre la vida. Los urbanistas de la remodelación de Miraflores aspiran a todo lo opuesto a dicho objetivo: que el panorama urbano se estreche sobre el habitante, se haga monótono de color y línea, sea simplemente la exteriorización sin gracia de un servicio para los que se pasean en automóviles y raudos pasan rumbo a su placer solitario. Para tales técnicos no hay sociedad, y por ello no tienen en cuenta a la sociedad humana cuando en sus planos rayan las zonas verdes y proceden a trasladar a la realidad su proyecto, pese a quien pesare. Es llegada la hora de que mancomunadamente les diga la ciudad que no existen solos y que hay una mayoría que clama.

Un oasis arbolado en el desierto urbano

Una vieja reja da acceso a una callejuela de aire aldeano. Por ella se va hasta una plazuela sombreada de viejos y hermosos árboles. En torno, casas apacibles que aparentan una grata siesta. A partir de allí, recovecos y rincones de anacrónica calma. Al fondo, un edificio con aspecto de casa-hacienda, al que rodea un inmenso parque. Todo el conjunto es delicadamente finisecular, no solo por la arquitectura de corte italiano, copiada de las villas mediterráneas, en cuyos muros y torreones apuntan ingenuas almenas, sino por la profusión de caprichosos jardines, en donde se levantan estatuas mitológicas que nadie se para a identificar. En suma, un villorrio casi irreal, como una isla del siglo XIX, siglo de bonhomía burguesa con postales de corazones atravesados por una erótica flecha, mullidos sillones victorianos para leer versos de Gautier o Bécquer y melodías de Strauss u Offenbach destinadas a vivir en la *aurea mediocritas*...

La vieja reja está en el Carmen Alto, entre la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, lugar de una añeja devoción limeña, y el Convento del Prado, memorable por una repostería de cuya maravilla solo sabemos por voz de nuestros abuelos. El barrio ha ido, pese a todo, cediendo al progreso, y quizá sea imposible salvar de la desaparición esas casas principales con patio, traspatio, cochera y huerta, y una locura aspirar a que tales reliquias sobrevivan al apuro de una ciudad que se hace, a toda prisa, metrópoli. Como desaparecieron los primores de la cocina monjil, morirá tal vez la fiesta de la patrona en cuyo homenaje la paloma ígnea salta al cielo limeño de calabobos. Caerán a golpe de comba las últimas casas con aldabón sonoro de bronce y serán reemplazadas por esos edificios de varios pisos y ascensor de ojo magnético. ¿Será esa la suerte de aquel oasis del siglo XIX donde se aspira el perfume de un tiempo cuyo rostro solo queda en ciertos grabados amarillentos?

Hay algo, afortunadamente, que parece imperecedero en la Quinta Heeren, la pequeña aldea que, en 1898, construyera sobre planos propios y un poco al impulso de la inspiración, al modo de un poema, don Oscar Heeren y Maza, un peruano de adopción que amaba la naturaleza y quería que la gente viviera entre árboles, plantas, animales, estatuas y fuentes. Por eso ocultó su obra y gracias a este ocultamiento no llegan al interior el traqueteo tranviario, el escape del motor a explosión, la vocinglería urbana de bocinas, pregones y gritos. Y a ello se debe también que los árboles no hayan sufrido el maltrato municipal, la poda técnica y la tortura del alambre o la flecha. Allí todavía campean los niños: se aventuran en la maleza, imaginan un castillo encantado, remedan una expedición a las montañas, corren en pos de una mariposa y se sobrepasan a escuchar su propia fantasía en el laberinto del jardín.

El oasis arbolado de la Quinta Heeren perdura en Lima por el milagro de no haber pertenecido nunca a la autoridad que, como un Midas a la inversa, está convirtiendo a la ciudad en un desierto. El desierto de cemento que impone la línea recta, el gris impersonal, la vaciedad de la ruta automovilística, la monotonía cuadriculada y marcial, la chatura sin imaginación de lo antinatural y mecánico. Quede este testimonio de un ayer despreocupado, paternal y simple, si es imposible ya rescatar del desván del tiempo aquello que fue historia, pero que, por las formas que subsisten en la Quinta Heeren, parece un cuento que nuestros antepasados soñaran.

La Prensa, 7 Días del Perú y del Mundo, Suplemento Dominical,
28 de diciembre de 1958, pp. 4-5.

Lima, ciudad que pide color

Aun en verano, cuando el sol esplende sin pausa, el cielo limeño no luce el vibrante azul del firmamento límpido y despejado de otras latitudes. Excepto durante los crepúsculos estivales, cuyos tonos de arrebol van del violeta al bermellón decididos aunque contingentes, la bóveda de la ciudad carece de profundidad, es grisácea y triste. Y a pesar de que el padre Calancha decía que eso hacía profundas y reconcentradas a las gentes, o algo así, y Unamuno pensó que nuestra niebla se asemejaba a la de Londres y nos hacía parecidos a los flemáticos londinenses, sin entrar en este terreno filosófico o moral, debemos reconocer que muy lejos está nuestro cielo, su color, del añil andino que a unos pocos kilómetros de aquí es majestuoso telón de fondo de las montañas. Para colmo de la monotonía cromática, en torno de Lima está el desierto y más allá se hallan los cerros eriazos de las estribaciones de la cordillera. El marco de nuestra capital es, por su uniformidad, melancólico y de un solo acorde.

Los limeños de antaño supieron bien esto y compensaron la chatura geográfica con dos elementos, uno natural y otro hechizo: la vegetación, el primero, y la coloración de los edificios, el segundo. Tenían nuestros abuelos un sentido de la vida y nos dejaron, en lo que a tal complementación se refiere, lo que podemos llamar, los limeños de hoy, una tradición. Del verde urbano, ¿para qué vamos a hablar más? Ahí están los pocos parques que nos quedan sufriendo de la usurpación y la poda indiscriminada. En cuanto al color de los edificios, cuando sobrevino el cemento, todo asumió la entonación original de ese material, que es excelente en lo que respecta a resistencia y economía, pero que exige, más en Lima que en ninguna parte, una nota de gracia alegre y humana. Antaño casas y templos se pintaban de azul, verde, rosa o amarillos vivos, no por afán meramente decorativo, sino por gravitación de la monotonía del medio al que el gris

absorbe y asimila hasta la total desaparición del relieve. Si hasta parece, al decir de un visitante acucioso, que Lima quisiera disolverse en el paisaje en una especie de inopinado *camouflage*.

Es cierto que los nuevos arquitectos —y con ellos los urbanistas— entienden el problema y procuran volver al ejemplo del pasado, pero el principio no está aún generalizado y la mayoría de las construcciones quedan a la vista, una vez concluidas, con la desnudez colorística del cemento natural, un poco por economía y otro poco por negligencia y descuido. Algunos edificios públicos, en especial, adolecen de esta especie de palidez de cuerpo enfermo o muerto. La reacción vendrá pues se le siente: el color que se está dando a algunas iglesias restauradas lo predice y, sobre todo, la transformación del local de la Embajada de la República Argentina, en la avenida Arequipa. Ahí por iniciativa del embajador, don Felipe Yoffré, el cenizo de ayer no más ha sido reemplazado por un ocre cálido, casi ladrillo, que no obstante su audacia ha sido un verdadero acierto para el conjunto del edificio. A su lado se distingue bien hasta qué punto la incolora languidez de las construcciones vecinas y cercanas es deprimente. El Ministerio de Fomento y Obras Públicas parece un túmulo (a su vera fueron talados los ficus copiosos y la tristeza se acentuó), semejanza que no se compadece con el espíritu activo que debiera prevalecer en ese organismo estatal. La lección debe ser tomada en cuenta.

Hemos aludido a una tradición: flores y árboles. No en vano se hereda algo, y el prurito rastacuero de imitar a las urbes norteamericanas, cuyo trazo arquitectónico es una exhalación del medio en que se hallan, de la función que cumplen y de los fines a los que están encaminadas, resulta entre nosotros la burda pantomima superficial de algo que no comprendemos. Hagamos nuestra ciudad a nuestra medida, conforme a las exigencias utilitarias y estéticas que nos corresponden, y en ese sentido dar color para vencer la imposición de la tierra es crear, pues la morada habla del hombre, de su fondo y su destino. Porque si alguien venido de fuera nos juzga por el rostro de la ciudad, y juzga así a nuestra época, podrá decir con justicia que esta es la edad de la arena, es decir, de la nada.

La Prensa, 31 de diciembre de 1958, p. 8.

La reja, resto arqueológico

Occidente trajo a América —al decir de Germán Arciniegas— la desconfiada casa que se cierra herméticamente, que es infranqueable porque preserva la propiedad de la voracidad ajena. De la edad del bejuco se pasó, cuando los conquistadores se establecieron en la Tierra Firme, a la edad del candado. Fue también, la nueva era, la edad del muro, la edad del portón, la edad de la reja. En la morada familiar el habitante hispánico y criollo de estas latitudes hizo su ciudadela, íntimo y recogido remedo de la ciudad.

Entre la calle, escenario de la vida pública, mundo diurno y agitado, en el que se desenvolvía la masculina actividad política, comercial, ciudadana, y la mansión umbría y fresca, donde la existencia hogareña y social transcurría al calmoso compás de las diligencias domésticas regidas por la mano femenina, estaba la ventana de reja o la puerta enrejada del patio, tras el despacho paterno. Más allá de ambas fronteras, que alarifes y arquitectos quisieron inexpugnables pero bellamente ornamentadas, se encontraba el santuario de las honras, los apellidos y las hidalguías legadas respetuosamente.

La reja ha dado motivo a mucha buena y mala literatura. La cita de los enamorados furtivos, la melodía de la serenata nocturna, el franqueo de los embozados conspiradores, estos y otros asuntos semejantes han aludido a la reja en páginas de verso y prosa. De tal manera que ver uno de esos antiguos ojos en las casonas de Lima ha sido siempre, y por asociación automática, imaginar de inmediato algún episodio novelesco, en el cual el amor y la muerte constituían el espíritu último de la intriga.

Ventanas y puertas enrejadas son hoy pupilas medio veladas, medio carcomidas, medio ciegas, en fin. Sucumben poco a poco al ímpetu de la urbe moderna, que tiene apremio y es despiadada, que marcha al futuro sin

reparar —y así es, no cabe llorar por ello— en los despojos de un ayer que no importa mucho. Ellas dieron, sin embargo, a la faz de Lima y sus alrededores un carácter singular. La arquitectura a la que pertenecieron respondía a incentivos que desaparecieron y fueron reemplazados por otros, ni mejores ni peores, sino simplemente distintos.

Las que sobreviven están escondidas, como huyendo de la ejecución que tarde o temprano las hará sus víctimas, y ese mismo ademán —parece un ademán, en verdad— es la última exhalación de un tiempo que se va. Es un modo de morir, a fin de cuentas. Ya no cabe la finca como bastión, donde la familia vivía como en la extensión de un mundo cuyas dimensiones, aunque conocidas, siempre eran capaces de contener un sueño desatinado o maravilloso.

Registremos estas presencias que los ruidos estremecen, las luces desnudan y el movimiento permanente arrastra consigo. Son anacronismos al lado de las máquinas de velocidad, al lado del impudor del día, al lado de los edificios de línea que traza la razón de ser actuales. Cuando el candado sustituyó al bejuco, las construcciones que este inocentemente guardó pasaron a ser objetos de admiración arqueológica, es decir, obras distantes que nos hablan de eras remotas y perdidas. Ha llegado el crepúsculo del candado —y el de la reja—, y la elocuencia de estos vestigios se torna también el recuerdo de algo irrecuperable. Que, al menos, la memoria no lo traicione.

La Prensa, 7 Días del Perú y del Mundo, Suplemento Dominical,
11 de enero de 1959, p. 6.

Elegía para un rincón

La misión de una generación no es, por más iconoclasta o indiferente que ella sea, la de cortar por lo sano con todo lo que la precede. Es, más bien, encontrar el lazo sutil y profundo que vincula lo que es con lo que ha sido. De ahí que, sin exagerar, sea necesario crear conciencia acerca de aquello que a los hombres de hoy nos toca respetar como heredad de todos, de los de ayer y de los de mañana. Esto está dicho a la vista del desastre que ocurre en un rincón pintoresco y hasta encantador de Lima. Se trata de la Alameda de los Descalzos, a la que en los últimos veinte años hemos visto decaer y ahora morir por incuria, desidia, negligencia. He sido varias veces actor de la descorazonante experiencia de tener que acompañar a forasteros a ese punto de la antigua ciudad. Siempre tuve que realizar un verdadero esfuerzo dialéctico para explicar por qué absurdas razones el escenario de tantas curiosas páginas y anécdotas se hallaba en tan lamentable estado de ruina. Pero la última vez me vi obligado a entonar una verdadera elegía. Los árboles habían seguido la misma suerte que las rejas, las rejas la misma suerte que las bancas, las bancas la misma suerte que todo el espacio del dieciochesco parque, y el parque, en fin, la misma suerte que la ciudad, que el país. Innecesario resulta decir que ahí no queda nada que justifique la presencia de la alameda en la carta del turista, en la guía de la capital.

No soy un partidario acérrimo de conservar lo inconservable. Un núcleo urbano como un ser vivo se renueva, reemplaza sus órganos gastados por otros eficaces, crece y se reviste con una piel más fuerte, con un tejido más resistente, con una trama vital que le sirva mejor. Pero un núcleo urbano, como un ser vivo también, no cambia de rostro. Ante la incuria, la desidia y la negligencia cayeron en Lima monumentos y paisajes gratos, tal vez hermosos. Sufrieron la carcoma del tiempo aliada a la acción de los innovadores a ultranza. Al orden de los lugares que lentamente sufrieron la miseria pertenece

(o digamos mejor, perteneció) la Alameda de los Descalzos. En realidad era un rasgo de la faz de Lima. Nada pedía que se la eliminara, nada exigía que sucumbiera a vista y paciencia del municipio local y del de la ciudad.

Ser pasatista o ser futurista pueden constituir graves impedimentos para ser de verdad. Es posible conciliar lo uno y lo otro —como se concilia en otras partes del orbe— mejorando la vida presente y manteniendo dignamente el testimonio del pasado. A un pueblo se le conoce por la manera como se hace hijo de sí mismo en la devoción por el patrimonio que conforma su personalidad eterna. Sin obstaculizar el avance urbano, que además se proyecta en sentido contrario al sector en donde están localizados los rincones característicos de Lima, cabe defender de la desaparición total mucho de lo que aún queda, porque puede llegar el día —como llegó para Buenos Aires, Santiago de Chile y Caracas— en que la población lamente la pérdida de esos hitos de la historia que canalizan nuestro afán de espiritualidad. La cuestión no consiste en maldecir los edificios cúbicos y las avenidas rectilíneas, sino en aparejarlas, tal como en la memoria coexisten los recuerdos y las esperanzas, en una sola imagen, con las huellas que abuelos y bisabuelos dejaron a su paso, ingenuo o ambicioso, por la vida.

El Comercio, 26 de febrero de 1961, p. 2.

Demolición, desnacionalización

Es curioso comprobar cuán hábiles son los idólatras del inmemorial becerro de oro para justificar un acto reprochable cometido en holocausto de su torpe fe con la rabulería y el papeleo pseudohistórico ¿Y a quién diablos —me pregunto— le interesa si la bella casa de la esquina de Arequipa y Pardo no fue la residencia de Necochea, cuando lo que se reprocha a los demoleedores es haber derribado, entre gallos y medianoche, una obra arquitectónica valiosa por sí, no por su carácter documental, ni por sus pergaminos, ni por su relación con tal o cual suceso del pasado? Tal vez los autores de la destrucción piensen que Versalles es conservado solo porque ahí anduvieron los luises o que la importancia del Escorial radica en que ahí estuvo Felipe II en su soledad umbrosa. Guardadas las distancias entre los dos grandes ejemplos y el caso de la casona de Miraflores desaparecida, si se demostrara entonces que en los dos ilustres monumentos mencionados no hubo tales huéspedes bien valdría tirarlos abajo en homenaje a la plusvalía del terreno y al pingüe negocio que su venta significaría. La falacia queda al descubierto y se distingue por ella fácilmente cómo se trata de disimular un hecho mercantil tras los prestigios del debate académico.

Haya o no vivido en el edificio demolido el prócer, los que contra las disposiciones municipales y contra la opinión general le robaron a la ciudad esa esquina armoniosa, esa esquina que daba la poca atmósfera de autenticidad que lucía el “cocacolesco” conjunto de semirrascacielos, fuente polícroma y avisos luminosos, resultan elementos nocivos para la comunidad y prueban una vez más que solo el gobierno (el gobierno municipal, en este particular caso) que trace un plan y lo lleve a cabo con energía y autoridad puede defender al país de la ola de ambición, enriquecimiento y egoísmo que lo invade, la cual, además, tiene ese envés trágico que es la miseria galopante imposible ya, en realidad, de ocultar. Considérese que al lanzar el

bulldozer contra las paredes de la casona, se lo lanzaba contra un valor que ahí formaba parte de nuestra cultura. No era una vejez sino una antigüedad. No era una finca como tantas otras sino una singular muestra arquitectónica. No era ya —sino en un cierto sentido legal— propiedad de una familia sino patrimonio de Miraflores y la ciudad entera. En último término, al echarla abajo se consumó un paso más de desnacionalización.

Y es de esto de lo que quiero aquí hablar. No hay nada hoy en Lima, en su aspecto exterior por lo menos, más cosmopolita —y, por ende, menos peruano— que el perfil urbano del parque de Miraflores. Generalmente las gentes vanas se llenan la boca aludiendo al parecido que esa zona tiene con no sé qué parte de California, pero eso en vez de regocijarnos debería sumirnos en un pozo de reflexiones. Porque somos un país con personalidad y cuando nuestras calles y nuestras casas comienzan a ser las de cualquier otro país —especialmente si ese cualquier otro país apenas si tiene rasgo propio destacable— es que nosotros mismos estamos vaciándonos interiormente, perdiendo toda relación con nuestro destino. ¿Qué pasaría —me pregunto asediándome— si de pronto se dijera que Sevilla, o Atenas, o Venecia, o México, cada día se parecen más a Miami? La caída de la casona de Arequipa y Pardo es un paso más de la conversión de Miraflores en una muestra de la pérdida de la nacionalidad y sus signos —uno de ellos el ambiente urbano, verdadera caligrafía de un pueblo— de que sufre el Perú. Es preciso pensar en esto porque una de las formas que adopta nuestra crisis es multitudinaria emergencia que lo afirma al paso que asciende.

Que en vez de la residencia de aire romántico mañana relumbre en su lugar un edificio estandarizado para algunos será evidencia de progreso. En último término, no lo es, no solo porque el edificio —que reemplazará a la antigua obra arquitectónica— será expresión únicamente de un buen negocio de muy pocos, sino porque habrá negado con su inocuidad, con su vanidad de objeto ostentoso en medio de la pobreza, con su impersonalidad de obra de afortunados remedadores, nuestra verdad, pequeña si se quiere, pero verdad sin refutación, al fin y al cabo.

Oiga, n.º 88, 21 de agosto de 1964, p. 7.

Réquiem para una plazuela remodelada

Solíamos ir a la Plazuela del Cercado cuando, en esta ciudad descabellada de lujo y miseria, queríamos encontrar un recodo cuya realidad semejara la del verso, la de la ilusión, y donde persistiera, a despecho de tanta vana literatura, la menos falaz de las bellezas que tuvo, si las tuvo de veras, Lima. Era un espacio añoso, con una iglesia suave y marchita flanqueada por un atrio sin ostentaciones. Era un ámbito de árboles, fuente, faroles y estatuas, donde la noche podía detenerse vieja de siglos y, sin embargo, tan joven como nosotros. Un rincón el cual —como en el poema de Borges— “austeras casitas apenas se aventuran hostilizadas por inmortales distancias a entrometerse en la honda visión hecha de gran llanura y mayor cielo”. En suma, se trataba de una suerte de insignificante milagro urbano, que ingenuamente reservábamos para descubrirlo a los demás cuando se habían hecho merecedores de nuestras secretas complacencias. Hasta pensábamos convertirla en escenario para conjeturables artes del espectáculo.

Leímos entre despavoridos y perplejos que la autoridad había puesto sus ojos en la Plazuela del Cercado. Sus buenos ojos, además, que son a veces los peores. Y nos enteramos que había ella decidido afligir su antiguo y encantador abandono con los prestigios de la “remodelación” o cosa parecida. La vimos luego reproducida en la prensa, enojada ya por luces nuevas y supimos que se había hecho acreedora, bajo su flamante restauración, de las ceremonias municipales más solemnes. La noticia nos intranquilizó, aunque nos sostenía la esperanza de que no eran los actuales los mismos tiempos en que el capricho tumbaba portales o cuadrículaba plazas a gusto de un dictador edilicio, remedo de otro nacional.

Este fin de semana pasado fuimos a la Plazuela del Cercado a ver si aquella “remodelación” había respetado, en su afán urbanizante, la poesía.

Contaré lo que vimos, nada más. Los antiguos árboles habían sido reemplazados por inmensos postes pintados de un torpe plateado, en cuyo extremo deslumbraban unas luces enceguecedoras; la fuente deslucía igualmente pintada, de rojo y verde pero con el añadido de que un espíritu de pueril realismo se había complacido en convertir a los pájaros decorativos que la adornan en copias de los modelos escolares, pues el cuerpo soporta el blanco, el pico y las patas el amarillo y los ojos el negro; la piedra también había padecido el colorinche, gris por fuera y azul —“como de piscina”, dijo correctamente alguien— el interior: la iglesia y la parroquia, como para que ningún despistado las confundiera, habían sido perfectamente delimitadas por el amarillo pálido y el verde caliente... En vez de lajas, cemento inciso a tiralíneas, los árboles peinados como vegetales decentes, los jardines arreglados con esa economía de imaginación que caracteriza a los funcionarios de la inspección respectiva, completaban el cuadro. La Plazuela del Cercado de nuestra periódica visita, el recoveco poético que creíamos a salvo de la invasión perfeccionista, el último jirón de la verdad limeña, había pasado a engrosar ese álbum de falsificaciones que estamos brindando a propios y extraños como testimonios de la sinrazón nostálgica que extravía a los habitantes de esta ciudad.

Todo está muy limpito ahí ahora. Pero es “una calle cualquiera camino de cualquier parte”, como canta la copla. Y eso es precisamente lo triste de este prurito que, tal vez cargado de buenas intenciones, de aquellas que han ido siglo tras siglo a empedrar los caminos al infierno, en vez de cuidar lo que aprecia obra en sentido contrario a su propósito. “Ninguna arquitectura —decía Ruskin— es más bella que la más simple”, y es precisamente la confusión, la policromía disonante, la búsqueda de la simetría en lo asimétrico, la tontería, en una palabra, convertida en norma, la que reclama para esto como para tantas otras huellas de nuestra cultura actual el adjetivo de lo horrible. ¡Con qué gusto lo escribo después de esta última y decepcionante visita a la Plazuela del Cercado!

Oiga, n.º 91, 11 de septiembre de 1964, p. 11.

El patrimonio nacional ¿una mercancía?

En el caso de la huaca Juliana, que el alcalde de Miraflores acaba de denunciar, lo que menos importa, dado que en punto a desconsideración a los vestigios históricos del pasado los mercaderes locales —¿y qué son, sino mercaderes, quienes comercian por puro espíritu de lucro, movidos por el afán exclusivo de ganar con esto y aquello?— han llegado en el Perú a los mayores extremos, es que se especule con el patrimonio nacional. Ahí lo que resulta desesperante prueba de que en nuestro país las leyes no funcionan y la autoridad es una suerte de comodín de baraja es que se pueda obrar tranquilamente contra las disposiciones. Afortunadamente, en el caso de la huaca Juliana hay un municipio que, al menos, hace público el abuso de los traficantes y pone en el tapete del examen de la opinión la arbitrariedad de los particulares.

Pero no nos vayamos a llenar de esperanzas por el llamado del alcalde del distrito limeño: de hecho, su revelación no comporta la inmediata enmienda de la trasgresión legal (que es doble pues afecta la que prohíbe lotizar los lugares de carácter histórico y arqueológico y la que impide la urbanización de las elevaciones de terreno por encima de los 25 metros) y la sanción a los infractores. Ya se moverán las famosas influencias, los compadrazgos que desgraciadamente persisten como institución por sobre el poder, las relaciones por amistad o compraventa que aquí castran todo esfuerzo moralizador. Y el doctor Cabrejos, como sucedió con la casona de la esquina de Arequipa y Pardo, se quedará con sus buenas intenciones pero sin los instrumentos policiales y jurídicos indispensables para evitar que el interés privado prevalezca sobre el de la comunidad.

¿Acaso no se ha visto en los últimos años asestar la pica o lanzar el *bulldozer* sobre más de un testimonio del pasado que bien valía la pena

conservar? ¿Y qué sucedió? Tal vez se alzaron una, dos, tres voces, pero la tropelía se consumió sin mayor remordimiento de parte de los destructores ni tampoco de los encargados de velar por la perduración de dichos monumentos. Y así, conforme se perdía lo único valioso —estéticamente valioso— de esta ciudad, se erigían en su lugar esas muestras del mal gusto, la pedantería encopetada, la modernidad medio siglo atrasada y el caos urbano. Se inscribió en las calles, es cierto, como en un resistente documento, cuán poca cosa en lo espiritual han sido y siguen siendo nuestros burgueses. El único consuelo que le queda al que cree en el rigor de la historia es pensar que en esos horrores las futuras generaciones conocerán como en un libro, para repudiarlos sin duda, los caracteres de una sociedad que no tuvo una imagen arquitectónica ni de otra clase de sí misma y que la copió mal, con memoria de tortuga, de modelos extraños y remotos: esos “tudores”, esos californianos, esos neocoloniales... Ellos hablan solos.

El gobierno central debería acudir en auxilio del alcalde de Miraflores, o sea, a la apelación del pueblo mirafloresino ahora que, una vez más, reclama acerca de un hecho que burla la ley y frustra un propósito —el de conservar nuestros signos fundamentales aunque no sea sino para tenerlos presentes ante los ojos—, y las entidades culturales y los hombres cultos debieran presionar a las autoridades para que la fiebre del oro que se ha apoderado de los mercaderes deje libre de su codicia aquello que vale más que la propiedad privada, este derecho natural que algunos en el Perú están llevando a los altares para identificarlo con Dios o, quizá, para reemplazar a Dios con algo más visible y negociable.

Oiga, n.º 106 [sic 102], 26 de noviembre de 1964, p. 12.

III

El poco verde que nos han dejado

El otro crimen

Cuando uno llega a una ciudad cualquiera y, en ese instante de ansiosa inquietud del arribo, hurga en torno de sí por el rostro del lugar, nada más veraz que los árboles. Son ellos —sus colores, sus formas, sus movimientos— como el primer saludo del país visitado, silenciosas palabras de bienvenida, testimonio de la vida y del amor a la vida. Esbeltos o retorcidos, finos o gruesos, ligeros o densos, los árboles poseen un lenguaje, menos delicado que el de las flores, pero, en cambio, más profundo y estimulante. Que los árboles hablan, no es una novedad. Álamos, robles, sauces, como los edificios que Eupalinos escuchaba cantar, nos transmiten algo que queremos y merecemos. Y en las ciudades en que el espíritu preside la existencia, el árbol es un personaje que tiene un sitio de honor.

* * *

Podríamos deducir —a pesar de los aún numerosos ficus, cuyas frondosas copas ponen una fresca sombra en parques y calles— que nuestra ciudad es una ciudad enemiga de los árboles y, por ende, una ciudad sin espíritu. Muchos han caído bajo la tempestuosa poda que, sin una razón que justifique el hecho radicalmente, alguien ha desatado contra esos rumorosos habitantes de Lima. Muchos parece que habrán de caer todavía. Se dice —y no muy claramente— que el objetivo de esos cortes es terapéutico o se alude al desarrollo arquitectónico de la ciudad que reclama, para ministerios u otros locales públicos, las zonas que ocupan los árboles. Todo ello es poco como argumento a favor del arboricidio, pues el árbol, esté donde estuviere, no solo decora, anima, hermosea y completa el paisaje, sino que ofrece, generoso y sencillo, un respiro de naturaleza viva al hombre ahogado por la monumentalidad de la ciudad moderna. Ninguna función tan positiva como esta, especialmente cuando la aprovechan en su solaz los niños y los ancianos,

las gentes que aprenden a vivir y las que lentamente descienden la pendiente de los años. El desenfreno contra esos seres silenciosos y nobles es una forma del sadismo —para pensar lo menos ominoso— y, por consecuencia, es un crimen. Un crimen que no tiene artículo penal en ningún código nuestro, pero no por ello carente de todos los rasgos de la crueldad y digno de una correspondiente sanción.

* * *

Es, entonces, lógico reclamar, tras de clamar, que nuestros árboles sean protegidos y cuidados, porque en el semblante de Lima, en ese semblante alegre y amical que tantos de fuera han llamado inolvidable, ellos ponen el gesto más cordial, más gozoso y más íntimo. Y pertenece a todos el derecho de detener eso que alguien, desbordando de una elocuencia tan solemne como cómica, la denominó “pica del progreso”, esa pica que como un arma artera, como un estilete en manos de no se sabe quién, comete todos los días el otro crimen.

La Prensa, 2 de enero de 1953, p. 6.

Verde al verde

La decoración es una disciplina difícil. Más difícil aún si se trata de una decoración urbana, pública. Alain, el ilustre pensador francés, consideraba a la jardinería, por ejemplo, un arte a la altura de la propia arquitectura y tan esencial para la sensibilidad del hombre como ella. Adornar un parque, una plaza o una avenida requiere la presencia de un hombre de excepcional gusto que sepa combinar vegetación, agua, luz y otros elementos con un sentido fino de los colores, las proporciones, las formas y los volúmenes. Necesita, en fin, la intervención de un artista.

Entre otros se ha impuesto la buena práctica de que, con ocasión de las grandes efemérides —la Navidad, por ejemplo—, se destaque la belleza de algunos sectores de la ciudad con una iluminación excepcional. Eso, sin duda, es una excelente manera de estimular en los ciudadanos el entusiasmo natural de la fiesta y de nutrir su temperamento con toques de agradable emoción. Así, en los presentes días pascuales, la entrada de Miraflores, el simpático Parque Central, ha sido iluminada con el fin de expresar el carácter social, comunal, de la celebración. Sin embargo, dicha iluminación peca por un exceso.

No hay verdes más verdes que los de la naturaleza. Cada árbol tiene sus propios y legítimos tonos de este color que es, según los que de estas cosas se ocupan, el que da reposo a la vista y placidez al alma. Si al verde natural se le añade el verde de una luz neón, se realiza un acto arbitrario semejante al de ponerle agua corriente a un caldo substancioso. Y esto es lo que se ha hecho en el Parque Central de Miraflores. En las ramas de los árboles —viejos, nobles, hondos árboles que saben a historia— se han instalado tubos de gas neón, algunos verdes y otros, ¡ay!, rojos y hasta amarillos. Desde lejos, parece que las copas de estos árboles han dado unos

frutos desconcertantes, unas especies de bayas regulares con luz propia. Más cerca de ellos, se descubren los cables y los aditamentos propios de la instalación. Es ahí donde se comprueba hasta qué punto es falso ponerle verde al verde.

No se trata, por supuesto, de sostener que no hace falta iluminación. En realidad, reflectores blancos colocados al pie de los árboles, dirigiendo sus rayos hacia la copa —tal como se ilumina un cuadro o una escultura en una exposición—, cumplirían la función propuesta de colmar aquel lugar público, centro del movimiento de ese distrito, con efectos extraordinarios. Lo mismo los edificios y los monumentos. La luz blanca es escultora. Precisa los contornos, destaca los relieves, ahonda las oquedades, pule y modela, como la mano sobre la arcilla, el objeto sobre el cual se proyecta. Y si ese objeto tiene color, el color propio —el verde, verde de los árboles, verbigracia— sale y se manifiesta con rotundidad.

Todo esto dicho porque, a la vista de la iluminación comentada, al cronista se le vino a la cabeza aquel asendereado verso de Lorca: “verde que te quiero verde...”.

La Prensa, 27 de diciembre de 1953, p. 8.

Tala de árboles

En las ciudades cultas, las autoridades municipales y educativas se empeñan en inculcar a los ciudadanos y los niños, por medio de campañas especiales, el amor al árbol. El fomento de esta vocación por la naturaleza constituye un cauce de los mejores instintos, una suscitación de los más generosos impulsos humanos. Por algo, desde los tiempos más remotos, en torno de la habitación o del lugar público el hombre ha buscado la acogedora cobertura del adorno forestal, y por algo también un día del año ha sido dedicado a celebrar al árbol. Se trata de una forma de la vida, de una forma paciente y hermosa de la existencia, y en ella se esconden algunas profundas lecciones. En las urbes modernas donde el gris cemento ejerce su predominio, el verde del árbol suele constituir una pausa deseable, un tónico espiritual, un respiro estimulante. Los urbanistas han llegado a la conclusión de que las áreas de vegetación, los rincones arbolados, son el único remedio para el ahogo tóxico del fragor incesante de las máquinas y una especie de oasis en el páramo citadino.

Pero estas y otras razones no valen entre nosotros. Día a día vemos caer bajo el hacha implacable los árboles centenarios que decoran nuestras plazas y nuestros jardines. Desde alguna oficina municipal se imparte la condena a muerte, y los verdugos ejecutan la pena con eficiencia digna de mejor causa. No es posible explicarse a qué secreta animadversión obedece este ensañamiento, puesto que el árbol no es capaz de hacer daño a nadie ni de mortificar a ninguno. ¿Que sus raíces rompen las aceras? ¿Acaso no es sabido que cuando un vegetal carece de agua la busca en la superficie? El correctivo no es talar el árbol sino procurarle el líquido que como un sediento reclama. Tanto valdría decapitar o mutilar al que, por pobre o inválido, no tiene qué comer. Pero aquí somos así. Lo mismo en el caso de los gusanos. ¿Tienen los árboles parásitos? ¡Matemos los árboles! La solución es tan elemental, tan

burda y tan poco inteligente, que cuesta trabajo creer que procede de una persona en sus cabales.

Es probable que el inspector municipal que dispone que se sieguen los árboles —como sucede actualmente en el Parque de la Exposición de Lima o la avenida La Paz de Miraflores— tenga jardín en su casa y que él y su familia gocen con la gracia de sus flores y la belleza de sus árboles. Pero el ciudadano común, el que vive en un piso oscuro y húmedo del centro o en un departamento adocenado de cualquier edificio moderno, carece de ese lujo y necesita de las plazas públicas para tener el breve y pequeño solaz de la naturaleza. A él habría que consultarle para talar un árbol. Es más que seguro que su respuesta sería negativa.

Que nos dejen nuestros árboles tal como están, que no nos los corten por capricho o como medida drástica contra males que son fáciles de conjurar. Que se nos consulte antes de tomar una medida así. Queremos sentirnos un poco dueños de la ciudad en la que vivimos y a la cual amamos, y no como parece apenas unos inquilinos a los cuales nunca se nos toma en cuenta para realizar cambios y reformas. Soy el hombre de la calle y quiero a esos amigos silenciosos, francos, invariables, que desde pequeño he visto en los sitios familiares que recorro cuando paseo, cuando descanso o cuando voy a trabajar. Los árboles son también míos.

La Prensa, 4 de mayo de 1954, p. 8.

Como quien oye llover

Cuando un periodista lleva a cabo una campaña en torno a algún problema público es porque ha captado un clamor general y se siente obligado a traducirlo y darle orientación y sentido. Hasta él llegan solicitudes personales y epistolares que, si son justas, debe acoger y verter en forma de artículos. El juego es sencillo y eficaz. Las autoridades, a las que atañe dicho problema y en cuyas manos está resolverlo, dan cauce a la reclamación y responden a ella con sus razones. Se trata, como se ve, de una espléndida práctica democrática. La prensa es así un órgano de expresión popular, un sensible vehículo de comunicación entre gobernantes y gobernados.

Cuando este cronista ha escrito protestando por la tala de árboles no lo ha hecho por capricho individual. No ha defendido una causa de interés particular. Antes y después de las publicaciones ha recibido quejas de gentes de diversas clases sociales sobre esta abusiva práctica municipal que derriba en tierra, sin mayores rodeos, añosos árboles de la ciudad. No obstante, el atropello continúa invariable. Siguen las hachas echando abajo esos saludables y generosos amigos que con su sombra y su belleza dan perfil natural a parques y jardines públicos. Y esto no sería lo peor si los que han dispuesto la deforestación hubieran dado cuenta cabal de los motivos que los asisten para cometer ese acto despiadado.

Ayer, el cronista escuchó la protesta de un profesional, hoy la de un chofer de taxi, mañana tal vez la de un estudiante. La gente se pregunta: ¿Y por qué cortan los árboles? Y no tiene más remedio que resignarse a las conjeturas, inclusive a las más maliciosas. Porque hay quienes lo atribuyen a la falta de sensibilidad, a poco amor a la naturaleza, a escaso talento para resolver los problemas urbanos que plantea una raíz pertinaz o un bicho repugnante, pero hay otros que insinúan móviles interesados, que

el cronista no puede menos que rechazar. ¿Quién puede —se pregunta— hacer tal cosa con fines inconfesables?

La última conjetura —que ciertamente es calumniosa— podría eliminarse si las municipalidades expusieran en un comunicado qué motivos fundamentales tienen para disponer la tala de árboles que actualmente se realiza en el Parque de la Exposición de Lima y en la avenida La Paz de Miraflores, por ejemplo. Puntualizando las razones en forma explícita y directa, la ciudadanía se podría dar cuenta cabal de que no hay otra solución que esa. Pero no es así, y el silencio no es un buen síntoma. Volvemos, pues, a pedir a los señores concejales de esta capital y aquel balneario una explicación. Hasta este momento, en lo que respecta a la protesta por los árboles derribados, las municipalidades han omitido todo interés y se han mostrado tan indiferentes como quien oye llover. No es la actitud que les corresponde, por supuesto.

La Prensa, 8 de mayo de 1954, p. 8.

Sobre los parques

Los jardines, los parques, los paseos, son las vías respiratorias de una ciudad. Pausas en el urgente y abigarrado plan urbano, se constituyen en gratos y necesarios lugares de solaz. Por eso merecen una atención especial, un cuidado permanente y generoso. Como los órganos de oxigenación de la naturaleza humana, esas zonas no pueden ser echadas al abandono, tanto en lo que atañe a su conversación e higiene cuanto en lo que respecta a su ornato y arreglo estético. Quizá sea posible afirmar que el gusto y la sensibilidad de los habitantes de una ciudad se miden por la belleza y calidad de sus parques y paseos. Son ellos los que dan una exacta pauta del amor que los pobladores de una urbe tienen hacia lo suyo, pues cada uno es tal y como lo manifiesta el ámbito que lo rodea.

De ahí que sea justo elogiar el empeño que la municipalidad local ha puesto en la remodelación del Paseo de la República, una de las arterias más hermosas de nuestra capital. Pavimentado el sector central, moviendo la fuente hacia el eje de la avenida y el edificio del Palacio de Justicia, variando la situación de los grupos escultóricos y, en fin, distribuyendo con mejor sentido otros detalles, dicha vía está a punto de convertirse en un atractivo más de Lima.

Es indispensable que lo que se ha realizado allí se repita en otros sitios. Por ejemplo, en el Parque de la Reserva. No sé si alguno de los señores concejales —todos ¡ay! viajan solo en carro, tienen muchas ocupaciones y poco tiempo y ganas de andar inocentemente por los rincones de la ciudad— ha paseado por ahí. El estado en que se encuentra, no obstante ser uno de los parques de más ambiente que poseemos, es francamente lamentable. Las fuentes secas, el piso roto y terroso, el césped sediento en algunos lados muerto, las esculturas mutiladas, las bancas incompletas, todo manifiesta que ahí falta quien se ocupe de su mantenimiento y conservación.

Lo mismo sucede en otras partes. Terrible es lo que pasa con la Plaza del Congreso, frente al Senado. Ahí no queda ni pizca de grama, y las escaleras que llevan desde la parte alta hasta los jardines que rodean el edificio del Parlamento son utilizadas como retretes, lo cual es, sin exageración alguna, bárbaro. Conviene que la municipalidad se ocupe de este punto que, quizá por hallarse cerca del Mercado Central, está más expuesto que otros a ser objeto de la desconsideración de ciertas gentes incivilizadas.

Y la lista podría proseguir. Ojalá lo que ha sucedido con el Paseo de la República se extienda a otros sectores de la ciudad que necesitan de una acción edilicia enérgica y oportuna. Junto con la congratulación va este reclamo. Que no se trate de un hecho aislado sino que sea parte de un programa amplio y total cuya finalidad sea hacer de Lima una ciudad acogedora y digna de loas y recuerdos.

La Prensa, 5 de agosto de 1954, p. 10.

Música en el parque

A partir de mañana se dará comienzo en nuestra ciudad a un tipo de conciertos al aire libre que probablemente ha de merecer una calurosa acogida de parte de los aficionados. La firma Frigidaire auspiciará audiciones de música grabada, transmitida por un equipo de alta fidelidad, en el Parque Salazar de Miraflores, al pie de la laguna que allí se halla, con el fin de contribuir a su manera a la difusión del arte musical en nuestro medio. Tres amplificadores, un preamplificador, diversas bocinas y un tocadiscos manejados por radiotécnicos expertos, han sido instalados en esa bella zona del balneario sureño, todo ello destinado a que la recepción de la melodía no sufra menoscabo por el viento u otro fenómeno atmosférico imprevisto. Los organizadores, asimismo, en la idea de que dicho ciclo de conciertos constituya un medio de educación popular, han impreso programas en los cuales se da cuenta de las obras que han de ser transmitidas, de sus características peculiares y de su importancia dentro de la producción universal. Se trata, en pocas palabras, de un esfuerzo en pro de la divulgación entre nosotros de ese patrimonio espiritual sin fronteras que es la música selecta.

Por cierto que este es un modo de hacer publicidad, pero ella no reduce en un punto la importancia de dichos conciertos al aire libre. Es digno de alabanza todo medio de propaganda que sirve, al mismo tiempo que a los objetivos del interés comercial, a los más altos de la cultura. Sin duda, las personas que mañana y los sucesivos martes acudan al Parque Salazar a escuchar sus compositores predilectos no serán defraudadas, pues los organizadores de estas citas musicales, a lo que parece, no han escatimado esfuerzo para lograr que la emisión de las piezas sea cercano a lo perfecto. Los técnicos han probado los aparatos hasta seis veces, buscando el volumen adecuado, tanto a la recepción del programa cuanto a la calidad intrínseca de la obra transmitida. Propagar una marca procurando que el

público obtenga un beneficio perdurable es un propósito loable. Sería de desear que la publicidad siguiera este ejemplo y lo convirtiera en una norma de sus actividades.

Es singular que esta sea la primera vez en Suramérica que se realiza una experiencia de esta clase y, por ello, es deseable que las expectativas de quienes la auspician se vean colmadas con una asistencia generosa y nutrida. Es posible que así sea. A pesar del decaimiento por el que atraviesa el arte musical en nuestro país, hay muchos que aún mantienen el fervor por esa afición. Quizá los conciertos al aire libre en el Parque Salazar demuestren a los escépticos que la reserva de sensibilidad del peruano sabe despertar cuando se le requiere con un ademán tan sencillo y desinteresado. Ojalá sea así.

La Prensa, 31 de enero de 1955, p. 10.

“Ciudad-jardín”, ¿ironía o alucinación?

Solo a un satírico o a un visionario se le pudo ocurrir ponerle a Lima el epíteto de “ciudad-jardín”, pues no hace falta ser un zahorí para darse cuenta de que a nuestra ciudad le hacen falta árboles y flores, es decir, aquello que justificaría, de existir profusamente, el literato apelativo. Ya los técnicos han hecho público el drama de la carencia de zonas verdes con datos de la implacable estadística: para una población de más de un millón de habitantes solo se cuenta con un poco más de tres metros cuadrados de área libre por persona, y de esos tres metros escasos solo la mitad se dedica a la recreación. Mida cada lector en torno de sí el espacio florido que le toca y diga entonces si aquello de la “ciudad-jardín” no pasa de ser una solemne tontería. (Un dato interesante: las normas aprobadas por la National Playing Fields Association de Londres, la máxima autoridad en cuanto a parques y jardines públicos se refiere, señala que como norma general es preciso que toda urbe moderna tenga un mínimo de veinticinco metros cuadrados de verdor por individuo.)

El drama no queda ahí. Ayer hemos leído las declaraciones del conocido floricultor Francisco Ruiz Alarco sobre la lenta y al parecer inevitable desaparición de algunas especies de árboles que servían de adorno en calles y plazas limeñas, no por causa de ninguna peste maligna, sino simplemente por la guerra que sus enemigos les han declarado. Cayeron ya las palmeras de las plazas de Armas, Bolognesi e Italia, y caerán más aún si la pasión arborícola no se detiene, y Ruiz Alarco levanta a propósito su voz de protesta y advertencia. Las plantas públicas son cortadas sin piedad porque, sedientas como están, buscan desesperadamente su alimento líquido y rompen las veredas, o son podadas a destiempo, de una manera torpe, porque sus ramas se elevan tras la luz, lo que equivale a matarlas. En la avenida Santo Toribio, por ejemplo, los árboles han sido devastados en el momento en que

brotaban las yemas, segando en ellas así la vida renovada. En cuanto a los que se lucen en la avenida Wilson, la condena es peor: han sido constreñidos a un tan despiadado aislamiento que apenas reciben la nutrición que requieren. Todo esto sin contar que muchas veces hacen, aquí y allá, las veces de postes, pues soportan los clavos que sostienen letreros, leyendas de tránsito, avisos comerciales, cables eléctricos y telefónicos.

¿“Ciudad-jardín”? Apenas sirven los espacios de las casas particulares, a veces egoístamente cercados con grandes y espesos muros, para justificar el curioso mote, porque en lo que se refiere a las áreas verdes públicas estamos entre las pocas ciudades del mundo que en lugar de cuidarlas y aumentarlas se las ataca y disminuye. La Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo ha publicado un plano de Lima en que figuran teñidos de negro los núcleos libres para esparcimiento con que podemos contar los limeños que no tenemos jardín en casa. Aparte de dos más o menos grandes —el Parque de la Reserva y el Olivar de San Isidro, cada día menos proporcionado con respecto al tamaño urbano— el resto de esas manchas son insignificantes. Hay un agravante: los que existen no obedecen a ningún plan técnico, son fruto del azar, y por ende no llenan su función estrictamente. A ellos tenemos que acudir para reclamar nuestro metro y medio de césped y flores, nuestro trozo de naturaleza, cuando la fatiga citadina —cemento, polvo, gases tóxicos— nos abruma. ¿Qué pasaría —cabe preguntarse— si mañana cada ciudadano acudiera a los parques a pedir su pedacito de jardín? El resultado es digno de una novela de Kafka, inenarrable.

Hay que reclamar enérgicamente una política municipal más concreta con relación a los parques y plazas. Hay que unir la voz a la del floricultor Ruiz Alarco, uno de los pocos ciudadanos que en cada ocasión que los arboricidas se desmandan protesta públicamente. Todo esto aunque sea para que lo de la “ciudad-jardín” no parezca una amarga ironía, algo que alguien echó a correr con el fin de caricaturizar, o en caso contrario la alucinación de quienes no ven de la realidad sino el nombre que mentidamente la oculta. La actual autoridad municipal tiene conciencia de sus deberes y ha de poner atención en este problema sobre el cual, desde hace tantos años, se viene infructuosamente hablando.

El verde es para todos

Lima es una de las ciudades del mundo con más bajo índice de áreas verdes, lo cual no es un récord enorgullecido. Alguien —que no es en absoluto especialista en problemas de urbanismo— le ha señalado al cronista un detalle interesante en este aspecto, y como es preciso que en una campaña por la creación de más zonas arboladas intervengan todos los habitantes o, por lo menos, siquiera aquellos que tienen conciencia de la importancia de esos pulmones de vegetación que son los parques y los jardines, enseguida va, brevemente expuesta, la sugestión de aquel amigo. Un eufemismo llama a Lima “ciudad-jardín”. ¿En realidad lo es? Relativamente, se puede responder. El apelativo se refiere más a la abundancia de jardines particulares, de parques privados, que a la de lugares públicos para esparcimiento general. Y aun en lo que a eso se refiere el apodo es excesivo.

Excesivo no porque no sean tantos los jardines que lucen los chalets que, como un florido cinturón, rodean la ciudad, sino porque muchos de ellos se hallan desgraciadamente cercados o amurallados, separados por una opaca frontera de la vía pública. Hay que explicarse el porqué de esta costumbre. No cree el cronista que dicha práctica se deba a la vigencia de un egoísmo tajante, sino más bien al rezago de ciertos temores. Hasta hace unos años atrás más allá del centro de la urbe se cernían la amenaza del latrocinio, y vivir en las afueras exigía tomar ciertas precauciones y seguridades atinadas. De ahí, por ejemplo, que la avenida Arequipa sea pródiga en dichos muros o esos cercos altos de madera que guarnecen parques y casas de las manos malintencionadas. Las cosas han cambiado y los peligros de antaño han sido felizmente reducidos al mínimo. Entonces, cabe invitar a los propietarios a derribar esos obstáculos y abrir, a la mirada y el regocijo de todos, las bellezas de las flores y los árboles que decoran los frentes de los edificios en aquella arteria y en otras calles y vías semejantes

a ella. Incorporar el jardín privado al paisaje urbano será un acto de generosidad digno de alabanzas, un acto de solidaridad, además, que hablará bien de nuestro espíritu comunal.

A esa idea, la persona que la sugirió añadió algo más: otra costumbre limeña es la de separar jardín y jardines frontales con un muro medianero —y en muchos casos, con dos—, lo cual, aparte de antiestético, es muestra de una desconfianza vecinal francamente desagradable. Mucho más provechoso para quienes conviven pared por medio es destruir ese límite, unir las áreas verdes de cada cual y compartir así la grata visión de las respectivas propiedades. El amigo que ha pensado en esto lo ha comenzado a practicar consigo: él y su vecino inmediato ya han levantado esa “cortina de ladrillo”, y están, a lo que parece, satisfechos de la decisión. Es cierto —y póngase un poco de atención para observarlo— que no es nada hermoso que cada veinte o treinta metros avancen hacia la acera esos abanicos inexpugnables que parecen ser el símbolo de cierta intolerancia poco amable de la propiedad privada. El día que caigan, habremos ganado para todos y cada uno un mérito excepcional.

Por lo menos, que nos preocupe que aquello de “ciudad-jardín” no sea un lugar común falso, digno de figurar en las letras de los valeses y en las alusiones puramente convencionales, sino una verdad. Solo necesitamos para lograrlo poner un poco de buena voluntad y proyectar, como la persona que ha inspirado esta nota, maneras de hacer de Lima lo que Lima parece destinada a ser. El clima de nuestra ciudad tiene sus inconvenientes, como la humedad, pero es la humedad precisamente la que permite que todo el año los limeños podamos gozar del verde de las plantas y los árboles, y de las flores. Aprovechemos esta ventaja misteriosamente compensatoria de los rigores propios de la atmósfera local, y hagamos lo que esté a nuestro alcance para que el color, el perfume, el oxígeno, la calidad decorativa, etc., de las plantas sea, como la luz, para todos. Porque la flora es también un derecho del que deben usufructuar especialmente los niños, esas flores humanas que con tanta frecuencia, entre nosotros, están prematuramente marchitas.

La Prensa, 26 de diciembre de 1957, p. 6.

Un terreno central y el bienestar

Ya se habla de la demolición de la antigua Penitenciaría y, desgraciadamente, de la subasta de los terrenos que ocupa en lo que puede llamarse el corazón de la ciudad. Un corazón —digamos a propósito— que precisamente en esa aurícula sufre de un permanente infarto de tránsito automovilístico. Nada indica, por supuesto, que las autoridades hayan pensado en convertir esa amplia área en zona de jardín y descongestión, porque jamás se les ocurre que Lima padece de la carencia de sectores abiertos en los cuales no solo busquen recreo y respiro quienes, en el abigarramiento urbano lo requieren, sino también espacio para el desenvolvimiento de los desplazamientos de ómnibus, tranvías y otros medios internos de transporte, aparte de las indispensables playas de estacionamiento.

Y ya se habla también, con el tono solemne que es habitual, de edificios de veinte pisos, grandes hoteles y lotizaciones fabulosas, en una suerte de vocación lucrativa que no se explica sino por la difusión de una manía casi irracional. Sin embargo, los problemas de la ciudad exigen que dicha demolición contribuya a su respectiva solución, aunque no fuere sino parcial. En fin, hay que poner el acento en la posibilidad de disponer de esos terrenos en función del beneficio colectivo que ellos pueden aportar. Por ejemplo, en cuanto al tránsito urbano, para el cual se inventan los descabellados alivios de los túneles y pasos a desnivel en pleno centro, el área que dejará libre la vieja cárcel puede ser el primer paso hacia el hallazgo de un remedio pertinente, además de justo y económico. Los urbanistas saben que los embotellamientos en la región comercial de Lima se deben principalmente a la creciente afluencia de vehículos en las estrechas vías que la conforman. Todo el mundo quiere llegar hasta el lugar mismo de su destino en automóvil, motocicleta, tranvía o autobús, porque se tiene una idea demasiado confortable y beocia del esfuerzo y el caminar es considerado, absurdamente, una servidumbre.

Paralelamente, los técnicos aludidos —menos dados que la autoridad a los sueños— sostienen que hay que crear un cinturón de tránsito automovilístico, que rodee la parte activa de la ciudad e impida que de las avenidas al Jirón de la Unión y sus alrededores se produzca el embudo que hasta hoy crea ahí, regularmente, el caos. Con paraderos para los transportes y lugares de parqueo con gran capacidad, concebidos ambos en forma orgánica, se aligeraría en una alta proporción la congestión que tantos dolores de cabeza está ahora dando. ¿Y qué mejor sitio para ello que la enorme manzana que desocupará el penal pronto a ser derruido? Todas las ciudades del mundo han optado por esta solución, la cual, por otra parte, permite habilitar un área verde más, con árboles y plantas, tan necesaria entre nosotros, pobladores de una ciudad cuya dimensión está en conflicto con la insuficiencia de sus pulmones vegetales.

Aquí se habla mucho del ornato de la ciudad: se trata, en verdad, de una muletilla siempre a flor de labio de nuestras autoridades ediles y políticas. Pero, por incuria de ellas, es que están prosperando en calles y arterias importantes del centro de Lima esos corralones —y no otra cosa son— que se denominan “playas de estacionamiento”. La culpa de todo no la tienen quienes disponen de sus propiedades en este negocio, que es lícito y por el momento bueno, sino aquellos que por no afrontar los problemas con realismo y eficacia dan pábulo a la formación de tan poco bellos locales para cuadrar vehículos. Al respecto, si no se trata el asunto de otra manera, habría que exigir a la municipalidad la dación de un reglamento que organizara adecuadamente el establecimiento de esos baldíos, hechos con palos viejos y esteras, que tanto se han multiplicado en nuestra capital.

Es preciso que se medite en la urgencia de transformar el terreno de la Penitenciaría en un centro funcional para el tránsito y, simultáneamente, en una zona de verdor, con espacios dedicados al solaz infantil, como los hay en tantas importantes urbes de América y Europa. Curémonos, de una vez por todas, de la alucinación de las grandes construcciones, pues la cultura de un país no se mide por pisos, sino por la visión que los gobernantes tienen en lo relativo al bienestar público, infalible póliza de vida para toda población que intuye su futuro.

Recuperar la ciudad perdida

Raúl Porras Barrenechea ha contado, en una hermosa conferencia destinada a los arquitectos y urbanistas, que Lima era en los tiempos coloniales una villa de alamedas, jardines y paseos arbolados. Cronistas y viajeros la describen como una población favorecida por las flores y las plantas, de las cuales gozaban, en su trajín cotidiano, los viandantes. De aquella época a hoy, no obstante el escaso caudal de nuestro río, mucha agua ha corrido bajo los puentes del Rímac, y hemos arribado a la gran urbe, uno de cuyos más graves problemas urbanos es la asfixia por la falta de parques. Fácil resulta observar que las zonas de recreación con que hoy contamos son obra del pasado y que de veinte o más años a esta parte, excepto alguna que otra plazuela, no se ha trazado ninguna área extensa para esparcimiento de los agobiados ciudadanos. Estamos, pues, en camino de hacer de la antigua ciudad verde un grisáceo y monótono bloque de edificios y vías asfaltadas. Es decir, un verdadero infierno, ya que el infierno ha de concebirse como la antinaturalidad.

El hombre de la ciudad moderna es un bicho particular y muchos de sus defectos provienen, sin duda, de las deformaciones que la vida clausurada le imprime desde niño. Imaginemos al pequeño que nace en un departamento de un edificio céntrico y ahí transcurre, sin otro horizonte que el que le brindan de vez en cuando ciertas periódicas salidas al campo o a la playa, la mayor parte de su infancia y adolescencia. Habrá en él, en su psicología, la impronta del tráfigo citadino, de la estrechez de sus panoramas, del ahogo de su ámbito, lo que se expresará en egoísmo, amargura, tensión o intolerancia. Sin pecar de deterministas, se puede afirmar que el medio condiciona el espíritu de un ser, y el hombre de la ciudad contemporánea, ese hombre masivo que es, a un tiempo, muchedumbre y soledad, constituye el factor principal de la historia presente, tan plena de

contradicciones dolorosas, tan feroz y mezquina. Los sociólogos no han dejado de considerar la importancia que tiene en la vida humana esta carencia de espacio, y los urbanistas al día saben que no se pueden plantear ni viviendas ni centros habitados sin insertar en ellos zonas de expansión en las cuales la naturaleza —vegetación, agua, elevaciones del terreno, etc.— esté al alcance de todos.

Quien tiene jardín en su casa, o quien por fortuna vive cerca de uno de los pocos parques que hay en Lima, no tienen conciencia de lo que padece el que se aloja en uno de esos sectores urbanos —pongamos como patético modelo el hosco barrio sarcásticamente llamado “El Porvenir”— donde hallar un trozo verde es poco menos que un milagro. Lima está situada en un oasis y en torno a ella, como bien lo sabemos, el arenal se extiende con su inexorable uniformidad, con su abrumadora constancia incolora. Si una madre quiere que sus hijos gocen un poco de la pureza del aire limpiado por la vegetación, o un anciano desea transcurrir entre la amable y acogedora sombra de los árboles, o un convaleciente aspira a reponerse con la estimulante exhalación de la vegetación, no podrá hacerlo sino a costa de esfuerzos extraordinarios. He ahí un pequeño drama, no por pequeño menos triste que los que llenan las páginas de las novelas o las piezas de teatro. Vivirlo puede fecundar en el alma de mucha gente tremendos resentimientos.

No es por un prurito sin fundamento que algunos levantan su voz en pro de una mayor y mejor atención a este defecto de nuestra ciudad, a la cual el progreso le ha pedido en pago el precio de su tradición de ciudad de alamedas y parques arbolados. Si a París le exigieran como retribución a cualquier favor, a cualquier don necesario, la supresión de apenas un trozo de algunos de sus bosques, los parisienses dirían rotundamente que no, porque saben que ellos son como el pan para la vida. Otro tanto sucedería en Nueva York, Londres o Buenos Aires. Nosotros, que vendimos por un plato de lentejas la primogenitura continental, estamos a tiempo de volver a ser esa villa de verdor que Porras Barrenechea reconstruyera en su charla a los arquitectos y urbanistas y que es uno de los más bellos recuerdos que guarda nuestra frágil memoria. Tal vez esa reconquista sea posible. Quien la inicie será un benefactor de Lima.

Elegía para unos ficus asesinados

Hacía muchos años que estaban ahí, tantos que no hay vivo ya nadie que los conociera pequeños. Su nobleza la daban sus perfiles secos, sus fuertes ramas, sus copiosas hojas. Eran sobrevivientes majestuosos de un pasado íntimo. A su sombra transcurrieron muchos diálogos de amor, muchas amistades, muchas vidas, y ellos supieron ser discretos y amables, generosos e indulgentes, como ancianos cargados de experiencia a quienes nada sorprendía ya. Pasaron penurias y sed, y continuaron existiendo, hechos una sola unidad con la calle, con las gentes, con la ciudad. Eran como el símbolo del tiempo, pues todo podía cambiar a su alrededor sin que, gracias a su peculiaridad, el trozo de la ciudad en que estaban perdiera su carácter. Bastaba trazar sobre un papel la solidez de su tronco, la gracia de sus ramas y la densidad de su copa para evocar de inmediato, no solo el rincón que les pertenecía, sino su atmósfera, su encanto, su historia. Toda alegoría de Miraflores los tenía que contar para ser verdaderamente significativa.

Parecían eternos. El hacha cayó despiadada sobre otros árboles para arrancarlos, los urbanistas trazaron nuevas vías por zonas en las que se hallaban sus congéneres, las autoridades municipales condenaron a muerte a muchos vecinos suyos, pero ellos permanecieron. Su actitud era tan altiva que intimidaba a los alcaldes y a sus agentes, y el arma destructora se detenía en el linde mismo de sus predios. Se apeló al tránsito, a la modernización, al progreso, inclusive a la necesidad de impedir que las aceras y las pistas no fueran melladas por la fuerza sedienta de sus raíces, y aunque no faltó eco para estos alegatos, la mano mortal [no] se atrevió a asestar sobre ellos su golpe terrible. Sabíamos que la parca los rondaba, que había quienes alentaban en su intimidad el odio cerval que un día cualquiera reduciría a leña a esos silenciosos y graves amigos.

La hora cero llegó para los viejos árboles. Ahora, sin queja alguna, sucumbe toda la alegría de una avenida que era hermosa por ellos, que era miraflores por ellos. Han aceptado el sacrificio y nadie ha dicho una palabra en su defensa. Los hombres son olvidadizos e ingratos; nadie ha protestado esta vez, quizá porque nadie siente esta muerte o quizá porque todas las reclamaciones de otras oportunidades han sido inútiles. Los oídos municipales son sordos a estos clamores por la vida vegetal que, a la postre, es parte de la vida humana. Ya deben de haber muerto para siempre y la calle lampiña será en su desolación el rostro cabal de la insensibilidad de quienes dispusieron esta destrucción. Insensibilidad es la palabra, puesto que quien prefiere la línea recta, el cemento artificioso, la aridez del desierto urbano, es que antepone la pura función a la belleza, como quien dice, la utilidad al arte. Como al bárbaro, hay quien le gusta que por donde pasa no vuelva a crecer la vegetación.

Hacía muchos años que estaban ahí. Los años se habían encarnado en ellos. Al echarlos por tierra han echado por tierra una época. Sería preciso exigir a los que realizaron ese acto que se pusiera una placa conmemorativa, registrados en bronce los nombres de los responsables, para que en el futuro se supiera sin lugar a dudas quiénes odiaron tanto a la naturaleza y quiénes, por ese odio, se la arrebataron a los demás. Ello sería un testimonio de su valentía, de su amor al progreso que no repara en nada, de su correlativa carencia de consideración a lo que representa una herencia que se está obligado a proteger, cuidar y legar al porvenir. Alamedas, parques, jardines, avenidas, arboladas, todo esto es también patrimonio público y destruirlo es abusar de la autoridad. Una orden ha puesto fin a lo que ni el tiempo, ni la sed, ni las catástrofes habían podido matar.

Parecían eternos, pero no lo eran. A su sombra pasaron varias generaciones. Niños y mayores los vieron permanecer, dar su frescor, su verdura, su silueta, su noble presencia, sin pedir a cambio nada, porque ni siquiera agua en abundancia tuvieron nunca. Fueron el símbolo de Miraflores y fueron también el vínculo que cada época tuvo con la precedente, eslabones invariables en la variación de la historia. No existen ya y solo cabe dedicarles una elegía. Tal vez ella conmueva a sus triunfantes enemigos.

Un bosque que no existirá

Se va a construir el nuevo aeropuerto. Limatambo, además, dejará de serlo. La vasta extensión que actualmente ocupa la principal estación de tráfico aéreo se convertirá en una nueva y tal vez elegante urbanización. La ciudad ampliará su área cubriendo los cerca de 800 mil metros cuadrados que hasta el presente ocupan ahí pistas, instalaciones y servicios técnicos. Lima, en fin, continuará creciendo. Mas también seguirá sufriendo los variados y cruentos males urbanos que la imprevisión —y la falta de sensibilidad social de quienes disponen a su interés y a su gusto personal el desarrollo de nuestra capital— ha determinado en ella, cuya gravedad, por cierto, será tanto más aguda cuanto mayor sea su tamaño y su población. Dolencias que, no obstante, aún estamos a tiempo de conjurar, sobre las cuales hay claros y acertados diagnósticos y eficaces tratamientos de clínica urbanística. Nadie, sin embargo, pondrá el menor celo en impedir que en el futuro los remediabiles defectos de la ciudad de hoy se tornen en irreparables daños para el habitante limeño.

Sí, el aeropuerto es necesario. Esta necesidad es tangible, mensurable a primera vista. Pero no menos necesarios son los parques, los jardines públicos, las zonas de verdor en las cuales el poblador halle un respiro al ahogo urbano. Cuando se comenzó a decir que Limatambo sería reemplazado, algunas gentes que piensan en el progreso, no solo en términos crematísticos, no solo en la medida de inversiones y dividendos numéricos, sino en relación con la salud y el bienestar espiritual de la multitud de seres que no tendrán ni los medios de escapar al abrumador encierro civil, supusieron que en aquellos 800 mil metros cuadrados que quedarían libres, o por lo menos en parte de ellos, se podría crear un bosque artificial semejante al que en la mayoría de las ciudades modernas sustituye la falta de verdor natural que abruma al hombre de la urbe. En las páginas de nuestro diario

dijimos una y mil veces cómo las zonas arboladas significan, además de órganos respiratorios indispensables para la vida colectiva, verdaderos factores de mejoramiento moral, y demostramos con cifras, cuadros, estimativas y verificaciones concretas hasta qué punto Lima carecía del mínimo indispensable de áreas verdes con respecto a la densidad de su población.

Esta nota no tiene como objeto, por supuesto, convencer a las autoridades de que esos parques que reclamamos y ese bosque, que tal como están las cosas es un mito, deben trazarse de inmediato. El artículo ha de tener inevitablemente el tono de una elegía. Y de una elegía a algo que nunca existió. El cronista está habituado a que la exposición del problema ante personas inteligentes, que lo comprenden en toda su importancia, reciba el comentario resignado que expresa bien el espíritu de inacción e indiferencia que nos caracteriza: “¡Es verdad, pero los intereses...!”. No se puede decir que solo entre nosotros y en este tiempo dichos intereses hayan ejercido una tan poderosa presión sobre las cosas de índole nacional —no fuimos los peruanos los primeros fenicios, como es lógico—, pero es típico de la psicología actual de nuestros gobernantes el deponer toda empresa de beneficio público si tras el obstáculo están los propósitos financieros de un grupo poderoso, los caprichos económicos de un propietario, la fuerza inmemorial de una familia, un clan, una sociedad anónima. El caso del bosque que nunca existirá es apenas un ejemplo de lo mucho que hay que hacer y que posiblemente, porque los intereses privados lo impiden, nunca se hará. Claro que vendrá una era en que lo que realizamos y lo que dejamos de realizar sea juzgado, y el cronista, un poco egoístamente, quiere que su palabra de protesta quede escrita para obtener la indulgencia póstuma de aquellos inexorables jueces de mañana.

Tendremos un aeropuerto lujoso. Veloces aviones a chorro descenderán en sus amplias pistas, en tanto otros despegarán de tierra hacia cielos de todo el mundo. Tendremos también una urbanización moderna, plena de chalets cuyos muros rodearán jardines con árboles, flores, piscinas, etc. Tendremos bellas avenidas y acogedoras calles, activas las unas y apacibles las otras. Pero la mayoría de los limeños no poseeremos un lugar donde encontrar la naturaleza que toda ciudad aparta, simple y exclusivamente porque las autoridades no lo quieren.

Poda, tala y arboricidio

La inexorable sierra municipal se acaba de ensañar con los ficus del Parque de la Exposición. No es esta, por cierto, una novedad. Desde hace años cambian los alcaldes de Lima, varían los concejos provinciales, se suceden los inspectores de parques y jardines, y parece que una misma mano se lanza iracunda contra los viejos árboles limeños. Las brigadas de obreros disponen su armamento en algún sector de la ciudad que luzca los gruesos troncos y las copiosas ramas de los ficus y se dedican enseguida a bajar todo lo que en ellos es decorativo y saludable, dejando a la postre el pelado tallo, tristísimo poste natural. No faltará, por supuesto, quien justifique técnicamente esto que llaman poda y que solo es tala. Para muestra un botón. Hasta hace unos años en el Paseo de la República, cerca de la Plaza Grau, había una agrupación de árboles que fue convertida enérgicamente en un conjunto de inmensas estacas. Y a despecho de todas las explicaciones de los especialistas, si bien florecieron de nuevo algunos de aquellos ficus, dos sucumbieron irremediabilmente. Ayer no más fueron arrancados ya sin vida, muertos, como dijo el dramaturgo, de pie.

Cada vez que algún periodista reclama por respeto a la flora urbana —lo último de naturaleza pura que le queda al prisionero de la ciudad, al que no tiene jardín ni puede darse el lujo de irse al campo los *weekends*—, la municipalidad se queda muda, no obstante que lo que se expresa es un clamor. Seguramente quien da la orden tiene razones para dictarla, tal vez haya un botánico que asesore a la autoridad en este espectacular arboricidio, quizá sea útil en algún oculto sentido este afán leñador del respectivo inspector edil, pero va a resultar muy difícil que la población se convenza de que tales arrasamientos vegetales están justificados. El cronista que esto escribe ha vivido en algunas ciudades del extranjero y jamás ha visto una manera tan bárbara de realizar la necesaria poda que todo lugar arbolado requiere. Lima

tiene el privilegio de contar entre sus características esta de destrozar todo el panorama de los parques ciudadanos con rigor que parece más un castigo que una medida benéfica.

Claro que el mal de Lima —con cuya municipalidad compite la de Miraflores, que hizo trizas la avenida La Paz y redujo a una triste miseria la Alameda Pardo— repercute fuera. Ya hay ciudades de provincias donde los voraces enemigos de la naturaleza han comenzado a emular a los de la capital, pues el mal ejemplo suele cundir. No tardaremos, tal como van las cosas, en caracterizarnos —tal cual ya hay gente que en el exterior lo sostiene seriamente— como el país cuyos centros urbanos carecen de esos pulmones que son los parques arbóreos. Si nuestra costa es un desierto, ¿los valles en donde reposan los núcleos humanos serán solo grises conjuntos de cemento, cuando no de adobe, rodeados de algodón o caña? ¿No hacen falta en ellos, y más en la capital, espacios en donde haya una réplica, aunque sea modesta, de los ámbitos campesinos? Véase, para ejemplo, ese trozo del Parque de la Exposición a que aludimos en esta nota. Es la continuación de la avenida Petit Thouars, al lado del Ministerio de Fomento, cuyo singular carácter ha quedado eliminado por el despiadado corte de los árboles, los cuales han sido reducidos a simples y lamentables pilares de madera. ¿Qué mañana volverán a vivir en el esplendor perdido? Sea permitida la duda en consideración a la experiencia.

Señor García Ribeyro: Cualquiera que tiene una regular cultura y una pequeña información sabe que podar es una cosa —la supresión de las ramas superfluas de árboles o plantas con el fin de que fructifiquen mejor—, y talar otra —segar totalmente los árboles y las plantas con el fin de destruirlos—, y que esta segunda actividad ha merecido entre nosotros el acertado apelativo de arboricidio. Un hombre sensible como usted no puede querer pasar por arboricida, como otros que lo antecedieron en el cargo comunal, para evitar lo cual es preciso que detenga la mano de quien, con la autoridad municipal, nos está quitando el escaso verdor de que los limeños podemos gozar. Desde estas columnas le pedimos auxilio.

La Prensa, 13 de noviembre de 1958, p. 16.

Los arboricidas son refugiados

El señor alcalde, don Héctor García Ribeyro, en una extensa carta publicada en esta misma página, justificó hace unos días la decapitación de árboles que se viene haciendo en algunos parques de Lima, especialmente en el de la Exposición. Aludió, para rebatir una nota de este cronista sobre la absurda poda que deja convertidos en tristes estacas los ficus de las plazas y jardines limeños, al “consejo técnico” que al respecto le brindaba el Ministerio de Agricultura, e hizo mención de las infecciones y enfermedades que afectaban a raíces, ramas y troncos de las víctimas de tan cruel tratamiento botánico. Algunas voces —la de Benjamín Núñez Bravo, la de Francisco Ruiz Alarco, la de Emilio Delboy— y la protesta silenciosa de la mayoría de las gentes que aman esa escasa cuota de naturaleza de que goza la ciudad, se han levantado, con argumentos o sentimientos, contra la circunstancial explicación del jefe de la comuna.

Ruiz Alarco, en una entrevista publicada en un diario local, ha dicho algo muy concreto, que difícilmente contestarán los “técnicos” que respaldan el arboricidio del municipio limeño. Otra es la época de “reposo” arbóreo conveniente a la poda y, además, dicha poda, tal como se ejecuta, no es, de ningún modo, benéfica. “La forma como se han practicado los cortes ha dejado unas heridas —afirma el conocido especialista— a las que quema el sol resquebrajando el leño y aumentando así el contacto de la parte interna de la planta con las infecciones que existen en el ambiente. Si los que estos daños hacen supieran que las infecciones en los árboles demoran de diez a veinte años en producir la desorganización de la planta, por efecto de estas heridas, decretando su sorpresiva caída, entonces no apelarían a esta tala funesta porque no hacen sino preparar nuevas caídas y nuevos males”. Las palabras de Ruiz Alarco confirman las intuiciones de todos los observadores bisoños: no puede ser bueno un arrasamiento tan brutal

como el que los operarios enviados por la comuna local ejercitan actualmente en el Parque de la Exposición, donde el trabajo no es eliminar ramas superfluas sino cortar por la mitad del tallo los octogenarios ficus que adornan ese oasis urbano. Núñez Bravo, por su parte, ha recordado cómo Castilla y Extremadura, conocidas como estepas, fueron antaño bosques que intereses y guerras convirtieron en extensiones sin un solo matiz verde. ¿Se pretenderá —uno se siente tentado a inquirir— que desaparezcan todos los vestigios del que fuera, conforme los fundadores lo describen, el vergel del valle del Rímac? No es posible creer que el señor García Ribeyro aspire a semejante porvenir para la ciudad que gobierna.

El cronista ve diariamente desde la ventana de su pequeño departamento la obra destructiva que defiende el señor alcalde. Ese Parque de la Exposición es el jardín del cronista, porque es el jardín de la gente modesta que no puede tener —como el señor alcalde, los señores concejales y posiblemente los señores “técnicos” a que apela el municipio— un “chalet” con jardín propio. Los amplios ficus que se hallan cerca de la lagunita vecina al teatro “La Cabaña”, al igual que otros de un poco más allá, han sido mochados de una manera que no puede ser por ningún concepto considerada científica. Con hacha, con sierra, con cordeles, con un ímpetu que parece surgir de cierta íntima animadversión, han sido tumbadas las ramas de la frondosa copa. Luego, como si ello fuera poco, el resto ha quedado eliminado hasta dejar únicamente el muñón de la planta, expuesto así a la intemperie como la carne viva y palpitante de un ser malherido. Después, nada, ni un cuidado, ni un tratamiento especial, ni un gesto aunque fuera insignificante de amor.

Queda un punto por aclarar. El municipio dice que la madera que de esta destrucción se consigue se vende en licitación pública. Es propio preguntar: ¿Dónde se lleva a cabo esa licitación? ¿En qué órgano de prensa aparecen las convocatorias? ¿Cuánto se saca por ese comercio vegetal? ¿Quiénes han adquirido en los últimos años el producto de cientos de decapitaciones semejantes? Los árboles de la ciudad son de la ciudad. Su dueño es el pueblo, y el pueblo, conforme la memorable fórmula democrática, quiere saber de qué se trata. La comuna debe responder.

El parque y su función social

Si se consultan las estadísticas sobre delincuencia infantil y juvenil en Lima, se verifica sin esfuerzo que son los sectores de más densa población y de edificación más abigarrada, y que paralelamente poseen menos zonas verdes, aquellos en los que florece con mayor ímpetu la población de menores de edad entregada al crimen. La Victoria, por ejemplo, y dentro de ella el barrio de El Porvenir, constituye un criadero fecundo de muchachos que tempranamente se sitúan al margen de la ley, y cuya triste carrera se inicia como “pájaro frutero” y concluye tras las rejas de la cárcel por causa de algún desmán sangriento. Son innumerables los factores que influyen en la producción de este tipo de individuo (quiebra del hogar, vivienda insuficiente, miseria, etc.), pero entre ellos no es menos decisiva la dramática ausencia de lugares de distracción sana, de parques públicos, de campos deportivos, de lo que el urbanismo moderno llama “áreas libres”. El efecto de esta carencia no es de primera intención visible, mas basta una breve reflexión para medir la importancia del “área libre” en la vida social de la ciudad moderna.

Una investigación al respecto recientemente realizada por un grupo de urbanistas norteamericanos ha proporcionado excelente información sobre la función social de los parques públicos. Comparando los datos sobre delincuencia precoz y zonas verdes en Nueva York, los técnicos norteamericanos han concluido que el delito disminuye en un cincuenta por ciento en los barrios en donde existen lugares de recreo hasta los quinientos metros a la redonda de dicho núcleo de esparcimiento. Según las mismas estadísticas, el ochenta por ciento de los delincuentes comunes que cumplen condena en las cárceles yanquis procede de la delincuencia juvenil, y en consecuencia se deduce que, como elemento de formación moral, los jardines, campos de deporte y bosques urbanos para distracción popular son fundamentales.

¿Cómo es que las “áreas libres” influyen así en la conducta de los niños y los adolescentes? En los jóvenes —se explica— hay una tal reserva de energía, un tal instinto de agresividad, como le llaman los psicólogos, un tal ímpetu vital, en fin, que se hace urgente encauzarlo debidamente, dándole una salida inocua y provechosa. El deporte, la vida campestre, el juego al aire libre son medios de dirigir esos impulsos en un sentido en el que no hagan daño. Nada y más desesperante en la edad inicial que el ocio y la rutina en los que se acumulan, ejerciendo una presión peligrosa, esas fuerzas propias de la vida que quiere manifestarse activamente. Cualquier incentivo, proceda de donde procediere, hace estallar la explosiva constitución juvenil. ¿Qué son, a la postre, esos famosos “rocanroleros”, que periódicamente figuran en la crónica policial por haberse lanzado a la destrucción de bandas enemigas, propiedades ajenas o cosas públicas, sino víctimas del abandono en que se hallan, del poco interés que la familia y la sociedad ponen en su ansia de acción y realización?

Es suficiente mirar el plano de Lima, ciudad que crece a un ritmo de gran celeridad, para observar que faltan parques, jardines, campos de solaz colectivo. El caso de El Porvenir no es único. La densidad no está compensada por una correlativa cantidad de “áreas libres” en ninguna parte del triángulo limeño, en el cual, al norte o al sur, al este o al oeste, la tierra se reserva para urbanizaciones —la ley obliga a guardar espacios para plazas, pero parece que siempre hay modos de escamotearla—, al extremo que la futura demanda está cubierta con excesiva antelación. De otra parte, el centro de la ciudad ofrece algunas posibilidades (los espacios que dejarán próximamente la Penitenciaría, el Hipódromo de San Felipe y el Aeropuerto de Limatambo), que frustrarán, de prosperar, los proyectos urbanizadores respectivos. Si las autoridades miden con objetividad el influjo social que puede ejercer la ausencia de “áreas libres”, no cabe duda alguna de que contemplarán en toda su trascendencia la importancia de dotar de un respiro abierto y pleno a las masas ciudadinas, que constreñidas a existir en la sordidez urbana pueden ser el crisol de un mal irreparable.

La Prensa, 30 de noviembre de 1958, p. 8.

El árbol: un ser humillado y ofendido

Plinio el Joven escribió que el árbol fue el primer templo en donde el hombre rindió su reverente tributo a los dioses. Árbol de la Vida denominaron los caldeos a este símbolo del transcurso del ser humano sobre la tierra, y Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal nombró el Génesis a la tentación del pecado, de donde proviene el castigo de las primeras criaturas. Hubo en Grecia el Olivo de Minerva y, en Roma, la Haya de Júpiter. Árbol de Porfirio se llamó en el siglo III de nuestra era el sistema de las categorías aristotélicas, el Árbol de Zubia tuvo fama gloriosa porque escondió a Isabel la Católica de la persecución gentil. Árbol de la Cruz, en fin, se llamó, en la primera nomenclatura, el madero del sacrificio cristiano, y la Navidad halló en el Pino la forma de su esperanzada tenacidad.

El árbol fue siempre, pues, el revestimiento predilecto de la religión y el mito. ¿Por qué? Su natural belleza, su función —aire y sombra—, su condición de ente vivo y silencioso, atrajeron, desde los tiempos aurales de la humanidad, la mirada humana, que indagó a su alrededor por aquello que propusiera lo imperecedero. Imagen de la poesía sin época, inmutable metáfora de la filosofía, ornamento en el campo o en la ciudad, ejemplo añoso, en todo lugar, de resignación y regocijo vital, en el bosque mereció un culto legendario, en la casa un trato tierno, en la población un espacio generoso.

Lima fue antaño un vergel. Lo dicen los cronistas, que ratifican a los fundadores, y hubo en su seno urbano alamedas y paseos cuya umbría provino de ficus, cedros, jacarandás, palmeras, laureles y acacias, sembrados por alguien del remoto pasado, recibidos ayer no más por espíritus sensibles, legados más tarde al presente como una alegoría evidente de que, si el tiempo pasa, algo queda de siempre para siempre. De pronto, hace algunos años, surgió un terrible Titán arboricida: el Podador Técnico. Hubo

quienes se adhirieron a su novísima fe y cedieron a este Azote del Árbol —que podría haber sido llamado el Azote de Dios, como el Rey Bárbaro que hacía estériles los campos por donde pasaba su impetuoso caballo— los jardines, los paseos, los parques, las plazas y las plazuelas de la ciudad. “Una palmera —dijo el Titán Armado de Hacha— no es sino bagazo”. Y sus discípulos, dueños de la llave citadina, aclamaron la sentencia y la convirtieron en su divisa.

Ni cuando el hombre inventó el hacha, el hacha fue más activa. La Plaza de Armas soportó el arma, el Parque de la Reserva supo de su filuda hoja, el Parque de la Exposición gimió bajo el martirio, la Avenida de la Paz agonizó con sus golpes, la Alameda Pardo sucumbió al furor de la flamante divinidad. En estos días es la Alameda Palma, la de don Ricardo, segundo fundador de Lima, como lo considera Raúl Porras, la que existe en el pánico del Azote del Árbol. Mas eso no es todo: para un Podador Técnico matar con hacha no es todo el placer. Hay que apuñalar, y surge entonces el Árbol Indicador, el Árbol de Dirección de Tránsito, el Árbol Publicitario. Hay que carbonizar, y aparece el Árbol Poste Eléctrico, el Árbol Telefónico y el Árbol Telegráfico. Hay que envenenar, y se da el Árbol Letrina, el Árbol Alcantarilla, el Árbol Tanque. Hay que ahogar, y se crea el Árbol Sediento. La muerte toma a los árboles de pie, pero un día se desploman.

Los profetas del Podador Técnico desgarran sus vestiduras, entonces, y claman: “¡Son peligrosos! ¡Hay que arrasar con ellos! ¡Amenazan nuestras casas, nuestros jardines, nuestras vidas! ¡No son sino bagazo!” Y miles de hachas, y sierras, y combas, y hierros se lanzan, como una nube metálica, sobre los que aún permanecen erectos, pese a la poda, a la electricidad, al puñal, al veneno, a la sed. Tras la batalla —batalla desigual, en que los vencidos son seres inmóviles, desarmados, mudos—, los carros del Podador Técnico se llevan los cadáveres descuartizados, los trozos aún palpitantes de los muertos, la carne verde de aquellos que en el pretérito significaron el inagotable poder creador de la naturaleza. Los Apóstoles del Podador Técnico escriben luego: “Tal como el Maestro ha dicho, los enemigos eran solo bagazo. ¡Ved cuánta es la sabiduría de Nuestro Señor del Hacha!”.

La experiencia popular ha advertido: “Del árbol caído todos quieren hacer leña”. Ya no presta ningún servicio: ni decora, ni refresca, ni da frutos, ni acoge a las aves. Su destino es la chimenea, la máquina trituradora, la cerca rural, el horno carbonífero. La misma ciencia del pueblo, sin embargo,

notifica: “Quien a buen árbol se arrima, buena sombra lo cobija”. La máxima tiene un contenido compacto y trascendental. Tal como el refugio que el árbol presta sin interés al que se lo solicita, así de liberal será el beneficio de quien pide prestado a la auténtica generosidad un favor cualquiera. Nada cobra el árbol por su bondad, excepto un poco de agua y, por cierto, que se lo proteja de la muerte que el Hacha del Podador Técnico lanza sobre su cuerpo para derribarlo. ¿No serán los limeños capaces de detener el brazo arboricida de aquel Titán que devora raíces, tallos, copas, hojas, frutos, insaciable, sin satisfacerse jamás? El Árbol de la Vida fue el primer templo humano —lo dice Plinio— y el Árbol de la Cruz es el altar de su redención. Aunque no sea sino por esto, que nuestros árboles sobrevivan a esta terrible época de fuego y maquinaria.

La Prensa, 7 Días del Perú y del Mundo,
Suplemento Dominical, 21 de diciembre de 1958, pp. 4-5.

El poco verde que nos han dejado

Al comenzar el siglo XVII, poco menos de una centuria después de su fundación, Lima contaba, aparte de las huertas que en cada solar del primitivo trazo los vecinos habían tenido el buen cuidado de establecer, con un amplio cinturón de verdor formado por estancias de propiedad particular y pampas, como la de Amancaes, de dominio popular. Se consideraba a la villa como un verdadero vergel, tan pródigo en árboles y flores era su asiento.

El crecimiento de la ciudad, debido al aumento de su población y al acelerado desarrollo urbano, no menoscabó más tarde el gusto del limeño por el espacio público adornado con las gracias de la naturaleza, y la capital vio nacer, como en los tiempos de Montesclaros, la Alameda de los Descalzos, cuyos despojos podemos condolidos contemplar hoy, innumerables rincones arbolados y más de cien floridos jardines. Aun en el siglo XIX fue creado el Parque de la Exposición que Manuel Atanasio Fuentes concibiera, y a principios del XX el Parque de la Reserva constituyose en pulmón de la urbe que ya apuntaba.

De pronto, sin embargo, cuando el empuje ciudadano se hace más febril y frenético, cuando el cuerpo se amplía con dirección a los cuatro puntos cardinales, cuando la población se aloja en el colmenar de los edificios modernos (pobres o suntuosos) que aíslan al hombre de la tierra, atrapado como está por la actividad de que la ciudad es crisol infatigable, no solo se pierde la provechosa afición por los parques que era tradicional del limeño, sino que aparece, encarnado en las autoridades, un desdén inexplicable hacia tales expresiones de la vocación naturalista de todo ser humano, signo, sin duda, de su apego al mundo virgen, a su origen primero y último. Los jardines públicos son, entonces, avasallados por las construcciones, se reduce el ámbito arbolado con locales de uso exclusivo, se podan o talan

los árboles con fines imprecisos y se hurta así al ciudadano anónimo, al que no tiene en su hogar respiro para sí y para los suyos, la posibilidad de tener un fugaz contacto con un paisaje distinto al de los bosques de cemento, las vías abigarradas, los objetos rígidos y las líneas tensas de la metrópoli actual.

A nadie, por otra parte, cuya misión sea velar por la comunidad, se le ocurre pensar, en tal trance, a dónde van los domingos las familias populares para rescatar un poco de aire puro, un poco de sol y verdura, puesto que salir al campo no es nada sencillo en una ciudad en la que los transportes son caros e incómodos. A nadie, tampoco, de aquellos mismos señores, parece importarles el hecho de que la masa constreñida a vivir siempre entre cuatro paredes —las de su casa o las del cine— acumule resentimiento y, en ese ánimo, su corazón y su mente fecunden apetitos e ideas cuyo estallido se prevé violento y dañino. Basta echar una mirada un día feriado cualquiera al Parque de la Exposición, al de la Reserva, al de Barranco o Miraflores, para comprobar cuántos son los que emplean esas escasas e insuficientes áreas para su breve solaz personal y la alegría de sus niños, que sin el juego en libertad no podrán ser mañana hombres sanos y, por ende, tampoco, ciudadanos útiles.

La última conquista de la ciudad en este sentido fue el no se sabe con qué objeto llamado, tal vez por imitación de París, Campo de Marte. Ahí estuvo el Hipódromo de Santa Beatriz. A aquel coliseo hípico reemplazó esa extensión de césped que, a falta de estadios deportivos, los jóvenes han destinado a su juego favorito. No basta, sin embargo, pues además de que resulta estrecho, la ley ha determinado, cometiendo un abuso notorio, que en una buena parte de dicha zona verde se construya una piscina olímpica quizás reservada a unos cuantos. El antecedente de haber antes sido hipódromo ese espacio deja abierta la posibilidad de que los terrenos de San Felipe, que abandonará el actual escenario de las carreras de caballos, se conviertan, al modo de su antecesor, en lugar de recreo de la multitud, en vez de entrar en el mercado de las urbanizaciones costosas. Lo mismo puede desearse para las áreas que quedarán disponibles cuando sean trasladados la Penitenciaría Central y el Aeropuerto de Limatambo.

Toda ciudad moderna tiene una política de parques. No se admite en ello, como no se admite en lo que atañe a la alimentación y a la vivienda, la acción arbitraria y desordenada tal como sucede entre nosotros. Hay, inclusive, una política de arborización, que vela por que no falte nunca en ninguna parte esa generosa manifestación de la naturaleza que es el

árbol, ser viviente que requiere, como retribución a los múltiples beneficios que presta, un trato especial, una consideración no menor de la que se brinda, por ejemplo, al perro, al caballo, a la paloma. Ni siquiera una legislación especial sería excesiva para la presencia silente y bondadosa del árbol en la ciudad. Y es hora ya de que el gobierno edilicio se imponga la obligación de asumir ese aspecto de su gobierno como una misión que no es accesoria sino fundamental, ya que el parque arbolado, la alameda o el jardín no son lujos superfluos sino necesidades sociales concretas que reclaman una obra permanente.

Los pocos parques que nos quedan, el poco verde que usurpaciones, talas, podas, abandonos, vejámenes y recortes nos han dejado, son todavía el refugio de los niños, los enamorados, los paseantes prosaicos de toda edad y hasta los melancólicos poetas que persiguen para sus sueños la paz del jardín dentro del tráfigo de la urbe, y prestan, por ello, en su pobreza, un servicio a quien se lo solicita: extensión para el juego, recoveco para la cuita, ámbito para el reposo del trabajo, inspiración para los versos buenos y malos, estímulo en todo caso para sobrellevar la vida y vivirla con entusiasmo. Del vergel primitivo apenas restan jirones, pero ellos nos dicen cómo fue Lima antes de que imperara entre sus gentes de mando el afán de convertir en dinero, en cosa mercantil y valorable con guarismos financieros, todo lo que es tierra mostrenca, ejido y pensil común, propiedad de todos y de nadie. La esperanza de que retorne el afecto a la naturaleza que caracterizó antaño al limeño no está totalmente perdida. Quien despierte dicho amor de nuevo pasará sin duda a la historia.

La Prensa, 7 Días del Perú y del Mundo,
Suplemento Dominical, 4 de enero de 1959, p. 6.

El árbol caído

Muchos lectores habrán visto hace unos días, tal como lo vio el cronista, el árbol caído de la Plaza San Martín. Estaba al borde de la acera, desplomado, y dos obreros municipales se preparaban para proceder a la ultimación de esta víctima del descuido municipal. “Estaba enfermo”, dijo uno de los operarios. “La gente los maltrata”, añadió el otro. Un perro vagabundo husmeó el tronco derribado y siguió su camino, con el aire de quien dice para sí que ha perdido un grato bien. La ejecución se llevó a cabo en poco tiempo. En un camión se llevaron los despojos del muerto. “¿Pondrán otro?”, preguntó el periodista. Uno de los trabajadores alzó los hombros escéptico. El otro dijo: “Seguramente...”. Ya lo han reemplazado.

¡Cuánto se ha escrito acerca de la necesidad de que las municipalidades fomenten la arborización de Lima, ayer un vergel, casi una “ciudad-jardín”, y hoy un nudo de encrucijadas del tránsito, un abigarrado y denso racimo de construcciones de cemento y viejos solares inestables, un ahogado colmenar de humos, detritus, polvo y vapores! Los arbolitos de la Plaza San Martín, los congéneres del desaparecido hace unos días, o sea, los que están al borde de la acera sobre la cual se halla el paradero de los colectivos, padecen una sed terrible. Basta ver el círculo de tierra desde donde brotan sus tallos. Si bien el césped de la plaza misma parece merecer atención (pese a que ahora anda un tanto descaecido) de los jardineros de la comuna, las plantas de las márgenes del rectángulo son una suerte de humilladas y ofendidas, pues no hay huella de celo en cuanto a su cuidado. Es lógico que se sequen y que sean presas de los insectos y los parásitos. Su raquitismo es toda una acusación contra la dependencia municipal que tiene como misión conservar y multiplicar los parques y los jardines de la ciudad.

Hace un tiempo hubo un verdadero escándalo en torno al tratamiento que se aplicó, en varios puntos de Lima, a los ficus, a los nobles ficus que adornan y dan sombra a esta capital. Tanto fue el escándalo —agravado por la *razzia* de que fueron víctimas algunos añosos e ilustres de Miraflores— que la comuna reaccionó y puso punto final al arboricidio. Junto con este acto de recapitación se hicieron promesas de enmienda e, inclusive, se enunció una nueva política al respecto. El árbol caído de la Plaza San Martín es, pues, una advertencia de que lo que se dijo no se cumplió y, también, de que aún se está a tiempo de hacer realidad tantas declaraciones solemnes pero transitorias. Mala costumbre la de nuestras autoridades de lanzar una aparatosa campaña en torno a un hecho y luego, tras tanto ruido, no mover ni un dedo. Por ejemplo, y a propósito, ¿qué es, sino una de esas alharacas, la tinta empleada en anunciar un bosque del cual ya se olvidó hasta su supuesto promotor?

Que el árbol caído de la Plaza San Martín, caído en el centro del escenario urbano, en el corazón mismo de la ciudad, sirva para algo muy simple. Para que el inspector del ramo ordene dar de beber a la sedienta vegetación de la ciudad e impida que sucumba progresivamente, ante la vista y paciencia de todos, hasta dejar a Lima convertida en un desierto de hormigón y tierra. Es decir, en un lugar inhabitable.

El Comercio, 1 de marzo de 1960, p. 2.

Otra vez los árboles

Sí, otra vez los árboles. Quien viera, antes de la feroz tala, la “alameda” mirafloresina en donde los viejos —y apostrofados— ficus, a cuya sombra transcurrió la vejez de Palma, colmaban el paisaje, no podrá hoy dejar de lamentar la pérdida de esos frondosos, pacíficos personajes. Hoy es una calle en la cual ha quedado al descubierto una arquitectura sin estilo, sin belleza ni plasticidad, que pide a gritos la demolición y la construcción nueva. Toda la “alameda” eran los árboles porque ellos reunían en sus abigarradas copas la gravedad de la perspectiva, y la rompían para diseminarla en ángulos y recovecos, para repartirla en colores y claroscuros. Su función era, en verdad, la de ocupar el espacio urbano con su perfil de antigüedad señorial, de propia e irremplazable presencia natural. Pondrán otros cuya sed no fracture aceras y pistas, pero difícilmente aquella arteria volverá a ser lo que fue en punto a intimidad y diferenciado carácter.

Hoy mismo, de camino a Lima, el cronista ha contemplado una de las palmeras de la avenida Arequipa, en San Isidro, de aquellas que comparten el espacio con árboles de otros contrarios climas, derribada en el suelo, quizá por la mano municipal, quizá rendida ya por sus males —desde los parásitos hasta el empleo abusivo de su tallo como soporte de carteles—, y ha considerado eso como un mal anuncio. No faltará, es justo pensar, el concejal que considere dichas palmas como peligrosa amenaza, como vejez molesta, como verdadera —ya sucedió así— contradicción a la temperatura templada, no tropical, de nuestro clima. Y entonces enviará la sierra implacable que abata ese grupo de árboles que hermean la vía, bella solo porque su flora distrae la vista de la arquitectura enloquecida que ahí campea y de esos avisos luminosos, monótonamente alineados en los postes, que apremian con su oferta de dentífricos, televisores, turismo y

golosinas. Razones, ¡qué va!, no faltarán, y de peso, para ordenar la ejecución de los inocentes.

Recuerda el cronista unas páginas melancólicas —“Páginas de un diario” se titula el cuento— de Julio Ramón Ribeyro a propósito del arrasamiento arbóreo de la “Alameda” Pardo, también en Miraflores, en donde la memoria de la infancia de un hombre se desgarrá ante los cambios del barrio natal, como si dicha violenta transformación ocurriera no solo en el ámbito donde el niño iniciara su aventura vital, riesgo y desengaño, sino en su interior más profundo, en su corazón central. Ese relato es la protesta que todos quisiéramos hacer cada vez que, con argumentos prácticos tajantes, las municipalidades hurtan a nuestra ciudad lo único que ella tiene de encantador. Valga ese diario personal del personaje de Ribeyro -tal vez él mismo, quién sabe- como el testimonio de que no todos, en este tiempo, optamos por un expediente fácil en la tarea de hacer más habitable este espacio amado en el cual nacimos.

El Comercio, 19 de octubre de 1961, p. 2.

IV

La prosperidad con mendigos

Los mendigos

Como toda colectividad, los mendigos de Alemania crearon una jerga gráfica que la policía acaba de desentrañar, especie de lenguaje mágico a través del cual los pordioseros de ese país devastado y empobrecido por la guerra se transmitían mensajes referentes a su actividad. Así, por ejemplo, cuatro anillos significaban “se da dinero”; una cruz, “quien hace el beato tiene perspectivas de éxito”; un gran círculo, “no se da nada”; un gato, “insistir, solo hay mujeres”; un círculo con una raya al medio, “solo se da de comer”; un hacha, “se obliga a trabajar”; una doble cruz, “llaman a la policía”. Las autoridades alemanas, que han oficiado de Champollion de estos jeroglíficos, han difundido la clave y hoy no hay quien no la comprenda.

El problema de la mendicidad, que entre nosotros asume cada día más gravedad, es lo que importa de la anécdota arriba. Todo demuestra que la caridad pública ha sido convertida por algunos en una segura fuente de ingresos. No hace mucho tiempo, un cable nos informaba de que un mendigo de Montevideo o Buenos Aires había muerto dejando una cuantiosa fortuna, y es bastante corriente leer en los diarios que pordioseros de aquí y de allá resultan magnates o gentes adineradas.

Esto no quiere decir que todos los mendigos lleguen a ser ricos, no. Demuestra simplemente que tiende esa actividad a convertirse en oficio, lo que por cierto torna el problema en una cuestión que requiere una solución inmediata, solución seria y racional. No se trata de disponer que diez coches celulares comiencen a recoger de las calles a todos los que se dedican a pedir dinero, puesto que así se encara el asunto de un modo superficial. No es este un caso policial, sino social, y, por consecuencia debe ser contemplado previo un estudio profundo del fenómeno. ¿Ocio? ¿Desocupación?

¿Miseria? Estas y otras preguntas deben plantearse antes de adoptar una medida al respecto.

La caridad —o la filantropía, como se la quiera llamar— tiene dos caras. Una benéfica, cuando responde a una organización y se ejerce dentro de un sistema, y otra maléfica, cuando se realiza sin tener en cuenta el origen de la pobreza del que pide. La invalidez, la enfermedad, el desamparo, la ancianidad son causas lógicas de que un hombre aspira la ayuda del prójimo, pero la pereza y otras formas del parasitismo inspiran frecuentemente la mendicidad profesional, esa que hay que eliminar por los medios más enérgicos.

Y mejor que el dinero, el pan, la ropa y otros dones tangibles, ante un mendigo que no lleva exteriormente los signos de la indigencia por incapacidad hay algo que se puede ofrecer y que da la medida de la necesidad: trabajo. La reacción ante esta oferta es realmente decisiva para juzgar al que quiere auxilio permanente y real.

La Prensa, 26 de enero de 1953, p. 6.

Cuidadores de autos

Existe entre nosotros un curioso oficio, ejercido igualmente por niños y adultos de una manera irregular y, lo que es peor, fuera de todo control. Se trata de los cuidadores de carros. Donde quiera que haya alguna concentración de vehículos —las puertas de los locales de espectáculos, los lugares céntricos de estacionamiento, los alrededores de los clubes nocturnos y restaurantes, etc.— surgen parvadas de chiquillos, adolescentes y personas mayores que compiten en ofrecerse a los propietarios de automóviles para vigilar la integridad de sus coches. Aunque el automóvil esté herméticamente cerrado, aunque no haya posibilidad de que sea objeto de un robo, aunque la presencia cercana de un policía asegure que no existe la amenaza de ningún riesgo, los improvisados guardianes se disputan el derecho de ser responsables de la conservación del vehículo. A veces, la emulación es tan violenta que desemboca en el pleito y el pugilato.

Por cierto es este un cuerpo sin organización. No hay tampoco tarifa conocida y la retribución por el servicio es voluntaria. No es difícil ver a altas horas de la madrugada a menores de edad desempeñando esta singular función pública. Aparte de lo que el caso significa como muestra del desamparo que sufre la infancia, conviene denunciar algunas arbitrariedades que se cometen con tal pretexto. En algunas ocasiones, cuando el dueño del automóvil se niega a contratar al cuidador, el cuidador se encarga de demostrarle hasta qué punto ha cometido un error, pues se dedica, en su ausencia, a hacer algún daño en el coche. O le desinfla una llanta, rompe algún adorno, o le prepara un desperfecto que, a la larga, resultará costoso. Debido a la institución de esta represalia, por más difícil que sea robar en un determinado automóvil, hay pocas personas que se nieguen a aceptar el servicio que les brindan estos repentinos custodios del estacionamiento.

Se impone, tal como lo ha sugerido un lector a este cronista, el establecimiento de un cuerpo que realice ese trabajo de manera sistemática y honesta. Nada costaría que el municipio abriera un registro e inscribiera a todos aquellos que se dedican a dicha labor. Dotándolos de una insignia especial que los identificara, ellos llevarían a cabo el quehacer de cuidar los automóviles a voluntad del propietario, sin recurrir a amenazas y venganzas inadmisibles. Repartidos por zonas, dentro de una tarifa que señalara para cada clase de tarea un precio especial y razonable, su presencia sería garantía de eficiencia y seriedad. Todas las ciudades cultas el mundo tienen un servicio así y Lima, cuyo crecimiento urbano tan acelerado ha determinado que en ciertos puntos sea necesaria la intervención de funcionarios de esta clase, no puede ser menos. Ello debe de hacerse con la finalidad de que todo aquí marche con sentido de beneficio público.

La Prensa, 12 de julio de 1955, p. 8.

Delincuencia y juventud

En la Conferencia Internacional de Criminología, que actualmente se lleva a cabo en Ginebra, el doctor Israel Drapkin, de Chile, ha expuesto el alarmante problema de la delincuencia juvenil. La voz de este criminólogo ha resonado como una alerta y no deberíamos desoírla. En realidad, lo que él ha afirmado en aquella asamblea de especialistas es una neta verdad: la delincuencia prematura en Latinoamérica está en aumento y los delitos alcanzan, cada vez con mayor frecuencia, el crimen. Entre nosotros, por supuesto, el problema es idéntico al de las demás naciones del hemisferio, y las razones que ha dado el penalista chileno —y además otras, por supuesto, dependiente de las particularidades de la vida social y la psicología propias— son las mismas en el señalamiento de los motivos que producen el fenómeno en el Perú.

Drapkin atribuye el avance del delito de los jóvenes, a estar por las palabras de su intervención en la reunión de Suiza transcritas por el cable, al rápido desenvolvimiento industrial de los países. Ese desarrollo depone, por falta de previsión, algunas miserias: entre ellas la de la vivienda. “Los jóvenes más pobres —ha dicho Drapkin refiriéndose al trauma moral que produce ello en la conciencia de quienes sufren dichas lacras— ansían aparatos de televisión, automóviles y todas las demás cosas que se les pone ante la vista, y a veces se deciden a matar para conseguirlas”. ¿Con qué derecho, podemos preguntarnos, hemos de exigir a quienes nacen y crecen en los tugurios de los barrios clandestinos, que Lima ostenta como una verdadera lepra, educados, de otra parte, en escuelas donde la enseñanza adolece de formalismo y vacua grandilocuencia, un sólido fondo ético? El hogar, en su sentido estricto, es imposible en cuevas semejantes. La calle llama al niño y ella muestra, rutilante, sus espejismos de lujo y

concupiscencia. Para conseguir esos dones hace falta dinero, y el trabajo aparentemente no lo brinda sino con mezquindad. El delito aparece así como un camino.

Otra causa del aumento de los ladrones y los asesinos jóvenes, según Drapkin, es el problema de los hijos ilegítimos. Ellos “crecen sin el necesario cuidado y, cuando tienen suficiente edad, irrumpen en las grandes ciudades para seguir una vida de delincuencia”. Es urgente un celo más firme en la protección de estos inocentes parias, pues no basta una legislación severa que pene las faltas, sino, ante todo, una preocupación por todos aquellos que, por su origen y situación dentro de la sociedad, pueden derivar criminales. Y eso está en las manos del Estado. La cuestión es una faz de la más grande relativa a la desmoralización y falta de sentido de que adolece toda la juventud, aun esa que, poseyéndolo todo para ser perfecta y útil, ha reemplazado los grandes ideales por una sed de poder y placer francamente nocivas. Y es algo más que sabido que velar por que los jóvenes lleguen a ser buenos ciudadanos es velar por que el país cumpla al fin su destino.

La Prensa, 26 de agosto de 1955, p. 10.

Un lustrabotas y el país futuro

Hace unos días el cronista tomaba café en compañía de un amigo en un local céntrico. Un niño, que cargaba su rústica caja de lustrabotas, se le acercó y le ofreció sus servicios. No obstante de que ello fuera aceptado, el mozo que atendía la mesa ordenó enérgicamente al chico que saliera del establecimiento. Según explicó el camarero, el propietario del lugar se negaba terminantemente a que sus parroquianos fueran molestados por estos pequeños trabajadores. La anécdota parece insignificante, pero pueden extraerse de ella algunas conclusiones interesantes y aleccionadoras. Si un menor va por las calles buscándose el pan con un oficio honrado, ¿hemos de cerrarle las puertas, lo que equivale, en buena cuenta, a decirle que es preferible que vagabundee como limosnero o que, peor aún, se dedique al latrocinio? En el fondo esto es lo que significa la ruda intolerancia de algunos comerciantes con respecto a estos *suscia* criollos, que por unos centavos se dedican a sacar brillo al calzado de los transeúntes urbanos.

Es verdad que la parvada de muchachos que asedian a las gentes ofreciéndoles loterías, revistas, hojas de afeitar y lustradas es, en cierto modo, mortificante, pero debemos acordar que si constituimos una sociedad incapaz de impedir, atacando el fondo del problema, que los niños trabajen por necesidad, para llevar unos centavos paupérrimos a su hogar, no estamos autorizados a crear disposiciones que dificulten ese esfuerzo y maten la poca esperanza de salario, que es esperanza de vida, que alientan dichas criaturas. Por desgracia, a la insensibilidad y culpable descuido social a que se debe la triste existencia de una infancia sin pan, techo y educación, se suma la otra, la de aquellos que pudiendo dar oportunidad de ocupación a ese lastre de menores deseoso de empleo y remuneración no lo hacen. El propietario de aquel café no es menos responsable que cada uno de sus clientes, que cada uno de nosotros, gobernantes y gobernados, de que nuestra ciudad —y

nuestro país todo— exhiba la triste realidad de una niñez que crece en el desamparo moral, expuesta a toda clase de riesgos y tentaciones.

Alguien ha dicho que los conceptos educativos que rigen en los países desarrollados no pueden ser aplicados sin revisión previa a nuestro medio, porque la idea de la infancia —etapa de aprendizaje y preparación para la existencia adulta— es entre nosotros, desde el punto de vista cronológico, infinitamente más reducida que la de aquellos. En efecto, para la pedagogía francesa, inglesa o norteamericana, un ser es niño hasta bastante avanzada la adolescencia. Su época de educación y juego es vasta, lo que permite que los conocimientos le sean proporcionados con método y parsimonia. En tanto, los niños del Perú —por lo menos, los niños de una buena parte de la clase popular— lo son hasta el momento en que pueden echarse a la vía pública a conseguir el sustento por el medio que el azar ponga a su alcance: la caja de lustrabotas o la astucia del “pájaro frutero”. ¿A qué edad termina, pues, la infancia? A los seis, siete u ocho años. En adelante, la vida de un chico es tan dura como la de cualquier obrero. ¿Esto no justificaría que nuestros planes educativos se redujeran, para aumentar su eficacia, mientras el país no puede ofrecer a cada ciudadano una formación completa? ¿No sería propio disponer un mecanismo de “promociones adelantadas” mientras subsiste la emergencia del desamparo infantil?

Quedan planteadas así estas preguntas por alguien que no es, ni presume de ser, un pedagogo. El caso del niño lustrabotas que es expulsado del local público invita a meditar sobre el futuro de esa masa que deambula sin sentido, que trata de adaptarse al premioso ritmo de la ciudad, que procura un puesto en el orden establecido, sin que su ansia encuentre un eco entre los responsables, la gente culta, la población activa. Sin duda —y este será un reproche de algunos lectores—, hay muchos entre esos chicos que son víctimas de la explotación paterna. Ello, sin embargo, agrava la índole del problema y plantea la urgencia de resolverlo, pues una nación que descuida a sus niños es una nación que descuida su salud, su historia por venir. Tal vez muchos de esos menores que eligieron ayer el modesto trabajo de lustrabotas como solución individual, y que no fueron ayudados, figuran hoy en las páginas rojas de la prensa.

Niños, trabajo y porvenir

Alguna vez el cronista ha hecho alusión al problema que en Lima constituye la proliferación callejera de niños que ofrecen, como un medio de vida, diversos servicios, entre los cuales son característicos los lustrabotas, esas réplicas criollas de los *suscia* italianos que el cine neorrealista hizo, en una cinta memorable, sus héroes. Para los dueños de bares, cafés, restaurantes y otros establecimientos públicos, la presencia de estas criaturas es, al parecer, detestable, y la práctica que siguen con ellos es la de la persecución implacable. Si un parroquiano está sentado en uno de aquellos lugares y se acerca a él un lustrabotas y el parroquiano acepta el trabajo que aquel le ofrece, no tarda en aparecer un mozo que, por orden del administrador o propietario, obliga al pequeño a retirarse. De grado o fuerza, la criatura debe abandonar su tarea. ¿Cuáles son las razones que impulsan a los dueños de dichos locales a actuar así con esos niños que se procuran el sustento por una vía honrada, en una labor que no deja de ser dura y penosa? Tal vez la elegancia de su establecimiento, tal vez lo que suponen la tranquilidad de su clientela, tal vez la higiene que creen ver campar en sus predios. En lo único en que no piensan es en el drama social que implica la existencia de una humanidad que en la edad de los juegos se ve prematuramente obligada a ganarse el pan con el sudor de su frente.

Para los miopes, para los que creen que vivimos en el mejor de los mundos porque individualmente han llegado a su ideal de vida, o están en camino de alcanzarlo, la existencia de estos niños-paria no es otra cosa que un problema policial, o una problema correccional, en el mejor de los casos. Sin embargo, se trata de otra cosa. Una infancia vagabunda, callejera, que no va a la escuela —que no se prepara, por ende, para una adultez útil—, que está, en una palabra, dejada de la mano de Dios, porque está dejada de las manos de la sociedad, no representa nunca una cuestión que la

resuelven campañas de arrestos y sanciones. Algo quebrado, y gravemente quebrado, hay en una comunidad cuando los niños no son niños, cuando la infancia, que es conducta gratuita, termina en el momento en que el chico es hábil para desempeñar un quehacer remunerable. Pero algo más grave sucede aún en el pueblo que así desampara a sus hombres de mañana si, además de permitir que la edad dorada se interrumpa cruelmente, se impide también que esos impúberes desempeñen el oficio gracias al cual contribuyen con una humilde suma de dinero al precario presupuesto familiar, y esto es lo que sucede aquí. Cualquiera de los lectores puede realizar por su cuenta una encuesta cuya conclusiones son pavorosas: cada vez que uno de esos chicos lustrabotas se aproxime para brindarle su trabajo —o cuando se encuentra ante esos pequeños comerciantes de hojitas de afeitarse, loterías o lápices— pregúntele dónde vive, cuántos son en su familia, con qué cuentan en su casa para el sostenimiento, etc.

Entonces, el lector podrá tener un panorama de esa realidad que la ciudad, en su multiplicidad y fárrago, oculta. Y aunque no faltan espíritus sensibles, o caritativos, o filantrópicos, que están empeñados en la cruzada de llevar el bienestar a la gente que vive y padece en ese trasmundo de miseria, la solución tiene evidentemente que ser otra. Quizá para evitar que, como una bola de nieve que se incrementa conforme transcurre, el problema sea mayor cada día es preciso adecuar la organización escolar a la situación real, haciendo programas en los que la infancia no se mida con la amplitud de términos temporales con que hasta hoy se ha medido y en los que, además, se proporcionen al educando los instrumentos necesarios para ser adulto antes de que llegue la adultez. Esto, y también la reglamentación del trabajo infantil con un criterio realista: obligando, por ejemplo, a los propietarios de bares y cafés a tener a su servicio —lo que no incomodará a nadie— dos o más chicos lustrabotas, tal como sucede en otras ciudades de Europa y América. Los pedagogos, los sociólogos, los legisladores tienen la palabra.

No hay que olvidar que si un niño trabaja y se le impide el trabajo —tal como lo hacen los encallecidos dueños de establecimientos públicos— no se hace otra cosa que empujarlo al delito, pues el rechazo de lo que es lícito equivale a una mala lección cuyas consecuencias en un alma tierna pueden ser con los años socialmente trágicas.

Son, ante todo, niños

A veces, ante ciertas noticias o ante la directa contemplación de ciertos fenómenos callejeros —como ese de la mendicidad infantil organizada en bandas que campean en determinado sector de la ciudad—, Lima se nos revela como el Londres que retratará Dickens, el gran novelista, cuyos asuntos y personajes fueron tomados de la realidad. Y esto, aunque resulte curioso, no es en absoluto regocijante. Dickens pintó en sus abigarrados y patéticos folletines una honda y peligrosa crisis social. Pero la Inglaterra del periodo de la industrialización, cuando el capitalista luchaba contra la tenaz resistencia de los últimos y poderosos bastiones feudales, sorteó una revolución sangrienta gracias a la habilidad de sus políticos —no exentos, como la mayoría de los nuestros, de una aguda sensibilidad social— y gracias también, lo que no es el caso peruano, a la contribución que aligeró las cargas del hombre británico. La ebullición levantisca del siglo XIX inglés fue conjurada a tiempo: esos mendigos, esos niños abandonados, esos desechos humanos, ese aluvión urbano hambriento y resentido fue asimilado por la sociedad en un movimiento de sorprendente reacción.

¿No son esas criaturas que en Lima piden limosna por vicio, por negocio, por simple deformación, verdaderas parvadas de delincuentes futuros? ¿No son ellos producto del caldo de cultivo que, de suyo, es nuestra desastrosa organización, en la que, además de la miseria, reina el torcido ejemplo de la ambición lucrativa de los poderosos? ¿No se alimentan tales almas tiernas con la lección diaria de la indiferencia pública, que debiendo ser amorosa se torna despiadada en la persecución, inapelable en el castigo sórdido, en la exaltación de la pena capital? ¿Qué leen en los periódicos, qué escuchan por las radios, qué ven en los cines, qué aprenden en las turbias revistas, qué recogen de la conducta de los mayores? Nuestros médicos, nuestros sociólogos, nuestros pedagogos lo vienen diciendo: la

proliferación de niños mendigos, de delincuentes infantiles, de menores vagabundos, no es otra cosa que la floración característica de un terreno social abonado para el efecto, de una atmósfera propicia para toda clase de desastres morales, de un medio que posee todas las condiciones para el nacimiento y desarrollo del mal.

Los lectores de nuestro diario habrán leído horrorizados de ese “pájaro-frutero” apodado “Mapy”. A los doce años de edad, este chico es ladrón, chavetero, proxeneta, homosexual y, sobre todo, caudillo de una pandilla que, en El Porvenir (ese inmenso, imperdonable, invernadero del crimen), domina los círculos del hampa como si se tratara de una reyecía autónoma. Nada puede la policía contra él o sus émulos, pues “Mapy” —y, por cierto, todos los “Mapys”, presentes y futuros— no es responsable de sus actos. La gran responsable de que esos niños existan y que sean, además, irrecuperables, es la sociedad que los lanzó a la calle, que por omisión los obligó a usar armas para su propia defensa, para procurarse el pan, para ganar un desahogo en la vida. No tuvieron un hogar y no supo la comunidad procurárselos. Y, lo que es peor, no lo tendrán los de mañana porque ni una sola acción ha sido emprendida seriamente por el Estado —cuya obligación, señalada imperiosamente por el mandato constitucional, es velar por la niñez— para cubrir ese peligroso vacío.

Los niños que nos tienden la mano en pos de unos centavos en la calle —estén organizados o no, sean o no comerciantes de la mendicidad— son, ante todo, niños. Uno no puede, si tiene corazón, pararse a reflexionar si, al extender una moneda, da dinero a una “cooperativa” o a un ser que tiene hambre, que carece de padres, que vive en una choza, que no va al colegio, que padece de frío... Tornarse indiferente no es la solución. Quizá la solución sea movilizar a la sociedad haciéndola tomar conciencia de su deber —y de su culpa—, pero, antes que nada, reclamar del Estado una acción positiva, antes que ese depósito de miseria, resentimiento y amoralidad estalle como una inmensa bomba. Que haya ocurrido, en otros sitios —como lo deducimos por el gran testimonio de Dickens, por ejemplo— es prueba de que el hombre es capaz de ver más allá de su propio y egoísta presente, de sus exclusivos intereses, y darse a los demás humanitaria, cristianamente.

La Prensa, 5 de julio de 1958, p. 8.

Una apuesta sobre el país

Para poner coto a la mendicidad —anuncia la Subprefectura de Lima— se van a comenzar a aplicar drásticas medidas. Un brigadier de investigaciones —abunda esa dependencia— llevará a cabo, para ese efecto, batidas en todos los sectores de la ciudad. La información de nuestro diario en que se dan a conocer estas decisiones dice, al mismo tiempo, que la madre de los chiquillos que, en forma de banda, ejercía la mendicidad en la avenida Nicolás de Piérola, se halla en la miseria. Progenitora de diez niños, esa mujer completaba el presupuesto familiar (220 soles, producto del trabajo del marido) con las sumas que diariamente los pequeños pordioseros ponían en su monedero. He aquí el cuadro de la realidad.

¿Quién hay que piense que las “drásticas medidas” y las “batidas” terminarán con el problema? La inteligencia del mundo ha convenido que, en lo que se refiere a ciertos problemas sociales, cuya raíz es esencialmente económica, la persecución es una solución contraproducente. El antídoto es tan malo como el veneno. Echemos mano a los niños que deambulan por las calles y plazas, prohibamos que alarguen el brazo hacia nosotros por una moneda, impidamos que lustren zapatos o vendan loterías, ¿Qué logremos a la postre? Que hagan todo eso a escondidas (en una especie de mercado negro de la caridad o el trabajo humilde) o que, en su defecto, se lancen desesperadamente a la delincuencia, pues lo que esos chicos necesitan es dinero para atender sus más elementales y premiosas necesidades.

Es cierto que las autoridades deben, en primer lugar, tratar de establecer concretamente la magnitud del problema. Un censo, un inventario, proveerá de antemano de los datos que son precisos para saber hasta qué punto ese aluvión de criaturas que mendigan o se emplean en tareas callejeras, a veces hasta altas horas de la noche, es grande. Para esto quizá

sirva una indagación policial. Pero el remedio al mal tiene que provenir de un plan de reajuste social, que brinde trabajo a los padres, que consolide la vida familiar, que facilite el acceso a la escuela a los que están en edad de ir a ella, que ampare, en fin, a todos aquellos que viven al margen de la protección comunitaria. Porque, mientras no se ataque la enfermedad en su mismo foco, no nos tiene por qué llamar la atención que aparezcan en serie alarmante monstruos, depravados, criminales. Es nuestra organización la que prepara minuciosamente la proliferación de tal clase de exhombres. La “batida” que emprenderá la Subprefectura de Lima —como la pena de muerte impuesta a los que, como culminación de una existencia dolorosa y hambrienta, llegan a los peores delitos— estimulará el trasfondo justamente resentido de esa masa que carece de todo techo, ropa y pan. Que carece, en suma, del mínimo vital que todo ser humano requiere para ser simplemente normal.

No nos llame la atención que, en cuanto el agitador acerca la llama demagógica a la multitud, el polvorín que esta tiene en su fondo (el polvorín que constituye la miseria que la existencia de esa niñez desvalida evidencia) se encienda violentamente. Ahí está, además, ese inexplicable prurito que hay en nuestro pueblo de destruir todo lo que representa, inclusive para él mismo, un servicio: los teléfonos públicos, el Estadio Nacional, los asientos de los ómnibus, etc. Hablamos generalmente de la incultura del pueblo peruano. ¿Por qué no pensar que esa supuesta “incultura” es, antes que nada, odio fermentado en el corazón de una mayoría que se siente ajena al progreso porque el progreso no equivale a la propia mejoría?

No estaría de más que el gobierno formara un consejo integrado por sociólogos, pedagogos, juristas, economistas, sacerdotes, hombres y mujeres cuyas especialidades inciden directamente en este problema, que estudiara la situación, elaborara un informe y señalara las pautas de un procedimiento integral para acabar, a la larga, con la injusticia social reinante. Sin demagogia hay que apelar al corazón de la sociedad, a sus instituciones y personas representativas para paliar esta crisis y evitar así que, al seguir creciendo, vaya a convertirse en una inmensa, incontenible ola de destrucción. Los enemigos de la democracia no pierden el tiempo y la única manera de conjurar su obra es adelantárseles y ser más activos y eficaces que ellos. Se trata de un juego, por decir lo menos, cuya apuesta es el país mismo.

Mendigos, un síntoma visible

La fotografía de un niño baldado que deambula pidiendo limosna por las calles céntricas de Lima publicada hace unos días por *El Comercio* es solo una muestra, por cierto patética y desesperante, de lo que está sucediendo a ritmo creciente aquí y en el resto del país. Pululan por los centros poblados y aun por los campos de todo el territorio mendigos de todas las edades, gentes arrojadas al hambre y la miseria tanto física como moral —ambas están estrechamente vinculadas—, familias desmembradas por la ausencia de los bienes elementales y urgentes. Y hay quienes se llenan la boca con las afirmaciones más pomposas relativas a nuestro progreso, ciegos totalmente a los hechos sociales y económicos cuyo síntoma visible es esta acelerada multiplicación de pordioseros, desvalidos, dementes, idiotas y otros desechos humanos. Un detritus semejante en pleno siglo veinte hubiera ya, en una nación efectivamente gobernada —vale decir, organizada—, provocado una reacción firme y decidida del gobierno.

Pero no. Se oye decir por ahí a personas responsables —o que parecen serlo— que se trata de un fenómeno cuyos determinantes son exclusivamente nacionales y de índole psicológica. Se habla de la pereza de nuestro pueblo, de su afición al alcohol, de su existencia voluntariamente sórdida e infeliz. Habría que soltar la carcajada ante tal pronóstico, si no moviera a indignación por su carácter superficial evidentemente falaz. ¿Es posible concebir que un pueblo esté a punto de elegir la mendicidad como un oficio por simple inclinación vital? Ciertos sociólogos franceses han estudiado el fenómeno del *clochard* o vagabundo urbano y han concluido que solo en muy escaso porcentaje esos residuos sociales han escogido libremente la trashumancia y el desorden existencial. Cabe señalar que, después de todo, un *clochard* parisiense, por ejemplo, posee mucho más

que bastantes de esos innumerables desarrapados —sobre todo, y esto es lo grave, niños— que inundan nuestra capital.

En alguna parte, para evitar a los turistas y a los extranjeros de paso el espectáculo de la mendicidad, se recurrió al expediente de hacer una barrida policial en determinadas ocasiones de alta afluencia de visitantes, lo cual es idéntico que pintar unas mejillas saludables en la piel apegaminada y transparente de un tuberculoso con el fin de salvarlo de la muerte. Lo mismo es achacar la afloración mendical a causas particulares, tales como el desgano o la incultura de los habitantes de una nación. La raíz es otra: falta de trabajo, mala distribución de la riqueza, descuido en la conformación de las estructuras fundamentales de la sociedad, explotación de los más por una minoría voraz y siempre insatisfecha de su lujo y su comodidad.

No es difícil llegar a esta conclusión. Existe una fórmula para averiguarlo. A cualesquiera de esos pequeños lustrabotas que nos asedian en la calle y en el café, preguntémosle, a la manera de una encuesta, dónde vive, quiénes son sus padres, cuántos de familia son, en qué trabajan los suyos, etc. E infaliblemente las respuestas nos darán testimonio franco de la desocupación, de la mala remuneración, de la ausencia de oportunidades, de la situación “sin salida” de la población popular. Contra ello, no obstante la nobleza en que se inspira, la caridad es impotente. Solo cabe como remedio planificar, contratar, gobernar, no reclamar para el Estado una situación de mero bedel, una conducta de gendarme miope, una actitud que aunque llamada “liberal” conduce a la peor de las esclavitudes, la del dinero.

La historia nos cuenta, envuelta en un aire fabuloso, el caso de una corte de mendigos de todo un reino creado por los desamparados de una gran ciudad, cuya corona ceñía el más rencoroso e implacable de todos ellos. Era aquel un estado dentro de otro estado. A veces uno se pregunta si, por suerte del desgobierno actual, no se estará formando entre nosotros ese ejército de vengadores cuya consigna será satisfacer un hambre cuyas demandas las autoridades no oyeron a tiempo, tal como era su ineludible deber.

El Comercio, 22 de mayo de 1959, p. 2.

La autoridad contra la realidad

Hay problemas a los que la represión policial, lejos de solucionarlos, suele hacer más patentes y graves. La realidad no acepta disimulos y toda artimaña para colorear de rosa las mejillas del enfermo es, no solamente pueril, sino, lo que es peor, nociva para la salud profunda de quien padece el mal, en ciertas ocasiones el cuerpo mismo. Tal el caso de los vendedores ambulantes que pululan durante todo el año en sectores comerciales de la ciudad y que se multiplican, merced al incremento de la demanda, en las fiestas de diciembre. De nada sirve organizar batidas contra ese hormigueante mercado de muchachos desocupados —y he ahí la clave del problema: la desocupación— con el fin de desterrar la proliferación de estos días, pues su origen no es fortuito ni caprichoso. Se trata, sin duda, de una forma de la mendicidad y la mendicidad es flor de las crisis económicas, de las situaciones falentes de un pueblo. Nadie, salvo casos muy excepcionales, quiere ser pordiosero y vivir extendiendo la mano en las calles, expuesto a la conmiseración pública, pero también al desprecio y la humillación. Nadie tampoco prefiere vender cualquier chuchería, cuya utilidad es insignificante, si puede ganar un salario digno y regular en un empleo, un oficio o una actividad decorosa.

Y como la realidad no admite disimulos, las autoridades conscientes deben asumirla: si por falta de ocupación cientos —si no miles— de jóvenes deciden ganarse unos soles para su sustento como vendedores ambulantes, es preciso encauzar esa fuente de trabajo dentro de normas y disposiciones netas, aceptando que la situación efectiva provoca ese fenómeno y procurando que su progresivo aumento no provoque el desorden o el caos. Y ello como medida provisional, en tanto se investiga la falla en la raíz de los hechos anómalos y se da la solución adecuada al defecto esencial. Claro que a los ojos que no están cegados por el éxito de una política determinada,

a los ojos de quienes anteponen los intereses de la comunidad a los de las teorías financieras que cultivan en provecho de sus particulares intereses; a los ojos, en suma, de aquellos que saben que un país es el resultado de un acuerdo, de un plan, de una proyección al futuro, el caso de los vendedores ambulantes es uno de los síntomas del patético subdesarrollo nacional. Este no se combate, por supuesto, persiguiendo a esos centenares de parados que se buscan el pan para sí y para los suyos ofreciendo juguetes, objetos domésticos, baratijas de varia índole, pues al fin siempre reincidirán en ello. A no ser que se hagan, azuzados por el hambre, delincuentes.

Es preferible la infinita multiplicación de los vendedores ambulantes al aumento de las gentes al margen de la ley. Es preferible soportar la grito de los buhoneros de diciembre al incremento de los hurtos, la vagancia, el crimen, alimentados por la desesperación. Es este un razonamiento sencillo que debían hacerse las autoridades cuyo afán por arrasar mediante la fuerza de la realidad lo que es la realidad monda y lironda parece un juego un poco absurdo y un poco ingenuo.

El Comercio, 20 de diciembre de 1959, p. 2.

La verdad contra la “zona rígida”

En esta misma columna dije hace menos de un mes que la ordenanza municipal que expulsaba a los vendedores ambulantes del sector central de la ciudad y creaba, con bombos y platillos, ciertas fronteras rígidas para las actividades de los pululantes buhoneros, era absurda, y no porque estuviera mal tratar de eliminar las catervas impertinentes de comerciantes de mil y una chucherías que asedian a los transeúntes, sino porque, en el fondo, la proliferación de tales pequeños mercaderes obedecía a una razón socioeconómica fundamental: falta de trabajo, miseria, crisis. Los hechos han demostrado que la autoridad municipal cometió el error de creer que esos hombres, jóvenes y mayores, constituían una plaga a la cual, a semejanza de las langostas, se podía barrer con una acción violenta similar a la de los insecticidas en las plantaciones. Los vendedores han vuelto (los importadores que los abastecen tienen, como ellos mismos, que vivir, detalle que nuestra comuna también olvidó) y, escamoteando a los guardias municipales, ocultando la mercadería bajo el saco, usando varias artimañas propias del ingenio del criollo (¡y del criollo con hambre!) han invadido de nuevo la famosa “zona rígida”.

Soy partidario de que se les deje trabajar libremente en tanto el Estado sea incapaz, pese a sus promesas de “estabilización”, “techo y tierra”, “saneamiento económico” y otras fórmulas al uso, de resolver el problema básico del país: el subdesarrollo. Es síntoma de ese subdesarrollo tanto la existencia de los pobres vendedores ambulantes cuanto la dación de disposiciones que intentan pintar de carmín las mejillas del país anémico y hético. El sistema de represión empleado en este caso, tal vez por amor al ornato y a la buena presencia de la ciudad ante los visitantes extranjeros, se asemeja a aquel que los funcionarios zaristas aplicaban a la buena conciencia de su monarca mostrándole el progreso de la Santa Rusia en la ficción de unas

fachadas de cartón colocadas a prudente distancia de su coche. O a un método usado en una nación de cuyo nombre no quiero acordarme en donde, con oportunidad de una feria anual, la policía encierra a los mendigos en la cárcel o el asilo para que los turistas no se lleven una mala idea de la situación. La ordenanza contras los vendedores ambulantes pertenece al mismo candoroso orden de las siluetas de las falsas ciudades y de la *razzia* de mendigos. Al final, por cierto, se impone, con la influencia que de suyo tiene, la verdad. Y la verdad es, en relación con los comerciantes de baratijas de Lima, que se quieren ganar el pan porque no hay otro modo, en nuestra economía de “cuota de sacrificio” y liberalismo manchesteriano, de ganárselo. Salvo mediante la delincuencia. Es difícil que nuestros concejales quieran que del comercio esos hombres honestos pasen a las filas de los al margen de la ley.

Una actitud racional, más propia de los gobernantes juiciosos y atentos a la realidad, sería la de ordenar un registro de vendedores ambulantes, señalarles jurisdicciones por grupos, tipos de mercadería a expender, derechos y obligaciones de sus abastecedores y de ellos mismos, etc. Vale decir, una legislación adecuada, que permitiera un control de la licitud de esos menudos negocios y una tranquilidad consecuente para los viandantes que se ven ahora, gracias a la prohibición de marras, asaltados por los atemorizados ofertores de cosas domésticas, juguetes y otras especies que no hay necesidad de nombrar. Todos los conocemos. Sin embargo, formulo una profecía. La municipalidad, para no ser menos que el gobierno central, preferirá no hacer nada.

El Comercio, 18 de diciembre de 1960, p. 2.

Sociedad, delincuencia y castigo

En la columna de cartas a este diario apareció hace unos días la extensa misiva de un lector acerca del auge de la delincuencia en Lima en la cual exponía sus puntos de vista sobre la manera de reprimirla. Con muy buena intención y explicable alarma, nuestro amigo, que llamaba a los ladrones y asaltantes que proliferan en ciertos barrios de nuestra ciudad nada menos que “abortos de la naturaleza”, parecía entender el grave problema a que aludí con una suerte de azarosa generación espontánea a la cual había que combatir como una enfermedad en el cuerpo humano, mediante la extirpación del órgano virulento y la extirpación de los gérmenes que lo corroen. Proponía así contra “tanto zángano y depravado” (con sus palabras) juicios sumarios, y tal vez meramente policiales, confinamiento en un penal de la selva por veinte años y trabajos forzados. Otra de sus expresiones era que para alejar “el fantasma de los delincuentes” era preciso el establecimiento de guardias perennes o serenazgos en todas las esquinas.

Si se tomaran las medidas que este amigo lector sugiere estoy seguro que la delincuencia no disminuiría, y ello por una sola y simple razón: en el cuerpo social los males deben ser remediados merced a un sistema distinto de la mutilación, pues el foco de la infección no está aquí o allá, no radica en ciertos individuos o grupos humanos, no se expresa por predisposición o instinto congénito a la naturaleza. Si los delincuentes son abortos —para usar la fórmula del lector—, lo son de la sociedad misma. Nadie nace estigmatizado por la criminalidad, nadie tiene un destino moral preestablecido. Los franceses dicen que “el mal corre”, es decir, que se contamina y propaga, y lo dicen pensando que no es posible combatir la violencia con la violencia, puesto que la que se usa como supuesto correctivo actúa a su turno como estímulo. Este es, de otra parte, el mejor argumento de los abolicionistas de la pena de muerte, que no son pocos ni insignificantes en el mundo. Si se incrementa

la delincuencia en nuestro medio es porque hay miseria, no hay trabajo y la educación es poco menos que exclusiva de una parte de la población. El delincuente, como quería Concepción Arenal, es digno de compensación. Es una víctima del régimen social que predomina en una sociedad.

Pongámonos en el caso de un desdichado nacido en una de las inmundas, pavorosas barriadas de esta capital. Pensemos en su infancia hambrienta, callejera, tempranamente dedicada al penoso trabajo de lustrabotas, del cuidador de carros, del vendedor ambulante. Sin educación, sin cultura, ese individuo llegará a hombre carente de todo instrumento para ser útil a sí y a su comunidad. Si antes de la dolencia no ha delinquido —y ello por necesidad— lo hará en cuanto pueda, porque al lado de su pobreza tendrá la diaria y pertinaz exaltación del lujo, de la mesa desbordante, del placer. Para conseguir primero el pan y luego, en un proceso de corrupción, los elementos de la concupiscencia que tantos vehículos de expresión le ofrecen, robará y hasta matará. La cárcel no lo puede intimidar, porque su juego es un juego de vida o muerte. ¿El Sepa? ¿Los trabajos forzados? ¿La represión drástica? Solo harán más terrible, más cruel, la organización de nuestra vida social. Por eso disentimos del amigo lector y por eso también propugnamos —propugnamos, sí— una reforma de la sociedad peruana que permita la creación de fuentes de trabajo, de vivienda sana, de escuelas, de bienestar, en una palabra, en donde las inmensas mayorías no reciban la existencia como una pugna horrenda para sobrevivir de cualquier manera y a cualquier precio.

El Comercio, 17 de enero de 1961, p. 2.

La prosperidad con mendigos

Supongo que los libre-emprestistas y neoliberales del diario del ministro Beltrán, empeñados últimamente en una campaña contra los intelectuales y en cuyo repertorio el uso de la palabra “imbécil” para calificar a la oposición ha sido la última conquista lexicográfica, no han leído una reciente información de *El Comercio*, ilustrada con una patética fotografía, acerca de la mendicidad en Lima. Información y fotos semejantes podrían brindarse del mismo fenómeno en todas las regiones del país, pues los últimos cinco años han sido pródigos, por causa precisamente de la aplicación de las trasnochadas doctrinas que dichos periodistas auspician, en la multiplicación de exhombres lanzados a las calles por el hambre, la desocupación y la crisis económica que atraviesa nuestra patria, y creo que no la han visto menos porque no leen la prensa que su jefe no controla que porque están ciegos para todo aquello que contradiga con hechos rotundos e irrefutables las crónicas y los artículos de *la vie en rose* que diariamente, con irresponsabilidad de la que la historia hará un buen ejemplo en el futuro, fabrican ante la máquina de escribir. Lo cierto es que nunca pudieron observar este fenómeno, ni aun cuando estaban en la oposición. Y ello por razón de que, a su estrecho juicio, pintar el panorama de la miseria y la mendicidad, revelarlo valientemente, era obra que solo podía emprender quien obedeciera a supuestas consignas “comunistas”. Es una antigua formulación del pensamiento oligárquico: hay que evitar la versión de la auténtica realidad porque resulta peligroso crear conciencia de la deformada estructura socioeconómica del país y, en consecuencia, el fracaso del secular gobierno de la plutocracia.

Pero los mendigos están ahí, a la puerta del local de Baquíjano, a los alrededores de la redacción en donde los periodistas aludidos inventan la prosperidad en base, simplemente, a la falaz estabilidad de la moneda. Ellos,

en verdad, no consideran el oficio que ejercen como un trabajo de denuncia y fiscalización de los errores del gobierno y el grupo que lo maneja. Su misión es más concreta y menos arriesgada: redactar los memorándum que los organismos estatales (y algunas empresas privadas vinculadas a ellos) les proporcionan respecto a un problema u otro. Si la realidad los contradice es que la realidad está equivocada. Tan irracional como esto es la actitud.

Hay pocas ciudades en nuestro continente que ofrezcan en estos días el panorama de mendicidad que, con una gama infinita, muestra Lima. El niño, el párvulo, que deambula hasta altas horas de la noche (y a estas alturas en las puertas de los restaurantes, de los cines, de los centros de diversión) extendiendo la mano a los transeúntes; la madre y el hijo de pecho, raquíuticos ambos, que integran un cuadro de horror en las puertas de las iglesias o de las grandes tiendas; el mutilado que alarga el muñón, la llaga, la tumefacción, cuyo reclamo ya no conoce el menor pudor; el ebrio y el loco, que dan tumbos, gesticulan y agreden cubiertos de harapos y, a veces, semidesnudos; el joven que por sabe Dios qué causas íntimas solicita unos soles con el cuento de un dinero perdido, el anciano desamparado que olvidando la dignidad de su edad expone sus años como una laca, y cien casos menos expresos, como es el del vendedor ambulante, el del “suertero”, el del lustrabotas, etc. Que el lector que no haya visto esta cohorte, que no haya sentido su terca solicitud, me desmienta. No se puede, pues, decir diariamente, como un refrán maniático, que todo marcha admirablemente, que la moneda es dura, que hemos recuperado el crédito, que la producción ha subido, que ha comenzado la “reforma agraria” (?), que el plan de vivienda es perfecto, que el presupuesto está saneado, cosas que, además, no son ciertas, para arrojar una cortina de palabras sobre hechos tan vivos y ponderables como el de que hay pobreza suma y que de ella surte como un cruento chorro esa humanidad tristísima que en las calles nos asedia.

Nada pueden los artículos y editoriales dictados desde el poder contra la verdad. Si el autómatas que los escribe cree que esa es su tarea, que por lo menos no acuse a quienes lo refutan de servir a causas ajenas a las del humanitarismo y el patriotismo. Con un poco de equilibrio interior podría cumplir su tarea mecánica y reconocer que, al practicarla tal como el zapatero hace zapatos, rechaza toda conexión personal con el deber social.

Lectores, delincuencia, policía

Las cartas de los lectores son, sin duda, la mejor expresión de la opinión ciudadana y no hay publicación periódica moderna que no procure darles la mejor cabida en sus columnas. Ahí tiene el comentarista que acudir para obtener tema para su diálogo con sus lectores y con las autoridades, aunque en el caso de estas, tal cual ocurre entre nosotros, sea frecuente la falta de verdadera interlocución. Allá ellas en su solipsismo, en su indiferencia. En los últimos tiempos, por ejemplo, han menudeado en esta página las quejas de la gente contra dos fenómenos de creciente magnitud. El aumento de la delincuencia —a la cual se le declaró recientemente, como si se tratara de un *casus belli*, una frustránea guerra sin cuartel— y la correlativa escasez de policías en buena parte de la ciudad. No siempre, por cierto, los corresponsales plantean bien el problema: unas veces reclaman la acción exterminadora para acabar con el peligro del robo y el asalto, y otras atribuyen a defectos morales de la población el índice sobresaliente de ladrones y agresores. En cuanto a la carencia de policías, los lectores no se explican bien a qué se debe tal falla. Pese a todo, es indudable que los hechos reales son tal cual emanan de las cartas que llegan al buzón del diario.

Lo que falta es explicar las causas que determinan ambos hechos. En primer término, es indispensable precisar que, tal como ocurre con la mendicidad, la delincuencia crece en número y violencia en proporción directa al incremento de la pobreza, la desocupación y el desamparo social de las mayorías. No es que cada día el peruano sea más malo. Es que cada día tiene menos ocasiones de elegir la honradez como camino. Para reducir el número de ladrones o para eliminarlo es necesario promover el desarrollo nacional, crear fuentes de trabajo, descongestionar las ciudades, dar oportunidades a todos. Las *razzias* pistola en mano a los refugios del hampa

o a los barrios en donde ella suele tener cuarteles generales son absurdas. Además de que se desata una beligerancia armada, los que caigan en poder de la policía van a parar a las inmundas cárceles que el Estado desatiende para hundir más al hundido y perfeccionar la técnica del irrecuperable. El plan de renovación carcelaria es otra promesa en el aire, ya se sabe. Para cerrar las puertas de los penales no hay que abrir, como se sostenía antes un poco ingenuamente, las de las escuelas. Hay, primero, que desplegar las del trabajo bien remunerado, las de la alimentación sana y barata, las de la salud. En suma, las de la esperanza.

El problema de la vigilancia policial no difiere mucho del anterior. Para que se dé vocación policial hay que dignificar ese oficio. Dignificarlo significa remunerarlo mejor, facilitar el ascenso por méritos, dotarlo de la más alta respetabilidad social. Para eso hay que disponer de rentas especiales, de partidas en el presupuesto del ministerio respectivo (reduciendo esas otras secretas, destinadas a la delación), y crear las condiciones fundamentales para que pertenecer a esa institución no sea un recurso de desesperado. Y, también, hay que rodear al guardia de todas las garantías de que su autoridad no va a ser desconocida por el influyente, el potentado, el dueño de la “patente de corso” del privilegio. Si faltan policías —es obvio— es porque no es tentador ser vigilante, tanto porque no resulta una actividad que permita el progreso individual cuanto porque la ley no se aplica a todos igual y, por un error de apreciación, el que custodia el orden puede ser tenido como desordenador. Tal es la paradoja.

Un país gobernado al tun-tún, con políticos que solo se ocupan de politiquería, con ministros trashumantes, con desdén hacia los auténticos problemas y desmesurado interés hacia asuntos que son importantes solo para camarillas o grupos, se revela en la contramarcha de estos detalles al parecer pequeños. Quien mire al Perú en tales aspectos de gobierno elemental sabrá bien por qué, más de una vez, se ha dicho que somos un pueblo anárquico y sin compostura. Organizarlo y componerlo importa una transformación profunda.

El Comercio, 31 de mayo de 1961, p. 2.

Más sobre los mendigos

Todos los esfuerzos para resolver el problema de la mendicidad son loables, la mayoría, sin embargo, están errados. Últimamente se ha creado conciencia acerca de este mal social y no ha faltado quien apuntase, tácita o expresamente, la hipótesis de que la mendicidad es ficticia, profesional. Existe evidentemente un *modus vivendi* que, al socaire de la miseria, la revierte en singular fuente de ingresos. No obstante, generalizar al respecto es salir del foco de la cuestión. Hay falsa mendicidad porque hay mendicidad. En todas las actividades humanas sucede lo mismo: la negación comporta la previa afirmación. Prolifera el curandero en una sociedad en que existe medicina, se dan tinterillos en un conglomerado donde hay juristas, existe el “editor pirata” ahí en donde prospera una industria editorial, etc. El falso mendigo aprovecha de la creciente cantidad de legítimos mendigos. Aquel es oficio de país pobre, de país hambriento y sin ocupaciones bien retribuidas.

La persecución policial o municipal no es el mejor método de acabar con la mendicidad, ya lo sabemos. Si el problema tiene raíces sociales y económicas de dimensión nacional, es preciso desterrar la enfermedad acabando con sus causas profundas. No hay otro camino. Cuando sea superado el subdesarrollo y haya trabajo y pan para todos, no habrá mendigos. Pero si las autoridades se empeñan en desterrar los síntomas visibles de la crisis económica sin dirigirse a la fuente del malestar, obran como el ingenuo que intenta paliar un dolor que proviene de un hondo traumatismo mediante una aspirina. No hace falta ni siquiera realizar inventarios o investigaciones sobre el número y la procedencia de los pordioseros. Bastan, al efecto de una verificación sería acerca de la presente plaga limeña —en realidad, peruana— los informes de la CEPAL, de la Misión Little, del cuadro trazado por la Misión Lebret, de las estadísticas, inclusive, surgidas de organismos locales. Y contra el subdesarrollo no hay que oponer otra cosa que el

desarrollo, el cambio de estructuras y la planificación técnica en todos los aspectos de la estancada e injusta realidad nacional.

El individuo que se “profesionaliza” en la mendicidad actúa movido por las circunstancias objetivas. Nadie elige la indignidad —y extender la mano en la vía pública, mostrando la lacra y el fracaso, es elegir la indignidad— si no se le coloca ante la alternativa de la muerte o el parasitismo social. El reparto de los “mercados”, los sistemas de compulsión de la caridad, el disfraz adecuado, etc., todos los medios de que se vale el mendigo profesional para acrecentar el producto de su quehacer (o trabajo), vienen por añadidura.

Conviene estudiar el asunto racionalmente. Borrar la patética realidad con una teoría es imitar a la avestruz, lanzar la fuerza pública contra las evidencias de un mal de fondo es olvidar que solo se consigue la verdad liberándose de los prejuicios, persuadirse a sí mismo de que se está exento de culpabilidad porque el dolor no depende directamente de uno es encerrarse en el yo como en una cárcel. La gente que, carente de empleo, habitante de chozas de estera, vestida con harapos, víctima tal vez de un flagelo físico, está bordeando la mendicidad solo necesita para caer en ella ese leve impulso que decide a un ser a olvidar su condición de persona autónoma. El dinero tiene que llegar a sus manos por alguna vía. Vallejo ya escribió, desgarrado, sobre “la cantidad enorme de dinero que cuesta ser pobre”. Hagamos nuestras, como una convicción, estas tristes palabras, y comprendamos antes de proceder.

El Comercio, 23 de noviembre de 1961, p. 2.

V

Ideas de peatón

Ideas de peatón

Para desplazarme de un lugar a otro, cuando las distancias son cortas, hago aún uso de mis piernas. En caso contrario, de los ómnibus y de los taxis. Soy, pues, de los que saborean diariamente el amargo pan del transeúnte y de los que, víctimas propiciatorias del embotellamiento cotidiano, saben sufrir callados demoras y dilaciones. Soy también, en estas épocas de refulgente estío, de los que soportan el calor propio y ajeno, en esa recíproca radiación de temperaturas a la que la convivencia —estaba tentado de decir: el “roce social”— nos obliga en los vehículos colectivos y los paraderos. Tengo algunas ideas al respecto y aprovecho mi columnita para evacuarlas como el flujo de un sordo resentimiento.

Ante todo, en las colas de la Plaza San Martín, antes vigilaba el orden —ese orden que alguna vez me hizo pensar que nos estábamos civilizando definitivamente— un guardia municipal sumamente celoso del respeto que debe prevalecer en la precedencia. Ahora no. Confiada nuestra institución edilicia en la radical consolidación de la costumbre, suprimió al policía, lo que trajo consigo nuevamente —sobre todo por la existencia de los prepotentes— el caos. Los “rompecolas”, los vivos, hacen en cuanto pueden lo que quieren, y como lo hacen con insolencia amenazadora, no hay manera de impedirles la comisión del atropello. Y esto debe suceder en otros puntos, me imagino.

Por otro lado, hay horas en el día que la afluencia de público a los ómnibus es mayor. Son las horas en que los muchos que van y vienen de sus labores utilizan las líneas para moverse de su casa a la oficina o viceversa. ¿No es posible —se pregunta el bueno del peatón— hallar una solución para que los que esperan el vehículo a la mitad del trayecto sean recogidos por un ómnibus que inicie su recorrido en un punto intermedio

del itinerario? Soy testigo de la angustia de algunos que desesperadamente, ante la inminencia de la hora, contemplan impotentes la inminencia del descuento por tardanza.

En otras ciudades del mundo, en los paraderos hay toldos que preservan al pobre peatón de las amenazas de la lluvia y el calor. Si bien el primer riesgo no existe aquí, el otro sí existe y con grande rigor. Bien podría la municipalidad —por su cuenta o por cuenta de otros— establecer esas amparadoras coberturas de fresca sombra.

Los choferes son gente que tiene un trabajo duro, y el humor, cuando las tareas no son livianas, no es siempre alegre y cordial. De ahí que las frenadas, las arrancadas, los balanceos, etc., y toda otra suerte de movimientos bruscos expresan el estado biliar del piloto. Pero sería bueno recomendarles a tales conductores que lo que llevan como carga no son fardos pensantes y protestantes, sino seres humanos que tampoco tienen el hígado en estado inmejorable.

También sería provechoso que las autoridades correspondientes revisaran los amortiguadores de los taxis, pues a veces —bastante frecuentes, por otra parte— los automóviles que prestan servicios de colectivos o carros de plaza son terribles cocteleras. Las fallas de los amortiguadores, unidas a la proliferación creciente de baches (algunos tan grandes que bien podrían figurar en un mapa de Lima), baten al pasajero en forma por demás violenta.

Y basta. Lo mejor es pedir poco si lo que se pide, se pide a los organismos oficiales.

La Prensa, 16 de enero de 1953, p. 6.

Cuestión de “perfil”

De nuevo se habla de cambiar el “perfil” de la avenida Arequipa, quizá porque hay gentes a las que cada cierto tiempo le sobreviene la peligrosa manía de transformar los lugares más característicos de la ciudad con el pretexto de solucionar así determinados problemas de tránsito y urbanismo. La mayoría de la población, sin embargo, ha convenido en que esta cruenta cirugía no resuelve nada y, en cambio, suele atentar contra los más singulares encantos de Lima.

Aunque en realidad no se sepa bien qué es el “perfil” en dicha expresión, vale la pena analizar las definiciones de la palabra y conjeturar así qué es lo que los señores del Consejo Nacional de Urbanismo y Planeamiento pretenden hacer con la hermosa avenida Arequipa. Es posible que con un poco de empeño logremos desentrañar el sentido profundo de la decisión de esa entidad.

Perfil es, primero, el adorno sutil puesto al canto de una cosa. Conforme a esta definición, lo que se trata de realizar en la vía arteria que une Lima con Miraflores es suprimir ciertos aderezos decorativos (no obstante de que no se hallan puestos al canto) de la avenida, quizá las flores, las hojas de los árboles o, en el peor de los casos, los mismos árboles, con lo cual, evidentemente, no se obtendrá nada más que despojar a ese trozo de la capital de su más destacado atractivo.

También perfil es la parte o línea más delgada de una cosa. Sin duda, no es esta acepción la que han querido utilizar los premiosos reformadores urbanos, pues dicha avenida en todo su recorrido es de ancho uniforme y no hay un pedazo más delgado que otro. Solo que sean considerados de este modo los frondosos ficus, las airosas palmeras y los graciosos jacarandás, lo que es desdichadamente probable.

Aparte se llama perfil igualmente a la postura en que no se deja ver sino una sola de las dos mitades laterales de un objeto. Modificar el perfil —tomada la palabra en este sentido— equivale a cambiar, por ejemplo, una de las dos pistas. Pero eso no sería lógico de ninguna manera, pues una avenida es una unidad que se modifica totalmente o no se modifica. Y los señores de aquel impulsivo consejo son, mal que nos pese, lógicos en sus arbitrariedades.

Perfil se denomina en geometría —quizá aquí esté el secreto— la figura que presenta un cuerpo cortado por un plano vertical. Es decir, que el perfil de la avenida Arequipa, ese que se pretende variar, es la sección imaginaria de la arteria dividida como un queso. Eso es difícil, quién lo duda, pues implica la supresión de los árboles —cosa que tantos tememos— y, al mismo tiempo, la transformación de la arquitectura de las casas y mansiones que bordean aquella vida.

Por último, perfil se llama al contorno aparente de la figura. Esa línea de margen, puramente ideal, que resulta de la visión de los objetos en la oscuridad contra un foco de luz. Cambiar este perfil es recortar todo aquello que sobresale, todo aquello que se juzgue excesivo o de más, una vez que se ha colocado a la avenida en la difícil posición que el concepto implica.

Ninguna de las cinco definiciones le va perfectamente al fin que el consejo aludido se ha propuesto. Se adivina que detrás de la palabra “perfil” se esconde el objetivo de arrasar, como en otros sitios se ha hecho, con todo lo que es sugestivo y singular, convirtiendo la avenida en un tramo frío, impersonal, monótono. Y el método para arribar a tal meta es el ya tradicional de poner al lugar elegido —y, por ende, condenado— en lo que se llamó alguna vez “la picota del progreso”.

La Prensa, 4 de noviembre de 1953, p. 8.

Una avenida como problema

Ayer, en un matutino local, el alcalde de Lince, señor Carlos Campodónico, expuso sus ideas respecto al peligroso proyecto de “cambiar el perfil” de la avenida Arequipa que, con el fin de solucionar ciertos problemas del tránsito urbano, se haya actualmente en estudio. Con razón, puesto que existen antecedentes aleccionadores, se sospecha que lo que se pretende hacer es reducir las áreas verdes (don por el cual la población clama) y desarraigar los árboles que hermocean esa singular arteria de nuestra ciudad. Y contra tal tropelía han comenzado a levantarse serenas y justas voces de protesta.

De aquellas declaraciones, emitidas por una persona que ha analizado la cuestión concienzudamente, se desprende la certeza de que la conversión de esa vía en una simple ruta de acceso a los balnearios del sur, en desmedro de su función decorativa, no constituye la panacea para los problemas urbanísticos de la congestión y el desplazamiento automovilístico. Se va a sacrificar, sin mayor beneficio, uno de los lugares más característicos de Lima, en la ingenua suposición de que así se pone remedio a los males aludidos.

Cinco soluciones posibles ha dado el señor Campodónico con relación a este asunto. La primera es la que desde estas mismas columnas hemos tantas veces sugerido: la prolongación del Paseo de la República hasta la Quebrada de Armendáriz de modo que esta holgada arteria sea utilizada como principal medio de comunicación entre la capital, Miraflores y Barranco. Las otras son la regularización de la Plaza México —actualmente foco de un inexplicable caos urbanístico—, la supresión del tránsito de ómnibus y colectivos por la avenida Arequipa, limitándolo exclusivamente a Petit Thouars y Arenales; la prolongación de la avenida Arenales hasta Miraflores, según el proyecto del alcalde de ese distrito, señor Iván Blume, y la eliminación de las bocacalles en algunas partes del jardín central de la avenida Arequipa, evidentemente innecesarias.

Bien valdría la pena que las autoridades empeñadas en la adopción de medidas encaminadas a poner coto a los problemas de tránsito originados en la avenida Arequipa atendieran las iniciativas del señor Campodónico. En realidad, tal como él lo ha firmado, dicha vía no puede ser considerada como una “pista de velocidad” similar a cualquier carretera, sino como una zona vital de la ciudad, importante tanto por ser el principal vínculo de unión entre núcleos poblados de Lima, cuanto por tratarse de una ruta de atrayente belleza. Esta belleza —es preciso dejarlo sentado— no reside en las construcciones que la bordean, cuya falta de unidad de estilo, pobreza estética y, en ciertos casos, alarmante mal gusto es radical, sino en esa admirable combinación —fruto quizá de un generoso azar— de la vegetación que la adorna. Como en pocas del mundo, en la avenida Arequipa —y esta es la observación de un extranjero que ama nuestra ciudad— se suceden pinos y palmeras, árboles de climas diferentes y hasta opuestos.

La alarma que el anuncio de ese “cambio de perfil” ha provocado es muy justificada. Hemos visto, con paciencia o indignación apenas contenida, cómo no hace mucho tiempo fueron talados viejos y frondosos ficus de varios parques de Lima con el cándido pretexto de renovar sus ramas cargadas de años y recuerdos. Hemos visto también con cuánto desamor o indiferencia han sido echadas por tierra casonas, portadas, balcones y otros testimonios del señorío pasado. Los portales de la Plaza de Armas cayeron al golpe implacable de la pica reformadora y actualmente la Plaza de la Inquisición sufre los efectos de una voraz manía cuadriculadora. La avenida Arequipa, quizás sin la historia de aquellas plazas, pero sí con un encanto peculiar sin pareja, puede ser otra víctima más de este “progresismo” sin espíritu.

Muchos son los que piensan como el señor Carlos Campodónico, alcalde de Lince. Es hora de que, en lo que atañe a la fisonomía de la ciudad, se consulte a sus pobladores —es decir, a sus dueños— cada vez que se decida variarla, modificarla o restaurarla. Que los técnicos al emprender tal labor, para llevarla a cabo de acuerdo con la opinión pública y no contra ella, aspiren a que los respalde el consenso general.

La Prensa, 6 de noviembre de 1953, p. 8.

Criminales en auto

Dos cartas publicadas ayer en esta página coinciden en el tratamiento de un punto: la irresponsabilidad y hasta intención criminal que mueve a muchos conductores de automóvil en nuestras carreteras. Una se refiere al “juego de la muerte” y la otra a la “afeitada”, maniobras que algunos pilotos criminales ejecutan en nuestras pistas movidos por sabe Dios qué monstruosos instintos de perversidad. El encandilamiento por los faros y el rozamiento a toda velocidad —que tales son las características de ambas prácticas— constituyen una amenaza mortal que es necesario desterrar con energía de una vez por todas. La sanción no puede ser suave, puesto que quien se dedica a cada una de esas experiencias, o a las dos, manifiesta un desequilibrio mental o una fisura moral que merece la atención médica o el castigo eficaz, respectivamente.

El señor Ataber, firmante de la primera carta, enumera una serie de hechos que prueban que el Reglamento de Tránsito vigente en la actualidad no contiene las suficientes disposiciones como para limitar y penar los abusos de los choferes impacientes, ignorantes o neurópatas. Además, sus argumentos dicen muy bien que la Dirección de Tránsito procede con mano débil y no en resguardo de la seguridad pública, objetivo primordial de ese organismo. El problema radica en la existencia de esta doble situación: de un lado, automovilistas que desprecian la vida propia y ajena, y que tienen conciencia de que las normas son letra muerta; y de otro, autoridades que no imponen respeto porque no se deciden a actuar con la severidad necesaria, sometidas muchas veces a las influencias de poderosos y privilegiados.

El señor Ontañón, autor de la segunda carta, relata una experiencia ocurrida en la carretera de Ancón. El automóvil de matrícula n.º 38457 —¿si la policía sabe el número, qué le cuesta detener al acusado y hacer las averiguaciones

respectivas?— “afeitó” a su coche, al cual arrancó el parachoques, solo como diversión, poniendo en grave peligro la vida de él y un acompañante. La práctica de la “afeitada” es corriente. Para ciertos anormales resulta una actividad entretenida, pero la circunstancia de que tal acto expone a gente inocente, se cierne sobre aquellos que viajan no con fines suicidas y constituye una patente muestra de burla de las leyes hace que los protagonistas de esa prueba sean acreedores de una ejemplar medida correctiva.

El asunto debe ser considerado por la Dirección de Tránsito de un modo concreto, sin vacilaciones. Ya es tiempo que demos que somos un país culto y que, si bien existen entre nosotros algunos bárbaros, sabemos respetar y hacer respetar los elementales derechos que asisten a la persona humana. Que se deje de decir, al fin, que a los peruanos solo nos faltan las plumas de salvaje.

La Prensa, 23 de marzo de 1955, p. 8.

Crimen de irresponsable

Ayer, por una vez más, un irresponsable ha provocado la muerte de un hombre de trabajo. El capricho de la velocidad, el estúpido juego con la tragedia, el culto a la prepotencia insolente y cobarde han culminado con la desaparición de alguien que, en su profesión, en su hogar y en su vida toda era un ser útil. El episodio de la carretera Panamericana, dado a conocer ayer por nuestro diario, es una página más en esa historia de los crímenes automovilísticos que casi a diario se está escribiendo entre nosotros. Un joven sin brevete y embriagado se lanza por el camino en busca de una emoción que considera extraordinaria. Por sus vinculaciones personales, por el dinero de su familia, por sabe Dios qué consideraciones ridículas, piensa que cualquier desastre a que dé lugar su frenesí quedará impune. En la fiebre, en el vértigo, pierde el control del coche y este va a estrellarse contra otro en el cual, en sentido contrario, vuelve a la ciudad una familia: padre, madre, dos niños pequeños. Producida la colisión, que como saldo deja dos heridos graves y un automóvil destrozado, el irresponsable emprende la fuga. No le importa nada. Huye porque ha aprendido que nunca hay que dar la cara a los grandes problemas.

Insisto, como lo he hecho en diversas oportunidades, en que la crisis moral de la juventud —que paralelamente al culto que rinde a las formas materiales de la existencia contemporánea manifiesta un desembozado desprecio por los tradicionales valores éticos— comienza en el colegio. Ya no se enseña a respetar la vida del prójimo como la de sí mismo, ya no se inculca la admiración a los héroes y los santos, ya no se alecciona a los menores sobre la importancia de tener una conducta intachable como el mejor capital para la vida. El dinero, la comodidad, el ocio hedonista, todos los modos prácticos de proceder sin sacrificio ni auténtica concentración se ofrecen, de una manera indirecta, al educando. Lo peor —se dice

tácitamente— es ser pobre. Y, en consecuencia, se afirma que lo peor es no ser dueño de influencias, vinculaciones, relaciones sociales, etc., de todo aquello que sirve para evadir la ley cuando se ha sobrepasado el límite que ella nos señala. Hemos dicho que en este clima se incuban los nuevos delincuentes que han proliferado tanto entre nosotros. Y de la misma laya son estos que en el volante de un automóvil, sin consideración a nada ni nadie, atropellan y huyen, dejan muertos y heridos en una pista y corren a buscar la protección de un caudal, un apellido o una ejecutoria familiar.

La muerte del doctor Vargas Machuca, cuyo carro fue chocado por el adolescente Eduardo Fontanet Faux, quien emprendió la fuga luego de haberse producido la colisión, es una injusticia, como han sido injusticias tantas otras muertes ocurridas en semejantes condiciones. Pero no se remediará el mal si no se actúa con mano firme contra la proliferación de esos irresponsables que pululan por calles, avenidas y carreteras amenazando la vida de los ciudadanos. A usted, a mí, a cualquiera que desea vivir en paz, puede mañana un individuo de aquellos cortar el hilo de la vida simplemente porque sus padres le dieron un automóvil y quiso él mostrar su pericia para manejar a velocidades prohibidas y en estado de beodez. Contra tal espada de Damocles debemos actuar exigiendo a las autoridades una acción punitiva ejemplar. Y que, por fin, dejen de actuar contra la aplicación de la ley las compadrerías, las tarjetitas y las intervenciones influyentes.

La Prensa, 26 de abril de 1955, p. 8.

Una nueva pista

La carretera a Chosica tiene una historia siniestra. Dicha vía se ha convertido, especialmente en los últimos tiempos, en el escenario permanente de graves accidentes automovilísticos. Durante la semana pasada, para no ir muy lejos, tres choques aparatosos han puesto nuevas notas de duelo en las páginas de los diarios. Claro que el trágico signo de esta pista ha estado determinado, en un alto porcentaje, por la imprudencia de los pilotos, pero no se puede negar que parte de la culpa de tan triste celebridad la tienen quienes no dispusieron a tiempo la conveniente ampliación de la carretera. De Chosica a Lima, y de las poblaciones que entre aquel distrito y la capital existen en creciente número, hay un intenso movimiento de ida y vuelta, diurno y nocturno, a tal punto que bien puede hablarse de una verdadera caravana de automóviles, ómnibus y camiones que sin cesar se desplaza de un punto a otro. La estrechez, mal estado de conservación y falta de vigilancia, han permitido que sobre la mencionada pista pese el penoso prestigio al que en las primeras líneas aludimos.

Ha sido necesario que se pague el precio de muchas vidas para que el clamor de opinión en pro de la reconstrucción de la carretera cuaje en un proyecto concreto. No debería hacer nunca falta llegar a este extremo para dar solución a semejantes problemas, pues si se hubiera actuado con oportunidad no habría habido necesidad de lamentar tantas víctimas como hasta ahora se cuentan en el historial de aquella vía interurbana. Pero así somos, y parece que no hay manera de que cambiemos.

Lo que podemos hacer, a base de la experiencia, es actuar ahora con previsión y sentido del futuro. Que lo que se va a realizar se haga bien, es algo que tenemos derecho de exigir. Para ello, no basta que los técnicos se pongan a trazar planes en base a su solo conocimiento. Consultar a quienes

debido al hecho de haber usado la ruta en su profesión o en su diario trajín conocen las dificultades; buscar por medio de una encuesta entre los pobladores de la amplia zona que va de un punto a otro las mejores medidas; obtener, en fin, el respaldo público para la obra, son aspectos que no se deben olvidar en la elaboración final del proyecto. Y, también, llevarlo a cabo en la convicción de que no se produce para el momento sino también para mañana. Entre Lima y Chosica, en el porvenir, el movimiento se ha de multiplicar y no es el caso de afrontar la cuestión con los ojos vendados hacia tan fácil pronóstico. Lo demás, para evitar que la tenebrosa fama de la carretera continúe, lo hará una más eficaz educación del piloto y una actividad policial más efectiva y severa. Nuestra ciudad se extiende, crece con ritmo acelerado, se une cada día más con lo que hasta hace poco era considerado aparte de su área urbana. Nada más lógico que suponer que tal desarrollo no se detendrá y que, por ende, todo lo que hoy nos parece suficiente será pronto escaso. El proyecto de la nueva carretera a Chosica debe tener en cuenta tal situación.

La Prensa, 1 de junio de 1955, p. 10.

Vehículos y cáncer

Un lector, presumiblemente médico, me envía unas líneas en torno a un problema relativo a la difusión actual del terrible flagelo del cáncer, que sintetizo en la presente nota. Sostiene en ellas que el aumento del número de víctimas de la enfermedad cancerosa, en los tiempos que corren, es efectivo solo en lo que se refiere al que afecta al pulmón, algunas de cuyas causas la ciencia ha podido determinar con cierta certeza. Hay dos tipos, a estar por sus datos, de cáncer pulmonar: el parenquimal, que se produce a expensas del crecimiento desordenado y maligno del tejido pulmonar mismo, y el broncogénico, que ataca el epitelio o capa que tapiza los bronquios. Tal epitelio está en contacto directo con la atmósfera y es susceptible, por ende, al impacto de las impurezas del aire. Como hay algunas sustancias consideradas cancerígenas (que pueden originar el cáncer), entre ellas los gases desprendidos de la combustión de aceites pesados, es obvio por qué resulta indispensable, en resguardo de la salud pública, evitar que el ambiente se contamine con dichas materias, especialmente derivadas del alquitrán (el petróleo).

Según la persona que nos ha remitido el informe, las autoridades edilicias de algunas grandes urbes han dictado disposiciones rigurosas con el fin de impedir que las fábricas que utilizan petróleo estén localizadas en los centros urbanos y que los vehículos que marchan por combustión de ese hidrocarburo transiten por el corazón de los núcleos poblados. En lo referente al primer caso, tales disposiciones existen en nuestro medio, no así en lo que atañe al segundo. En algunas ciudades europeas, por extrema necesidad, se ha permitido el tránsito de vehículos a petróleo, procurando que la circulación se realice, lo menos posible, en los sectores de mayor concentración popular.

Nuestro lector opina, por eso, en vista de que el cáncer pulmonar ha aumentado considerablemente, que “es un deber imperativo de las autoridades municipales dictar urgentes y severas disposiciones con respecto al tránsito de vehículos a petróleo, porque ello va en resguardo de nuestro capital humano”. Si lo que expone es verdadero, si en realidad está probado que el hollín de escape de la combustión del hidrocarburo es un agente cancerígeno, no cabe la menor duda de que se imponen las medidas que reclama nuestro espontáneo colaborador. Y no es inoportuno pedir dicha legislación durante estas fechas en que la Liga Peruana de Lucha contra el Cáncer realiza tan activa campaña en favor de su noble causa. Cualquier esfuerzo que se escatime en relación con objetivos tan loables, será lamentable, y si los automotores son sospechosos de distribuir la fatal substancia, se torna imperativo establecer un control sobre ellos. La meta de la batalla que se libra contra el cáncer es desterrarlo definitivamente y obtener que, a la postre, nadie caiga en sus implacables garras.

La Prensa, 17 de junio de 1955, p. 8.

Ómnibus y horarios

Varios accidentes de tránsito —uno de los cuales, el de la avenida Venezuela, dejó un catastrófico saldo mortal— dieron a la semana pasada un carácter penosamente trágico. Las autoridades, alarmadas al fin, parece que han de reaccionar en el sentido de establecer medidas más eficaces para evitar que Lima se convierta en el centro del más peligroso movimiento urbano, tal como amenaza, si las cosas siguen como están, transformarse a corto plazo. Conviene, entonces, llamar la atención a dichas autoridades en lo que respecta a ciertos aspectos de la circulación que, por razones ocultas, persisten como secretos orígenes del alto índice de choque y atropellos que registra nuestra capital.

Uno de esos puntos es el que atañe a los horarios fijados por las empresas para el cumplimiento de los itinerarios de los ómnibus que realizan el servicio de transporte de pasajeros dentro de la ciudad y desde ella hacia los alrededores. Según las declaraciones de Jacinto Vásquez Taza, chofer del vehículo público que se estrellara en la avenida Venezuela, la velocidad que frecuentemente llevan esos ómnibus es indispensable “para recobrar los minutos que a veces perdemos en el recorrido dentro de la ciudad”. Y añade: “Cuando concluimos una vuelta completa, la empresa nos da 18 minutos de descanso obligatoriamente, pero sin embargo, cuando llegamos atrasados, nos disminuyen el tiempo que nos toca de reposo”. Un atraso mayor significa no solo esa pérdida del justo descanso sino sanciones más duras como la multa y la suspensión. ¿Quién ha aprobado estos horarios y estos castigos? Suponemos que la Dirección General de Tránsito, precisamente el organismo encargado de velar por la seguridad del público que usa de tales medios de transporte. A juzgar por las informaciones que han sido procuradas a este cronista, una línea como la que une Chorrillos y

Lima debe cumplir su ruta en un tiempo apenas mayor que una hora. Eso es no solo absurdo, sino sencillamente imposible.

¿Al servicio de quién está la Dirección General de Tránsito? ¿De las empresas o de los ciudadanos? Porque se explica que el afán de lucro lleve a los propietarios de las compañías de ómnibus a poner plazos tan cortos para recorridos grandes y dificultosos, pero resulta inexplicable que las autoridades permitan desatinos semejantes y den su visto bueno a propósitos que solo tienen en cuenta el interés particular, poniéndolo por sobre el de la colectividad. Baste eso, para no comentar el insólito hecho de que las empresas premien a los servidores que admiten en los vehículos mayor número de pasajeros que el señalado por la reglamentación.

Al determinar la culpabilidad que a cada cual cabe en esta triste situación, no hay que olvidar a los propietarios y a las autoridades que parecen hacerles el juego. No se puede permitir que se logren fortunas exponiendo la vida ajena, pues ello significa que estamos en un mundo donde el dinero lo justifica todo.

La Prensa, 4 de julio de 1955, p. 10.

Heladería, tránsito, reglamento

Mientras, por un lado, se nos promete que una de las preocupaciones municipales más constantes es la de contribuir en la mejor medida a la solución de los problemas del tránsito, especialmente en las arterias que unen los diversos distritos con el centro, la comuna se empeña en complicarse y complicarnos autorizando la apertura en plena avenida Arequipa —en la octava cuadra, punto de gran tránsito— de un establecimiento comercial para nada menos que cuatrocientos automóviles. Según se ha informado, ya se están levantando las estructuras de este local y, por ende, cada día que transcurre se hace más difícil impedir su funcionamiento. Apenas a cien metros del cruce con Alejandro Tirado, donde la afluencia de vehículos es tanta que alguna vez se señaló la necesidad de colocar ahí un “paso a desnivel”, ese bar multiplicará los problemas, o sea, multiplicará las demoras, las dificultades, los peligros y los accidentes.

¿Y el reglamento? Sobre esta cuestión gira el comentario general. Se supone que existe un conjunto de normas que prohíbe el establecimiento de locales comerciales en la avenida Arequipa, justamente considerada como residencial, y al respecto se recuerda que la apertura de un grifo de combustible fue en cierta ocasión tema de largo debate y objeto de excepción especial. La heladería de la octava cuadra ha comenzado a surgir de la noche a la mañana, sin que ni siquiera los vecinos fueran enterados de ello con anticipación. Para colmo de irregularidades, en el terreno donde se están llevando a cabo los trabajos figura el cartel profesional de un concejal del municipio limeño, persona que no puede desconocer las reglamentaciones vigentes y que como miembro de la comunidad debe estar interesado fundamentalmente en la campaña que por aliviar la congestión del tránsito dice que viene librando esa corporación. Allí, cerca de ese cruce, hay un cine y pocos metros más allá se está construyendo otro. La heladería y las

dos salas de espectáculos contribuirán a que el movimiento automovilístico semeje en dicha zona el caos mismo y dé pábulo a toda clase de conflictos, aun los más catastróficos.

En realidad, lo que sucede es que la municipalidad no ha encarado la situación del tránsito con un criterio técnico. Todo es fruto de la improvisación y resultado de una terapéutica —así podemos llamarla— casera y empírica. Se explica de este modo que mientras se piensa remodelar la avenida Arequipa para hacer el desplazamiento de autos y ómnibus más fluido y perfecto, se coloquen en ella obstáculos tan notorios, especie de zancadillas destinadas a echar por tierra todas las medidas que se adopten en pro de la solución de dichos problemas urbanos. No se mira el caso como una totalidad y con visión del futuro. Si no, que lo diga el “paso a desnivel” de Javier Prado, cuyos inconvenientes han comenzado a evidenciarse sin disimulos.

Los clientes del bar serán atendidos sin necesidad de que tengan que descender de su coche; al lado de aquel se abrirá un parque infantil; la capacidad del establecimiento será excepcional, etc. Todo esto se anuncia con entusiasta espíritu comercial. Pero tales atractivos no serán, ahí donde estarán colocados, otra cosa que complicaciones. El reglamento respectivo debe fundamentar bien el dispositivo que prohíbe la localización de negocios de esta índole en la avenida Arequipa, no solo porque en una arteria residencial tal tipo de tiendas es contraproducente para la unidad urbanística, sino porque crea un foco de riesgo en el profuso movimiento automovilístico. Y si tal reglamento, como se dice, ha sido derogado, cabe preguntarle al municipio por qué ello no se ha hecho público y no ha sido debatido democráticamente.

La Prensa, 19 de setiembre de 1955, p. 8.

Bicicletas, herramientas decomisadas

En un matutino local, bajo el epígrafe de “Medida para evitar congestión en avenidas”, aparece una fotografía que dice muchas cosas, algunas, si rastreamos hondo, hasta dramáticas. Se ve en aquel grabado una perspectiva de la avenida Abancay en tanto circulan por ella dos ómnibus y dos automóviles. En el centro de esa arteria se distinguen dos policías de tránsito. Y en primer plano, en el centro de la placa, un hacinamiento de bicicletas. Según se lee en el pie de la ilustración, esas y otras bicicletas fueron retenidas por los custodios del orden “en virtud de una disposición emanada por (sic) la Dirección de Tránsito para facilitar el desplazamiento de vehículos motorizados y evitar la congestión en las avenidas de intensa circulación, prohibiendo que los ciclistas circulen por ahí”.

Prescindamos de la horrible redacción de la leyenda y reflexionemos sobre la disposición de la Dirección General de Tránsito, preocupada, a lo que parece, por el feliz desplazamiento solo de los vehículos motorizados. Los dueños de las bicicletas decomisadas, ¿eran acaso gentes que circulaban por las zonas céntricas de la ciudad por el mero placer de hacer ejercicio físico? Eran, sin duda, trabajadores, empleados, servidores que cumplían una tarea remunerada. Las bicicletas son algo más que artefactos de distracción: son, ante todo, una herramienta. Y los que recorren los sectores urbanos manejándolas lo hacen, en su gran mayoría, desempeñando labores de diversa índole: mensajeros, repartidores, vendedores, etc.

¿Que los ciclistas son generalmente imprudentes? Quizá es cierto. Pero no se soluciona el problema con medidas prohibitivas, dignas de los sistemas totalitarios. Si se organizara un registro de ciclistas, se expidiera normalmente, previo examen, un brevete adecuado y se ejerciera un estricto control del cumplimiento de las normas de las leyes de tránsito por los que conducen

esta clase de vehículos, no habría necesidad de hacer estas injustas batidas que perjudican a gentes humildes y las despojan de un medio de sustento fundamental para su vida. En Europa y gran parte de América la bicicleta está muy difundida y la usan para desplazarse los obreros, los escolares, los profesionales, los sacerdotes, sin que acontezcan accidentes espeluznantes.

Alguien argumentará que allí hay disciplina. Tal vez, pero la indisciplina se cura imponiendo la disciplina y no reteniendo las bicicletas. Reglas claras y sanciones justas para cada infracción habitúan a los ciudadanos a ser sensatos. Así como no se cura el homicidio como mal social suprimiendo las armas, o no se impiden las catástrofes aéreas poniendo fuera de la ley a la aviación, los problemas de la congestión en las avenidas no se remedian haciendo víctimas de una sanción drástica a los menos validos. Por el contrario, hay que difundir entre nosotros el uso de la bicicleta como sencillo y barato sistema de transporte, pero sobre la base de una reglamentación precisa y eficaz. La disciplina se aprende y no somos los peruanos, como algunos lo piensan, un pueblo incapaz de existir dentro de un clima de consideración mutua, de respeto y organización. Eso es también la democracia.

La foto que origina esta nota, que lleva aquel singular encabezamiento y aquella no menos peculiar leyenda, ofrece a la vista la avenida Abancay casi vacía. ¿Se quiere decir con ello que fue descongestionado el tránsito gracias a la supresión de las bicicletas? No lo creemos, sinceramente. Fueron llevadas al depósito sin más trámite y ahí guardadas. Nadie pensó que se trataba de herramientas, de útiles, de instrumentos de trabajo, cuya falta en muchos casos significará una cruenta penuria económica.

La Prensa, 11 de enero de 1956, p. 8.

Una ruta urbana y el ornato

En toda ciudad hay ciertos itinerarios que por ser camino obligado hacia los lugares más pintorescos —y, por ende, más concurridos— son mantenidos en el mejor de los estados. Se trata de lo que podemos llamar la cara de la ciudad, la parte a la intemperie que más ven los demás, y los demás, en lo que aliño urbano se refiere, son los forasteros, los turistas. En Lima, una de esas rutas es la que conduce a la Plaza de Toros. Si las autoridades edilicias ponen atención en ella se darán cuenta de que la higiene y el ornato andan por ahí más mal que bien. Y si no, veamos.

Si el caminante toma por el Puente de Piedra y sigue por la avenida de Acho —la sección menos simpática de la vía— se da con una plazuelita en la que los munícipes del Rímac han autorizado una decoración de piedras pintadas de colores que realmente es una excelencia de mal gusto. Más allá, y frente al edificio de la municipalidad distrital, la suciedad es algo que resulta difícil disimular a los ojos del extranjero, pues el descuido de las áreas de césped repercute en las veredas con polvo y tierra que atentan contra la limpieza e inclusive la salud de los transeúntes.

La otra vía, la del Puente de Balta, es más pintoresca, tiene sin duda más sabor, y tal vez por eso es la menos favorecida por la preocupación edilicia. Desde la Plaza del Congreso, en donde las escaleras hacen las veces de mingitorios públicos, la cosa es fea. La calle San Ildefonso, que posee un tradicional aire popular, tiene las veredas rotas, llenas de huecos, y es la más cabal expresión del abandono en que se hallan algunos trozos de la Lima vieja. El paso del puente de esa zona es memorable, ya que el río se ha convertido en basural o pudridero, no se sabe bien, y emanan de él olores que no son precisamente estimulantes. Prescindamos, para no

abrumar, de la visión que ofrecen Cantagallo y la orilla derecha de nuestro aprendiz de río.

Y sin embargo, durante esta época, la Plaza de Toros es el centro del interés público y turístico, y gran parte de los extranjeros que acuden a las corridas —como es muy fácil comprobarlo— prefieren ir al espectáculo a pie, para conocer, como es lógico, el ambiente que rodea la fiesta en nuestra capital, para apreciar el mundo populoso que rodea al viejo circo de Amat. Nada costaría poner verde donde lo falta, impedir que se arrojen desperdicios por el pretil de los puentes, reparar las aceras y barrer prolijamente los lugares por donde la multitud debe transitar. Siempre y cuando, claro está, no se considere la falta de higiene y de decoración como elementos integrantes de la fiesta taurina y, en consecuencia, como gracia de la ciudad. Lo que no es probable que nadie sostenga.

La Prensa, 12 de noviembre de 1957, p. 8.

Un mito criollo: el automóvil

Ha habido en la Cámara, con motivo del escándalo de las importaciones de automóviles libres de gravámenes por senadores y diputados, quien ha hablado del grado de prestancia que brinda un vehículo lujoso a quien lo posee. Se ha unido así la idea de la importancia de la función parlamentaria —importancia que radica en la tarea legislativa y su sentido fundamentalmente democrático— con el concepto frívolo y vano de la ostentación. Grave confusión en hombres en los que el país ha confiado la misión de elaborar las leyes y procurar con ellas el bienestar de la ciudadanía. El fenómeno tiene, sin embargo, una explicación más singular que la del mero abuso del poder que entraña, pues no es nueva en el país la exaltación de las cosas ornamentales en desmedro de las menos estrepitosas y que verdaderamente trascienden. Responde todo esto a la vigencia creciente de un mito criollo: el mito del automóvil. Terrible fantasía si se piensa que hay quienes sacrifican cuerpo y espíritu a ella, en una especie de holocausto material, de sacrificio votivo ante el ara de la malhadada dignidad puramente aparential.

Nuestra juventud —no lo olvidemos— está siendo educada en la mentira lamentable de que todo lo bueno proviene del dinero. Está siendo formada en el embuste de que ser pobre o modesto es lo que todo ser, por cualquier medio, debe evitar u ocultar. La representación de la riqueza ha llegado a ser, antes que nada, un automóvil, un automóvil de lujo. No un aparato más o menos eficaz, con cuatro ruedas, que lo traslade a uno de un lado a otro, sino la ambición rastacuera de un gran carro, con muchos cromos y luces, con muchos detalles técnicos, con muchas llavecitas y botones, que circule ostensiblemente por las calles aunque quien lo maneje no venga de ninguna parte ni vaya a algún lugar determinado. No importa —es curioso— el traje, pues bastan una camisa y un *blue-jean*; no importa la casa, que puede ser

incómoda o discreta; no importa la comida, que puede reducirse a lo mínimo, con tal de que mantenga en pie. Lo que interesa principalmente es tener un automóvil de último modelo que esté lo más cerca posible de aquel Cadillac de oro macizo que la caricatura del mito ha trazado con brillante ironía.

Se está educando a la juventud en este criterio. No son los maestros, por supuesto, los culpables de tan absurdo programa moral, ya que su situación económica —que los diputados, a propósito, debieran contemplar— no les permite proclamar semejante ideal, sino los padres y mayores. Es el ejemplo de los adultos el que dicta esa corruptora lección cada día y a cada paso. El episodio de los parlamentarios que importaron carros libres de impuestos es una muestra de qué clase de arquetipos se le proponen al país, a los jóvenes, en esta época de desorientación. Si se acuerda que el automóvil de lujo da prestancia, si se dice con toda desfachatez que la ejecutoria no reside y proviene del cargo, la capacidad, el civismo, la preocupación por la patria y su porvenir, sino de la dimensión del vehículo que se usa para desplazarse, de su precio y su marca, estamos diciendo a voz en cuello, para que no quede la menor duda, que nos importa un rábano ser buenos médicos, ingenieros, políticos, profesores, empleados, etc. La verdad es que la superioridad se mide por el auto, aunque quien lo posea sea un burro parlante.

Algún sociólogo debería estudiar el arraigo de este mito tan ridículo porque sus ocultos resortes nos han de manifestar una falla espiritual cuyo remedio quizá comporte un beneficio moral para el país presente y, por cierto, para el país futuro. No puede mirarse sin inquietud que los dirigentes de una nación nueva, donde todo está por hacer, renieguen de su legítima labor exclusivamente para revestir su persona física con algo así como un adorno rechinante, despreciando la auténtica prestancia de la investidura porque no tiene una bocina ruidosa que campee en la estridencia de la ciudad. Esa enfermedad social comienza a adquirir caracteres alarmantes y cuando los vicios se tornan falsas virtudes es que ha llegado la hora de la curación.

La Prensa, 9 de setiembre de 1958, p. 10.

Los criminales del tránsito

En verdad, Lima debe ser una de las ciudades donde el tránsito urbano es más caótico y, por ende, más riesgoso. La autoridad respectiva ha resultado impotente para impedir que calles, avenidas y plazas sean aquí el reino de la prepotencia y la arbitrariedad de unos cuantos. A los infernales ruidos callejeros —especialmente de las bocinas, que ciertos sádicos manejan como una terrible arma psicológica— se añade el desorden en el desplazamiento, la burla de las disposiciones y reglas, la imposición de privilegios ante la vigilancia policial, la violencia y la agresión desatadas sin respeto a los demás. El tránsito es una imagen de la moral colectiva, del alma nacional, y no es esta una afirmación apocalíptica, como podría parecer. Cualquier persona sensata que haya viajado a las horas de mayor congestión por el perímetro más agitado de la ciudad sabe que las pistas son escenarios de más de un caso demencial. Con licencia para conducir, circulan en Lima innumerables locos y desequilibrados, cuando no seres poseídos por un complejo de inferioridad, al que compensan o subliman haciendo privar su voluntad y su capricho. Las normas son para los tontos, los tímidos, los abúlicos, según el criterio del intolerante que tiene un timón entre las manos.

El fenómeno obedece a diversas razones. De un lado, incultura. Es inculto, aunque tenga instrucción secundaria, lleve cuello duro y terno de casimir inglés, el tipo que por ganar unos minutos se lanza como un rayo a través de los semáforos, amenazando la vida de sus semejantes. También hay crisis de la autoridad. El engréido que ante un pitazo policial fuga porque sabe que no pagará la papeleta puesto que es influyente, o el que espeta al guardián del orden la frasecita de “Yo soy esto y aquello, hijo de fulano o jefe de tal repartición”, o el que amparado por el poder del dinero y el apellido insulta y hasta agrede a quien vigila la disciplina civil,

es un disociador, pues rompe la organización de la sociedad e introduce, como un petardista cualquiera, la anarquía. Merece una pena tanto por la infracción que comete cuanto por su rebeldía. Existe, asimismo, incapacidad de parte de los técnicos a quienes corresponde regular este aspecto de la coexistencia social. Planes descabellados, que no nacen de un estudio meditado y completo, reemplazan periódicamente a otros planes descabellados. A la postre, se sabe siempre que toda medida es provisional.

Los accidentes continúan produciéndose. Tal vez el secreto de todo radique, como viene sosteniendo en su tenaz campaña radial Benjamín Núñez Bravo, en que no se ha diferenciado hasta ahora, en la nomenclatura y la calificación de los hechos, accidentes de tránsito y crímenes de tránsito. Muy distinto es aquel que choca por causa de una falla mecánica, un error en la conducción, una distracción o una causa imprevisible y fortuita, que el que provoca la catástrofe porque cree que la luz roja no rige con su persona y su vehículo, porque le molesta que la velocidad se limite a cuarentaicinco kilómetros por hora o porque se considera un as del volante que tiene que sobrepasar, cueste lo que costare, a todos los aparentes competidores de la carrera urbana. Este último es un delincuente y contra él se están levantando en todo el mundo —Hoover, en los Estados Unidos, ha pedido sanciones drásticas para él y sus desmanes— voces de protesta. Se trata de un tipo mental característico de nuestra época.

El cronista ha leído en alguna parte una anécdota del gran piloto argentino Juan Fangio. Yendo de paseo por una carretera, acompañado de su familia, y puesto, como es lógico, al volante, un pichiruchi con vocación de criminal de tránsito lo urgió a bocinazos para que acelerara, pues el auto del campeón mundial le impedía ir a mayor velocidad que la permitida por la ley. Fangio no aceleró. Alguien, que iba con él, le preguntó por qué no le daba una lección al impertinente. La respuesta es toda una sentencia: “Yo no pongo en peligro mi vida en un automóvil”. El caos del tránsito limeño y los riesgos que entraña están determinados por la presencia de estas gentes que confunden la calle con una pista de pruebas automovilísticas. Los trofeos, como bien lo sabemos, son sangrientos.

La Prensa, 16 de enero de 1959, p. 10.

La mujer, los taxis y la lógica

La época en que las voluntariosas sufragistas inglesas salieron a la calle a reclamar idénticos derechos cívicos que los hombres pasó hace mucho tiempo. Las mujeres han conquistado la condición ciudadana con toda plenitud y nadie, a menos que sea un cavernícola sin remedio, es capaz hoy de discutírsela. Las razones que esgrimieron las dirigentes del movimiento feminista eran indiscutibles, aunque la caricatura de tales revolucionarias hiciera, en su momento, reír a Chesterton y a algún otro humorista. Ahora nos parece incontestable que la mujer no es, de ninguna manera, un adorno ni una sierva cuya vida se limita al hogar. Está en todas partes, participa de todas las inquietudes, sobresale en todos los campos. Que a las líderes de aquella cruzada las asistía la verdad, lo demuestra contundentemente el éxito de la mujer en la política, en las profesiones, en la técnica, en la ciencia, en el arte. La contribución femenina en todos esos terrenos ha sido notable, y el hombre ha ganado una eficaz colaboradora en la lucha por obtener el bienestar y la paz.

De ahí que sea difícil imaginar qué armas lógicas —aparte de la presión intimidatoria— han empleado el Sindicato y la Federación de Choferes de Lima para rechazar la dación del nuevo reglamento para la expedición de brevets automovilísticos, en el cual se autorizaba el ejercicio de dicho oficio por las mujeres. Según información publicada ayer, el director de Tránsito ha declarado que el proyecto aludido ha sido “encarpetado” debido a que las dos instituciones gremiales arriba mencionadas se han opuesto a él. Es decir, se han opuesto a que se produzca la competencia femenina en ese trabajo, en el que los hombres brillan, salvo excepciones, como temerarios, imprudentes, inserviciales y hasta agresivos. ¿Por qué? Se puede intentar explicar la posición de los choferes, no por otra cosa que por conveniencia. Chesterton, que era enemigo del ascenso de la mujer a las actividades

tradicionalmente masculinas —desde el parlamentarismo hasta la técnica fabril—, opinaba que la negativa debía basarse en el peligro que representaba la habilidad femenina, mucho mayor que la del sexo contrario, por su nato realismo y aplicación, los que, a la postre, terminarían desplazando al varón de los puestos claves de la vida social. Pensaba el escritor inglés que la mujer, por su propia naturaleza, es más práctica y responsable que el hombre, y que al cabo de algún tiempo, por causa de la simple gravitación de mejores facultades, ella habría barrido para sí con todos los escaños de las cámaras, con todos los ministerios, con todos los directorios, con todas las gerencias, etc. En suma, el matriarcado de nuevo. Si los dirigentes del Sindicato y la Federación de Choferes han razonado “chestertonianamente”, es de temer que su triunfo de hoy no sea sino pasajero.

Ellas volverán. Y tomarán, algún día, los volantes de los coches de alquiler. Es posible asegurar que, entonces, los servicios mejorarán enormemente, tanto en lo que atañe a la eficacia en la conducción cuanto en lo que se refiere a tratamiento personal del cliente. Pero esto no es lo importante. Lo importante está en la posición retardataria que significa cerrar las puertas de un digno *modus vivendi* para las mujeres, imponiéndose dictatorialmente —pues eso es la dictadura, el reino de la arbitrariedad y el capricho irracional— a una aspiración justa. ¿Por qué si nuestra Constitución acuerda a la mujer el voto y el derecho a ser elegida, no va a poder ser chofer de taxi? ¿Por qué si hay en el país mujeres que manejan la cosa pública, no va a haber mujeres en el volante ganándose así la vida? ¿Por qué si hay médicas, abogadas, arquitectas, secretarias, empleadas, obreras, etc., se va a impedir al sexo bello —que no débil— manejar un automóvil como medio de vida? Es incoherente. Y es de temer que sea esa incoherencia la que presida el discurso de los dirigentes que han obligado a la Dirección de Tránsito a enviar el proyecto del nuevo reglamento a dormir el sueño de los justos. Lo cual los desautorizaría para todo, inclusive para tener un brevete de taxista. Salvo que la negativa a aceptar esa nueva norma se base en otras razones, no en la que considera incapaz a la mujer para asumir un oficio honesto, necesario y, por lo general, económicamente bien remunerado.

La Prensa, 9 de abril de 1959, p. 12.

Cirugía, pero no plástica

Si nos preguntamos desde cuándo nuestras autoridades de gobierno y municipio están experimentando sistemas que alivien la embolia del tránsito vehicular en Lima y si tratamos de rememorar las veces que dichos experimentos han fracasado rotundamente, nos perdemos en una penumbra de la memoria. Lima, aprendiz de ciudad, se manifiesta como centro urbano pero solo en lo que atañe a sus defectos, en la ineficacia y hasta la demencia de sus servicios. De otro lado, sigue siendo la aldea con su tempo provinciano, sus pequeñeces pueriles, su estrechez de horizonte vital y su diseminada y multitudinaria pobreza, esa es la verdad. Lo que ocurre con el desplazamiento vehicular, con su delirio embotellado (es mejor decirlo así), ilustra bien por qué todo remedio resulta inocuo y cómo los sinapismos se caen de fríos y la infección se agudiza. Y es que la infección no se cura con parches milagrosos.

A ojo de buen cubero —ya que diariamente uno es testigo de la procesión desde la boca del embudo hasta el exiguo recipiente, y también de las colisiones grandes y pequeñas que dramatizan calles y avenidas, y no hay por qué acudir a estadísticas— se trata de un problema matemático que no requiere de una mente einsteniana para descubrir que solo pide simples soluciones matemáticas. Se tiene que colocar diariamente, dos veces por jornada, un determinado número de vehículos en un espacio que no solo carece de acceso funcional sino que, además, es infinitamente inferior al área que cubren, una junto a otra, las unidades rodantes aludidas. Entonces, la medida que se impone, para resolver la charada, es una sola con dos caras: o se reduce la cantidad de vehículos o se amplía el espacio que estos deben ocupar. O sea, o la prohibición o la demolición.

Claro que a lo uno, los afectados (y ya sabemos que aquí las autoridades dicen: “se hace esto”, y la entidad X, Y o Z contesta: “no se hace”,

¡y no se hace!) responderán que se mella la libertad individual y otras libertades más que ya se encargarán los abogados de encontrar, tácitas, en la Constitución, y a lo otro, los otros afectados contestarán que la tradición, las callejuelas, la propiedad, etc., sufrirán vejamen con la apertura de nuevas avenidas rectas o circunvaladas. Hay dos ejemplos frescos de ambos premiosos alegatos: los viejos, resoplantes tranvías siguen actuando de tortugas y travesaños urbanos; las presumibles avenidas Camaná y Cusco-Arequipa se hacen a un ritmo tan lento que tal vez nuestros nietos alcancen, en su vejez, a asistir a su inauguración.

En resumen, las maneras ejecutivas y verdaderamente eficaces —aunque estén erradas— de actuar frente a los problemas de la ciudad no son nunca emprendidas. Se opta por la ordenanza, que un día termina olvidada en un archivo y solo sirve de apoyatura a un artículo ocasional como este, tal cual sucede con la del estacionamiento en las “zonas rígidas”, con la de la ensordecedora bocina y con la de la “velocidad máxima”, aparte de esas otras variedades citadinas de los “rompemuelles” y los baches que dependen, para ser respectivamente situados o suprimidos, de la influencia de un vecino ilustre o de un huésped internacional. Lima recibe la gran migración provinciana y su población de suyo crece, y sus calles siguen siendo exclusivas para esas carrozas que Mérimée evocó en su sainete perricholesco. La Dirección General de Tránsito y los municipios continuarán con sus aspirinas de semáforo y flechas blancas, y los defectos de la urbe babilónica seguirán sofocando a la aldea, mientras la aldea raquítica persiste exánime bajo el cáncer babilónico. Es lo que se llama un monstruo, pero enfermo...

La infección es, en este caso, la misma que afecta toda la estructura social, no lo olvidemos. Si las autoridades de gobierno y municipio pensarán en ello tal vez comenzaran a ver claro. No hay lugar aquí ahora para referirse a este origen, pero la linda Lima —como la piropeó el general De Gaulle— necesita una operación no precisamente de cirugía plástica.

Oiga, n.º 94, 1 de octubre de 1964, p. 10.

El automóvil en su sitio

El automóvil es, en principio, una herramienta. Pero sufrimos de un mal: en Lima, por lo que se ve, hay muchas de estas herramientas ociosas. Nadie osará negar que el auto se ha convertido en un mito: tener carro es ser algo, alguien, aunque se use nada más que para recorrer las calles perezosa, inútilmente. Eso no está, en principio, mal, en tanto no cause daño, aunque la verdad es que los dolores de cabeza del director de Tránsito se originan en la congestión y en esta no todos los vehículos que las provocan van y vienen por perentoria obligación del trabajo. Nada digamos de los accidentes, causados unos por la negligencia y otros por la neurosis que causa la negligencia. Pero el tema de esta nota no es el tránsito urbano, rompecabezas que no se lo regalaría nadie ni a su peor enemigo. El asunto es el mito automovilístico, que en nuestra ciudad es descomunal.

Sé de un abnegado joven con prestigio de inteligente y valioso que decidió cambiar un pesado modelo norteamericano de algunos años atrás por dos pequeños carros europeos, combinación que le permitía, a más de movilizarse y estacionarse con facilidad en el centro infernal de Lima, tener uno para su uso y otro para uso de su familia. Un cliente, al poco tiempo de realizada la operación mencionada, le solicitó una entrevista. En pocas palabras le expuso lo siguiente: “Doctor, estoy contento con sus servicios, es usted hábil y me conviene, pero lamentablemente yo no puedo tener un abogado cuyo prestigio está en contradicción con el auto que tiene. Ese carrito en el que anda ahora no es para un hombre de su importancia...” El amigo de la historia tuvo que volver al autazo de muchos cromos, muchas colas, mucha ostentación y mucho consumo de gasolina, para conservar su clientela. El apólogo es ilustrativo. “Dime qué carro tienes —parece pensar la gente de esta ciudad— y te diré quién eres”, pues basta lucir el modelo más caro y elegante para adquirir un rango que los méritos personales no

otorgan. Lo peor es que esta anómala concepción del mundo está siendo transmitida a los jóvenes y a los niños, y que tal como van las cosas los fabulosos proyectos de avenidas aéreas que el amigo Aramburú Menchaca postula van a ser el único remedio para el vértigo vehicular venidero.

Ahora bien, hay un aspecto en este delirio que no es menos grave que los relativos al incremento del caos urbano y al del trastrueque de valores señalados como su consecuencia. Es que un enorme porcentaje de la población —precisamente quienes ejercen dirigencia en el poder, la empresa y la comunidad en general— se desplaza de un lado a otro, envuelto en la escafandra automovilística, existe en la retorta del carro como seres que solo ven la ciudad desde las ventanas de los despachos y de los vehículos como paisajes que circulan por pantallas parecidas a las de la ficción. De ahí a divorciarse de la realidad colectiva, del hervidero múltiple de la comunidad, de los problemas que en su vida pública vive el mayoritario peatón hay un paso. Sabrán estos dirigentes dónde hay un bache, pero no dónde la multitud se resigna al maltrato; sabrán cuáles son las calles más difíciles de recorrer, pero no dónde se agravia la dignidad, se burla la ley, se mortifica la libertad, se desdeña el respeto a la persona. El universo ideal será aquel que solo puede soñar un loco: anchas vías fluidas y tersas, semáforos siempre verdes, parques donde nunca falta un espacio esperando al propio carro. Y nada más, porque el resto, árboles, hombres, flores, cafés, mercados, animales, luces, todo, será pura literatura de parabrisas.

El auto a su lugar: herramienta primero que nada. Gide decía que no era enemigo del orden, como lo acusaban, sino que no soportaba que se dijera “¡no se mueva nada!” cuando nada estaba en su sitio. Es lo que sostengo aquí.

Oiga, n.º 111, 4 de febrero de 1965, p. 12.

VI

Usos y costumbres

“Jironear”

Infinitivo nostrísimo —valga la expresión— “jironear” equivale a ir y venir gratuitamente por nuestras cuatro calles principales, sin destino, dando recreo a la vista y derrochando tiempo en el tiempo. Un cronista de la *Lima que se va* ha escrito en un diario local, hace apenas unos días, sobre lo que para él era el verdadero encanto del Jirón de la Unión: su condición de *living* familiar, de lugar de citas amicales y de tertulias íntimas en que personajes domésticos, conocidos de todos, lucían su dandismo o su gracia personal, su inteligencia o su elegancia. Melancólicamente ha recordado el periodista que hace cuarenta años el jirón por antonomasia era apacible, quieto, amable, sin tráfago ni ruido. Hoy, por el contrario, esta estrecha arteria impulsa una multitud apresurada, a la cual acechan vendedores, buhoneros, gentes imprecisas y toda ralea de seres impertinentes.

Los tiempos han cambiado —cambiar es la esencia misma de los tiempos— y puede parodiarse hoy a Heráclito diciendo que no se pasea uno dos veces por el mismo Jirón de la Unión. Porque esa arteria refleja, como un espejo, la evolución misma de la ciudad. Ayer, cuando la aldea vivía al compás hogareño, cuando Lima era la villa de unos cuantos nombres y apellidos, en el Jirón de la Unión eran esos nombres y esos apellidos como su decoración cotidiana, su lujo diario. Hoy, que Lima es ciudad, abigarrada y palpitante como cualquiera de otra latitud, se entremezclan en el Jirón de la Unión los rostros borrosos de la muchedumbre que la habita, y también ahí aflora la urgencia de subsistir que la anima y urge.

Prolifera entre nosotros una literatura *saudosa* —de morriña, se puede decir también— que lamenta los tiempos idos y protesta contra el modo de vida contemporáneo. En todas las literaturas ha habido ese género y no otra cosa expresan aquellos versos de Manrique que dicen que “cualquiera

tiempo pasado fue mejor”, pero parece que aquí la cosa amenaza con prolongarse. Habría que pedir el advenimiento de los escritores que canten la *Lima que se viene*, esa que a nosotros los jóvenes nos gusta porque hace de la ciudad un nuevo reducto de la humanidad que es anónima, oscura, innumerable y múltiple.

Hoy se “jironea” de un modo diferente de como se jironeaba ayer, eso es todo. Antaño se venía al centro a buscar la mano amiga, la palabra cordial, fraterna del conocido, del pariente, del prójimo incluso. Hogaño se viene al centro a auscultar, desde lejos a través de miradas, gestos o ademanes, el corazón desconocido de esa población innominada que busca y no encuentra, o que cuando encuentra es tarde ya para colmar sus anhelos. El verbo pervive, pero se transforma su contenido como se transforma el espíritu mismo de la ciudad.

La Prensa, 15 de enero de 1953, p. 6.

El café

El café, decía Unamuno, es la única universidad popular de España, y sin duda estaba en lo cierto. Ahí, en las peñas, los hombres de letras de la península establecieron verdaderos ateneos donde la conversación, el cotejo de las ideas e incluso la disputa dieron origen a más de un libro notable y justamente famoso. La conversación es un arte —un arte de palabras y silencios— que consiste en hablar y escuchar, en ser oído y en saber oír. Si se sabe conversar, se sabe enseñar y aprender. Y como en el arte del prestidigitador, el buen conversador debe sacar del sombrero cosas insólitas, conejos y pañuelos, sin mostrar (porque el truco es para uno) el secreto del juego. Los demás deben tratar, por su parte, de desentrañar el enigma. De esa habilidad de uno y de esa atención de los otros brotan las lecciones.

Pero el café tiene sus detractores. Hay quienes dicen, con un criterio egoísta, que allí se derrocha el ingenio y se prodiga gratuita e inútilmente la inteligencia. Que por brillar, los hombres de café, queman su mejor fuego. Eso es cuestión de cantidades. El que tiene grandes rentas, puede gastar dinero a espuertas, así como el que tiene talento puede dedicar parte de él, sin descuidar por ello sus propios negocios intelectuales, una porción en homenaje a la amistad.

El café no solo es tribuna para el pensamiento, sino que resulta, a veces, despacho burocrático. Hay quienes sobre una mesa concluyen sus finanzas y realizan grandes operaciones bursátiles. Y, en otros casos, en el café, meditando, se resuelven problemas personales de difícil trama. Muchos poetas han escrito en el café y muchos artistas han sido iluminados por la inspiración en la atmósfera ruidosa y humeante de esos locales.

Lima ha perdido —o está perdiendo— los cafés. La gente ya no tiene el hábito de esa reunión vespertina, y prefiere en cambio las salas de cine o,

simplemente, la casa, a la cita amical de la peña. Proliferan las salas de té o los bares de tipo americano, donde el asunto está en engullir y levantarse del asiento porque otros esperan el turno. Está a punto de desaparecer esa parasitaria y simpática fauna que se repantigaba en torno a la mesa y platicaba allí de política, de literatura, de ciencia o, sencillamente, de deportes. Quizá eso es lo que determinan los tiempos que corren y quizá, también, sea imposible remediarlo. Aquí anoto un hecho, nada más, sin quejarme ni condolerme.

Porque entre las múltiples atracciones del café —charla, amistad, verificación de noticias y hechos, relación social diaria, etc.— está la que me parece mejor de ellas: el café, la taza de esa bebida que, cuando es buena, espesa, y dulce y amarga al mismo tiempo, es lo más sabroso que ha dado la naturaleza al hombre.

La Prensa, 24 de enero de 1953, p. 6.

Volver al circo

Siempre que vamos al circo —siempre que volvemos, es más propio decir—, esperamos ver renovado ese acto maravilloso que allá en la infancia nos deslumbraba los ojos y encandilaba nuestra imaginación. Alentamos secretamente, tras ese porte de adulto cuya dignidad es precisamente su crédito, ver fracturado de pronto el misterio, rotas las ataduras de la edad y la función, expedito el camino hacia la primera inocencia. Nos disponemos a asistir a un milagro, pues se trata de recobrar algo así como un paraíso perdido. Las luces y la característica fanfarria, que desde lejos nos llaman, disponen al prodigio. Una mezcla de inquietud y temor nos colman. Nos hallamos en estado de gracia...

¿Qué ocurre luego? No es solo el hecho de que los típicos “cachimbos” hayan sido reemplazados por el *pick-up* eléctrico, a través del cual mambos y boleros resuenan bajo la carpa de lona, lo que hace naufragar nuestra ansiedad. No es tampoco la ausencia de algunos números tradicionales —la *ecuyère*, la mujer con barba, el domador, el tragaespadas— lo que nos saca lentamente de aquel emotivo trance. Es simplemente la circunstancia de que el circo, tema de la poesía de todos los tiempos, ha perdido algo de su encanto ingenuo de antaño, algo de su espíritu mágico, algo de su esencia celestial.

Ya en el desfile inicial comienza la defraudación. Ese instante que era —si nuestros recuerdos no han sufrido esa especie de magnificación sentimental de que frecuentemente son objeto las imágenes de la memoria pasada— tan bello como apremiante, ha concluido en una rutinaria práctica que los artistas cumplen con desganado paso y estereotipada sonrisa en los labios. Enseguida se desarrollan los números, uno tras otro. Este simplemente bueno, aquel mediocre, ese otro malo, etc. Y el entremés de los payasos no nos resulta, como ayer, la sazón de carcajadas puesta entre

la audacia de los trapeceistas y la habilidad de los pulsarios. Por medio de un micrófono —¿dónde está el dramático redoble del tambor que precedía al triple salto mortal de los valientes acróbatas?— se hace ahora la apología de cada acto, como si esa voz que celebra a los artistas pudiera sustituir de algún modo la música de bombos y platillos agrios y estragadores de antes. El espectáculo termina cuando se proclama por los altoparlantes que ha terminado. Y el público sale en silencio...

¿Ha muerto el circo? Quién sabe. Lo cierto es que volver a él no es recuperar aquella dorada época en que retornábamos a nuestras casas —luego de esa fiesta dominical— poseídos por la plenitud heroica de aquellos vencedores del peligro y la melancolía. ¿Soñarán los niños de hoy con la fuga en el convoy chirriante del circo que da la vuelta al mundo y nunca se detiene? Es posible que no. Otros titanes, otros superhombres, otros seres mitológicos han sustituido a estos del circo que se acaba...

La Prensa, 4 de agosto de 1953, p. 4.

La higiene urbana

Lima era una ciudad limpia, pulcra. Todo lo limpia y pulcra que puede ser una ciudad suramericana. A diferencia de otras capitales de nuestro hemisferio, no era frecuente darse en plena calle con montículos de basura y tolvaneras de desperdicios. Eran pocas las cáscaras de fruta en las aceras y menos aún, en las vías centrales, las roturas del pavimento. Incluso, durante algún tiempo, esplendieron en ciertas esquinas unos buzones que, bajo la cacofónica consigna de “no ensucie su ciudad”, invitaban a la población a ser higiénica. Y si bien no se puede decir que Lima fuera lo que se llama un anís, en verdad tenía sus ribetes de cuidada.

Pero de un tiempo a esta parte ha comenzado a advertirse en la ciudad una creciente falta de limpieza. Antes era corriente ver a los miembros de la baja policía, durante diferentes horas del día, recogiendo aquella varia basura que los que van y vienen dejan voluntaria o involuntariamente en su trayecto. Así se evitaba la acumulación de dichos restos y, por ende, se mantenía una constante vigilancia sobre este aspecto tan importante del semblante urbano. Los carros de riego solían reemplazar con eficacia la ausencia en nuestro metálico clima de la lluvia, que en otras partes tan útiles servicios presta como lavadora de calles y plazas, y los cubos rodantes acarreaban para la incineración todo aquello que la multitud depone en su infatigable producción y consumo.

Y como últimamente se han multiplicado las demoliciones y las construcciones, con el secuento exceso de polvo en sus alrededores, hay lugares en pleno corazón de Lima donde la suciedad es francamente insondable. Desde ellos se irradia una especie de incesante terral que es, también, un rico caldo de cultivo para toda clase de gérmenes, aparte de constituir una amenaza permanente contra la higiene interior de las casas de entorno.

La fiebre constructora y reconstructora, el delirio demoledor, está bien. Demuestra que se progresa y manifiesta que mejora el gusto. Nadie osará decir que hay que impedir tal impulso. Pero sí se puede exigir que se multiplique, al compás del desarrollo citadino, el celo edilicio por la limpieza.

Esto en las calles. En las plazas y parques donde los habitantes que no pueden gozar del aire libre en los balnearios y villas de reposo se solazan dominicalmente y donde, como es lógico, dejan testimonios de su modesto pícnic semanal, cada día hay menos jardineros y, en consecuencia, se encuentran lamentablemente abandonados. Para comprobar lo dicho solo hace falta hacer un recorrido por el Parque de la Reserva. Todo allí dice —no obstante ser uno de los sitios más hermosos de la ciudad— que no pasarán muchos años en que se convierta en un baldío mostrenco.

Lima era una ciudad limpia, pulcra. La oración en tiempo pasado es bastante elocuente.

La Prensa, 12 de diciembre de 1953, p. 8.

Quejas injustificadas

Hay gente que se queja de que faltan los espectáculos, las diversiones, y en cierto modo tiene razón. En cierto modo, porque de otra parte —excepción hecha de los cines— los conciertos y las funciones teatrales no cuentan con una concurrencia demasiado grande. Cuando se comprueba esto, se llega a la conclusión de que dicha queja no pasa de ser una muletilla rutinaria. El domingo, por ejemplo, fuera del fútbol, carreras de caballos y los toros, la Orquesta Sinfónica daba un concierto al aire libre y el Club de Teatro presentaba en su pequeño local de La Colmena la fina comedia de Anouilh titulada *Cecilia*. El auditorio del Campo de Marte no se hallaba abarrotado y la sala del buen conjunto teatral del sótano de la *Maison de France* no estaba hasta el tope. ¿Qué hicieron los quejosos? ¿A dónde fueron?

No cabe la menor duda de que es preferible escuchar un concierto bajo las estrellas, en el grato clima del atardecer, aunque ese concierto no sea genial, y esperar una buena pieza de teatro interpretada con dignidad y fervor, aunque no sea por actores de fama mundial, que ir a ver una mala película de tema trillado e interpretación mediocre. Nadie es tan suprasensible que no pueda resistir por una o dos horas un concierto o una representación que no son extraordinarias, pero sí decorosas y loables. Tengo un amigo que dice algo que es una verdad como un templo. Hay gente —afirma— que proclama a voz en cuello que se aburre soberanamente en el teatro, pero que, en cambio, se pasa horas en un café escuchando la conversación insustancial de sus amigos. No pueden compararse las cosas que dice un autor, por malo que él sea, y las que se tratan en torno al café, a la cerveza o cualquier otra bebida espirituosa. No obstante, hay quienes no se quejan de las tonterías que escuchan en estas reuniones y, al revés, no pueden soportar una audición de buena música o una actuación dramática.

La contradicción revela que la realidad es otra: lo que dichas personas no quieren es sentirse afectadas por un interrogante intenso, trascendental.

Esto no quiere decir que no sea cierto que en Lima faltan espectáculos, sobre todo artísticos. Pero conviene decir que año a año el ambiente mejora y la vida cultural se va haciendo más activa. El público no está formado aún. Es un público sin preparación que no ha aprendido todavía a apreciar con certeza los valores que hay en cada esfuerzo. Confía excesivamente en la publicidad, en la novedad ruidosa, en el escándalo propagandístico. Busca solo aquello que lo sofoque con esplendor, aunque tal esplendor sea falso. El tiempo irá desbastando estas inconveniencias.

En tanto, deseamos que esos quejosos contribuyan con su colaboración a que el ambiente mejore. Y eso solo se producirá con la presencia de todos los interesados en esta superación en los lugares donde se está sembrando la semilla.

La Prensa, 16 de marzo de 1954, p. 8.

Vivanderas

Hay costumbres y usos que son verdaderos testimonios de la idiosincrasia y el carácter de un pueblo. Apreciarlos debidamente, con ánimo bien dispuesto, con el objeto de obtener una noción cabal del espíritu de ese pueblo —más aún si es el nuestro— constituye un deber ineludible. Si con tal intención miráramos todo lo que nos rodea, inclusive aquello que nos desagrada o consideramos negativo y digno de ser desterrado, la vida nos sería más clara y existiríamos con más interés y mayor esperanza.

Cerca de la Iglesia de las Nazarenas, aledañas al lugar donde se rinde durante el mes de octubre secular culto al Señor de los Milagros, están instaladas las tradicionales carpas de las vivanderas. La multitud, en la que se entremezclan sin odiosas segregaciones todas las clases sociales y todas las razas; la música de la banda militar, que lanza en sus pintorescos acordes las notas de un vals o una marinera; el castillo de fuegos artificiales, en cuya cúspide la paloma de luz fatua espera ganar el espacio nocturno; el bullicio de la devoción y la fiesta, todo en esa zona dice durante estos días que se trata de una ocasión en que, por sobre las maneras importadas, los gustos recientes y las prácticas nuevas, hay algo en Lima que sobrevive como meollo singular de nuestro modo de ser.

El cronista ha estado ahí el domingo con dos amigos extranjeros, y ellos —a diferencia de muchos de aquí que creen ser universales en la medida en que no son de ninguna parte— han gozado mucho de lo que este país tiene de propio. En la tienda de una vivandera —Susana de Rojas se llama—, rebosante de hospitalidad y simpatía, vieron los dos forasteros el arte de esta vieja cocina que también revela la antigüedad de nuestra nación. El rostro de esta mujer, ante la parrilla de los anticuchos, o frente a la paila del aceite en el que introduce, con la habilidad digital que caracteriza a estas

maestras, la masa de los picarones, trasunta una entrega total a su labor y un vigilante interés por que la sazón tome el punto justo que la hace sabrosa. Ello, sin perder esa buena y generosa actitud que invita a recibir de la buena mujer las viandas que ofrece.

Ante la mesa, además, han desfilado las gentes que forman el caleidoscopio humano de nuestra ciudad. Los “huatatiros” de larga peluca, las serranas con el hijo a cuestras, los palomillas en busca de travesuras, los burgueses de múltiple familia, las parejas furtivas de enamorados, las bandas de amigos que guitarra en mano van o vienen de la jarana, los mendigos de hilachas y luenga barba, las beatas de negro manto, las jovencitas de aspecto contrito y ojos provocativos, etc. Negros, blancos, indios, chinos, nuestras razas y sus derivaciones, han pasado por allí, mientras nos regocijábamos con los platos de Susana de Rojas y, también, con su significativa cortesía, locuaz y alegre, porque ella y lo que la rodea son verdad, sinceridad, autenticidad.

La Prensa, 19 de octubre de 1954, p. 10.

Ruidos y acción

De nada vale que haya reglamentaciones minuciosas si no se aplican y, en consecuencia, los problemas que tratan de conjurar subsisten. Basta darse un paseo por la ciudad —especialmente por el centro— para comprobar que, a pesar de la prohibición, los ruidos molestos (los estrépitos, sería más propio decir) continúan como antes de darse la disposición. Inútil tratar de descansar, inútil tratar de procurar que nuestros nervios conserven su buen temple, inútil impedir que en torno de los enfermos se haga el reparador silencio. Sin embargo, poseemos una ordenanza que, a juzgar por su texto y sin la evidencia de la realidad, invita a imaginar un pueblo que gusta del placer de la vida callada, ambiente propicio para la habitación y la obra efectiva.

Un cincuenta por ciento de la culpa de que los ruidos en Lima hayan adquirido un carácter infernal la tienen los automovilistas. El coche es, en principio, una envoltura que crea en el hombre un concepto egocéntrico de la existencia. El que maneja carro está aislado y, por el hecho de conducir un vehículo, dirigirlo, de ser su amo, se crea en el individuo que empuña el volante un sentimiento de insolente prepotencia social. Si se lo demora, si se lo impide cubrir su ruta, libre y sin los necesarios detenciones, hunde su dedo en el botón de la bocina y protesta. Ha aprendido a vociferar a través de esa corneta, a insultar, a vejar a sus prójimos. Porque hay bocinas que injurian, maldicen, blasfeman. El que la usa no la oye. La soportan todos los demás. Es fácil imaginar qué mundo horrible constituye una ciudad donde hay cincuenta mil individuos con esta costumbre.

El otro cincuenta por ciento de los ruidos está en los micrófonos radiales, en las tiendas, entre los vendedores. Son los que hablan a gritos o manejan aparatos con determinada música chirriante. Son, también, perros, gatos y otros animales. Hasta caballos. Y no es exageración. Hace poco unos vecinos

del Instituto Nacional de Higiene se quejaron al cronista de la cercanía de unos establos que esa institución posee en plena zona urbana de nuestra capital. Como se ve, todo está encaminado para que la reglamentación funcione como magnífico correctivo de la dolencia citadina aguda.

Pero de nada vale. Los policías municipales la conocen, mas como su labor no está coordinada con la de los guardias de tránsito, no se atreven a penar a los que están empeñados en hacer la vida imposible a los demás por medio de sus exageraciones sonoras. No llama la atención que algo en el Perú no funcione por falta de coordinación. Después de todo, somos el país más descoordinado del mundo. A fin de cuentas, la solución de nuestro drama está en establecer un orden mejor. Y este problema de los ruidos, solucionado en el papel aunque vigente en la realidad, proclama con claridad hasta qué punto necesitamos hacer coincidir los propósitos con las realizaciones. Es una operación que, sencillamente, se llama acción.

La Prensa, 16 de marzo de 1955, p. 8.

Otra vez el ruido

El entredicho surgido entre el señor Luis Ríos Bahamonde, vecino de La Victoria, y el señor Augusto Chirre, propietario del bar “Alianza”, cuya radiola debe tocar como mínimo cien discos diarios para cubrir su precio, es apenas un episodio de la tremenda lucha que sin pausa libran en Lima los que quieren silencio y los que, por una u otra razón, deben fomentar el ruido. Los argumentos que Chirre ha expuesto sobre la necesidad que tiene de pagar el tocadiscos que anima su establecimiento son lógicos: el aparato costó 36 mil soles y tiene que pagar mil quinientos mensuales para amortizarlo; en consecuencia, está obligado a conseguir que la clientela deje en el tragamonedas la suma de cincuenta soles por día. Pero el alegato de Ríos es tan poderoso como el de su contrincante: está escribiendo un libro y el estrépito del aparato de su vecino, especialmente los sábados y domingos, no le permite ni trabajar ni, lo que es peor, dormir.

He aquí un problema. Por cierto que a Ríos lo respalda la disposición que rige contra los ruidos, resultado de la campaña encaminada a la eliminación de todo aquello que en la ciudad contribuye al enervamiento, la neurosis y hasta la propia demencia. Pero Chirre bien puede alegar que ese dispositivo solo existe en el papel que es, de hecho, letra muerta. ¿Acaso no escuchamos a toda hora las estridentes bocinas con que los impacientes automovilistas reclaman el paso en los cruceros? ¿No somos testigos de que en las tiendas donde se venden radios y otros artefactos similares los altoparlantes rugen a toda hora las vocingleras melodías tropicales? ¿No es evidente que pitos, campanas, matracas, detonaciones, chillidos, etc., toda la vasta variedad de lo sonoro, se despliega como un muestrario a voluntad de cualquiera en cualquier rincón de Lima, inclusive en las cercanías de clínicas, hospitales y sanatorios?

La ley es sabia: vela por nuestra salud espiritual porque bien sabido es que una de las causas de la enorme difusión de los males nerviosos y mentales de nuestra época es el infernal tono que acompaña a la existencia. Pero del dicho al hecho hay mucho trecho, y aquí tradicionalmente nos conformamos con tener la disposición aunque nunca se la aplique. En el papel somos un país bien organizado. En la realidad, la cosa cambia. Si no, que lo diga el señor Ríos Bahamonde, que ha acudido a la comisaría, a los patrulleros, a la municipalidad, en busca de la solución de su problema y nada ha podido obtener. El señor Chirre sigue haciendo funcionar su estentórea radiola (que, para colmo de males, tiene un cortísimo repertorio de discos), pues nada, por la desidia que campea, le impedirá modificar la labor de su vecino y quebrar su reparador sueño. ¿Cuántos casos semejantes se dan en nuestra ciudad? Infinitos. Que este sirva para que, una vez más, se reclame una intervención más enérgica en la eliminación de los innecesarios y terribles ruidos que nos enloquecen.

La Prensa, 6 de abril de 1955, p. 10.

Ferias y ruidos

Con cierta regularidad, tanto en Lima como en sus distritos, se realizan kermeses, tómbolas y ferias, generalmente a beneficio de alguna obra social digna de amplio aliento y ayuda. Se disponen en algún lugar público —parque o avenida— tiendas y juegos, y por medio de altoparlantes se incita a la gente a intervenir en las rifas y entretenimientos. Todo esto está muy bien. Acudir a la sociedad para obtener de ella una contribución cuya finalidad es filantrópica o caritativa es algo universalmente consagrado. Pero a cierto lector amigo no le falta la razón cuando solicita que estas pequeñas ferias se adecúen a un conveniente reglamento municipal que impida que ellas, en vez de amable convocatoria, se tornen cruenta tortura del vecindario.

Dicha reglamentación debiera señalar que las kermeses se han de localizar en zonas alrededor de las cuales no se hallen agrupaciones de casas donde los pobladores buscan su merecido y cotidiano descanso. Es decir, la calle populosa no es el lugar más indicado para instalar tómbolas donde el ruido es inevitable y el bullicio consecuencia lógica de la alegría y el entusiasmo que los concursos que ellas ofrecen suscitan. Tampoco, por supuesto, los sectores urbanos son propicios al funcionamiento de altoparlantes cuya sonoridad escuchada sin descanso puede terminar por desesperar hasta la locura. El reglamento aludido establecería asimismo un horario prudente para el uso de aquellos altoparlantes a través de los que se transmiten vocingleras melodías bailables y encendidas arengas a los concurrentes. Porque hay una hora en que la gente, por lo menos, desea dormir.

No es esta la primera queja que el cronista recibe al respecto. Y en todas las anteriores ocasiones quienes han solicitado se haga público su desacuerdo con relación a la práctica comentada han hecho hincapié en que consideran que los motivos que inspiran a los organizadores de dichas

ferias son muy loables y merecedores de la colaboración general. Pero reparan en la circunstancia de que si se es vecino de una de aquellas concentraciones, no hay manera de que no se termine por abominar del sistema y de los que lo emplean, por más nobles y altos que sean los propósitos que los inspiran. Hay mucho que ordenar entre nosotros, mucho que marcha mal, librado a la voluntad más o menos caprichosa de cualquiera y un buen gobierno municipal es el que se ocupa de todo aquello que atañe a la colectividad y afecta, de diverso modo, a unos y a otros. Para impedir que un acto simpático se convierta en odioso, la reglamentación que requiere el lector que ha acudido a este cronista es indispensable y no cuesta nada, en realidad, elaborarla.

La Prensa, 4 de agosto de 1955, p. 8.

Carnaval, fiesta de la agresión

No importan las cifras: mil, dos mil, tres mil heridos, y uno, seis o diez muertos. Lo cierto es que el saldo de los carnavales, este año como los anteriores, semeja al de una batalla que, durante tres días, se hubiera librado en las calles de Lima entre dos bandos enemigos. Unos cuantos heridos —y no digamos un solo muerto— pueden provocar en la política la crisis de un régimen y hasta su caída y, sin embargo, la celebración de una fiesta en la que está permitida la más ilimitada violencia constituye un caso que bastante gente mira risueñamente. ¿Y qué son, a la postre, los carnavales? Para unos la oportunidad excepcional para el buen negocio —venta de implementos de juego, alquiler de disfraces, organización de bailes, etc.— y, para otros, para los que han de ser víctimas de su propio furor, una ocasión de agredir al amparo de la indulgencia policial, cuando no de la propia ley.

Durante tres días se han lanzado a las calles hordas irresponsables a la vista y paciencia de los custodios del orden, con el fin expreso de atacar a quienes, quisieranlo o no, estaban sin protección. La palabra “juego” es un eufemismo y debiéramos suprimirla de las referencias al carnaval, pues no se juega cuando lo que se trata de hacer con el prójimo es dañarlo. La guerra no es un juego y en estos días hemos vivido una guerra. Todos los epítetos que convienen a un país civilizado merecen sernos regateados, ya que si los bajos instintos, los instintos primitivos y canallescos, se tornan, con la complacencia oficial, en los principios rectores de la convivencia, nada nos diferencia de una comunidad de hotentotes o zulúes.

Lo más ridículo de todo es el bando prefectural. Es una fórmula con la cual las autoridades creen salvar su responsabilidad. Ignoran los que lo dictan que la ley es tal cuando se obliga a cumplirla, cuando, además de ser dada, es acatada. Todo esto por no decir, en términos realistas, que una

disposición que no es respetada constituye una definitiva desautorización a quien la dictó, es decir, que ese funcionario no gobierna, no tiene autoridad para gobernar. Sin embargo, no caerá. Lo normal entre nosotros es que se le trate así, como algo o alguien decorativo.

Hay un clamor por la supresión de los carnavales. Un país pobre no puede darse el lujo de detener su producción tres días para que el pueblo derroche sus energías en una batalla gratuita. Un país culto —o que pretende serlo— no debe mostrar su vergonzosa subconsciencia de bárbaro. Un país organizado no da pábulo a que el caos se entronice en su seno. Y si somos pobres, cultos y organizados, no cabe que tengamos unas fechas que podrían conocerse con el nombre de fiestas de la agresión si una tradición totalmente adulterada y artificial no las denominara carnavales. Terminar con ellas será progresar.

La Prensa, 15 de febrero de 1956, p. 10.

El café: debate y libertad

Es a fines del siglo XVIII —y el *Mercurio Peruano* de la época consigna jubilosamente el acontecimiento— que se establece en Lima el primer café. Ahí, en torno a la humeante taza de la aromática bebida, rondan las ideas liberales que comenzaban entonces a ocupar la mente y el corazón de los intelectuales criollos. Entre nosotros, esta institución social, que Unamuno decía que en su patria constituía la única universidad popular, surge con la rebeldía y con el espíritu independentista. De aquel tiempo a este ha corrido mucha agua por debajo de los puentes y puede decirse que el café ha sufrido las peripecias de nuestra historia como un sensible termómetro de los sucesos visibles y definitivos que la han constituido. No quiere —ni puede, es verdad— hacer el cronista en estas páginas una pormenorizada memoria de la institución, pero cree ser capaz de aludir a su situación actual y, tal vez, a su porvenir.

No faltará, por supuesto, quien considere que hacer del café un tema de cierta trascendencia es derrochar palabras en algo insignificante. Sin embargo, resulta evidente que en la vida de relación, tan en crisis en nuestros días, todo factor de comunicación, todo elemento que suscite y estimule la sociabilidad, es importante. En las ciudades en las cuales la existencia es cada vez más multitudinaria y, paradójicamente, más egoísta y soledosa, el café tiende a desaparecer para ser reemplazado por el tipo de establecimiento denominado “bar americano”, cuyas instalaciones —asientos paralelos al mostrador, por ejemplo—, impiden toda comunicación frontal y directa entre los parroquianos y los obligan a realizar el acto de consumo en forma urgente y veloz. La conversación, el intercambio de ideas, que es a la postre intercambio de afectos, ahí desaparece.

Claro que si convertimos el café en nuestra única ocupación, en él terminaremos por quemar perezosamente demasiado tiempo e ingenio.

En cambio, si lo consideramos el centro de la cotidiana cita amistosa, en donde charlamos y debatimos nuestras diferencias, constituirá una entidad social indispensable. No es por mero azar que en las ciudades donde hay visión política, movimiento teatral, periodismo vivo, comercio, existencia activa en una palabra, se produce el auge automático del café. Ahí donde se da la inquietud, donde se plantean interrogantes y se provocan, por eso, opiniones encontradas que tienden a resolverse y equipararse mediante la discrepancia, brota este órgano de contacto humano y prospera acorde con la intensidad de la inteligencia y las emociones individuales y colectivas. Si se está habituando a poner regularmente en tela de juicio la realidad, si se aprecia la práctica de ejercer sanamente el ánimo crítico, se busca a los demás amigos o adversarios para conocer sus puntos de vista y cotejarlos con los propios. Por eso, el café —que pensamos como el ruidoso lugar donde se habla en voz alta y se gesticula enérgicamente— necesita de la libertad. No en vano, como anotamos arriba, el café nace en Lima al conjuro del pensamiento republicano.

La excitante bebida que le da nombre, estimulante y gustosa, explica en cierto modo el carácter democrático de esta institución. Índole que es fácil comprobar si se verifica cómo en los momentos de depresión política, en los períodos en que, por imperio dictatorial y temor a las represalias, las gentes rehúyen la expresión franca de sus ideales y principios, el café declina y se convierte en un servicio anodino, a donde se acude fortuitamente para adquirir ciertos alimentos. Decece en los momentos en los que la vigilancia autoritaria intenta ver, hasta en el fondo de la conciencia de cada ciudadano, actitudes subversivas, tal como decece todo signo de confianza mutua. ¿No es aleccionador que entre nosotros el café haya ido desapareciendo para dar paso a los establecimientos donde la reunión prolongada y vocinglera es imposible, o a aquellos otros en los cuales, a media luz, es prácticamente obligatoria la demanda de alcohol, droga adormecedora, tóxica, insensibilizante, a cuyo influjo el alma y el cuerpo se hacen indolentes y abúlicos?

Al peruano es necesario adiestrarlo en el uso de uno de los atributos más espirituales del hombre: la conversación. Cada día es más difícil toparse con gentes con las cuales, aun de acuerdo, sea factible llevar a cabo una intercomunicación ilustrativa. El público de los cines, pongamos por caso, abandona las salas de proyección y se encamina de prisa con dirección a su casa, ocultando su opinión o apartándola, mediante el silencio, de toda discusión, ello

inclusive cuando la cinta afecta principios que tiene por incommovibles. Esto es un síntoma de que no hemos aprendido todavía a verter nuestras ideas, exponiéndolas con claridad, defendiéndolas con orgullo o modificándolas con humildad. Conversar de un tema candente —política, deporte, historia, etc.— es aquí pelear, y eso es absurdo. Aunque parezca peregrino, al aprendizaje del arte de charlar está vinculada la vigencia del café, especialmente en la modalidad que los españoles llaman “peña”, quizá porque en esta denominación se alude metafóricamente a la condición invariable de la piedra ante la móvil y potente tempestad del mar que la golpea. Valga la imagen para acordarle al lugar de reunión que aquí el cronista alaba un puesto singular y señero en la marea de los hechos y los tiempos que se avecinan.

La Prensa, 26 de julio de 1956, p. 12.

Recuadro al amanecer

Son más de las dos de la madrugada y la ciudad, según parece, duerme. Pero, ¿duerme de veras? No es Lima, a pesar de su extensión y su población, una urbe de gente nocherniega. Inclusive el cronista solo excepcionalmente está a estas horas ante la máquina. El sueño no se ve. Debiera ser —se nos ocurre a esta hora— como una niebla sobre las casas, como una emanación brumosa, densa y translúcida, levantándose desde el suelo hasta el húmedo cielo de setiembre. Si así ocurriera tendríamos algunas sorpresas. La capa onírica que imaginamos no sería pareja: se verían los claros de los insomnes —el de este escritorio, por ejemplo—, de los enfermos, de los atenaceados por alguna horrible preocupación. Quedaría libre de ese humo sómnico el espacio que corresponde a los que se divierten y a los que trabajan. De los clubes nocturnos y de las fábricas constantes se distinguiría la vigilia festiva o laboriosa, una y otra contrarias, pero ambas, por cierto, testimonios de una prisa existencial típica de estos tiempos frenéticos.

Sin embargo, la ciudad duerme. La siento quieta, silenciosa, invariable, como si la ausencia del sol —o la luz, para ser más preciso— fuera la eternidad sin tiempo, la inmovilidad de la edad, el confín. Se mueven en sus calles algunos personajes que parecen escapados de la fantasía: este sin rumbo, poseído por el alcohol; aquel hacia un destino tal vez vulgar; este detenido entre una situación y otra, como si vacilara por elegir el reposo o la actividad. Ahí el policía, aquí el vendedor ambulante. Más acá el chofer que busca el trabajo mejor remunerado, allá el canillita que espera el papel impreso para vocear. El traqueteo de la máquina para escribir del cronista no está solo: la rotativa trabaja, el horno de panificación se halla encendido, el motor de una locomotora comienza a respirar. La vida no se ha detenido por completo. Lo prueban esos síntomas y lo prueba, también, la orquesta que anima una reunión o un cabaret con su exultante jazz o su lánguido bolero.

El tiempo, sin embargo, es triste a estas horas. Gotean las nubes su cándida garúa y el piso se cubre de una mancha brillante, sobre la cual las ruedas de los automóviles hacen untuoso sonido. Hay algo raudo y felino en todo esto: sombras, bultos, ecos, resonancias. Las figuras se agrandan y los ruidos perduran más. Como en el sueño. Es cierto, el sueño sale de las casas, toma la calle, asalta a los desvelados y da a las realidades una dimensión que solo su ámbito misterioso admite. ¿No estaremos soñando? ¿No será el insomnio una forma —la más cruel— de la pesadilla? Quizá. No es posible atreverse a declarar nada definitivo a esta altura de la jornada, cuando presencias y distancias son imponderables.

Dentro de unas horas un rayo, luego otro, enseguida uno más, juntos en un haz harán el día y la tarea se reiniciará. Esta experiencia no parecerá a nadie tan extraña como para quien la vivió. La ciudad habrá dormido, y habrá dormido bien. De los ojos caerá el velo y retornará la pupila —el corazón, la sangre, el aire, todo lo que hace que un cuerpo que piensa y marcha sea lo que es— a mirar la alegría que tras cada persona y cada objeto se oculta. Y este recuadro escrito al amanecer tendrá el irrefutable aspecto de una exageración.

La Prensa, 22 de setiembre de 1956, p. 8.

La guerra de las jugueterías

Tal vez la más maravillosa de las artes sea el juego. Son los niños en ello los mejores, los más completos creadores, porque para que los mayores se decidan a jugar —y es tan raro un acto así de libertad, de poesía viva— es preciso que se desprendan de infinitas convenciones, pudores y resistencias íntimas y sociales. El niño, en cambio, aun solo, inventa el juego y sus instrumentos, los fabrica con lo que tiene a la mano, porque son los adultos los que han puesto en circulación el juguete industrial. Y la producción, en este ramo, ha alcanzado una perfección abrumadora. Entrar a una juguetería, para cualquiera que conserve más o menos intacta la inocencia primordial, es ingresar a un mundo encantado, a tal punto que un alto porcentaje de las cosas que ahí se venden parecen haber sido hechas más para el regocijo de los padres que para el de sus hijos. Es clásica la imagen del hombre que se dedica a entrenarse con el trencito eléctrico ante la vista estupefacta de sus niños, a los que no se permite el acceso a los complejos mecanismos del remedo ferroviario.

Habría que hacer una clasificación de los juguetes, porque los hay abstractos, humorísticos, pedagógicos, intelectuales, mecánicos, etc. Y en ellos un género al cual el cronista quiere llegar: los juguetes bélicos. Son, además, los que más seducen la fantasía de los infantes, los que provocan en ellos una reacción más entusiasta. Nuestra época los ha consagrado como los reyes de la juguetería. Se dirá acertadamente que siempre los hubo, que en los museos se conservan, por ejemplo, las pequeñas naves agresivas que los vikingos daban a sus herederos para habituarlos a la vocación ferozmente conquistadora de aquel pueblo. Pero no podrá negarse, sin embargo, que es este tiempo el que con mayor empeño se ha propuesto iniciar, a los que comienzan a adaptarse al mundo, en la práctica de la guerra, que es la práctica de la muerte. Es un modo, es verdad, de adecuar

las almas al espíritu del siglo, a su signo. Los hijos de los franceses que decapitaron a los Capetos recibían como aguinaldo amoroso el símbolo de aquella era: reproducciones fidedignas de la guillotina, y seguramente era el dedo anular de aquellos chicos el que en la ficción lúdica representaba el ajusticiado en el momento de recibir el golpe de la revolucionaria cuchilla.

Tanques, revólveres, portaviones, ametralladoras, cohetes, etc., todo el repertorio de la agresión está allí, en los escaparates de las jugueterías de Lima y París, de Nueva York y Moscú, mezclados durante este mes de diciembre a los pacíficos adornos de la Navidad, pinos y escarcha, establos e imágenes sagradas, Noeles y estrellas. ¡Y qué bien funcionan! Tomar un cañoncito antiaéreo y apretar su gatillo es desear ardientemente que surque el cielo del establecimiento para abatir un raudo avión enemigo. Si el adulto asume esta actitud, cómo no la han de experimentar quienes poseen la imaginación tan presta a ver encantamientos y alucinaciones al más insignificante de los estímulos mágicos. El juego de la guerra se ha perfeccionado técnicamente como la propia guerra y, al mismo tiempo, ha ido desplazando a los otros entretenimientos, a los que no postulan la destrucción, sino, por el contrario, avivan los sentimientos fraternales, edificantes y constructivos que se hallan en germen en el ánimo infantil. Esto es grave.

El juguete más antiguo, más ilustre y más noble es el antropomorfo. No hay cultura, por elemental y primaria que sea, que no exhiba entre sus creaciones la muñeca. La tuvieron también nuestros antepasados prehispánicos. Ella enseñó a las mujeres a ser mujeres, a ser madres, y a los hombres a considerar la forma humana como la más digna y respetable, es decir, a ser hombres. Inclusive los soldaditos de plomo eran una imagen reducida y elocuente del hombre vivo como tal. Todos hemos defendido alguna vez estos ejércitos de menudos y rígidos amigos como seres existentes, dignos de consideración y amor. Y ya han sido sustituidos por las armas. Un viejo cuento propone la idea de la animación nocturna de las jugueterías, en que todo se mueve, dialoga, entra en cordial relación y actúa libremente. Si ese prodigio sucediera esta noche en cualquier almacén, la anécdota encarnada por los juguetes sería terrible. Sería la guerra, la terrible guerra que se nos viene anunciando y tras la batalla, entre la humareda y los desechos, campearía como victoriosa una sola y tétrica bandera. La de la muerte.

El sol y el mar no tienen dueño

Los días del más cálido verano han llegado ya y ello pone sobre el tapete el agudo problema de la falta de zonas de recreación balnearia de que padece la población popular de Lima, constreñida como está, debido a la dificultad de los desplazamientos y a la creciente conversión de gran parte de las playas en arbitrarias “propiedades privadas”, a acudir únicamente a las que se hallan en el perímetro urbano (Agua Dulce, La Herradura, etc.), cuya capacidad resulta a todas luces insuficiente. Afortunadamente en Lima el mar está, como sucede en pocas capitales, próximo a la ciudad, y el solaz favorito del estío, cuando las cosas se organicen debidamente, no será como hasta hoy solo para los privilegiados. El millón de habitantes que posee la ciudad —que el tiempo, además, multiplicará sin pausa— exige la elaboración de un programa previsor al respecto y pide una acción ejecutiva inmediata en pos de una más justa distribución de los beneficios de nuestra posición geográfica.

La Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo viene estudiando la situación con el rigor técnico que la caracteriza y en dichos análisis ha determinado que es preciso habilitar playas para el esparcimiento popular capaces de albergar con holgura (20 m² por persona, como mínimo) el 10 % de la población limeña. En la actualidad, dentro del estándar señalado, las playas con que se cuenta no tienen una capacidad superior de 40 000 bañistas, la cual, como es obvio, constituye una cifra muy por debajo de las necesidades perentorias que son evidentes. De ahí que, como lo ha informado nuestro diario, la aglomeración dominical en los balnearios cercanos (incluido Ancón) presente el aspecto de un verdadero drama colectivo. Para los especialistas de la Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo urge la dotación de tres playas más a la demanda popular. Ellas son Ventanilla (a 20 km), la Chira (a 15 km) y Conchán (a 25 km), que por su extensión

pueden alojar a 120 000 personas sin que sufran los desagradables inconvenientes del abigarramiento humano. Sin embargo, en el caso, por ejemplo, de la última de las playas mencionadas, un prurito de exclusividad la ha cerrado a la afluencia libre, despojando así a la ciudad de un indispensable espacio de expansión veraniega.

No hace falta un esfuerzo de reflexión muy agotador, por cierto, para concluir cuál es la importancia social e higiénica de los sectores de recreación estival, en relación con el sol y el mar, y cómo la escasez y la dificultad para obtenerlos pueden influir en la salud moral y física de los pobladores de Lima. Quizás pueda resumirse todo en la idea de que la miseria resulta más llevadera si los que son víctimas de ella pueden ser dueños, aunque sea por unas horas y una vez por semana, de ese bien inalienable que es la naturaleza. Contra los males que fermenta la ciudad por sí sola —los vicios, los resentimientos, los raquitismos, las servidumbres, etc.— existe el alivio espontáneo de la vegetación, el aire, la luz y el agua, que ambiciones y egoísmos imperdonables están tratando de quitarle a la mayoría, en un afán de propiedad cuyos frutos de rencor y odio tal vez coseche el país dolorosamente en el futuro. Las autoridades pueden, si sus protestas de democracia responden a una fe y no a una simple postura política, conjurar esa amenaza tomando las medidas adecuadas para dar a todos lo que es de todos. Y en este orden, las playas no son algo secundario. En el fondo, si a las masas se les quita la naturaleza, ¿cómo arrancarlas, tal como lo reclama la frecuente invectiva de los moralizadores, de las tabernas, de los lugares de juego, de las tentaciones malignas? No cabe pedir vida ética sin haber dado previamente un mínimo de bienestar.

La habilitación de nuevas áreas de recreo popular requiere un programa que sea, al mismo tiempo, amplio y completo. Vías de comunicación, transportes, instalaciones, etc., tienen que complementar la creación de dichos centros de esparcimiento. Una organización técnica podrá echar las bases de una verdadera cruzada en lo que atañe a este crítico punto de nuestra vida ciudadana, antes de que el mar, como tantos otros dones cuyo beneficio debería ser colectivo, sea convertido en el coto cerrado de unos cuantos, tal como parece que está en camino de devenir. Lo que será, en el más estricto sentido de la palabra, hacer justicia.

Baja policía y progreso urbano

La inspección respectiva de la Municipalidad de Miraflores había decidido, a lo que parece, adquirir unos camiones de baja policía de fabricación alemana especiales para recibir la basura de manera higiénica, triturarla y convertirla luego en materia utilizable por la industria. Con esos vehículos, al decir, se ganaba un instrumento moderno y práctico para el servicio de la población, que tanto en aquel distrito como en la propia Lima sabe bien lo que significan los carromatos antiguos en los cuales los desperdicios están a la vista e impregnan con su mal olor las calles por las que transitan. En fin, el proyecto era loable y hubiera merecido el aplauso de los contribuyentes.

A último momento el alcalde decidió anular el plan de compra de tales camiones en consideración a que por el sistema moderno de su instalación solo requería la presencia de dos peones, y no la de tres o cuatro de los viejos. Es decir, en buen romance, se sacrificó lo funcional a lo meramente administrativo. No se trata de pedir, por supuesto, que a los trabajadores sobrantes en la baja policía se les dejara en la calle, pues en una municipalidad como la del balneario sureño siempre habrá lugar para colocarnos en otros servicios, sin que pierdan su salario. En realidad, la compra de los nuevos vehículos representaba un progreso, y todo progreso tiene que ser bienvenido.

Pocas ciudades como Lima hay ya en el mundo en donde el acarreo de la basura urbana no sea objeto de un cuidado profiláctico especialísimo. Aparte de que la presencia de los carros recogedores es a veces tardía, a la hora en que ya la calle está ahíta de tránsito, el método de levantar el tacho de la vía y vaciarlo en el camión, diseminando en la operación restos no siempre limpios, es nocivo para la salud y la limpieza ciudadinas. La técnica ha sido inventar, hace mucho tiempo, los mecanismos indispensables para impedir esta exhibición y riesgo, y es preciso que al modernizarse la urbe

se modernicen sus servicios municipales. A tal objeto están encaminados los celos de la inspección miraflorentina que se propuso incorporar la flota de camiones adecuados a su función.

Si el criterio que en la industria y el comercio prevaleciera fuera el de no disminuir nunca el número de personas que desempeñan determinada tarea, el mundo no habría salido de la edad de piedra. Tal principio entre otros no tiene sentido porque hay tanto que hacer que en todo caso los desocupados podrán ser ubicados en otro destino. Después de todo, ser basurero no es un oficio calificado, y el que tiene dicho puesto ha de estar dispuesto a cambiarlo por otro en donde lo amenacen menos miasmas y virus. El alcalde de Miraflores no debería exponer el éxito de su gestión a razones que parecen ser de la sinrazón.

La Prensa, 22 de abril de 1958, p. 8.

Carnavales, alegría y agresión

Ya a mediados del siglo pasado, Felipe Pardo y Aliaga protestaba por la escandalosa violencia de los carnavales limeños. De aquella época al año pasado, las tropelías a que dio lugar el juego con agua se multiplicaron hasta un punto tal que fue un clamor acabar con estas fiestas sin sentido, durante las cuales dábamos los peruanos de todas las clases sociales una contundente prueba de salvajismo. Salvajismo que testimoniaba la existencia, en el fondo de cada uno de nosotros —y, más aún, en el fondo colectivo—, de tremendas represiones psicológicas, de brutales resortes comprimidos de resentimiento e instinto destructor. No olvidemos que, en 1958, la cifra de heridos y contusos que marcó la grave temperatura de esta disimulada guerra civil fue de 5000, la cual no corresponde, por cierto, a ninguna especie de alegría. Dicho sea esto en refutación a la idea que parece prosperar ahora de que la falta de agua —de agua y otros líquidos que más vale no mencionar— ha traído como consecuencia la ausencia de entusiasmo. Si el entusiasmo se perdió porque no estuvo permitido el juego violento, bienvenida sea esta pérdida.

La antigüedad de una costumbre nefasta no la prestigia. Por el contrario, demuestra patentemente que los años no nos enseñan nada y que la madurez se demora en llegar para el país. La reducción de los carnavales a un solo día y solo una fiesta de bailes no constituye, pues, atentado alguno contra la tradición, sobre todo en una nación como la nuestra en que otras tradiciones, precisamente las positivas y gratas, son a cada rato olvidadas o arrasadas por las novedades. Y a fin de cuentas, si estos carnavales han sido tristes, ello hay que atribuirlo a la pobreza reinante, a la crisis económica, a la desazón social, no a la desaparición de esos baldazos de agua, de esa munición de menestras, de ese enharinamiento agresivo, en cuyos avatares tantos miles de personas resultaban con traumatismos y lesiones.

Las historias ilustrativas de los desmanes y sus consecuencias están en boca de todo el mundo y no hay nadie que no sepa cuán peligroso era en esos tres días de algarada sangrienta salir a la calle a cumplir algún deber o en procura de algo necesario. La ciudad estaba tomada por un ejército enemigo que no perdonaba a nadie. Hubo hasta quien defendió su integridad del ataque de un grupo de “jugadores” con una pistola en la mano.

Pero la memoria colectiva parece ser hartamente frágil. Claro que el argumento de los carnavales sin alegría se usa para expresar que los bailes —que nunca fueron por supuesto los de Río, Niza o Nueva Orleans— estuvieron poco concurridos, pero he oído el cronista opiniones en el sentido de que el agua representaba un económico medio de diversión y que es lamentable su prohibición. Considerados los resultados de tal instrumento de diversión —los resultados trágicos—, uno está tentado de pensar que lo que se pide es “pan y circo” para el pueblo ahora que su presupuesto está más escuálido que antes. Si lo que se echa de menos es eso, pues queda el remedio de organizar el coliseo romano con espectáculos que satisfagan la sed de horror que la parte tenebrosa del hombre mantiene oculta en lo hondo de su alma. Después de todo, ¿qué diferencia hay entre el regocijo que causaría la visión de un león comiéndose a una inocente y la de una pandilla de desafortunados carnavaleros abalanzándose sobre una anciana para hacerla víctima de un remojón aliñado con betún, anilinas y otros productos repugnantes?

Hay que celebrar el fin de esta suerte de carnicería que hace ya más de cien años nuestros costumbristas —y entre ellos Felipe Pardo y Aliaga— señalaban como manifestación de barbarie. Y hay que decirle a la autoridad que debe proseguir, en adelante, con la campaña de hacer que la fiesta sea fiesta y no batalla campal cuyo saldo son miles de pacientes en los centros de asistencia médica. Por cierto que, juntamente con esto, debería organizar entretenimientos baratos y regocijantes, que facilitaran el desahogo de ese instinto lúdico cuya contención puede un día estallar como una gigantesca bomba.

La Prensa, 10 de febrero de 1959, p. 10.

Ruidos: disciplina y solidaridad

Ya era tiempo de que se pusiera fin, con mano firme, al estrépito urbano y no por amor al silencio en sí, sino en aras de la salud psicológica de los habitantes de la ciudad. Así como hay pocas ciudades en el mundo en las cuales la irresponsabilidad automovilística llegue a los extremos que alcanza en Lima, hasta la adopción de la reciente medida contra bocinas y escapes libres, esta capital era una de las muy escasas del orbe en que campeaba a sus anchas esa especie de sádico del ruido que en cualquier encrucijada del tránsito se las tomaba con los tímpanos ciudadanos. Por reglamentos y disposiciones al respecto no nos quedábamos atrás, pero como es sabido la ley, de acuerdo a una secular tradición, no se acataba. Primero la evadían los influyentes y luego esa excepción sentaba el precedente que sucesivamente amparaba a todos los demás infractores. En esa cuestión, como en tantas otras, el problema se inició con la quiebra de la autoridad policial: en adelante se instauró el caos. De ahí que quepa preguntarse si el impulso de estos días no será un fugaz relámpago de decisión que pasará como pasaron antes las disposiciones relativas al empleo de *claxons*, y como se olvidaron, además, las que normaban el estacionamiento, el orden en los cruceros, la velocidad máxima, etc. Disciplina es, ante todo, conciencia en la población de que algo —acuerdo tácito o expreso— conviene a todos por el bien de todos.

Ya se sabe que la ciudad moderna es un rico caldo de cultivo de los desequilibrios mentales, desde las más variadas neurosis individuales y hasta las crisis más graves del espíritu colectivo, y cuando se alude a la salud pública en relación a los ruidos no se exagera. No hay reposo posible, no hay paz interior, no hay vida armónica si nos sobresalta a cada instante el bocinazo o la explosión de un motor que repercute dentro de cada persona como una descarga emocional inesperada y brutal. La multitud,

entonces, camina por las calles, trabaja en las oficinas, discurre en su hogar, existe, en fin, irritada y agresiva. Un día cualquiera ese estado de excitación llega a un punto crítico, y ya tenemos a un desdichado al otro lado de la frontera. La consideración de este peligro debería obrar naturalmente en quienes manejan un coche, tienen una radio encendida con el altavoz hacia el exterior, vocean algún producto para su venta. Pero, en general, aquellos que abusan de estos instrumentos o formas de la vociferación padecen ya de cierta deformación o insania. Su propósito es proyectar al resto el enervamiento de que sufren. Estábamos al borde, pues, de convertirnos en una comunidad de locos sueltos.

La reflexión anterior puede aparecer como excesiva. La falla, sin embargo, de las relaciones humanas entre nosotros es la falta de solidaridad. Uno estaciona el auto todo el día en un lugar y no piensa en los cientos que, para realizar una gestión, requieren ese espacio por unos minutos; otro cruza una bocacalle con luz roja porque le gusta la prisa, sin poner atención en que es posible que alguien, confiado en el semáforo, atravesase ese punto sin reparar en amenazas; aquel lleva su vehículo como en una competencia contra el reloj sin importarle el resto que obedece el límite de velocidad que la ley establece; este pone la mano en el botón de la bocina durante unos minutos, aunque con ello no solucione nada y simplemente porque quiere expresar su ánimo prepotente. Si espontáneamente no se da la solidaridad y, por ende, la disciplina, es preciso enseñarlas. Enseñarlas a todos, aun al que por su apellido, posición, título o carácter cree que está por encima del nivel general.

El Comercio, 6 de diciembre de 1959, p. 2.

Pinglo y nuestro pueblo

Ayer se cumplió el 25º aniversario de la muerte de Felipe Pinglo. Aquel “Felipe de los pobres” —como le ha llamado Gonzalo Rose— supo, por mera intuición, cómo quería que el pueblo mestizo expresara su vida interior, sus penas y sus amores. Y en las melodías que compuso, a la vez que puso versos ingenuos, la gente de Lima halló su voz trémula, de neblina y desolación. No fue el trovador encendido y pasional de un conglomerado humano poseído por la alegría de vivir. Más bien se hizo eco de las angustias de aquellos quienes, por injusticia, una sociedad egoísta colocó al margen de todo premio, de toda recompensa. *El plebeyo* es una página que por haber sido cantada sin pausa y considerada así una suerte de protesta recibió esa consagración incontrovertible que es la costumbre. Incorporada a la tradición —a esa parte de la tradición que no se vincula a ninguna remembranza áurea de historia edulcorada, de leyenda cortesana—, la música de Pinglo es algo que será imposible separar de la idea de esta Lima de hoy, colmada de contradicciones a veces patéticas, hormiguero de pompas vanas y miserias desgarradoras, panal de mieles recónditas y, sin embargo, insuficientes para tanta hambre de dicha como hay. Música de fondo de un filme tedioso en que rostros desencajados, luces mortecinas y soledades se repiten como en un sueño de inhibición.

Se ha anotado inteligentemente que el poeta popular evita, porque quiere imitar al poeta culto, el lenguaje del pueblo. Los payadores argentinos escribieron versos en los cuales ninguna palabra provenía del habla del campo, en tanto los gauchescos (Hernández a la cabeza), escritores de oficio y generalmente con formación intelectual, transcribieron en sus composiciones vocablos y giros del hombre rústico, del campesino, procurando que su obra fingiera la creación colectiva. El caso de Pinglo es exactamente el mismo: el sentimiento es popular, sí, pero su expresión apuntaba a la forma

ilustrada, al poema propiamente dicho. “La noche cubre ya / con su negro crespón”, etc., intenta decir, con elegancia frustrada y metafóricamente, el soledoso monólogo del enamorado plebeyo ante la amada inaccesible. De ahí su encanto, precisamente; su sabor local y su gracia. La condición folclórica está más allá del compás del vals, también culto, y de la forma pretenciosa que asume el mensaje. Quizá lo más auténtico de la música criolla sea su inautenticidad previa.

El vals peruano es un género curioso, lleno de peculiaridad. No tiene ese ritmo que enajena de lo negroide, en cierto modo universal, pues el negro es universal, ni esa fuerza poseedora del jazz que se identifica con el espíritu de una cultura que se ha expandido y que ha terminado por ser ecuménica. Nuestro vals tiene necesidad de un oído y un gusto muy particulares. No se le entiende ni se le aprecia si no es limeño. Y esto es complejo. Hay que compadecerse con todo lo positivo y lo negativo de nuestra ciudad, de nuestro carácter individual, de nuestra entraña espiritual. Escuchando lejos, en un medio ajeno, donde resulta inesperado, es sencillamente lánguido, insignificante, absurdo. Solo quien lleva adentro la impronta de la ciudad india, negra, blanca, siente el toque humano que lleva consigo, siente la vida que contiene. Es una clave nuestra el vals criollo, una especie de comunicación secreta de cosas melancólicas: garúa, calles desoladas, balcones vacíos, geranios o buganvillas, y también pobreza que se olvidan porque esa ha sido la única manera de combatirlas. Pinglo alcanza esa tesitura como ningún otro. Por eso es representativo.

Él cantó el presente. No hizo, como está al uso, recuerdos de virreyes, tapadas y mixturas, sino que vertió en su música y en sus versos su dolor de aquí y ahora. Tampoco pretendió ser original inventando una jerga o retratando cierta picardía original como humor. Fue lo que es el pueblo limeño, simple, afectivo, emocional, resignado, dulce, cortés, amable. Sus creaciones son todo eso y más aún. Merece, como ningún otro cantor del pueblo, el homenaje que se le tributa, no el anual que asume fechas, sino el diario que en el corazón del hombre anónimo lo reconoce como su ideal, como su presencia por encima del tiempo y sus transformaciones.

El basural en casa

Recuerdo un bello cuadro de Ricardo Grau en el cual, dentro de un clima de sutil realismo mágico, ciertos ángeles imponderables circulaban por los tejados terrosos y romos de Lima. Era una interpretación poética de esa faz de nuestra ciudad que resulta, al mismo tiempo, original y desagradable. Lo primero porque clima y materiales hicieron de la edificación tradicional esa obra frágil, de paramentos arduos sobre estructuras trémulas, que se coronaba con terrazas destinadas a las aves, a las plantas, a los chicos, y lo segundo porque, eludiendo su destino, dichos espacios fueron dedicados al oreo de la ropa recién lavada, al depósito de los trastos viejos, al basural, en fin, que hoy, desde las alturas de cemento armado, turba la visión con un panorama de desechos ingratos a la mirada. El techo limeño es hoy, en verdad, una suerte de sucio montonal en el cual se acumulan el colchón despanzurrado, los desvencijados muebles, las palizadas de los gallineros desaparecidos, los diarios pasados, las botellas vacías, etc., encima de los que cae la garúa y el polvo acarreados por el aire del mar y los cerros. No hay, como en la pintura recordada arriba, ángeles que circulen candorosos y transparentes a la hora crepuscular. No está mal que una ordenanza del municipio haya dispuesto la limpieza de esos tristes lugares, como no estaría mal tampoco que otra obligara a los propietarios e inquilinos a transformarlos en algo así como unos modestos pero simpáticos jardines colgantes.

Como es natural, aquella ordenanza no se cumple, y tampoco se aplican las multas que penan su desobediencia. De todos modos, y menos por el ornato urbano y la tradición que por la higiene pública, bien valdría que se hiciera un plan para que esos detalles de la ciudad, a los que sumado el aroma de la anchoveta descompuesta dan un resultado poco estimulante del aprecio turístico, se eliminaran en poco tiempo. Cabe imaginar la impresión que recibe el visitante, luego de instalado en un confortable

hotel, si se asoma por la ventana de su habitación y ve esos techos insalubres, que ya no son ni siquiera pintorescos. Hay quienes se inquietan por la subsistencia de los balcones corridos y las celosías. Conviene que alguien se preocupe por salvar esos aspectos de la ciudad, que son interesantes, preocupándose también de que en las casas donde ellos sobreviven no continúen los basurales del tejado. No vamos a pintarle de carmín los cachetes a Lima sin pedirle que se lave, tal como lo aconseja el buen sentido y la salubridad, lo que permanece oculto al transeúnte callejero. Hacer lo uno dejando de hacer lo otro es crear un artificio, y las ciudades como las gentes valen cuando son auténticas en su integridad.

Los que de niños hemos vivido en los barrios del Cercado recordamos las expediciones a los techos como verdaderas aventuras. Nos gusta la idea de que por ahí moren personajes angélicos, pues si no los vimos nunca nuestra imaginación los pone en el recuerdo a modo de gracias posibles. Lamentamos, asimismo, que la desidia, la pobreza, y la falta de vigilancia mancomunadas hayan terminado por convertir esos sitios en depósitos del detritus diario y quisiéramos recobrar la memoria allí perdida descubriendo un día que son los jardines que la ciudad debe a sus pobladores. Vana esperanza —lo sé— cuando los municipios, como el personaje clásico, merecen por cada gesto de energía aquello de “caló el chapeo, / requirió la espada, / fuese... y no hubo nada”.

El Comercio, 9 de junio de 1961, p. 2.

Sobre la música criolla

¿Qué es la música criolla? Muchos, amigos de la reflexión, se habrán hecho alguna vez esta pregunta. ¿Qué es lo criollo?, puede decirse ampliando el primer interrogante. A primera vista, es criollo lo mestizo, lo resultante no solo de la mezcla primordial —de lo blanco u occidental, y lo indio o autóctono— sino de todas las otras mixturas de aquí, culturales más que raciales, pues la raza, en verdad, no existe. Criollo puede resultar, bien mirado, el aporte asiático que a través de la emigración ha venido a integrar nuestro acervo (ahí está como testimonio, para no acudir a otros menos visibles y no menos importantes, nuestro chifa, cocina cantonesa que en Cantón resultaría un tanto exótica). Lo mestizo (insisto: cultural, no racial) es difícil de definir. Lo criollo, por ende, también. ¿Cuál es la música criolla?

* * *

¿La de la costa, ciudad y campo? Primordialmente, claro, pero todo depende de los estilos. Es posible, si se aguza el oído, distinguir en nuestro vals —vals sin ceremonia, vals melancólico que se baila alegremente— dos formas: una tradicional, que llaman de “guardia vieja”, y otra moderna. Y dentro de esta última una picada, de síncopas y rupturas peculiares, y otra de taco lánguido, quejumbroso. Aquella para bailar (punta y taco, como dice la voz popular) y esta para oír, aunque no siempre sus versos logren lo que se proponen sino lo contrario. En el estilo antiguo hay cierta nobleza de salón, de cortesanía, de modales finos y delicados. En los nuevos, picardía e ironismo, en el primero; ánimo elegíaco en el segundo. De los dos, negroide parece ser el que apela al humor, e indígena, en buena proporción, el triste. Personalmente distingo en algunos vales la creciente penetración del yaraví, del huayno, de los aires quechuas, muy esencializados por supuesto. Y este detalle me parece un buen síntoma,

como todo lo que indica la integración peruana y la indigenización de la costa que observaba en su último viaje el eminente Rivet.

* * *

A los cerradamente tradicionalistas esto parece molestarlos; no así, en cambio, la eventual transferencia de otras melodías de fuera —españolas esencialmente— que suelen empapar lo criollo musical. La actitud depende de un error. De no considerar lo mestizo como preponderantemente hispano, en desacuerdo con lo que está sucediendo en el proceso de transculturación que se advierte en el Perú contemporáneo.

En suma, estas notas no pretenden responder a la pregunta con que se inician. Simplemente señalan un aspecto de la música criolla, a cuyo compás canta y danza ahora parte de América Latina, pero que, a juicio del cronista, habrá de ser más criolla en la medida en que represente más y más a las diversas culturas que en nuestra patria se están convirtiendo en una sola.

El Comercio, 1 de noviembre de 1961, p. 2.

Renacimiento del café

Unamuno decía, hablando en veras, que el café era la única “universidad popular” que había en España. Puede extenderse el aserto del rector salmantino y afirmarse que, en todas partes, es en torno a la humeante taza aromática donde se dicta la cátedra no-académica más eficaz. Las peñas españolas han sido semilleros de creación y crítica —esta a veces, es cierto, tan franca como implacable— y la historia de la literatura peninsular tendría que dedicarle mañana unos cuantos párrafos a la tertulia de la Granja del Henar, presidida por Valle Inclán, o a la de Pombo, regida por el incansable ingenio de Gómez de la Serna. Este hábito de la reunión de las gentes del mismo oficio —y en Madrid hubo, y hay peñas de futbolistas, de burócratas, de políticos, no solo de poetas y pintores— solo se puede ejercitar y difundir si existe un local a la manera tradicional, con mesitas ante las cuales, como un hogar, se disponen los platicantes, y si el patrón y los mozos son indulgentes en cuanto al tiempo que gastan aquellos para consumir una tacita de precio más bien modesto, en cuanto al barullo que desatan en su charla, en cuanto al tráfico de idas y venidas que establecen convirtiendo el café en centro de muy diversas operaciones.

La muerte de esta fecunda práctica en América, a donde vino de la Europa de las terrazas soleadas en las que la conversación floreció como un sistema comunicativo de recíproca ilustración, de interconocimiento, de amistad y solidaridad profesional, fue el reemplazo del café de mesas por el llamado “bar americano”, “bar automático”, *snack bar* o *self service* que consagró el mostrador como centro y las bancas dispuestas paralelamente a su extensión, impidiendo así el indispensable cara a cara de los contertulios. A un lado de la barrera los consumidores y al otro los servidores, lo cual al reducir el acto de beber la taza del negro líquido a una mera transacción comercial, eliminó el necesario pretexto coloquial de la peña.

El golpe más fuerte que se ha propinado contra el saber no académico del café fue, pues, este esfuerzo de funcionalidad estricta que introdujo la era de la eficacia y la productividad en aquel templete del ocio útil, en el que tantos hicieron bien a tantos mediante el cambio de ideas, la crítica privada y la consagración amical.

La institución, sin embargo, estuvo tan arraigada y fue antaño tan fructífera que, pese a su decadencia, tiene una agonía que puede ser el origen de un pronto renacimiento. No es posible vivir yendo de los asuntos a los asuntos, sin poner entre unos y otros una pausa de conversación con los demás. Se descubre ahora que donde hay un suscitador de la reunión, un *manager* generoso, y algún pretexto, la peña cafeteril nace alegremente. Eso es lo que está sucediendo en el Café de los Huérfanos, donde Juan Mejía Baca, en ocasiones a propósito de la edición de un libro —como últimamente con oportunidad a la aparición de un volumen de cuentos de Zavaleta—, junta a tirios y troyanos. Cita de café de “amplia base”, como se suele decir en términos al uso, prevalece en ella la tolerancia del anfitrión por sobre los distanciamientos de los huéspedes, y en fin, restablece la buena costumbre de encontrar periódicamente a aquellos que hacen lo mismo que nosotros, tienen idénticos problemas y buscan para ellos soluciones semejantes. Porque el café, y sabe Dios por qué razones, posee un natural carácter martimporresco, que sencillamente convoca a las especies diferentes y rivales alrededor de la taza sabrosa y pacificadora y domeña sus dientes y sus garras.

El Comercio, 13 de diciembre de 1961, p. 2.

El coliseo, laboratorio de mestizaje

El *Mambo de Machaguay* es hijo del mestizaje contemporáneo. En él lo indio y lo negroide internacional se integran. Habrá quienes se horroricen de ese híbrido del *show* radial y el fresco folclor campesino, pero las realidades son y nunca se ha ganado ninguna batalla negando la presencia del enemigo.

Lima es hoy, como nunca antes, la retorta de una emulsión cultural en la que el hombre de los Andes y su tradición se unen al hombre, las costumbres, la moral y las formas sociales que han sedimentado, originales y postizas, en la capitalidad de nuestra ciudad.

Canta en puna

El proceso de mezcla puede verse domingo a domingo bajo la carpa de los coliseos durante ocho horas, desde el comienzo de la tarde hasta la medianoche, cinco mil constantemente renovados espectadores aprecian, sobre un elemental tablado, el largo desfile de bailarines, cantantes, músicos, cómicos y hasta acróbatas procedentes del norte, el centro y el sur de la serranía peruana.

En seguida del conjunto de fresca autenticidad, que transporta al escenario el canto y la melodía en estado puro, es posible oír a la soprano “incaica” que escala fatigosamente las cuatro escalas de Yma Súmac, en tanto un bailarín de tijeras —como el mitológico *Rasu Ñiti* de Arguedas— alterna con un negrito currupantioso y avisgado que refuta, con un quechua artificioso, el dicho de que “gallinazo no canta en puna”.

Ni vencedor ni vencido

El empujón del “amor serrano” que arranca carcajadas unánimes, los “charros” mejicanos que remedan en falsete la voz abierta de Jorge Negrete, la graciosa mestiza que alterna el valseo criollo y la muliza de Cerro, el arpa solitaria que entona el triste, están en desatinada confusión, hirviendo en una infusión cuya substancia será, sin duda, la del Perú de mañana, la del Perú de siempre. Pero no hay que olvidar que, cubierta por el cielo de lona, esta muchedumbre que grita, palmea, silba (despiadada), mastica, se mueve, ríe, queda en silencio, reclama el bis, compra y vende golosinas y viandas, hora tras hora, participando como en el teatro chino, a medias de sí misma y a medias del espectáculo. El sentimiento y la rivalidad regionales aparecen de improviso en este jaleo, y viene la competencia entre un prodigioso danzarín del sur y otro menos hábil del centro. No hay vencedor ni vencido, pero los dos bandos se han comunicado por medio de su arte bello y elemental.

Sabor de la tierra

En Lima, en los coliseos, se puede medir el grado de amestizamiento peruano. Los que aquí viven y bajo la carpa se divierten son de sus viejos y lejanos pueblos y son al mismo tiempo de la ciudad. Como en el *Mambo de Machaguay*, precisamente, en el cual se compenetran el oscuro río de la raza de bronce y el aluvión incoloro y cosmopolita que se vierte por las laderas de la vida urbana. Esa suma, mientras se haga bajo el signo indígena, será obligatoriamente peruana. Tendrá el sabor de la tierra, de la patria varia y, sin embargo, una.

Oiga, n.º 12, 12 de febrero de 1963, pp. 8-9.

Los traficantes de un sueño

Los coliseos folklóricos son un espectáculo que ha llegado a constituirse una modalidad característicamente peruana de espectáculo. En verdad, bajo las carpas de los barrios populares desfila semanalmente, a la vista de un público incansable y durante casi ocho horas seguidas, la más variopinta serie de conjuntos musicales, danzarines, cantantes, cómicos y artistas surgidos de la masa mestiza que puebla Lima. El local nunca es ni siquiera modesto. Es sencillamente ruinoso. La lona desgarrada, los asientos bastos y más que incómodos, los servicios insalubres, el escenario precario. Y más atrás de este, “camarines” promiscuos de adobe y piso de tierra. También, por cierto, prospera ahí la taberna que comparte su parroquia con la del redondel folklórico. Pero, pese a todo, no es audaz pronosticar que en los coliseos se cumple ese proceso de interculturación que es característico del Perú contemporáneo, gracias al cual la blanca Lima se indianiza y el país rural y quechua se proyecta a la urbe hispánica.

Sin embargo, las desastrosas instalaciones de los coliseos, que parecen amenazar con la inminente catástrofe, no son lo peor de la nueva industria. Es el sistema explotador que ahí prevalece lo que resulta más grave. Bajo el dombo de tela nacen estrellas. De la barriada llegan, con sus melodías ancestrales, individuos y conjuntos provincianos que en ese lugar inician una dura carrera hacia la radio y a la televisión, un poco mirando la rutilante ruta de Yma Súmac, que si bien no comenzó en uno de aquellos recintos —porque entonces no los había— ascendió desde los más humildes tablados hasta las marquesinas de Broadway o París. Ese candor, ese sueño es el que aprovechan los empresarios para llenar su amplio programa con el mínimo costo posible.

Todo lo cual, dentro del estado de cosas a que se ha llegado en el país a través de tantos años de incuria gratuita y compadrazgo comprometido, es horrible pero coherente. Lo que sí sobrepasa todo límite es que tales inescrupulosos empresarios se beneficien con una exoneración del treinta por ciento de impuestos, debido a que una ley libera de dichos gravámenes a los espectáculos que fomenten el arte popular. Probablemente, si es que la disposición no fue taimadamente preparada para favorecer a tales traficantes de carne humana, la exención a que se alude aquí tuvo una intención nacionalista, pero las cosas han llegado a un punto en que, en vez de propiciar el cultivo del folclor indígena, sirve a los que exprimen, cualquiera que sea la índole, autenticidad y valor artístico de los números ofrecidos, para acabar en definitiva con él.

Hay que ser, por eso, en este asunto, ejecutivo e implacable. Que los empresarios se sometan a un control oficial y municipal estricto, que paguen en base a sus ganancias lo que, como comerciantes que son, están obligados a verter al fisco: que remuneren de acuerdo a tarifas precisas el trabajo de quienes contratan, que le den al público un mínimo de confort y a los artistas los elementos indispensables que la dignidad humana exige, que actúen, en una palabra, en el marco de la ley, arriada al fin la bandera de piratas que hasta hoy han paseado impunemente.

Porque si bien en los coliseos ocurre, como en una retorta experimental, algo que en todos los niveles nacionales denuncia la integración del país consigo mismo, por lo cual es factible predecir hasta la creación de formas culturales nuevas surgidas del mestizaje, se impone el deber de encauzar racionalmente aquel fenómeno para que el fruto de esa identificación de lo peruano distinto no sea una deformidad sino una realidad bella y original.

Oiga, n.º 52, 5 de diciembre de 1963, p. 10.

El infarto de un servicio público

Cualquiera que tiene una correspondencia del exterior más o menos considerable sabe que debe resignarse a una merma regular de las cartas y los paquetes que le están destinados. El hecho ya se juzga normal, aunque sea, en principio, inadmisibile. Después de todo, los correos son un servicio público que no es gentileza de nadie, que todo consumidor paga cumplidamente y que es una parte importante de la existencia nacional, con implicaciones que van desde lo económico hasta lo personal de cada ciudadano. Tal vez no sea impropio deducir el grado de organización de un país por la eficacia de sus correos, pues de acuerdo a la realidad las naciones mejor estatuidas son frecuentemente las que poseen los servicios públicos más efectivos.

Ya sabemos de memoria que entre nosotros ni los correos ni nada marcha como es debido (lo que da pie a la prosperidad de la falacia reaccionaria de que el Estado es un mal administrador), pero si reducimos el problema total a este de las cartas y las encomiendas perdidas, el diagnóstico no puede quedarse en la mera circunstancia de que el sistema es defectuoso, el personal escaso y mal remunerado y la dirección empírica o burocrática. Aquí opera otro factor, ya que la correspondencia es comunicación humana y que debajo de los sobres circulan, sin duda, afectos, intereses, esperanzas, etc., cuya trascendencia no se le puede ocultar ni siquiera al funcionario más encallecido por la rutina. Y ese factor es, quizá, la falta de solidaridad y respeto al otro que campea en nuestro trato social. Es lógico que cuando una carta se pierde, ello es por causa —si excluimos el delito— de la negligencia. Y negligir en este terreno es prácticamente hacerlo con la vida ajena.

Claro que se dice que los empleados de correo se echan el alma a la espalda porque, pese a sus esfuerzos, la recompensa mensual es de aquellas famosas que no alivian el hambre sino que lo provocan. Alguien le ha

aconsejado al cronista que asome por el local del jirón Lima y que eche una ojeada a oficinas y depósitos. Resulta explicable —ha concluido quien le recomendaba aquel consejo— que, en esa sordidez, incomodidad y cantidad de labor, le entren a la gente que realiza ahí su quehacer unas ganas tremendas de arrojar toda la papelería al fuego. Con respecto a los libros, el problema se multiplica hasta lo infernal. Los librereros de Lima saben muy bien lo que significa ir a los correos a reclamar la mercadería de los pocos empleados encargados de desplazarse entre grandes montañas de encomiendas.

Sin embargo, hay otro género de esa merma de la correspondencia que no es justo atribuir a la desorganización, ni a la ausencia de solidaridad, ni a la impotencia del personal. Es la que sufren quienes, al parecer, merecen un tratamiento especial —contra todas las garantías ciudadanas, se entiende— de parte de las autoridades. En el cervical temor de que, tras la dirección de una persona, vengan esos papeles a los que se presume explosivos, es evidente que hay quienes husmean el contenido. Y no solo lo husmean —que sería lo de menos si luego, siempre, le dieran curso— sino que lo retienen. Muchas veces cartas y paquetes llegan burda y abusivamente abiertos, lo que no puede achacarse al maltrato del viaje sino a la simple y llana violación. Lo curioso es que, en este caso, la organización es casi perfecta, lo que demuestra que nuestros burócratas pueden ser sistemáticos si se lo proponen.

En cualquier caso, el problema de los correos (y no aludimos aquí a los servicios de telégrafos que, como es bien sabido, frecuentemente emplean toda clase de tracción, hasta la de mula) está en el tapete. Probablemente nuestras autoridades esperan otra huelga para hablar de reorganización, de tecnificación, de mejoramiento de los servicios. Mientras tanto, ahí está, en ese corazón lento y crujiendo del jirón Lima, produciéndose el infarto de la cada día más y más caudalosa correspondencia.

Oiga, n.º 75, 21 de mayo de 1964, p. 6.

Este libro se terminó de imprimir en agosto del 2018
en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Psje. María Auxiliadora 156-164, Breña, Lima, Perú
Teléfonos: 424-8104 / 332-3229
tareagrafica@tareagrafica.com



La ciudad como utopía

Artículos periodísticos sobre Lima 1953-1965

El lector hallará en este libro –por primera vez reunida– una muestra representativa de las crónicas urbanas que Sebastián Salazar Bondy (1924-1965) escribiera y publicara, entre 1953 y 1965, en los principales medios periodísticos de nuestro país, como los diarios *La Prensa* y *El Comercio*, y la revista *Oiga*, entre otros.

Los textos están agrupados en seis secciones –cada una de ellas dedicada a una temática distinta–, donde el escenario urbano de la época aparece retratado con una prosa pulcra y precisa por uno de los mejores cronistas de nuestra literatura: la defensa del patrimonio histórico de la ciudad, la carencia de una planificación urbana, la ausencia de áreas verdes y espacios públicos, la problemática de la delincuencia y la mendicidad, las deficiencias del transporte y el caos vehicular, pero también la vitalidad de una ciudad ya poblada a mediados del siglo XX por migrantes y personajes nuevos, todo ello representado con una actualidad que no dejará de asombrar al lector contemporáneo.

Sin lugar a dudas, a través de este ejercicio lúcido y crítico, los artículos de Salazar Bondy revelan una concepción de la ciudad a todas luces visionaria, que contribuirán a entender mejor la problemática de la urbe que hoy en día es Lima.